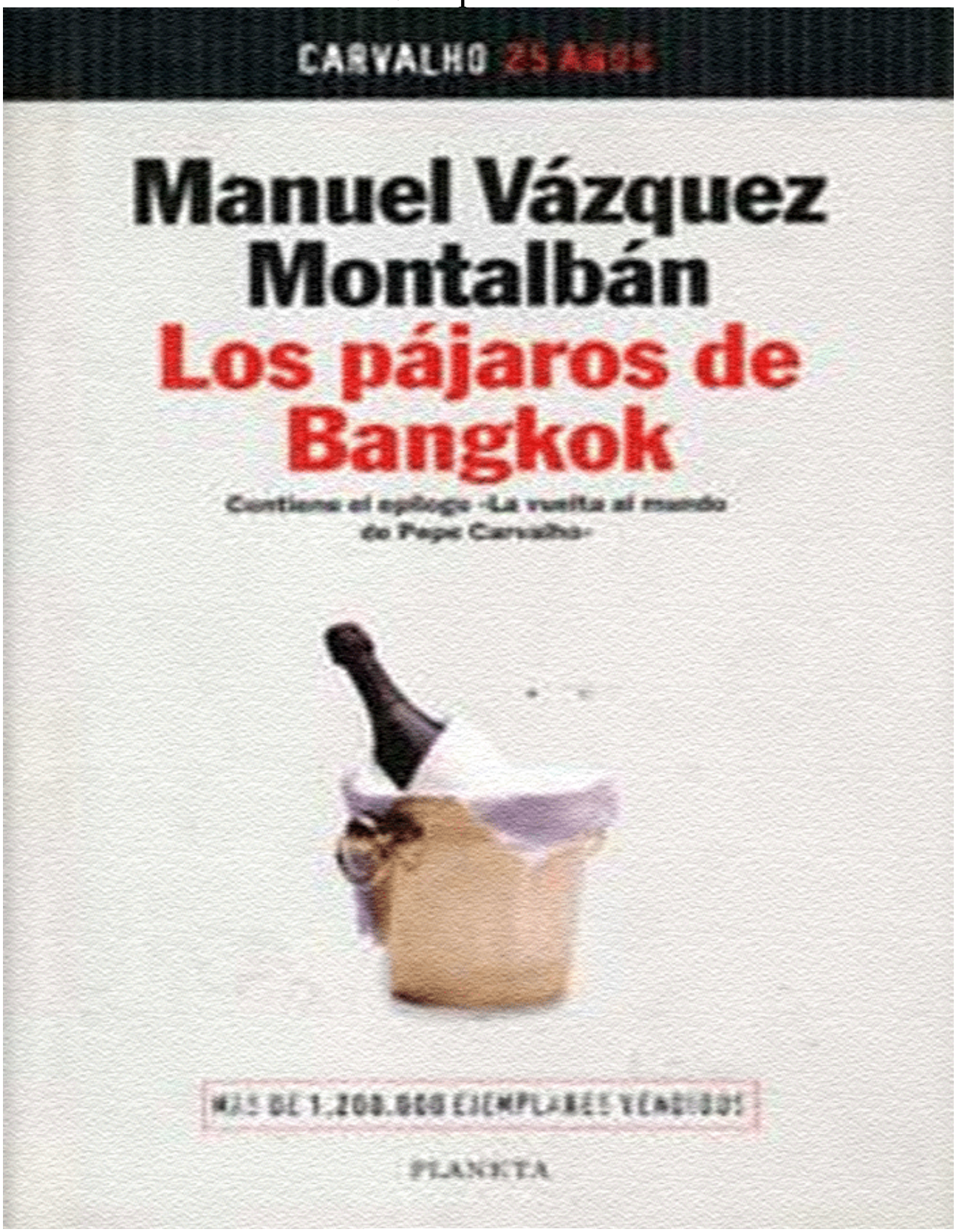
Los pájaros de Bangkok
Manuel Vázquez Montalbán



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Aparentemente, Pepe Carvalho viaja a Bangkok para atender el SOS de una vieja amiga, Teresa Marsé. Pero en realidad el lector puede llegar a la conclusión de que huye de su mundo cotidiano, en el que la realidad le es insuficiente y le empuja a perseguir fantasmas, como el de Celia Mataix, asesinada con una botella de champán de marca desconocida, o el de su asesina, Marta Miguel, "self–made woman" de un pueblo de Salamanca. O quizá el motivo auténtico del viaje sea saber el nombre de los pájaros de Bangkok, o confirmar que la Tierra es redonda y que el desenlace real le espera a su regreso. Más que de viajes, novela de viaje de ida y vuelta, que entre otras posibles lecturas ofrece una versión directa de los escenarios de Conrad, Somerset Maugham o Graham Greene, radicalmente modificados en un tiempo en el que la aventura es casi... imposible.

Manuel Vázquez Montalbán nació en Barcelona en 1939 y ha publicado libros de poemas, novelas, ensayos. Bastaría citar "Una educación sentimental, Cuestiones marxistas, Crónica sentimental de España, Manifiesto subnormal, Crónica sentimental de la transición, Happy End, Mis almuerzos con gente inquietante" para dar idea y mención de obras ya incorporadas a la crónica literaria contemporánea. Creador de un personaje, Pepe Carvalho, protagonista de un ciclo que ha conseguido universalizarlo a partir de "Los mares del Sur" (premio Planeta 1979 y Prix International de Littérature Policiére 1981, París). Entre sus últimos libros cabe citar "Los alegres muchachos de Atzavara, Moscú de la Revolución, Galíndez" (Premio Nacional de Literatura y Premio Literario Europeo), "El laberinto griego, Autobiografía del general Franco, Sabotaje olímpico, Roldán, ni vivo ni muerto, Pasionaria y los siete enanitos" y "El premio". Ha obtenido también el premio Bunche de la Crítica de la R.F. de Alemania por "El Balneario", el premio Ciudad de Barcelona por "El delantero centro fue asesinado al atardecer" y el Premio Recalmare por "El pianista" y "Asesinato en el Comité Central". En Italia se le concedió el premio Raymond Chandler y en 1995 obtuvo el Premio Nacional de las Letras Españolas por el conjunto de su obra.

El caso del pez "ceratia" –una especie de rape– es tal vez el más aberrante de todos. Unas quince o veinte veces más pequeño que la hembra (que mide cerca de un metro de larga), el joven macho "ceratia" se fija en los flancos o en la frente de ella, la muerde, y esta mordedura va a decidir su porvenir. En adelante, como si hubiera caído en una trampa, jamás podrá desprenderse de su compañera, sus labios se habrán soldado, injertado en la carne ajena. No se podrá separar de ella, a no ser que arranque sus tejidos fusionados. Su boca, sus maxilares, sus dientes, su tubo digestivo, sus agallas, sus aletas y hasta su corazón van experimentando una degeneración progresiva. Reducido a una existencia parasitaria, no tardará en ser más que una especie de testículo disfrazado de pez diminuto, cuyo funcionamiento incluso será regido por el estado hormonal de la hembra, quien se comunica con él a través de los vasos sanguíneos.

Una hembra "ceratia" puede llevar encima hasta tres o cuatro de estos machos pigmeos.

"Bestiario de amor"

Y de pronto tuvo la sensación de que la otra le estorbaba. Deseaba quedarse sola, estirar el cuerpo sobre las sábanas limpias, borrar el dolor que se extendía por el interior de su cabeza como una salsa oscura, pensar en tres o cuatro cosas de lo que había ocurrido aquella noche, olvidar otras tantas que sin duda ocurrirían mañana. Tal vez si callo cuando ella termine de hablar. Tal vez interprete mi silencio como una invitación a que me deje sola, a que se vaya. Pero para crear esa sensación era paso previo conseguir que la otra le quitara el brazo de los hombros, que se retirara aquella mano reptil colgante que de vez en cuando le acariciaba el cuello o se dejaba caer sobre el abismo rozando, apenas, la punta del seno. El discurso continuaba. Ya no versaba sobre problemas ajenos, de otros protagonistas de la fiesta acabada, sino sobre problemas propios.

—Problemas de mujeres. Que sólo podemos entender las mujeres.

Dijo ella, ¿cómo se llama? Un lapsus estúpido, ¿cómo se llama? Y no podía interrumpirla para preguntarle: ¿cómo te llamas?, porque momentos antes le había rogado que se quedara, ella misma había provocado la situación sosteniéndole la mirada y musitando un: ¿quieres quedarte? que los otros habían escuchado, que había pronunciado para los otros, para que salieran de su casa cuchicheando, para que murmuraran a pleno pulmón en la calle, Celia ha pasado el Rubicón, tan mona y tan bollera, diría el frustrado Dalmases, o yo pensaba que su historia con la Donato había sido un juego, y la propia Rosa Donato, airada o desairada, mirando una y otra vez hacia las luces iluminadas del sobreático, imaginando lo que podía ocurrir entre Celia y... ¿cómo se llama? Aprovechó una pausa en el discurso de la otra para levantarse de un impulso, llevarse la mano a la boca y contener un grito.

—¡Me he dejado una botella de champán en el congelador!

El correr de su cuerpo largo dejó un tintineo de senos sueltos bajo el jersey y la estela dorada de una cabellera estrella fugaz. La mujer despegó un tanto el culo del sofá, pero se quedó en un cuatro indeciso ante la rapidez de la huida. Dudó entre seguir a la fugitiva o dejarse caer en el sofá e hizo lo segundo, al tiempo que suspiraba y el contento por la noche propicia esperada le hacía remirar pared por pared, objeto por objeto, como reconociéndoles un lugar en el paraíso de satisfacción presentido. En cuanto entre he de impresionarla, he de acabar de desarmarla. Miró el reloj, la hora adecuada, las dos y media, un poco más y la fatiga, un poco antes y la ansiedad, la hora justa para el amor, por fin, con el cuerpo tanto tiempo deseado a distancia. Ya tenía la frase. Ya tenía la pregunta para cuando el cuerpo dorado saliera de la cocina y se acercara con aquella languidez gimnástica de cuerpo en flor, a pesar de que, sí, sin duda poca diferencia de edad hay entre ella y yo, pero hay cuerpos elegidos por la juventud y cuerpos que la tierra se queda, como se quedan las piedras o los matorrales. Le diré. ¿Por qué me has elegido a mí esta noche? Le diré. Desde hace meses he esperado este momento, desde que te vi en el Palau de la Música, cuando nos presentaron los Socías. Aunque de hecho te recordaba desde hace años. Muchos. No te lo creerías. Desde la Universidad. Sí, desde la Universidad. Tú eras de un curso inferior, aún estaban juntos Derecho y Letras, creo que fue el último año que estuvimos todos juntos en la vieja universidad. Yo te veía desde el claustro de

abajo y casi te olía. No te rías. Tienes uno de esos cuerpos que se huelen. Pero el diálogo era imposible porque Celia no volvía.

—¿Celia? ¿Estás ahí? ¿Ha pasado algo?

Levanta el culo del asiento y avanza con las piernas abiertas, mientras con las manos trata de despegar los pantalones de sus ingles y sus glúteos, demasiada carne y poco pantalón, pensó, mientras buscaba una cierta soltura en el andar que la ayudara a entrar en la cocina con naturalidad. Se acodó en el dintel para contemplar el espectáculo. Celia permanecía sentada a una mesa del "office" y parecía contemplar admirada la botella de champán, nevada por el helor que se iba derritiendo bajo la luz de la lámpara. Parte de la melena de Celia se había convertido en flequillo sobre la frente y la nariz y su mirada fija igual podía dirigirse a la mutación de la botella como a sus cabellos, una sonrisa de ternura ablandó las facciones de la mujer acodada en el dintel.

—¿Te puedo ayudar en algo?

El sobresalto rompió la quietud de la figura dorada y los ojos de Celia se dirigieron críticos hacia la intrusa.

—Estoy cansada, eso es todo.

Había buscado el tono de voz más neutro posible para no ofenderla y al mismo tiempo dejar bien claro que la noche había terminado. Pero la otra siguió sonriendo, avanzó hacia ella, se situó a su espalda, le acarició los cabellos con unos dedos primero prudentes, después auténticos arados que abrían surcos en la espesura de los cabellos, hasta encontrar céreos caminos en el cuero cabelludo e insinuar en ellos la electricidad del deseo. Celia sacudió la cabeza para sacarse de encima la opresión de los dedos.

—Por favor.

—¿Te molesto?

—Me haces daño.

Y no volvía la cabeza. Vete, vete, imbécil, vete antes de que tenga que decírtelo yo.

—Me has hecho muy feliz al pedirme que me quedara.

—La verdad es que no sé por qué lo he hecho. Estoy cansada.

—Durante toda la noche nos hemos dicho muchas cosas con los ojos.

—Es posible. Has dicho cosas muy inteligentes y me gusta la gente inteligente.

—Desde hace muchos años he esperado este momento.

—¿Qué dices?

Es Celia la que vuelve la cabeza con el ceño fruncido, irritada por la situación, y al encuentro de su rostro molestado le salen unos labios duros que se apoderan de los suyos y tratan de abrírselos con el bisturí de una lengua que se le antoja helada.

—¿Quieres estarte quieta?

Ahora Celia se levanta, se adueña de la sorpresa de la otra, cambia la botella de sitio sobre la mesa, se inventa objetos que ordenar, la necesidad de poner orden a las resultantes de una fiesta no demasiado afortunada.

—¡Será mejor que te vayas!

Traga saliva la otra. Las palabras de Celia le han devuelto la pesadez del cuerpo, la tirantez de los pantalones estrechos, la inquietud por la imagen que compone, por la imagen que Celia al parecer rechaza.

—No te entiendo.

—¿No eres tan inteligente? ¿Tan difícil de entender es?

Y Celia estalla en una huida hacia adelante que quiere superar su mala conciencia y la molestia real por la situación.

—Que te vayas. Así. Clarito. Qui–e–ro–que–dar–me–so–la. ¿Entendido?

—Pero tú dijiste.

—No sé por qué lo dije.

—Si quieres te ayudo.

—¡No necesito que me ayudes a nada! ¡Necesito que te vayas!

Toda la atracción de la ley de la gravedad que un cuerpo humano pueda sentir, lo siente la otra, con las piernas abiertas, los pies insuficientes para soportar el peso del desprecio.

—No me hables así. Has dicho que me quedara para dar celos a los demás. Al imbécil de Dalmases o al putón de Rosa.

—No insultes a mis amigos.

—¿Quién te has creído que eres? ¿Crees que puedes jugar conmigo?

La mano de la mujer ha salido lanzada y se ha apoderado de un puñado de jersey de lanilla, y esa mano es un elemento extraño que Celia contempla asustada y la otra asombrada. Y tras esa mano llega un impulso ciego que tira de la lanilla y la arranca, dejando al descubierto piel de mujer rosada y tibia, un pezón que aparece y desaparece al vaivén de la respiración del animal asustado.

—No te pongas así. Mañana lo aclararemos todo.

—¿Que no me ponga así? ¿Pero tú sabes lo que has hecho, desgraciada?

Dos bofetadas aciertan en los hermosos pómulos y los tiñen de vergüenza, y las bofetadas incitan a Celia a un ataque ciego contra la mujer, un ataque a manotazos que apenas si la hacen retroceder y en cambio le permiten acertar con dos nuevas bofetadas en el rostro de Celia.

—¡Me das asco! ¡Eres una tía repugnante! ¡Un macho, una marimacho repugnante!

Los golpes caen sobre Celia con la voluntad de aniquilarla, y la barrera de los brazos cruzados nada puede contra los molinetes cargados de odio. Y en el aire, apenas un volumen o el vacío que abre y ocupa, una botella muere matando contra la pequeña cabeza. Sellada por la sangre, una melena repentinamente lacia, descolorida, de muñeca rota.

—Veinte veces me dije a mí mismo: preguntarás el nombre de esos pájaros, y nunca lo pregunté. Pero te aseguro que había miles, millones sobre los cables, al atardecer, compitiendo con los penúltimos ruidos de Bangkok, con un piar que podía ser de alegría o de desesperación, según estuvieras tú alegre o desesperado.

—¿Y qué hacían los pájaros en los cables, jefe? La selva está cerca. ¿Están mejor en los cables que en los árboles? No lo entiendo. Los pájaros de aquí son diferentes. Si tienen árboles no los busque usted en la ciudad. No son tontos.

Carvalho se apropió de la meditación de Biscuter y la elevó hacia los cielos que caían sobre las Ramblas anochecidas, como si estuviera mirando los cielos de Bangkok desde la puerta del Dusit Thani. Repasó con los ojos el telegrama abierto sobre la mesa, una pajarita de papel abatida y desarticulada. "Bangkok es la hostia. En Bangkok encontré el amor. Teresa." Era el tercer telegrama que le enviaba Teresa Marsé desde que había iniciado el descubrimiento de Asia, en un vuelo chárter fletado por una sala de fiestas de la ciudad. En Singapur, una cita literaria de Somerset Maugham, descubierta sobre un velador vacilante del jardín del Raffles, iluminado ante todo por las copas de Singapur Sling. En Yakarta, un mensaje revival en homenaje a Bing Crosby, Bop Hope y Dorothy Lamour: "Camino de Bali. Teresa". Y ahora, de regreso a casa desde los mares del Sur, Teresa Marsé estaba en Bangkok viendo cómo las nativas jugaban al ping pong con el coño y los niños cagaban sobre las aguas limosas del Klonk Dan, a pocos metros del mercado flotante.

—Háble me de Bangkok, jefe. ¿Es bonita?

—Una ciudad que se pudre. La ciudad moderna la pudre la gente y la ciudad fluvial la pudre la mierda. Y te hablo de hace años, Biscuter. En fin.

Aquel en fin daba por concluida la conversación y Biscuter dejó a Carvalho en su trajín visual sobre las Ramblas. "Singapur Sling", musitaban los labios de Carvalho como si rezaran una jaculatoria.

—¿Y las pagodas, jefe?

Gritó Biscuter desde la cocina.

—Se llaman "wats". Parecen fallas valencianas, pero no hay Dios que las queme.

—¿No le gustan las fallas, jefe?

—Sí, porque las queman. Si no las quemasen, las odiaría.

Singapur Sling. Un cuarto de zumo de limón, medio de coñac, un cuarto de ginebra, hielo, soda, si se quiere la soda, y sobre los hombros, la cúpula de humedad que cubre Singapur como una quesera, especialmente la porción de pulcro queso colonial del Raffles, deshabitado ahora de ingleses imperiales, sustituidos por matrimonios de tenderos europeos a los que la agencia ha advertido que en aquel hotel se emborrachó hasta la cirrosis un escritor inglés muy importante. La llamada de Asia, se dijo Carvalho cuando el frío le silueteó el esqueleto, aunque el calendario de la Caixa d'Estalvis seguía fiel al mes de octubre.

—Va a llover.

Dijo o se dijo Carvalho, antes o después del primer relámpago que prestó la ilusión del movimiento a la estatua pisapapeles de Pitarra. Las gotas de lluvia querían clavar a los rambleantes que aceleraban el paso o se cubrían con los periódicos.

—Llegaron los monzones catalanes.

Los días se hacen cada vez más cortos, pensó indignado, como si le estafaran parte de la vida o parte del mundo. Ha llegado y pasará el otoño. Luego el invierno. Me pondré un jersey. Me lo quitaré. La primavera. ¡Qué estupidez!

—Va a pasar algo, Biscuter, y no recuerdo qué. No sé si son los mundiales de fútbol o la visita del Papa.

—Los mundiales ya se hicieron. El Papa, a final de mes.

—¿Los mundiales se han hecho? ¿Seguro?

—Seguro, jefe.

—¿Quién ganó?

—El Barça no, desde luego.

Rió Biscuter desde la cocina y se creyó en la obligación de aclarar.

—Es broma, jefe. Lo que se avecinan son las elecciones.

Carvalho dobló el telegrama de Teresa Marsé y lo tiró a la papelera. El telegrama reclamaba su atención desde la precámara de la muerte. Carvalho lo volvió a coger, a desplegar, a leer. Lo dejó primero sobre la mesa y luego lo metió en un cajón que cerró a continuación, con un cierto énfasis. Buena época para visitar Asia y sobre todo para un europeo. El trópico es una esperanza climatológica cuando sobre Europa llueve y nieva, cuando se ha puesto el sol sobre el Egeo y la tramontana se ha llevado por delante los mejores días de la Costa Brava.

Le había explicado la voz de Teresa por teléfono:

—Tengo una depre y he de irme. Yo estoy harta de marido y de hijo.

—¿Qué le pasa a tu niño?

—De niño nada. Al menos para según qué cosas. Le ha puesto un bombo así a una compañera de clase. Y ahora toda la culpa es mía porque no he sabido educarle. Hasta el cínico de mi marido me lo ha dicho. Él, que se marchó de casa y no se ha preocupado de su niño ni una hora, ni de día ni de noche. Tú has estado por allí, recomiéndame cosas, sitios.

—Habrá cambiado todo mucho. Cuando yo estuve la guerra de Vietnam aún no lo había corrompido todo.

—Pero si no voy al Vietnam. Voy a Singapur, Bali, Bangkok... ¿Qué te parece?

—De postal.

—Yo no soy Jacqueline Onassis. Dispongo de tres semanas. Dime el nombre de una bebida para emborracharme en Asia.

—Aromas de Montserrat.

—Idiota.

—Singapur Sling.

—Eso está mejor. ¿Qué es?

—Es un "cocktail" atribuido a Singapur y sobre todo al hotel Raffles de Singapur.

—¿Es cierto?

—No importa. Los del hotel cultivan el mito y si pides un Singapur Sling te lo servirán con una sonrisa de complicidad.

—Es bonito. Suena bien. Ya me basta. ¿Te imaginas ir por el mundo en busca de algo que suena bien? ¿Sabe tan bien como suena?

—Pse.

—Te enviaré postales para contarte cómo me va.

—Volverás tú antes que lleguen tus postales.

—Te enviaré telegramas. ¿Te ilusiona?

—No.

Un silencio.

—¿Te molesta?

—Tampoco.

—¿Quieres que te traiga algo? La seda va barata en Bangkok.

—Una botella de Mekong.

—¿Qué es eso?

—Un whisky thai. No sé de qué lo hacen, pero sabe muy bien.

—No piensas en otra cosa.

De una distancia de casi quince años le llegó una sonrisa oriental, la del desvencijado aduanero que palpaba las entrañas de sus maletas y despertó con las palmas de sus manos el canto dormido del cristal. Seis botellas de Mekong consiguieron redondear los ojos orientales. Contempló a Carvalho con una complicidad que sólo podrían manifestar los beodos, abrió la mano como un abanico, la convirtió en una botella inagotable de la que bebiera chupando el pulgar, con la ansiedad de un niño amenazado de destete, y luego se rió con una inocencia descivilizada que irritó a más de uno de los occidentales que esperaban su turno detrás de Carvalho. Carvalho asentía y sonreía con todas sus fuerzas. Había que darle la razón a la sospecha cómplice y alegre del aduanero. En efecto, amigo, soy un alcohólico.

Desde que había aceptado el caso Daurella, tenía la sensación de trabajar según un horario regular, lo más parecido posible a la virtuosa costumbre catalano–japonesa de perder una tercera parte del día trabajando para poder dormir ocho horas y restañar las heridas del cuerpo y el alma durante las ocho restantes. En parte se debía a que el viejo Daurella tenía la costumbre de citarle entre nueve y nueve y media en el despacho de su almacén de toldos y piscinas de Pueblo Nuevo. Luego, la única posibilidad de recorrer las derivaciones del asunto a partir del centro radial del viejo patriarca era durante las horas laborables, porque los Daurella, delincuentes o inocentes, en cuanto oían la sirena de la fábrica y dejaban en su sitio todo lo que deberían encontrar en su sitio al día siguiente, se esparcían por la Tierra, dentro de una zona prudentemente próxima a Barcelona pero lo suficientemente separados los unos de los otros como para tejer un universo de puntos cardinales de la familia, cada hijo en un horizonte y los padres en su piso del Ensanche, calle del Bruch, el centro de la Tierra. Y así cuando el viejo Daurella hablaba de sus Jordi, Esperança, Núria o Ausiás, dirigía la cabeza al norte, al oeste, al este y al sur porque Jordi vivía en una casita en Sant Cugat. Esperança tenía una vieja masía en el límite justo donde Esplugas de Llobregat se convertía en una ciudad dormitorio, Núria estaba instalada en una urbanización del Maresme y Ausiás, el pequeño y macrobiótico Ausiás, tenía más huerto que casa en el Prat. Y en realidad el viejo no tenía por qué desplazar la cabeza hacia todos los horizontes, porque desde las ocho de la mañana los Daurella estaban trabajando dentro del inmenso recinto de Toldos Daurella, S.A.

—La S.A. son ellos. No vaya usted a pensar que aquí hay capital americano.

Le advirtió el viejo Daurella pensando en la minuta. Ellos eran Jordi, Esperança, Núria y Ausiás, morenos o morenitos, según su gordura, y parecidos a su padre con mayores o menores dilataciones de las facciones, como si en el momento del coito con la señora Mercé, Daurella hubiera impuesto la condición sine qua non de que los hijos, todos los hijos, debieran parecérsele. Y tal vez predestinado el amor cromosomáticamente, los chicos Daurella habían buscado consortes que se les parecieran, salvo Ausiás, el pequeño, "el més mimat" [El más mimado], aún decía Daurella padre cuando se refería a él, estuviera o no delante, había conseguido casarse con un ser humano rubio, una holandesa que sólo cinco años atrás habría merecido las páginas centrales de "Playboy" y que, en la actualidad, trabajada a fondo por los partos y la macrobiótica, parecía una hermosa rubia desvencijada, que llevaba las relaciones exteriores de Daurella, S.A. porque hablaba el inglés como si fuera inglesa, insistía el viejo

Daurella, y el francés como el general De Gaulle. La metáfora también era del patriarca. Los otros hijos políticos también estaban en el negocio. El marido de Esperança, la mayor, era el coordinador de los viajantes, y él mismo viajaba por España visitando clientes. El de Núria era jefe de almacén, y la mujer del mayor, Jordi, llevaba la oficina instalada en un cobertizo prefabricado en el que daba la nota exótica un cartel del Folies Bergére anunciando a la supervedette española Norma Duval. El señor y la señora Daurella se lo habían traído recientemente de París, a donde habían ido para celebrar las bodas de oro.

—No había hecho vacaciones desde el año de la nevada.

Decía el viejo. Es decir, desde 1962, añadía, no porque tuviera una memoria climatológica, sino porque en 1962 fue la única ocasión, desde el último período glacial, en que Barcelona capital se convirtió en una estación de esquí. Ni un Daurella sin algo que hacer. Ésta era la impresión que recibía Carvalho cuando recorría el ámbito de los almacenes y los muelles de descarga, cercados por una vieja tapia de piedra con cristales rotos en los bordes, sorprendentes vegetaciones aquí y allá, acacias, una palmera, adelfas, buganvillas entre hangares fin de siglo de ladrillos rojos oxidados por las brisas marinas que hacen de Pueblo Nuevo un barrio húmedo y propicio para vegetaciones espontáneas de sus patios y solares abandonados. El desorden visual del comercio y la botánica, de los camiones y las madreselvas que habían encontrado su medio propicio tras ensayar años y años al margen del cuidado de los hombres, atraía a Carvalho como podía atraerle un cementerio entregado a las leyes de la erosión y las vegetaciones salvajes. Era un viejo sueño carvalhiano el que, de pronto, la naturaleza agrietara el asfalto y se conformara con crecer donde pudiera, corrigiendo la estúpida voluntad de la materia prefabricada, pero sin anularla del todo. Rizadas tomateras asfixiando semáforos, helechos como penachos surgiendo de las bocas de las cloacas, voraces hiedras reptando por los edificios acristalados, con la falsa ternura de sus hojitas avanzadas. En Angkor o en Micenas había necesitado pronosticarse el destino de las ruinas monumentales, volver la piedra labrada a su condición de roca, al margen de la geometría de los hombres. O en Ayutthaya, pocos kilómetros al norte de Bangkok, una visita que habría hecho Teresa Marsé, donde la fallera arquitectura religiosa budista alcanzaba esplendor y merecía respeto en su decadencia. Pero prefería las ruinas contemporáneas. Los palacios obsoletos de Montjuñc, construidos con motivo de la exposición internacional de 1929, o la estación termal de Kalitea, abandonada por las aguas calientes y los clientes en la costa nordeste de Rodas, o la almadraba de Sancti Petri, vacía como

un poblado sumergido, junto al mar, junto a Chiclana, junto al olvido. Y algo de ruina contemporánea tenía el ámbito de Pueblo Nuevo, donde tres generaciones de Daurella habían contribuido a que los españoles tuvieran sombra en verano y, más recientemente, piscinas de caucho desmontables, de todos los tamaños, desde la que permitía los cinco metros libres braceando con cuidado hasta la programada para que se mojara el culito cualquier benjamín de familia. Ni siquiera indispensable el jardín. Bastaba una terraza.

—Pues ahora vendemos más piscinas que toldos. Ya ve usted lo que son las cosas. Antes no. Antes era al revés.

¿Antes de qué? No se lo preguntó Carvalho. Antes de la nevada, probablemente, o antes del desfalco. Cuando la palabra desfalco salía de la boca de Carvalho, el viejo Daurella cerraba los ojos en la disposición de contener un dolor interior.

—Me están robando. Nos están robando.

Habían sido las primeras palabras de Daurella, sentado ante la mesa de despacho de Carvalho. Su mujer, la señora Mercé, había hecho personalmente un balance durante meses y meses, fin de semana tras fin de semana, en la torrecita que tenían los viejos en Vallirana. Había un inmenso hueco de seis millones de pesetas.

—Mi mujer sabe lo que se dice. No es una vieja chocha. "Hi toca. Hi toca" [Sabe lo que se hace].

Insistía el señor Daurella en catalán.

—Fue una de las primeras mujeres tenedoras de libros que salieron de la academia Cots. Antes de la guerra, ya lo creo. Es que mi suegro era un hombre de ideas y quiso que la Mercé estudiara como un hombre. Mi suegro era de Estat Catalá, muy de la ceba [Muy catalanista (muy de la cebolla)], mucho.

Y el señor Daurella había ido alentando a su mujer, fin de semana tras fin de semana, a que revisara las cuentas que hacían los chicos, y sobre todo Jordi y su cuñada la holandesa.

—Ya los puse a los dos para evitar un mal pensamiento, ¿sabe? Un mal pensamiento lo tiene cualquiera.

Faltaban seis millones en las cuentas de la Mercé y el señor Daurella reunió a la familia. Hubo un rechace general a la sospecha de los padres y tanto Jordi como la holandesa reclamaron una revisión de cuentas a cargo de un intendente mercantil. El intendente no hizo más que ratificar el balance de la señora Mercé, una de las primeras tenedoras de libros de la academia Cots de la Ronda, y quedarse extasiado ante la pulcritud de los preciosos números de la vieja, de su uso del lápiz rojo y azul, marca Hispania, que la señora Mercé había conservado durante años.

—Me parece que lo compré en los almacenes Alemanes.

Los almacenes Alemanes no se llamaban Alemanes desde la guerra, pero el lápiz sin duda había sido comprado en los almacenes Alemanes y había servido para demostrar que había un desfalco de seis millones.

—¿Alguien de la familia?

Preguntó respondió Daurella a la pregunta respuesta de Carvalho.

—Imposible.

Dijo con los labios, pero no con los ojos, y día tras día fue informando a Carvalho de las virtudes y los vicios de sus hijos carnales y políticos. Jordi no tenía vicios. Era como él, pero estaba amargado y no sabía por qué. La holandesa fumaba como un carretero. Ausiás era poeta y macrobiótico.

—El marido de la Esperança, el Pau, o mejor dicho, Pablo como dicen ustedes en castellano, pues ése se lo gasta todo en jerseys y zapatos. Los jerseys se los compra en Londres y los zapatos en Roma. Los demás son gente corriente. Del montón, pero trabajadores, eso sí. Porque si no fueran trabajadores, no durarían ni cinco minutos en esta casa.

Enterarse de los vicios y las virtudes reales de los Daurella le había costado a Carvalho tres semanas de trabajo regular, como si contagiado por el espíritu del viejo se hubiera comprometido a trabajar las horas laborables de cada día. Jordi se entendía con su cuñada la holandesa; por parte de él existía una disposición pasional alimentada por la frialdad de su propia esposa, coleccionista de años y objetos de consumo. Ausiás o lo ignoraba o consideraba inútil crearse un problema alternativo al del sobrevivir sin demasiadas ganas en un mundo que limitaba al norte con el almacén de sus padres y al sur con el huerto donde cultivaba los productos básicos de su alimentación. Las chicas Daurella eran trabajadoras, limpias y honradas, y en cuanto a los yernos el responsable del almacén era un ser opaco los días de cada día y oscuro los fines de semana, porque los días laborables los dedicaba al trabajo y los festivos a pasar películas de dieciséis milímetros de una colección de maniático; el otro yerno, Pau, fue el que dio menos trabajo a Carvalho. Conocían su firma de recibos VISA en los establecimientos de relax de toda Barcelona y cuatro porteros de sendos bingos se quitaban la gorra a su paso mientras musitaban irónicamente un sorprendido y alegre:

—Señor Pau, ¿usted por aquí? A ver si hay suerte.

Durante unos meses había mantenido a una viuda en un piso amueblado alquilado en el Valle de Hebrón y aprovechaba los viajes de inspección de las delegaciones de toda España para desviar el avión de vez en cuando y acudir como las mariposas a las luminarias turísticas más televisadas: Costa del Sol, Puerto de la Cruz, y hasta Casablanca había llegado, en un vuelo compartido con la hija del representante de Toldos y Piscinas Daurella, S. A. en Sevilla. Carvalho lo sabía todo sobre Pablo, consorte Daurella, y saberlo todo significaba que era él quien se había quedado los seis millones a lo largo de seis años de compartir la morenez de los Daurella, él, hijo de un abogado de la Diagonal, tres años de Derecho, figura estelar de la tuna entre mil novecientos sesenta y siete y mil novecientos setenta, camello de kifi en mil novecientos setenta y uno, siete meses en la cárcel de Algeciras hasta que su padre le sacó utilizando la influencia de una hermana monja, y luego la boda con la chica Daurella, cuatro años mayor que él y con los pezones demasiado morados para su gusto, según había comentado en un club de relax donde ejercía de madame "la Andaluza", veterana amiga de Charo y de Pepe.

—Y es que un hombre que va hablando de cómo los tiene su mujer cuando está en la cama con otra, ni es hombre ni es nada.

Sancionó "la Andaluza". Carvalho dejó la carpeta sobre la mesa del despacho y no se dio por enterado de que el viejo había achicado los ojos y no se los quitaba de encima, como si fueran puntas de barrenas dispuestas a taladrarle. Se sentó frente a la mesa, dejó pasar algunos segundos, relajó músculos y esqueleto entregándose al sillón.

—¿Y bien?

—Ya está.

—¿Quién?

¿De qué escuela interpretativa era el viejo Daurella? No hay ser humano que no recurra a un modelo interpretativo dominante, sobre todo cuando le toca vivir situaciones anormales que hasta entonces sólo ha visto en el teatro, en el cine, en la televisión o quizá leído en las novelas. Por su edad el viejo Daurella podía elegir entre el modelo Lee J. Cobb de padre violento ante la traición de los hijos o el de John Gielgud de padre siempre más inteligente que los hijos o el de Fredrich March de padre frustrador y frustrado en "La muerte de un viajante". Pero como si la historia del cine y la televisión hubiera pasado en balde, Daurella recurría al drama social catalán de entreguerras y se llevaba la mano a la cara como borrándose las facciones mientras musitaba "Déu meu, Déu meu" [¡Dios mío! ¡Dios mío!] y perdía los ojos en el infinito para devolverlos de vez en cuando sobre Carvalho y comprobar el efecto que provocaba su desesperación.

—¿Ha sido Jordi?

—No.

Suspiro de alivio porque no había sido el "hereu".

—¿Alguno de mis hijos?

—No.

Sobre el rostro de Daurella apareció la complacencia racial. Había sido por lo tanto un extraño a su sangre.

—¿Pau?

—Pau.

—Me lo decía el corazón.

Y como los viejos rapsodas que levantaban la mano en el aire cuando decían cielo, Daurella se llevó la mano al corazón. Carvalho había redactado un informe sobre las andanzas de Pablo, del que sólo había omitido el despectivo comentario sobre el color de los pezones de su mujer, y le señaló la carpeta al viejo para que la abriera. Tal vez fuera espontáneo el temblor, pero la voluntad de hacerlo más ostensible hacía que Daurella lo iniciara en los codos y en sentido descendente, cuando lo más lógico, pensó Carvalho, es que el temblor parezca que baje de las manos hacia los codos. el propio Carvalho hizo el ademán de temblar y dudó de la certeza de lo que había pensado, aunque ensayaba disimuladamente para que Daurella no pudiera creer que se burlaba de él.

—Pocavergonya! [¡Sinvergüenza!].

Exclamó el viejo mediada la lectura. Debía haber llegado al fragmento del viaje a Casablanca.

—Con la hija de un representante. Poner en peligro una plaza tan importante como la de Sevilla. ¿Sabe usted cuántas piscinas dodecagonales hemos colocado este verano en la zona de Sevilla?

—Ni idea.

—Cincuenta. Y eso que no tienen agua.

Increíble. Increíble, decía de vez en cuando Daurella, y cuando llegó al fin del informe, golpeó la mesa con las palmas de las manos abiertas.

—Hay que cortar por lo sano. La manzana podrida puede estropear un saco lleno de manzanas. ¿Qué haría usted en mi lugar? Por lo que usted dice el dinero lo ha ido escamoteando falsificando los gastos de asistencia a las delegaciones; por lo tanto, de hacerse público esto se enterarían todas las delegaciones y el prestigio de Toldos y Piscinas Daurella, S. A. se iría a hacer puñetas, hablando vulgarmente.

No tan vulgarmente, pensó Carvalho. Podía haber dicho a la mierda, a tomar por culo, al carajo, y en cambio había optado por un discreto a hacer puñetas que no llegaba a la asepsia del hacer gárgaras, pero se le parecía bastante.

—Hay que cortar por lo sano. Mi Jordi no está aquí porque ha ido a Francia a tratar con los fabricantes, pero llega esta noche, y de mañana no pasa que tengamos una reunión y cantemos las cuarenta. Cuento con usted.

—Mi trabajo ha terminado.

—Pero le ruego que mañana asista a la reunión en la que pienso poner las cartas sobre la mesa. Lo siento por la Esperança, porque es una buena chica y más blanda que un higo, y lo siento por mis nietos, pero este sinvergüenza necesita un escarmiento. ¡Sinvergüenza! ¡Más que sinvergüenza! Yo que le saqué de la calle sin oficio ni beneficio e hice de él un hombre de provecho, y ganándose bien la vida como se la gana y con una mujer joven y de buen ver, ¿qué necesidad tiene de ir por ahí haciendo el pendón?

Tantas preguntas, tantas respuestas. A Carvalho le costaba ponerse en pie, pedir el dinero, despedirse de Daurella o anunciar que sí, que asistiría al último acto de la tragicomedia al día siguiente, y le costaba porque la pauta rutinaria del trabajo se había apoderado de él y sabía que echaría de menos la plática con el viejo, de buena mañana, el deambular por aquel desorden de hangares y espacios libres para la naturaleza heroica, aquella belleza de estación abandonada que conservaban los más viejos almacenes de Pueblo Nuevo. Y al preguntarse el porqué de la nostalgia presentida, la memoria le suministró una serie de imágenes rotas, parecidos desguaces, parecidas ruinas, vistas y no vistas en fotos fijas de su infancia. ¿No fue una verbena en un almacén de la Letona donde ejercía de guardián nocturno un pariente lejano? ¿O un viejo astillero de Badalona donde el primo Nicolás de Cartagena era calafate? ¿O un almacén de hierros junto al puente de Marina? Empujó los fragmentos de fotografía al pozo del olvido y se levantó decidido a romper el encantamiento.

—Vendré mañana. A cobrar y a presenciar el juicio final.

—Mañana verá usted lo que es bueno. Lo consultaré con la Mercé y con la almohada, pero mire, mire usted cómo me hierve la sangre.

Y le tendía los antebrazos venosos, blancos, pecosos, que le salían de la camisa arremangada, no londinense, no italiana, camisa comprada por la Mercé en las rebajas del Corte Inglés.

"El crimen de la botella de champán", titulaba "El Periódico", y Carvalho saltó de línea en línea en busca de la marca de la botella empleada para el

asesinato. Ni rastro. No es lo mismo que a uno le maten con un Codorniu Gran Cremant que con un Brut Nature Torelló, con un Juvé y Camps Reserva Familiar o con un Martí Solé Nature. Podía darse el caso de que el titular fuera realmente preciso y el asesinato hubiera sido cometido con una botella de champán francés, pero incluso de producirse esta circunstancia ¿es lo mismo un asesinato a base de Mo6t Chandon que un asesinato perpetrado con un Krugg o un Rollinger? La víctima había tenido una larga agonía entre el momento de la agresión y el descubrimiento del cadáver a cargo de la asistenta a las nueve de la mañana. La policía no quería precisar la hora del asesinato y el periodista se extendía en consideraciones sobre las coartadas de los compañeros de fiesta de la asesinada, Celia Mataix Cervera. La testigo retenida, Marta Miguel, había sido puesta en libertad tras una noche de permanencia en la comisaría. Era la última persona que había visto con la cabeza sana a Celia Mataix. Carvalho se dijo que era imposible precisar la hora exacta del golpe en un caso de agonía prolongada y que un margen de media hora bastaba para hacer buena o mala una coartada. La foto de la muerta permitía degustar una belleza rubia romántica, de lujo, con el adolescente subido a pesar de que el carnet de identidad marcaba la hora de los cuarenta años. Cuando apartó el periódico, la imagen de Celia seguía en los ojos de Carvalho y la fabulación de un posible encuentro en el pasado le acompañó Ramblas arriba. Era una mujer a la que sin duda le habían sentado bien los jerseys algo sueltos y las faldas acampanadas para crear la música del movimiento de un cuerpo elástico, y el descenso de los cabellos sobre el pecho y el gesto de retirárselos con el vuelo de una mano pequeña y llena de partes, es decir, una mano con las partes muy bien delimitadas, manos sensibles decían los novelistas antaño para evitarse el describirlas. Si se la hubiera encontrado en el Boadas, por ejemplo, tomando un "cóctel" y sola, la conversación habría nacido con cualquier pretexto, y luego las Ramblas, las confidencias primero irónicas, luego serias, los empujones con los ojos y las palabras, las agresividades previas a la desnudez del sexo. Muchacha de una noche o de toda una vida, pero inútil el establecimiento de una relación breve en aprovechamiento del impulso de la primera noche, inútil y nefasto porque borraría la sospecha de lo que pudo haber sido y no fue. También propicia muchacha para despedidas en las estaciones y en los puertos, jamás en los aeropuertos. En los aeropuertos debería estar prohibido despedirse, es como decirse adiós en una farmacia moderna o en la sección de detergentes de un supermercado aneonado. Quizá habrían podido casarse y vivir en una cabaña playera, de playa larga, californiana a ser posible, abstenerse presentar sucedáneos, exija la etiqueta de garantía. ¿Envejecer con ella? Un latigazo de ridículo rompió la imagen construida en el cristal de la fábula y, entre íntimos ruidos de cristales rotos, Carvalho se decantó bruscamente hacia la izquierda en busca del mercado de la Boquería. No tenía claro el menú, pero sí que aquélla era una noche para cocinarla y para dar a alguien la sorpresa de una invitación. Quizá a Charo si se portaba bien y no le recriminaba el poco caso que le estaba haciendo últimamente. Compró tres lonchas de salmón ahumado en la charcutería de la esquina al pasillo superior de acceso al mercado y en una tocinería se hizo cortar tajadas regulares de carne magra de cerdo y tantas lonchas de jamón del país como pedazos de carne. Tan parca compra no llenaba el vacío que le había dejado en el corazón la evidencia de que Celia Mataix y él no envejecerían juntos y decidió comprar o unos zapatos o un jamón. Hora extrema para los zapatos y en cambio aún llegaría a tiempo de comprar un jamón bien escogido en el colmado Pérez de la calle del Hospital, jamón de frontera entre Huelva y Extremadura que el dueño del colmado sabía catar con la vista. De

paso, jamón a cuestas, examinaría el final de las obras de la plaza del Padró, la milagrosa restitución de la plaza a la geometría de su infancia. Mutilada para dejar paso a la barbarie automovilística, de pronto los ángeles justicieros de la democracia se habían apiadado de la honda melancolía de Carvalho y habían ganado espacio a los viales, habían vuelto a adosar la plaza a la base de la capilla románica y de los viejos caserones que unen las calles del Hospital y del Carmen, habían creado promesa del arbolado naciente de alcorques, redondos como las galletas de los mantecados lúdicos de los años cuarenta. Primero el jamón y luego la moral, se dijo Carvalho, y pegó la hebra con el tendero sobre los mitos y los hechos en la geografía jamonera de España.

—No hay bastantes bellotas en el mundo para tanto jamón de bellota como se pretende vender. Pero en Huelva hay una mina de buen jamón, y no sólo los jabugos; también los corteganas y Cumbres Mayores. Hay alguna zona donde se da buen jamón anónimo, como aún se encuentra por los alrededores de Ronda.

—Uno de estos sábados me voy a acercar a un pueblo situado entre Marbella y Ronda donde me han asegurado que hay un excelente jamón.

El tendero miró a Carvalho con prevención.

—Que soy muy capaz de hacerlo. El pueblo se llama Montejaque.

—Ya me dirá qué tal le sale, porque como le guste igual me voy para allí a echar un vistazo.

Escogió el tendero un jamoncillo con pátina de bueno y le clavó la cala para luego dárselo a oler a Carvalho. De hueso de jamón tenía que ser el pinchaaromas de jamones nobles criados para el hombre y no para los devoradores de proteínas, vengan de donde vengan. Con estas consideraciones filosóficas y jamón a cuestas, cruzó Carvalho la calle del Hospital, recorrió la acera de la derecha, se detuvo como siempre ante la ortopedia y el cuchillero, mágicos establecimientos, y salió al esplendor recuperado de la plaza del Padró, ágora del barrio, con la Semana Trágica por delante en la quema del convento de las Jerónimas, sustituido por la modernista iglesia del Carmen actual y una capilla románica disfrazada de estanco y sastrería durante siglos, adosados sus lomos al antiguo hospital de San Lázaro, luego lavadero público para compensar la mucha lepra que se había podrido entre sus muros. La plaza del Padró olía a infancia y a otoño, intrépidos sus alcorques recién abiertos, vieja la fuente trasladada a la proa, con sus carotas de piedra carcomida por la humedad y las miradas impresionadas de los niños, sobrecogidos ante el misterio de las cabezas de piedra de las que manaba el agua y, arriba, una santa Eulalia franquista, reentronizada bajo el franquismo como acto de desagravio al descendimiento perpetrado por los anarquistas durante la guerra civil. Carvalho tenía el pecho lleno de gratitud y se sintió solidario con los pobladores de la plaza. Un metro que se recuperara de una acera, de una plaza, era inmediatamente ocupado por niños, viejos y perros, los tres mejores tipos de animales domésticos que existen, porque Carvalho siempre había considerado a los gatos ariscos invitados de paso y a los canarios prisioneros de la peligrosa piedad de los hombres. No era la mejor hora para llamar a Charo, que empezaba a recibir a sus clientes concertados por teléfono, aunque era preciso comunicarle que necesitaba telefonearla y restablecer la cadena invisible que los ligaba.

—Estás muy ocupada.

—¿Ocupada? ¿En qué? ¿Tú has visto las páginas de los diarios? Hay tanto puterío que se va a acabar el paro. ¿Qué mosca te ha picado que me has llamado?

—Haré cena, y si te animas te espero en Vallvidrera.

—No estoy de humor.

—No hay nada como contagiar el mal humor a los demás.

—Eso es verdad. Igual me acerco. ¿Sigues lo mismo que la última vez que te vi?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Es que ya no me acuerdo de cuándo fue.

—Diez días.

—Once.

La conversación era previsible, tan previsible que Carvalho pasó de largo ante la cabina y sintió de pronto una nueva vergüenza, la de llevar un jamón, un obsceno jamón aromatizado por bellotas, el resultado de una atávica artesanía de la conservación en la era de los langostinos congelados y las hamburguesas de fiberglass, y cuando volvió la vista para llevarse una impresión de conjunto de la nueva vieja plaza del Padró, sintió una cólera profunda porque se la habían devuelto tarde.

Detuvo el coche ante la casa del gestor Fuster. Pulsó el timbre y Fuster apareció segundos después en la terraza, acentuado su aire frailuno por el batín.

—Spaghetti a la Annalisa y saltimboca a la romana.

Gritó Carvalho desde la calle.

—Sólo te acuerdas del electorado cuando hay elecciones. Pareces un político. ¿Vino?

—Un chianti, reserva del 76.

Fuster meditó y opuso.

—Aún me debes el segundo plazo de la declaración de renta. No considero la cena como un sustituto del pago. ¿Encenderás la chimenea?

—Eso está hecho.

—¿Quemarás un libro?

—Naturalmente.

—Festival Carvalho completo. Entonces voy. Te doy una hora para que empieces a guisar. Yo te obsequiaré con un frasco de trufas de Villores al coñac y un tarro de lomo en adobo, flaons y unas alpargatas.

—¿Todo de Villores?

—Absolutamente todo. No va a ser de Trípoli. A ver si estás a la altura de mis regalos.

Carvalho ni siquiera perdió tiempo vaciando el buzón. Toda la correspondencia eran anuncios de cosas que nunca compraría y estados de cuenta bancaria y de la Caja de Ahorros que le ponían de mal humor porque siempre tenía menos dinero del que esperaba. La perspectiva de una vejez sin

dinero suficiente como para que alguien le limpiara el culo si era necesario le indignaba, porque le indignaba tener miedo y sobre todo de sí mismo. Subió de la despensa hasta la cocina una pulcra caja de cartón de la que sacó un electrodoméstico ambiguo que igual podría ser una picadora de carne o una destiladora portátil de ambrosía. Pero en realidad era una máquina de hacer pasta italiana, por el simple procedimiento de meterle harina y agua o huevo por un pasadizo de plástico trasparente, poner el filtro según el tipo de pasta apetecida y esperar a que salieran las tiernas criaturas, y al adquirir la longitud deseada un cuchillo bien afilado para irlas cortando y darles la belleza de la regularidad. Pasarse de agua o huevo podía significar una catástrofe y Carvalho comprobó la exactitud del medidor como si en ello fuera la salvación de un pueblo escogido. La máquina empezó a girar y a quejarse y cuando la pasta estuvo correctamente amasada, Carvalho retiró la compuerta de la esclusa y el glaciar de pasta pasó al pasillo de salida impulsado por un émbolo en espiral que la enfrentó a la evidencia del filtro, a la fatalidad de la forma, sin respetar su voluntad de ser tagliatelle, spaghetti, lasagna, spaghettini o macarrones. Carvalho la esperaba con el cuchillo a punto y en cuanto los gusanillos tiernos alcanzaron la estatura de cuarenta centímetros los rebanó y cayeron agónicos en una fuente de duralex donde aún se permitieron algún retorcimiento antes de adquirir el rigor mortis que suelen tener todos los spaghettis tiernos o cocidos, a la espera del próximo genocidio perpetrado por Carvalho contra la cascada de gusanillos tenaces que volvía a salir del filtro prodigioso. El cuchillo en una mano y la otra palpando el montón de spaghettis que se iba formando, Carvalho experimentaba una emoción que él suponía similar a la de Dios cuando hizo evolucionar al rape y lo convirtió en el primate del que saldría el hombre. Harina y agua y el prodigio de una mutación infravalorada por la banalidad que el uso había otorgado a la palabra spaghetti, pero si estos maravillosos filamentos de textura mágica tuvieran un nombre alemán, griego o latino, los tres idiomas no banalizables, serían apreciados como se merecían y dispondrían de un lugar de honor en cualquier Museo del Hombre. Cubrió la pasta con un paño y salió al jardín en busca de las hojas de salvia fresca, indispensable para el saltimboca y de las de basilico que cultivaba en una maceta para los platos de pasta. La mata de basilico se estaba secando cumplido su cielo vital, y Carvalho se despidió de ella hasta la próxima primavera. Mientras tanto utilizaría el basilico secado al sol y triturado. Empezó por guisar la saltimboca. Tajada de carne, hoja de salvia, loncha de jamón y un mondadientes para unir los tres elementos y así hasta catorce cuerpecitos entablillados que debían freírse instantes antes de sentarse a la mesa. Tampoco era laboriosa la preparación de los spaghettis. Picó cebolla, la hizo traslúcida rehogándola en mantequilla, apartó la sartén del fuego y vertió su contenido en un cuenco. Por separado batió nata líquida muy fría hasta espesarla y la fue añadiendo a la mantequilla y la cebolla. Luego picó el salmón en trocitos lo suficientemente grandes como para ser detectada su textura por la lengua y los mezcló con la salsa a la que finalmente añadió basilico trinchado. Ya estaba todo preparado a la espera de Fuster, que llegó cargado con sus regalos y señaló imperativamente la chimenea apagada, olisqueó el vino y puso la mesa mientras Carvalho buscaba en la biblioteca el libro que iba a servir de combustible base para la fogata. Eligió un libro de versos de Justo Jorge Padrón y un pequeño librito con dos piezas teatrales de Beckett, "La última cinta" y "Acto sin palabras". Fuster examinó los libros antes de que Carvalho los desguazara y quemara.

—¿Por qué?

—Ante todo porque son libros y luego porque sí.

—¿Los has leído?

—Hace años. Cuando leía.

—¿Quién es Justo Jorge Padrón?

—Un poeta hispanosueco que tradujo a Vicente Aleixandre al canario y se hizo famoso.

—¿Por qué quemas el otro?

—No he nacido para crítico literario. Digamos que lo quemo porque me gustó en su tiempo y porque a medida que me hago viejo me da miedo sentir algún día la tentación de volver a leerlo.

Fuster selecciona un párrafo de La última cinta y lee con grandilocuencia cómica:

—"Quizá mis mejores años han pasado. Cuando tenía alguna probabilidad de ser feliz. Pero ya no deseo más probabilidades. Y menos ahora que tengo ese fuego en mí. No, no deseo más probabilidades. (Krapp permanece inmóvil, con los ojos fijos en el vacío. El carrete continúa rodando en silencio").

Entregó el libro a Carvalho como el aduanero receloso que devuelve el pasaporte a un turista bajo sospecha. Carvalho apiló la leña y dejó un hueco en la base para introducir las hojas de los librillos destrozados. Prendió fuego al papel y la llamarada subió como un crescendo de luz y sonido que les hipnotizó durante unos segundos, hasta que Carvalho marchó hacia la cocina y Fuster se dispuso a poner la mesa.

Lanzó Carvalho los spaghettis en el agua bulliente y salada y mientras se cocían empezó a freír la saltimboca. Puso en marcha el horno para que en su momento conservara la temperatura de la carne y probó un spaghetti. Los dientes lo cortaron sin aplastarlo y el paladar notó la textura de la harina en el momento de robarle el aroma del cereal. Estaban a punto. Tiró el agua caliente y añadió a la salsa dos yemas de huevo que batió con todo lo demás. Vertió la salsa sobre los spaghettis humeantes y con una cuchara y un tenedor subió y bajó los filamentos como cabelleras untuosas que se iban impregnando del alma marfileña de la salsa. Fuster abrió las botellas de vino, cerró los ojos para que las narices tuvieran una mayor posibilidad de aspirar el aroma del plato.

—¡Porca miseria!

Fuster se lanzó a cantar la romanza del "Cosí fan tutte".

—Pon algún disco que vaya bien al menú.

Carvalho puso "Veles e vents", un poema de Ausiás March musicado por Raimon.

—Acertadísimo. La simbología del mar y de los vientos, el riesgo del destino, no hay nada tan apropiado como estos spaghettis a la... ¿Cómo dices que se llaman?

—A la Annalisa. Es una denominación mucho más determinante que la de: "a la buena mujer", por ejemplo.

—Jamás he comido un plato hecho "a la mala mujer".

—Las malas mujeres no cocinan.

Fuster paladeaba los spaghettis y concentraba pensamiento y paladar en busca de la sanción más justa.

—Nórdicos y mediterráneos.

Dijo finalmente y al no merecer respuesta de Carvalho decidió lanzarse sobre la saltimboca antes de que enfriara.

—Tiene un toque de limón poco ortodoxo.

—Sobre el fondo que ha dejado la fritura echo el zumo de medio limón y luego vierto esta leve salsa caliente sobre la carne.

—Maravilloso, ocurrente, breve. Un plato mediterráneo y genial.

—Comida de putas, le llaman en Roma.

—¿Por qué?

—Porque se hace en seguida.

—¿Y sobre el origen de los spaghetti Annalisa qué puedes decirme?

Carvalho terminó su tercera porción de saltimboca, bebió media copa de vino sólido, ahuevado en su aroma final, chasqueó la lengua y lanzó sobre Fuster una mirada de encantador de serpiente.

—Sobre el origen de este plato, nada puedo decirte. Pero lleva el nombre de spaghetti Annalisa y me imagino que la misma duplicidad del nombre traduce la duplicidad de un plato en el que la elementalidad de la cocina del sur se mezcla con la invasión vikinga de salmones ahumados y cremas de leche.

—Los vikingos llegaron hasta las costas de Italia.

—Aún no habían llegado los spaghetti.

—¿Llegaron antes los vikingos que los spaghetti?

—Sin duda.

—Y antes que los vikingos llegaron los salmones. La memoria de los salmones indica que son peces anteriores a la existencia humana y que remontan los ríos en busca del lugar de origen. En cualquier caso la tal Annalisa ha hecho una síntesis norte sur y nos ha dejado un enigma histórico: ¿qué fue primero, el vikingo o el salmón ahumado? Por otra parte hay aportaciones italianas como el basilico y una señal norteña, la de la crema de leche, los platos con crema de leche son de países lluviosos y por lo tanto con pastos y por lo tanto con muchas vacas y por lo tanto con la posibilidad de hacer muchas cosas con la leche, en vez de bebérsela de una manera primate, como siempre hemos hecho nosotros, españoles de mierda, de secano, siempre con sed y con pocos pastos y con pocas vacas y con poca leche.

—Desde que se murió Franco hay más crema de leche en los supermercados.

—Lo había observado.

—¿Qué tenía Franco contra la crema de leche?

—No lo sé. El Caudillo era muy reservado. Pero sin duda desde que se murió esto se ha llenado de socialistas y crema de leche.

—¿Dónde estaban antes los socialistas y la crema de leche?

—Hay que averiguarlo.

—La verdad es que me importa un pimiento.

Estaba contento Fuster porque, dijo, se trata de una cena ligera y no de esos escándalos dietéticos que a ti se te ocurre hacer a las tres de la madrugada. Sea escándalo dietético o no, tú igual vienes. La carne es débil, aceptó Fuster antes de lanzarse sobre la segunda botella de chianti. Las catorce saltimbocas fueron desapareciendo en las pausas de una conversación que Fuster llevaba hacia el terreno de la música y Carvalho hacia el de la nada. El reto de Fuster: sorpréndeme con un postre adecuado, hizo sonreír a Carvalho que se fue en busca de un Gorgonzola que desmontó la penúltima resistencia del gestor y mientras Fuster exponía su sabiduría empírica sobre el punto exacto del Gorgonzola en relación con el punto del Roquefort o del Cabrales, Carvalho viajaba por un espacio lleno de imágenes rotas de jamón, plaza del Padró, una acacia de Toldos y Piscinas Daurella, S.A., una botella de champán rompiéndose contra una cabeza, Charo paseando impaciente a la espera de su llamada telefónica, Biscuter en su cocinilla, las serpientes ahumadas colgando en los tenderetes del mercado de Bangkok y aquel aroma a perejil rizado que inundaba la ciudad, del perejil al basilico y del basilico a aquella situación irracional que transcurría ante él, una cena de comunicación en la que cada loco había traído su tema y la solidaridad profunda estaba condicionada por un encuentro por separado en la comunión de los sabores.

—Las elecciones están al caer.

Dijo Fuster sin que Carvalho estuviera al tanto para saber de dónde venía aquel fragmento de monólogo.

—Es curioso. La democracia se resume en votar y pagar impuestos. La democracia avanzada. Votas para elegir una política y pagas para garantizar el orden o el desorden social, según los gustos. No se te olvide mandarme el talón del segundo plazo.

—Pagar los impuestos me quita el poco humor que tengo. Pago para que no haya sorpresas. Ya sólo pueden sorprenderte los restaurantes nuevos y la gente que está al frente de los restaurantes nuevos. Un abogado mío, Víctor Sen, ha montado un restaurante que se llama Sukursaal y en el que ahora está ensayando cocina de Lyon.

—Antes los restaurantes los ponían los cocineros y ahora los ponen los comensales. No hay ni un restaurante nuevo que no haya salido del sueño de un comensal, de lo que quería comer el comensal.

—En el Sukursaal tienen un carpaccio excelente.

—El carpaccio depende de la clase del buey y del corte.

—Por tu boca habla la verdad.

—Y no hay buey como el de Villores. Si quieres encargo un buey entero y te doy un cuarto que tú te troceas a tu gusto.

—¿Tú harías eso por mí?

Fuster quitó importancia a su generosidad.

—¿Ya tienes sitio donde meter un cuarto de buey?

—Compraré un congelador.

—¿Tienes dónde meterlo?

—Me compraré una casa nueva.

—Todo se interrelaciona.

Convino Fuster filosóficamente y aceptó el orujo del Bierzo helado que le ofreció Carvalho.

—Piérdete en el Bierzo un día, Enric. Es una región mágica que a veces desaparece sin que nadie se dé cuenta.

Sonó el timbre de la puerta. Carvalho se asomó a la ventana y la vio allí, abajo, pequeña, frágil, apenas iluminada por el farol de la carretera, mirando hacia arriba para que la aparición de Carvalho le confirmara la certeza de las luces encendidas. Carvalho pulsó el abridor automático y ella corrió escaleras arriba perseguida por el chirimiri. Carvalho volvió a la mesa y se dejó caer en la silla.

—¿Quién era?

—Charo.

—Qué bestias. Nos lo hemos acabado todo.

—No viene a cenar.

—Me voy a ir. Tengo trabajo atrasado.

—Tranquilo. Es preferible que te quedes.

Charo desembocó en el comedor como un río turbulento pero se contuvo ante la compañía de Carvalho y hasta consiguió dedicar a Fuster una sonrisa sustituida por la desesperada cólera con la que cargó contra Carvalho.

—¿Estás mal de dinero?

Le temblaba la barbilla, se le escapaba la sonrisa por los agujeros de los ojos tristes.

—No. ¿Por qué?

—Mi madre decía que donde comen dos comen tres.

—Se me ha ocurrido de repente. Y pensaba que tendrías trabajo.

—Otras veces no has pensado tanto.

Carvalho le ofreció lo que quedaba del Gorgonzola.

—Te lo guardas. Para el bocadillo de mañana.

Y salió Charo en busca del cuarto de baño, pero el sollozo se le quebró por el camino y sólo lo tapó el golpe de la puerta al cerrarse tras ella. Carvalho miró a Fuster y enarcó las cejas. Fuster bebió el vino que le quedaba en la copa e hizo ademán de levantarse.

—Si no te vas saco un oporto de doce años auténtico.

—Pepe, eso no se le hace a un buen vecino.

—Si tienes paciencia estallará la tormenta y luego nos tomaremos el oporto los tres.

Trajo Carvalho la botella de Fonseca doce años y Fuster la contempló arrobado.

—El mundo debe a los ingleses el amor a los perros, al jerez, al oporto y a los rododendros.

Fuster examinaba el color del vino poniendo la copa a contraluz y por el rabillo del ojo vio acercarse a Charo, despacio, como tratando de ganar tiempo para recomponer el gesto después de la llantina.

—Ven, Charo, mira qué maravilla de color.

Cara llorona, sonrisa amontonada sobre el maquillaje base de la tristeza.

—Pasarían cien años, volvería una noche a Vallvidrera y os encontraría a ti y a éste mirando el color de un vino o hablando de un plato raro. Ya puede hundirse el mundo ya, que como vosotros tengáis una receta nueva os pillará guisando.

—"Bebamus mea Lesbia atque amemus". Ahora bebe, Charo, y a las penas puñaladas, como dicen los clásicos.

—Eso lo decía mi madre, no los clásicos. Decía: "A las penas puñalás".

—Tu madre era un clásico.

—Anda ya.

Carvalho contemplaba el ir y venir de la conversación, desganada en Charo, voluntarista en Fuster. Llenó una copa de oporto y se la tendió a Charo. La cogió ella sin mirarle y lo probó. Parecía más delgada que once días atrás, más alta su garganta de muchacha, más profundas sus arrugas en torno a los ojos, más trasparente la piel de las sienes, de los párpados, una película de humedad en los ojos enrojecidos, poquedad en el gesto de animal vencido por internas calamidades. Le irritó la sensación de piedad qué le crecía y se levantó de la mesa para tumbarse en el sofá y contemplar desde allí el fuego en la chimenea y el diálogo entre Fuster y Charo. Fingía no percibir los reojos que la mujer le dirigía de vez en cuando, se adormiló y le despertó Fuster para despedirse, no le dio tiempo a levantarse y acompañarle hasta la puerta. Tenía ganas de irse y Carvalho se rindió a lo irremediable. Se quedó sentado, oyó el ruido de la puerta al cerrarse tras Fuster y se predispuso a la escena. Charo, sentada, con la copa entre las manos, falsamente ensimismada, en busca de la primera frase, y él agazapado, dispuesto a devolver golpe por golpe, diente por diente.

—A él le utilizas para cenar acompañado, ¿y a mí? No lavo tu ropa. No cuido tu casa. Tampoco cuido de tus hijos. Puedes pasarte semanas sin joder conmigo, ¿para qué me utilizas? O quizá te crees que gracias a ti no soy más puta de lo que soy, no soy una de esas arrastradas con chulo y miseria. ¿Para eso te sirvo? ¿Para la buena acción diaria?

No se merecía ni una réplica airada ni el desprecio de un mutis. Optó Carvalho por dejarse caer en el respaldo del sofá, corresponder a la angustia de Charo con la gravedad del rostro.

—Estoy cansada.

Dijo Charo y se echó a llorar. Yo también, pensó Carvalho, pero no lloró. Recordó entonces la conmoción emocional del viejo Daurella. Allá cada cual con su escuela de arte dramático. Charo no resistió más y acudió junto a él, se sentó a su lado, buscó el abrazo, quiso meterse en su pecho como si fuera una cueva y estuviera lloviendo fuera. Me das tu angustia y me la quedo. Soy tu banco de angustia, de miedo. Le acarició los cabellos y la dejó llorar.

Detuvo el coche junto a un quiosco. Los diarios de la mañana comentaban la próxima visita del Papa y las elecciones anticipadas en la imposibilidad, al parecer, de anticipar un papa y visitar las elecciones. Superman Woytila había sido el primer cargo supremo del cristianismo que llegaba a España, descontando al Papa Luna, papa ful, y a los apóstoles Santiago y Pablo, importantes, sí, pero sin una jerarquía precisa. Tras la divagación sugerida por la primera página,

Carvalho se fue en busca del caso de la botella de champán y leyó toda la información de arriba abajo antes de poner el coche en marcha y acudir a la cita de los Daurella. Poca información, como si el caso estuviera ya consumido y la noticia de una niña perdida en Ulldecona fuera más importante que la historia de la hermosa rubia rota. Pero en cambio había una fotografía de la víctima mucho mejor que la del día anterior y Carvalho examinó facción por facción aquella delicada combinación de rasgos suaves, románticos, dotados de esa languidez ingenua y erótica que tienen las mejores rubias. La policía había interrogado a su ex marido. También se insinuaba la posibilidad de un ajuste de cuentas, porque la rubia tenía en su casa un verdadero arsenal de anfetaminas. Carvalho paró el coche en un chaflán para anotar el nombre de cuatro protagonistas de la tragedia: Pepón Dalmases, el acompañante habitual, conocido en el mundo musical como uno de los hombres vinculados al nacimiento de la Nova Cançó; Alfonso Alfarrás, el marido, un arquitecto sin ocupación definida, aseguraba el periodista; Marta Miguel, la última que la vio con vida, profesora de universidad, y Rosa Donato, compañera de Celia Mataix al frente de una tienda de antigüedades. La que sigue sin explicarse el porqué mamá no vuelve es la pequeña Muriel, hija de Celia y Alfonso Alfarrás, que vive ajena al drama en casa de sus abuelos "maternos". Faltaban dieciocho años para acabar el siglo y aún quedaban niños que vivían "ajenos al drama" refugiados en casa de sus abuelos maternoss. Aún quedan abuelos. Y maternos. No quiso pavonearse ante sí mismo, pero trató de recordar el tiempo transcurrido entre los primeros escritos presocialistas denunciando el papel perpetuador del sistema que tenía la familia y la pequeña Muriel "ajena al drama" refugiada en casa de sus abuelos maternos. Maternos, se repetía una y otra vez Carvalho, como si le sorprendiera una cierta redundancia de fondo entre la condición de abuelos y maternos. ¿No basta con tener abuelos? ¿Además han de ser maternos? ¿o paternos? La hermosa rubia había dejado de tener abuelos. Celia. Muriel. Spaghetti a la Annalisa. Salmón y basilico. Si la niña se llamaba Muriel sería rubia como su madre. Aquella zona de Pueblo Nuevo era una retícula de agencias de transportes y sólo en las estribaciones, ya cerca del mar o de la Vía Meridiana, surgía el capricho de los almacenes dedicados a las mercancías caprichosas. Toldos y Piscinas Daurella, S.A. era un rótulo fresco, pintado con paciencia por un rotulista antiguo cuando los Daurella habían decidido añadir las piscinas de caucho a su negocio tradicional. El coche de Carvalho pasó bajo el rótulo y circuló por un camino asfaltado hacia la oficina prefabricada donde le esperaba el final del drama, la apoteosis a cargo del viejo dispuesto a amortizar la minuta de Carvalho asumiendo el primer papel: el rey Lear de Pueblo Nuevo señalando al hijo desagradecido que había traicionado su confianza.

El viejo no le defraudó. Ni un asistente ajeno a la familia. Mozos, mecánicos y oficinistas habían sido enviados a la trastienda oscura del negocio y toda la familia Daurella estaba allí con sus guardapolvos azules, menos Pablo, predestinado con su traje de entretiempo comprado en Londres y una corbata italiana. Dramáticos los rostros de Daurella y su mujer, agrupadas las hembras en torno de la madre y ellos en torno del padre. Pablo, dicharachero, juguetón con las palabras y las manos, llamando sabueso a Carvalho y guiñándole el ojo. Miradas que no se aguantan entre los hombres; en cambio, no necesitan mirarse las mujeres, llevan aprendido el oratorio y sólo esperan la entrada del maestro polifónico. El viejo Daurella se coloca detrás de la mesa y levanta las manos. La misa va a empezar. Hace una breve historia de lo ocurrido, elogia la tenacidad de la Mercé, su olfato, la sorpresa primero, la inquietud, la indignación final al

saber, gracias al "benemérito" señor Carvalho, "benemérito, benemérito", un adjetivo nuevo que le había caído sobre los hombros.

—Y en fin. Para qué seguir hablando. Faltan seis millones de pesetas...

La mirada del viejo recorrió uno por uno todos los rostros presentes y de pronto cayó como un picotazo sobre Pablo.

—Y esperamos que tú, Pablo, nos des una explicación.

Pablo miró a derecha e izquierda, luego detrás de sí, finalmente se miró a sí mismo.

—Pablo soy yo. O sea que es a mí.

—A ti, sí, Pablo, me dirijo. ¿Dónde están esos seis millones?

—Bueno... bueno... bueno...

A Pablo se le empezó a acabar la paciencia y avanzó hacia la mesa patriarcal.

—O sea que yo. Ya sabía que me iba a tocar a mí.

La mujer de Pablo hizo el ademán de ir hacia su marido, pero la vieja Mercé la contuvo con una mirada de secuestro.

—¡Pruebas! ¡Pruebas!

Daurella le tendió la carpeta que le había dado Carvalho el día anterior. Pablo la abrió con toda la sorna que pudo reunir en el rostro, ojeó los papeles primero con displicencia, luego con preocupación, finalmente cerró la carpeta, la arrojó sobre la mesa y volvió la espalda al patriarca.

—Números y más números. Yo no trabajo con números. Trabajo con contactos humanos.

—"Bandarra, més que bandarra"!

Le gritó el viejo y le tiró un bolígrafo. Un grito coral salió del rincón de las mujeres y la holandesa dijo algo parecido a que si se producían escenas de violencia física ella se iba. La señora Mercé creyó llegado el momento de intervenir, fue junto a su marido, le cogió las manos y le ofreció el pecho para su cabeza de anciano atribulado.

—¡Y le diré dónde están esos millones!

Se había vuelto de pronto el inculpado y señalaba furioso la carpeta que le acusaba.

—¡Están en el negocio! Todo me lo he gastado tratando de demostrar que esto no era un negocio de calderilla. ¿Cómo creen que se trabaja ahora, eh? ¿Yendo en tartana a ver a los clientes, como el padre del viudo Rius o como el señor Esteve? Ahora el negocio te ha de lucir y pobres de nosotros si nuestro crédito en toda España dependiera de esto...

Y al decir esto abarcó con la cabeza todo el ámbito de los almacenes Toldos y Piscinas Daurella, S.A. y a los Daurella incluidos.

—¿Cuánto cuesta una cena en La Hacienda, de Marbella, por ejemplo?

Le preguntó de pronto Pablo a su cuñado Jordi.

—Ni idea, claro. Treinta mil pesetas.

—¿Treinta mil pesetas? ¿Por una cena?

El viejo Daurella calculaba mentalmente la cantidad de pato con peras o de "escudelles amb carn d.olla" que se podía comprar con treinta mil pesetas.

—Y nada del otro mundo. Seis clientes. Una botella reserva Vega Sicilia. ¿Cuánto vale una botella Vega Sicilia Gran Reserva?

Preguntó Pablo de nuevo a su desconcertado cuñado Jordi.

—Veinticuatro o veinticinco mil pesetas.

Le informó Carvalho desde su rincón.

—Usted cállese que bastante lío ha armado.

Le espetó Pablo y le coreó su mujer.

—Sí, que se calle, porque vaya una ha armado.

Todas las mujeres miraban a Carvalho como si él hubiera hecho el desfalco.

—Una cena, pase. Treinta mil pesetas tiradas.

—No son tiradas, Pere. No son tiradas. Son para las relaciones públicas.

Le corrigió su mujer mientras le acariciaba la frente.

—"Tu també, Mercé?

—Ho ha fet amb bona intenció. Una mica alegrement, peró amb bona intenció" [Lo ha hecho con buena intención. Un poco alegremente pero con buena intención].

Fue el momento escogido por Esperança para lanzarse en brazos de su marido, pero Pablo la rechazó.

—Aparta. Vete con tus padres. Me habéis calumniado porque no soy de los vuestros. Siempre me habéis tratado como a un extraño.

—Eso sí que no, Pau, ¿eh? Eso sí que no.

Exclamó el viejo Daurella.

—Y yo mientras tanto dando la cara por el negocio. Ustedes se creen que todo consiste en abrir la puerta a las ocho de la mañana y cerrarla a las tantas de la noche y venga a cargar camiones. ¿Y los pedidos? ¿Ustedes saben lo que es vender en España, hoy, con la crisis que hay? ¡Seis millones! ¿Cuánto hemos facturado este año? ¿Cuántos cientos de millones? Me he pateado España cien veces en un año para que venga un don nadie, haga las cuentas de la abuela y, para cobrar una buena minuta, diga: ése, ése es el culpable.

—¡Vámonos de esta casa!

Gritó histérica la Esperança, Esperanceta, como la llamaba su padre, morenita como su padre, una morenita de cuarenta años.

—¡No volveréis a ver a los niños!

Exclamó la Esperanceta cogiendo la mano de su marido y tirando de él. Las manos del viejo trataban de contener a distancia la fuga de la hija, el rapto de los nietos, y en su desesperación miraba a Carvalho, riñéndole por el lío en que le había metido, y a su mujer en espera de una salida airosa. Carvalho ya tenía bastante. Se acercó a la holandesa y le tendió la hoja con la minuta. La holandesa se inclinó sobre la mesa, llenó un cheque y se lo pasó al viejo Daurella. Interrumpió el discurso apenas iniciado para firmar y entregar el cheque a Carvalho sin mirarle.

—Tal vez nos hayamos puesto todos demasiado nerviosos. Hablando la gente se entiende. Tú, Pau, reconócelo, te has pasado, porque muchas cenas a treinta mil pesetas y no duramos un año. ¿Qué os daban de cenar? "Collons de mico amb beixamel"? [¿Cojones de mono con bechamel?].

Todos ríen la gracia del padre, sobre todo la señora Mercé, las mujeres, luego los hijos, menos Ausiás, que contempla tristemente un rincón lejano del patio, y hasta Pablo se contagia y ríe el chiste de su suegro, mientras su mujer ha cambiado de dirección y en vez de tirar de él hacia afuera le está empujando para que vaya hacia la mesa y haga las paces con el patriarca. Y cuando Pablo va hacia la mesa tropieza con Carvalho en retirada y sólo los más próximos advierten que Carvalho le pellizca una mejilla y le susurra: todos los golfos tienen suerte, y se va, dejando a sus espaldas miradas de alivio, de rencor, de vencido desconcierto en los ojos del patriarca.

En el bar Egipto de la plaza de la Gardunya solían tener ya tres o cuatro excelentes cazuelas de buena mañana y tortillas frescas y españolas, sin nada que ver con las momificaciones tortilleras que suelen servirse en los bares de España antes del mediodía. Carvalho huía de las albóndigas de bar y restaurante porque las amaba y era conocedor de las peores carnes que suelen utilizarse en este plato ibérico, sin las redecillas de grasa de cerdo que utilizan los franceses, harina y huevo, una película de sinceridad para que la bolita sea lo que tiene que ser, bolita, y no sea, como no lo es la Tierra, redonda. Casi todas las buenas albóndigas están achatadas por los polos. Las albóndigas del Egipto eran exactas en la textura, porque exacta era la proporción de carne y miga de pan. Si la albóndiga tiene demasiada carne semeja un oscuro tumor de bestia, y si es el pan el excesivo, uno tiene la sensación de que mastica algo previamente masticado. Requisito indispensable para la albóndiga es el buen uso que se haga del tomate en su salsa. Aunque Carvalho era partidario del tomate porque era partidario de los mestizajes culturales, no podía tolerar la solución tomate aplicada como recurso de color y sabor para que en él naufragaran los restantes sabores del cuerpo y el alma de los seres vivos. Y cuando un guiso tiene el tomate justo entonces, y sobre todo de mañana, el consumidor puede pedir esa leche fresca que es el pan con tomate, acompañante exacto de una buena tortilla de patatas y cebolla e incluso de un guiso de albóndigas como las del Egipto, levísimamente atomatadas. Notables también las cazuelas de sardinas en escabeche, las de pies de cerdo o las de tripa, problemática entonces la selección, que Carvalho solía resolver por la albóndiga y la tortilla, porque para escabeches ya tenía los suyos y en cambio difícil era encontrar la materia exacta del microcosmos de la albóndiga. Bar de mercado, para desayunadores copiosos y felices, restaurante económico para artistas, gente de teatro y jóvenes de precaria emancipación, el Egipto estaba situado junto al bar Jerusalem en un barrio que se iba convirtiendo en el Harlem barcelonés a la espalda del mercado de la Boquería. Los negros salían al anochecer y se reunían en bares monocolor de las callejas que unían el laberinto de la Boquería con las calles del Carmen y del Hospital, nacidos los negros para caminar bien y predicar la exactitud del cuerpo. Pero a estas horas de la mañana, la plaza de la Gardunya era el culo de la Boquería. Muelle de camionetas, escaparate de contenedores de basura que iniciaban la putrefacción nada más salir del templo, gatos ariscos consentidos por su lucha a muerte con los ratones que esperaban el menor descuido para apoderarse del mercado, del viejo barrio, de la ciudad entera. Aquellos gatos municipales rendían una primera batalla decisiva contra los subterráneos enemigos del hombre y en sus pieles quedaban los costurones, cicatrices de sórdidos encuentros con la horda roedora,

misteriosos encuentros a espaldas de los hombres, como si guardaespaldas y asesinos fueran dueños de un espacio, un tiempo, una convención vida muerte que sólo a ellos les pertenecía. Sinfonía de bocinas en la cola de coches que esperaban entrar en el parking de la Gardunya y el optimismo inocente del estómago bien lleno de buena mañana convencen a Carvalho del uso de las piernas, cruza el pasillo central del mercado lleno de pesados cuerpos compradores agredidos por el tráfico de los carretones manuales que van reponiendo las mercancías. Por el pasillo de frutas con toda la geografía del mundo, pero sin la historia tradicional de las frutas, sin conciencia de verano ni invierno, el melocotón chileno o la cereza de invernadero, desemboca Carvalho en el esplendor de las Ramblas de las Flores y retiene el descenso hacia su despacho. Repasa las notas que ha tomado sobre el caso de la botella de champán. Detiene su andar. Arranca la hoja. Hace una bola con ella y busca una papelera entre quiosco y quiosco floral, pero finalmente se la guarda en un bolsillo del pantalón y alarga las zancadas para llegar cuanto antes. Sorprende a Biscuter "haciendo cristales", "porque están hechos una roña, jefe", te buscaré una señora que te los limpie, "lo que pueda limpiar una señora, lo limpio yo, jefe", "¿qué le parece?", "¿a que se ve mejor la calle?" Se ve mejor la calle. "No me cuesta nada." "Un día los cristales, otro el polvo. ¿Se queda a comer? He preparado una carne guisada con berenjenas y "rovellons"". Carvalho se desentiende de las explicaciones de Biscuter sobre lo cabrones que son los vendedores de setas. En medio kilo hay más gusanos que en los quesos esos que le gustan a usted, jefe. Carvalho busca en la guía telefónica a partir de los nombres que descifra de la bola de papel, rescatada del bolsillo del pantalón, aplanada con la palma de la mano, las letras escondidas en el fondo de sus arrugas. "El Periódico" no cita el segundo apellido de Dalmases y tampoco el de Rosa Donato o Marta Miguel, ni siquiera el del marido separado de Celia Mataix. Por lo tanto opta por llamar al apellido Mataix registrado en la casa del crimen, Taquígrafo Serra, 66, y al teléfono se pone una voz de mujer lenta e insegura. Yo sólo soy la señora de la limpieza, se identifica. Si es un asunto de seguros... Finalmente sale el teléfono del marido, pero recela, no comprende la razón por la que necesite el de Dalmases o el de la Donato o el de Marta Miguel.

—Fueron testigos presenciales, comprenda.

—La policía lo tiene todo. Aquí no hay libreta, no está la libreta que había con los teléfonos.

Algo es algo, se dijo Carvalho al colgar el teléfono y quedarse solo ante el nombre de Alfonso Alfarrás y su teléfono. Bien poco era porque nadie le contestó a su llamada y Carvalho llegó a la conclusión de que un marido separado de aquella hermosura no puede haber cometido el error de volverse a unir a alguien que pueda contestar la llamada del teléfono a cualquier hora del día. De nuevo al habla con la señora de la limpieza. No me contestan y he de hacerle llegar un sobre urgentemente, ¿sabe usted la dirección?, y la respuesta tiene la virtud de abrir una puerta a una habitación hasta entonces cerrada en la conciencia de Carvalho. Vive en la casa que compartía con la señora. Por Mayor de Sarriá. Y entonces ve a Celia Mataix, la ve en una cola, en un supermercado, delante de él, el último supermercado de Barcelona antes de iniciar el ascenso hacia Vallvidrera, y Celia Mataix avanza al compás de la cola, alta, elástica, con la melena de miel y un ojo rasgado que se vuelve y examina a Carvalho, y al hombre le llega un olor profundo a mujer y a penumbra en una habitación para dos. ¿Qué lleva en la cesta de plástico del supermercado Celia Mataix? Pasta, un

pequeño paquete de la charcutería, detergente de lavaplatos, una caja de langostinos congelados, fruta elegida sin amor, hasta la rebeca que lleva Celia Mataix parece ser su piel. Como aquellas mujeres que en la adolescencia coleccionaba en su memoria de fugacidades, mujeres sombra en autobuses que se iban o devoradas para siempre por los portales cuando Carvalho empezaba a inventarles una historia pasada y futura.

—Guarda la comida, Biscuter. La tomaré para cenar.

—Jefe, la berenjena se ablanda de recalentarla.

Pero Carvalho no atendió a un reclamo que en otra circunstancia le hubiera hecho entrar en razón.

—Ni sé nada ni me interesa.

Alfarrás había conseguido una lacia melena que le colgaba de la calva coronilla pepinoide y una barba negra que le prolongaba el rostro de penitente hasta el esternón. "La arruga es hermosa", proclamaba la publicidad comercial de la nueva moda masculina, pero el arrugado atuendo de Alfarrás tenía otra historia, era una secuela del pasado ascético de la raza marxista catalana, de cuando los chicos de casa bien mortificaban a su clase social disfrazándose de temporeros de la recolección del algodón en el profundo sur de los Estados Unidos, sin que ningún sociólogo se haya preocupado jamás del porqué de tan lejano modelo estético. A sus cuarenta años y algo más, el ya no tan joven arquitecto Alfonso Alfarrás estaba a la espera de que se fallara a su favor o no un proyecto de remodelación de una bóvila con voluntad de convertirse en parque lúdico para un barrio de inmigrantes, en la duda la joven democracia municipal de que el poco espíritu lúdico de la inmigración fuera consecuencia de todo un programa de vida o de que en su programa de vida faltara un parque lúdico donde redescubrir el árbol y el juego del escondite. Carvalho escuchaba las explicaciones de Alfarrás a otra gente casi tan disfrazada como él, en el marco de un pequeño despacho de arquitectura. Faltaba terminar la memoria explicativa y Alfarrás reclamaba a uno de sus ayudantes más lirismo.

—Menos cotas e infraestructura y más filosofía.

Desdeñaba la presencia de Carvalho, como si aquel escueto ni sé nada ni me interesa hubiera sido todo. Pero Carvalho le había regalado tiempo con un ademán para que atendiera la consulta y desde su sillón, premio de diseño mil novecientos sesenta y nueve, del que sólo quedaba intacta la estructura de hierro, Carvalho parecía disfrutar ante el espectáculo de cómo se plantea la estrategia para ganar un concurso de proyectos. Alfarrás llevaba la voz cantante.

—Ya no se trata de venderle el proyecto a un constructor choricero, al abuelito de un amigo o a una cooperativa de jóvenes matrimonios ilustrados, coño. Ahora hay que vendérselo a un colectivo municipal gobernado por socialistas y comunistas pero con la vigilancia de los otros.

—Por eso decía de poner el móvil aquel de los caracoles. A los de Convergencia les gustará.

—¿Por qué han de gustarles los caracoles a los de Convergencia?

—Es muy del país. Buscar caracoles y "rovellons".

—Ni que los caracoles llevaran barretina.

—Se la ponemos.

—Que no, coño, que no. ¿Qué pinta un móvil de caracoles en un parque junto a San Magín?

La consulta terminó y Alfarrás se sacó una colilla de faria gallego del bolsillo de su cazadora texana.

—No le ofrezco porque sólo me queda esta colilla. Pero de hecho no hemos de hablar nada más. Igual le he dicho a la policía. Celia y yo ni nos veíamos. A veces coincidíamos en el momento de intercambiar a la niña. Y eso es todo. Llevábamos más de cuatro años separados. ¿Qué más puedo decirle? ¿Que he sentido su muerte? Claro. Sobre todo por la niña. Yo no puedo tenerla. Pero ella casi tampoco podía tenerla. Una catástrofe. También Celia era una niña y a los cuarenta años había descubierto que el mundo no era como lo esperaba. No tengo por qué compadecerla. Vivió como supo. Igual que yo. O que usted.

—¿Van bien los negocios?

Alfarrás se quedó desconcertado un instante, luego siguió la dirección del gesto indicativo de Carvalho y fue a parar a la carpeta del proyecto de parque lúdico.

—¿Se refiere a esto? No. Hace siete meses que no tenemos una obra y lo último que hicimos fue un remiendo de un chalet. O sale este concurso municipal o vamos a cerrar el taller. Todos están igual. La ciudad está llena de pisos vacíos. No hay un duro para comprarlos y menos para seguir construyendo. Mejor. Así no corro el riesgo de hacerme rico.

—¿Ayudaba económicamente a su mujer?

Una risa resbaladiza y juguetona se le escapó a Alfonso Alfarrás a través de los labios que intentaba cerrar.

—¿Ayudar yo? Está usted de broma. ¿Por qué? ¿En virtud del concepto pequeñoburgués de reparación por la pérdida del virgo o del no menos pequeñoburgués concepto de su fragilidad femenina? Ridículo. A la niña la han mantenido siempre sus padres, los de Celia, claro. Los míos de vez en cuando le enviaban un melón.

La cara comodín de Carvalho la interpreta Alfarrás como cara de sorpresa.

—Mis padres son payeses, de Lérida, ricos, supongo. Pero para lo que les sirve. ¿Y a usted qué se le ha perdido en este asunto?

—He leído el caso en el periódico. Soy detective privado. Me gustaría hacerme cargo del asunto.

—O sea que usted es un... un parado, como yo, y quiere investigar la muerte de Celia y viene a mi taller, al taller de un parado, como usted, a pedir trabajo. Compréndalo. La situación es grotesca. A mí no me interesa saber quién ha sido el asesino. No devolvería la vida a Celia e igual es un amigo. Luego está el motivo. Siempre es un motivo sórdido. O grotesco. Yo no conozco la fauna con la que se relacionaba Celia últimamente. Era una mujer pasiva. Cuando vivió conmigo mis amigos fueron sus amigos, y cuando nos separamos cambió de órbita.

—Sabe usted si le iba bien la tienda de antigüedades.

—Fatal. Supongo. Se la pusieron sus padres para que se entretuviera y no tuviera ataques depresivos. Siento decirlo porque está muerta, pero era un saldo, una niña bien que no estaba preparada ni para ser como su madre ni para ser una mujer emancipada.

—Ni para convivir con usted.

—Era como una subnormal.

—Licenciada en Historia del Arte.

—¿Ha sido usted universitario?

—Hace demasiado tiempo. A veces creo que lo he soñado. Pero sí. Lo fui.

—¿A cuántos subnormales conoció usted en la universidad?

—No fue un cupo alarmante.

—Pero sorprendente, sí, sea sincero.

—Sorprendente, sí.

—La burguesía tiene un gran talento camuflando a sus subnormales. Antes le bastaba con que tuvieran memoria y hasta podían llegar a médicos o abogados porque se sabían todos los huesos y todas las leyes. Ahora se estudia de otra manera y el alumno ha de demostrar mínimamente que entiende las cosas, pero le basta entenderlas como el profesor para prosperar sin dejar de ser un subnormal. Es decir, y para no perder el tiempo, ni usted ni yo, era milagroso que Celia hubiera acabado el bachillerato y que estuviera en condiciones de distinguir la Venus de Willendorf del "Déjeuner sur l.herbe" de Wateau. Tampoco tenía intuición artística. Es decir. No tenía sensibilidad. Tenía sensiblería. Lloraba si fumigabas las moscas con DDT, quizá exagero. Pero bueno, era así. Incapaz de incorporar experiencias. Durante el primer mes de casados estropeó cuatro veces la lavadora.

—¿Ha comprobado si es un récord?

Alfarrás cerró los ojos con la sonrisa parapetada tras el bigote y la barba.

—Usted ha tomado partido. Celia le cae simpática. Lo presiento. Yo no. ¿Es usted necrofílico? ¿Ama a los muertos? ¿Ama la muerte?

—No me interprete mal. Soy una víctima de los manuales de urbanidad. Le llevo unos cuantos años, los suficientes como para haber sido educado según principios convencionales absurdos.

—¿Por ejemplo?

—El respeto a los muertos.

—Yo respeto a los muertos que han hecho algo meritorio para serlo. Por ejemplo, Franco. Yo he luchado contra el franquismo, señor...

—Carvalho.

—Señor Carvalho. Pero respeto a ese muerto que nos estuvo jodiendo hasta el último segundo, entubado, acribillado, y él aguantando para no darnos la satisfacción de morirse. ¿Comprende? Pero ¿por qué he de respetar a una mujer que muere sin querer, tropezando con la cabeza contra una botella de champán?

—Tal vez un recuerdo o un fragmento de recuerdo. La primera noche en la que se acostaron. La primera sonrisa de la niña. Algo solidario.

Alfarrás se estremece y abre los ojos para ver mejor a Carvalho o para que Carvalho le vea mejor a él.

—Tardé ocho años en comprender que la odiaba y cuatro en volver a ser yo mismo. No tengo ganas de recordarla. No quiero perder ni un segundo más por culpa de Celia Mataix. Quizá hasta la piedra más pequeña tiene sentido en el equilibrio del universo, pero hay personas que no tienen ningún sentido, y Celia era una de ellas.

El último sol del verano parecía haberlo consumido la piel de Pepón Dalmases, moreno brillante de piel enriquecida con las mejores leches hidratantes o deshidratantes según la ocasión. Algo de aprendiz de ballet en sus gestos de director de "mise en scéne" de los estudios de grabación Laser, con niños en el estudio y músicos locos con avidez de cello, contemplándose el propio cello como si se lo fueran a masturbar, y los papás de los niños, en la desenvoltura exigida por su condición de padres de niños cantores a fines del sigloXx, es decir, nada que ver con padres emocionados, competitivos o aniñados según la vieja usanza. A través del cristal, Carvalho sólo veía sus gestos de tocador de cello cuando hablaba con los del cello, de niño cantor cuando hablaba con los niños cantores y de padre de niño cantor cuando hablaba con los padres de los niños cantores. Niños cantores rubios y con zapatos caros, hijos de perito químico para arriba y aun de perito químico establecido por su cuenta hace diez o quince años, cuando los peritos químicos estaban en condiciones de establecerse por su cuenta. Madre de niño cantor y esposa de perito químico, viejas jóvenes, jóvenes viejas con la cabeza rubia teñida a destiempo, las varices siempre a medio secar o a medio extirpar, las cremas usadas sólo cuatro de las ocho veces imprescindibles para que se notara el tratamiento y el libro recomendado por el marido a medio leer desde que tuvieron que preparar la última "soirée" con invitados en Aiguafreda, Lloret, Salou, Llansá. "Los gozos y las sombras" de Torrente Ballester.

—La de la novela no es tan mona como la de la tele.

—No siempre es igual.

—Y Cayetano era más sinvergüenza en la tele.

—Bueno, en la novela "Déu n'hí do" [¡No veas!].

—Pero no es lo mismo, ¿eh?

—No. No es lo mismo. Claro que no es lo mismo.

—Mira. Te diré que me gusta más en la tele que leyéndolo.

—Es que en la novela hay mucha paja.

—No, a mi la paja ya me gusta. Pero como primero lo vi en la tele, pues es aquello de que todo te lo dan, ¿no? Ya sabes cómo son, y cuando lo lees pues no encaja siempre.

—Me perdonará. Es una grabación para un colegio.

La explicación de Pepón Dalmases buscaba la complicidad de Carvalho con lo moroso del proceso o con la intención, benéfica desde luego, insistían los padres en su rincón, de la grabación de una versión libre de Mary Poppins hecha por el maestro Sureda Palols.

—Es un hombre de mucho talento, pero, lo que son las cosas, tiene que ganarse la vida dando clases de música a estos salvajes. Yo siempre se lo digo a mi mujer. Admiro a estos hombres y a estas mujeres que tienen que aguantar a tus hijos. Fíjate si no durante las vacaciones. Los ves más que nunca y no sabes qué hacer con ellos.

—¿De qué se trata exactamente?

—Creo que usted está metido en lo del crimen de la botella de champán.

—Bueno, metido, metido... yo era amigo de la víctima.

Pero Pepón Dalmases no mira a Carvalho. Está pendiente de los músicos, de los niños, de los padres de los niños.

—A veces es conveniente tener información propia. No digo yo que usted busque al asesino, pero sí tener sus propios datos. Soy detective privado y me ofrezco a iniciar una investigación paralela a la de la policía.

—¿Por qué?

—Soy un profesional.

—Yo creí que los detectives privados esperaban en sus despachos a que llegasen los clientes.

—Eso es en las novelas y en las películas.

—¿Y qué haré con la información cuando la tenga?

—Usted verá. La policía puede encariñarse con la idea de que usted ha podido ser el asesino.

—La policía puede encariñarse con la idea de que yo puedo ser el asesino.

Repitió Dalmases para hacerse un hueco de espacio y tiempo que diera sentido a su conversación de pie en el pasillo de los estudios de grabación, con un desconocido de aspecto poco simpático y que en definitiva buscaba trabajo.

—Pero yo no sé quién es usted.

—Tengo más de diez años de experiencia en el oficio.

—¿Ha traído un currículum o algún folleto?

—No, pero tengo facilidad de palabra. Puedo explicárselo en unos minutos y de paso estos niños podrán hacer pis y sus padres les preguntarán cosas sobre la fascinante peripecia que están viviendo.

—Es que se trata del alquiler de un estudio y eso cuesta dinero. ¿Qué le parece si quedamos más tarde? ¿A la hora del café?

—¿Le gusta a usted comer bien?

—Como para vivir, no vivo para comer.

—Entonces es preferible que quedemos a la hora del café. ¿Cuál es su hora de tomar café?

—Las cuatro, por ejemplo.

—¿Dónde?

—Aquí al lado. Hay un café en la esquina y como luego he de volver a los estudios me irá muy bien que quedemos allí.

Los músicos se masturbaban el cello a un ritmo preocupante y los niños habían iniciado algunas ofensivas zonales cuerpo a cuerpo e incluso dos de ellos trataban de destruirse mutuamente mediante la utilización de llaves de judo que Carvalho consideró decididamente criminales. Animales cansados, hambrientos y enjaulados, los niños no tardarían en devorarse entre sí, y si no tenían bastante se comerían a Pepón Dalmases y a sus padres.

—Otro telegrama, jefe.

—¿De Teresa?

—Sí, de Teresa Marsé debe ser, porque viene de Bangkok. ¿Se lo leo?

—No. Está loca. Le salen más caros los telegramas que el viaje.

—¿Ya ha comido, jefe?

—No.

—Pues ya es hora. Son las tres. ¿Por qué no viene por aquí y le caliento la carne guisada con berenjenas y "rovellons"?

—Estoy lejos, Biscuter. Ya me apañaré por aquí.

Colgó el teléfono y se fue calle arriba. No estaba lejos del Cathay y el cuerpo no le dijo que no cuando le interrogó sobre qué tal le sentaría la comida china. Además, siempre era estimulante la conversación con el dueño, un profesor de Historia de la Universidad que había dado tumbos por medio mundo y seguía siendo un chino tan nacionalista que había deificado a Mao, como gran hacedor real de la nación china.

—¿Ha visto usted cómo se cargaron al enano?

El enano era el dirigente que había iniciado la desmaoización de China.

—Pero los otros tampoco valoran lo que hizo el gran gigante. Son unos pigmeos. También ellos son unos enanos.

El dueño del Cathay sabía que Carvalho iba a pedir arroz frito, abalones y ternera al curry con acompañamiento de champán frío. Carvalho no había estado desde antes de los procesos de Pekín y eran por lo tanto muchos los temas aplazados.

—La viuda llorar, pero ella tampoco haber respetado la obra del gigante.

Para los postres tenía reservada la última y, en cierto sentido, universal reflexión sobre el tema.

—¿Qué habría sido de China sin Él?

Se notaba que había dicho el pronombre con mayúscula y Carvalho asumió el ser o no ser de la Historia en función de haber existido o no Mao Tsetung.

—Un día de éstos le mandaré a Biscuter para que le enseñe algunos platos.

—Mi mujer se sentirá muy honrada enseñando a Biscuter. Ya vino dos veces.

—Sí, pero me dijo que aún no se consideraba seguro con la cocina ampurdanesa, que es la que está aprendiendo. De hecho coge un plato de aquí y otro de allá. Es un japonés, es un ecléctico. Quiero mandarlo a París a que le enseñen a hacer sopas.

—La sopa es un plato mágico. Lo puede ser todo y nada.

—¿De qué depende?

—De que las cosas hiervan en ella o contra ella.

—¿No lo habrá sacado del libro del Tao?

—Yo de Confucio, no del Tao.

Carvalho estuvo a punto de llegar tarde a la hora del café de Pepón Dalmases. Lo sorprendió consultando el reloj en un bar lleno de ex comensales víctimas de un menú del día arrasadoramente típico: ensalada catalana y butifarra con judías.

—Si prefiere evitarse la conversación, ante todo he de decirle que no pienso tomar sus servicios como investigador privado. No podía tener la cabeza en este asunto porque hoy es un día de trabajo muy especial, ¿comprende usted? Pero luego, mientras comía un bocadillo, he pensado y a mí esto ni me va ni me viene. Yo salí de la casa con todos los demás, nos fuimos a tomar una copa y ella se

había quedado con Marta Miguel, a la que yo no conocía de casi nada, me parece que coincidí una vez en una fiesta, en la Costa Brava. Bien. Luego, casi en seguida vino Marta Miguel y dijo que la había dejado de muy mal humor, y eso es todo. O sea que la última que la vio fue Marta Miguel, y vaya lío le armaron por eso, pero nada, porque, mire usted, considere usted lo que voy a decirle y le voy a hablar con toda sinceridad. ¿Qué sabíamos todos de Celia? Pues que había estado casada con un arquitecto, y eso es todo, o que tenía una casa de antigüedades con la Donato y que la Donato es una bollera de narices, y eso es todo. Pero de lo que Celia hacía con su tiempo, yo nada de nada. Es cierto que salí algunas veces con ella este verano porque me interesaba ese aire de mujer distinguida, distante, y sí, he de reconocer que me interesaba y que me atraía y me atraía desde el primer momento que la vi, allí en Fanals, en la costa, en medio de un grupo en el que el que no era maricón pronto iba a serlo, y basta que uno trabaje en un medio así, digamos artístico, para que vayan con los ojos como pulpos y uno tenga que ir con una mano detrás para que no se la metan, ¿me comprende? Pues la Celia estaba en medio de aquel grupo como otras, casi todas ellas separadas o reajuntadas, servían de coartada para los mariquitas. Así los veían en la playa con aquellas señoras y se diluían las sospechas, o vaya usted a saber. Se tontea en las fiestas del verano. Luego se queda para salir alguna noche durante el invierno y eso es lo que yo esperaba y me hice ilusiones, claro está. Me invitó a la fiesta de aquella noche desgraciada y fui con toda la ilusión del mundo, porque la tía estaba un rato bien y tenía clase, como a mí me gustan las mujeres, que estén un rato bien y que tengan clase, que tengan donde agarrarse uno y que uno las pueda llevar a cualquier parte y quedar bien, y la Celia si hubiera querido era de ésas. Yo soy miembro de la sociedad Pro Música y pensaba invitarla, porque es una mujer a la que vale la pena lucir, en fin, qué cosas digo: valía la pena lucir. Y yo, la verdad, aquella noche pensé, yo a ésta le voy, porque me había invitado después de lo del verano, nada del otro mundo porque durante el verano tuvo a la Donato encima como una carabina, pero alguna tarde pudimos escaparnos y yo me dije ésta me invita a cenar y a ver qué da de sí la noche, y va la tía ¿y no se me pone a ligar con la Miguel? Y lo hacía con mala leche, una de dos, O para tomarme el pelo a mí o para sacar de quicio a la Donato, aunque, no sé qué decirle, pero entre la Donato y la Miguel sólo es cuestión de tamaño de pipa, de a ver cuál de las dos la tiene más larga, porque si la Donato parece el increíble Hulk, la Miguel es igual que el John Wayne pero en más chaparro, es que se les ve lo que son ya en el caminar, igual que a un pluma se le ve en la forma de las cejas, ¿comprende? ¿Se ha fijado usted en que a los plumas se les ponen las cejas puntiagudas? Y tienen una extraña simetría de cara, como si tuvieran mucha cara, pero no en plan de cachondeo: ese tío tiene mucha cara sino en el sentido real, en el de tener mucha superficie de cara, sobre todo los dantes, en cambio entre los tomantes ya hay excepciones, y no se sorprenda de que entienda tanto de maricones, pero es que lo de Fanals es un escándalo. Empezó a comprar casa allí un conocido maricón de Barcelona. Luego sus amantes, a continuación los amantes de sus amantes, y cuando se dieron cuenta del pastel que habían armado pues trataron de colocar casas a las amigas, para que no se dijera, y yo fui a parar allí por Susi Sisquella, la ex señora Velate, ¿no ha oído usted hablar de Velate, el constructor? Pues Susi es muy amiga mía y me dijo: vente, que te divertirás, porque a mí eso de los maricones me atrae, me atrae la curiosidad, quería decir. Y sí, sí. Todos se han arreglado las casas muy bien y las chicas que suben pues imagínese, la una no se casará nunca, la otra es una separada y la de más allá una bollera, mujeres sin sentido, ¿comprende? Y no es

que yo sea un carcundia y piense que la función de la mujer es tener hijos, casarse, llevar una casa, etc., etc., etc. Eso, no, eso me da asco. Pero lo que me pone frito es ese tipo de gente que no es ni lo uno ni lo otro, ¿comprende? Por ejemplo, la propia Celia. Estaba separada del marido. Muy bien. Pues yo de ella hubiera follado como una loca. ¿Ella? No. Si le metías mano por aquí, no era el momento. Si se la metías por allá, se echaba a llorar. Cuatro tardes de lluvia, en la segunda quincena de agosto, en Fanals, ella, yo. Sólo una se la pude meter y aun casi aprovechando un descuido y meterla y sacarla porque me daba la impresión de que me estaba tirando a una muñeca hinchable. No sabía lo que quería. Ponía los ojos así y miraba al cielo, como si de allí le fuera a llegar algo. Y no es que la Donato la tuviera acojonada, porque ella misma, Celia, me lo comentó, y con la Donato nada, eran socias comerciales y eso es todo; le diré más, a la Donato el negocio le costaba mucha pasta y ella lo mantenía para continuar trabajando y así viendo a Celia, y Celia en parte lo sabía y lo consentía, porque de algo le servía la compañía y la adoración de la Donato. Pero de cama, nada. Y no es que fuera frígida, porque a veces cuando le metías mano, para qué engañarnos, cuando le metías mano en la patata, trempaba, porque se le ponía a sudar la patata y ése es el síntoma más claro de que una mujer tiene algo entre pierna y pierna. Me va a dar la noche, me dije. Porque yo estaba a cien y ella venga darle palique a la Miguel, que de palique tiene un rato largo porque es profesora de no sé qué en la Universidad Autónoma, y les dio por hablar de la cuestión femenina, de que a la verdad se llega por el error y de que ha sido preciso el error de las primeras promociones de feministas para que las próximas no se equivoquen. A nosotros nos llamaban los machitos y yo tuve que intervenir en una ocasión porque se estaban poniendo pesaditas. Mirad, chicas, les dije. Yo soy autosuficiente. Me guiso lo que me como, me compro la ropa y me lo tengo montado de tal manera que no exploto a ninguna mujer. Follo con quien se deja y a otra cosa, mariposa. O sea que de machito explotador y violador, yo nada, monada. Se lo dije tal como suena y va la Miguel y se echa a reír, porque es lista y sabe que no hay que apurar las situaciones, pero la otra, la bestia parda de la Donato, el increíble Hulk, casi me salta encima y me acusa de corresponsabilidad de clase: "¡Los hombres sois una clase social y tú eres corresponsable!" Y yo venga decirle, con prudencia, porque tampoco es que uno la conozca mucho, pero yo venga decirle: no seas burra, Donato, entonces ¿un hijo de la burguesía, por ejemplo, no puede ser comunista? No, me contestaba ella. De verdad no puede serlo. ¿Y Marx qué? ¿Y Trotski? ¿Y el mismo Lenin? Ésa fue mi línea argumental. Pero eso era antes, decía el increíble Hulk. ¿Antes de qué? Antes de que la burguesía supiera de qué iba y empezase a destinar niños al marxismo. ¿Usted ha oído alguna vez tamaña burrada? A mí la política me la trae floja, pero me sacan de quicio los extremistas y sobre todo estos extremistas modernos, feministas, maricones, ecologistas. Son más beatos que los antiguos católicos y tienen una voluntad de apostolado que marea. Así que la noche no tiraba, no, y uno por aquí, otro por allá, todos nos planteamos marcharnos y tomar unas copas. Así que nos fuimos despidiendo de Celia y de pronto ella que va y le dice a Marta Miguel: ¿te quedas? Mire, la cara que puso de bollera la Marta Miguel no se la he puesto yo ni a la tía más buena con la que he ligado, y piense que yo empecé como cantante de la Nova Cançó y ligaba cantidad. ¿No se acuerda de mi nombre? Pepón Dalmases. Yo empecé cantando en catalán Don Quijote y "The South Pacific". Pues a la Miguel se le abrió el cielo y nosotros nos fuimos al Ideal, con una llorera que llevaba la Donato de inundación, y al poco entra la Miguel también en el local y comenta que Celia estaba de mala leche, que la ha utilizado,

porque en verdad esperaba a otra persona, y con la excusa de que ella se quedara nos ha echado a los demás. Que no consiguió ver a esa persona, pero que Celia se lo dijo, así, en la cara, y ella le dijo de todo y luego la dejó allí preparando una botella de champán. ¿Quién podía ser? Pues de la fiesta nadie, porque quien no se había ido aparejado estaba con nosotros en el Ideal tomando una kaipiriña o un gimlet, y te encuentras en cada situación, haciendo unos papeles, porque a la Donato tenía que consolarla y a la miguel que calmarla. Es como una niña, decía la Donato. Pues que la aguante su madre, contestaba la Miguel, y así hasta las cuatro. Luego cada cual a su casa, y al día siguiente el diario y la policía, casi al mismo tiempo. Porque se vinieron a por mí, a por mí y a por la Miguel, y ella lo tenía más negro porque se había quedado, pero es lo que yo digo, casi no se conocían, era la primera noche en que entraban en contacto y se queda la Miguel sabiéndolo todo el mundo, un cuarto de hora después ya está con nosotros, y de haber sido ella la habría tenido que matar, como quien dice, estando aún nosotros en la escalera. No hay otra explicación que la más simple. Esperaba a alguien. A un fulano. Y allí había historia larga, porque los tiquis miquis del verano conmigo, luego lo he pensado, eran un intento de olvidar algo, de compensar algo. Y se armó. Y le dieron. Porque todo hombre puede tener un mal momento y era una chica difícil. Yo porque soy así, tranquilo y no me altero. ¿Que quieren follar? Follo. ¿Que no quieren follar? Pues no follo. Pero no todo el mundo es así. Y de la paciencia vivo, porque otros en mi lugar, con una grabación como la que tengo empantanada en el estudio, no estarían aquí dale que te pego con un desconocido. Detective privado, me ha dicho. Ya ve. Es el primer detective privado que conozco. ¿Tendría inconveniente en enseñarme el carnet? No es que no me fíe, pero es que corren unos tiempos en los que toda seguridad es poca.

Igual que una dama de opalina años veinte, falda plisada, sombrero de badana ceñido a la forma de la cabeza, lazo, collar de perlas hasta la cintura, boquilla larga, boquita pintada, con medio siglo de vida, Rosa Donato, entre antigüedades inglesas, con la piel del rostro atezado más surcada que la de Sitting Bull preocupado por las consecuencias de la derrota de Custer, Rosa Donato, mil quinientos metros cada mañana en la piscina de un club de natación, gimnasia subacuática contra la celulitis, aire libre, sol, gestos jóvenes de ex muchacha de la sección femenina, uno dos, uno dos, u ao, u ao.

—Qué gracioso. Es lo más gracioso que he oído en mucho tiempo.

Y le hacía gracia, porque todas las saludables arrugas deportistas del rostro se movían en la dirección de la risa y la palabra gracioso significaba para ella la posibilidad de demostrar lo bien que pronunciaba las vocales abiertas castellanas y abría y cerraba la boca con suicida voluntad de dicción, con esa acomplejada voluntad de dicción que tienen algunos catalanes empeñados en hablar el castellano como los niños de Avila.

—¡Qué gracioso!

Le hacía gracia que Carvalho fuera un detective privado.

—A ver. Vuélvamelo a decir. Detective privado. Desde lo de Tejero no había oído nada tan gracioso.

Pero la palabra gracioso en labios de la Donato tampoco quería decir exactamente divertido o que provoca risa. Podía ser seudónimo de curioso, chocante o excitante.

—Yo esto no me lo pierdo. Y dice que me ofrece sus servicios.

—Le confieso que es la primera vez que me encuentran gracioso. Me desconcierta. Mis tarifas están basadas en el hecho de que no me considero divertido, ahora bien, si usted me convence de lo contrario, consideraré la posibilidad de aumentarlas.

—Compréndalo, no todos los días se topa una con un detective privado. De qué modelo es usted. ¿Marlowe? ¿Spade?

—Soy un detective privado poco cultivado. Me matriculé en un curso de Fenomenología del Espíritu por correspondencia, pero de eso hace ya muchos años. No aprendí nada.

—Qué gracioso. Y qué "esprit" que tiene este hombre. Así que según usted yo puedo necesitar un detective privado.

—Aquí en España aún estamos muy atrasados, pero en Estados Unidos, por ejemplo, es obligatorio. A usted le interesa dominar el caso en el que está envuelta, no al revés.

—Es que yo no estoy envuelta. Tengo una coartada del tamaño de una catedral. Salí de casa de Celia rodeada de gente y seguí rodeada de la misma gente hasta las cinco o las seis de la mañana.

—Tal vez le interese saber quién mató a Celia.

—Eso sí, eso sí me gustaría saberlo para hacerle pedacitos, el más grande así.

Así era un pedacito muy pequeño, y las feroces arrugas deportivas de la Donato se habían fruncido para dejar sitio a una dentadura larga, implacable en su blancura y en el potencial de su dentellada.

—Salió usted de casa de Celia llorando.

—¿Quién se lo ha dicho a usted? ¿El mariconazo de Pepón? Ése sí que salió lívido, porque había estado fardando de ligue con Celia todo el mes de agosto y nanay. Era su última oportunidad para presumir de hombre.

—Así que Pepón es…

—Él dice que es bisexual, pero cuando se acuesta con mujeres es para hacerles cosquillas. Se agarró a la pobre Celia porque es una pánfila y siempre estaba dispuesta a irse con el último que llegaba.

—Él dice que usted es bollera, es decir, lesbiana, y que protegía a Celia de una manera poco natural.

—¿Qué entienden los hombres de relaciones entre mujeres? ¿Qué puede entender un ser asqueroso que va por la vida con eso por delante?

Y con la mano Rosa Donato se señaló el sitio exacto en el que hombres y mujeres mantienen las más radicales diferencias anatómicas.

—¿Tiene la policía ficha de usted como lesbiana?

—¿Y a usted qué le importa?

Había adelantado dos pasos y su nariz más achatada por un puñetazo que respingona quedó a menos de diez centímetros de la cara de Carvalho.

—Absolutamente nada. Pero si la policía tiene ficha de usted y los demás testigos han dicho lo que pensaban de su relación con Celia, la policía en estos momentos debe tenerla a usted en el carnet de baile.

—¿Y usted me va a sacar del carnet?

—No. Yo voy a iniciar una investigación paralela de la que la tendré al corriente y usted podrá reaccionar según su gusto, pero sobre aviso.

—Cuando necesite un chófer me lo pensaré. Y ahora váyase por donde ha venido.

—Si es cuestión económica puedo hacerle un descuento.

—Cuando quiero algo lo compro al contado.

—No todos pueden decir lo mismo. Por muchos años.

—¿Por qué me habla así, con toda esa sorna? ¿Quiere que se lo diga? Porque usted es un machito asqueroso acostumbrado a ir por la vida achantando mujeres y cuando se encuentra con una lesbiana pues se sienten inquietos, porque nosotras no los necesitamos para una puñetera mierda.

—He venido con la intención de hacerme amigo suyo, se lo aseguro. Pero no tengo el día.

—Váyase. Venga. Largo. Marchando que es gerundio.

Marchando que es gerundio. Desenvoltura años cuarenta o cincuenta. Vieja joven, Donato. Dentro de dos días te pillarán tocándole el culo a una dependienta en el Corte Inglés. Te está bien empleado, Pepe, por alterar la norma profesional, por ir ofreciéndote para que te encarguen un caso necrofílico, remontar el río de muerte que va de esa fotografía de periódico a un ser real, de carne y hueso, sin sentido según su marido, alelada según Pepón Dalmases, una pánfila al decir de la Donato, y tal vez sólo para Carvalho era un rostro sugerente y una presencia sentida y no sentida en la cola de un supermercado. "Voyeur" de mierda, se dijo, y dio una vuelta completa sobre sí mismo para ganar la puerta de la tienda de antigüedades Nefer, y en la puerta la voz en falsete de la Donato.

—Espere. Aún no le he dicho todo lo que tengo que decirle.

—No se pase. Estoy deprimido. Mi siquiatra me tiene prohibido dos disgustos en un mismo día.

—Usted debe estar trabajando para Pepón.

—Le juro que estoy en el paro.

—Y le voy a dar un consejo. Apártese de este asunto, porque a mí la policía no me va a decir ni pío y a usted sí. ¿Desde cuándo un detective privado en España puede investigar un delito de sangre?

—Usted no distingue entre la España real y la España oficial.

—Tengo buenos amigos. Tengo influencias y le juro que a la menor molestia lo va a pasar usted muy mal y el mariconazo de Pepón Dalmases otro tanto.

—No le coja manía al chico. Le juro que no es mi cliente.

Necesitaba encontrarse a sí mismo, en su propio despacho, recuperar el ámbito y la conciencia de su oficio después de un día de rechazos que él mismo se había buscado. La indignación contra su conducta hubiera necesitado la presencia de un espejo donde quedara reflejada para poder romperlo de un puñetazo. Se contentó con dejarse caer en el sillón giratorio y quedarse allí, sin encender la luz, en la penumbra resultante de la lucha entre la oscuridad del

despacho y el rectángulo de luz que le llegaba de la habitacioncilla donde vivía Biscuter.

—¿Es usted, jefe?

—Sí, Biscuter.

—¿Necesita algo?

Biscuter estaba ahora de pie, respaldado por el rectángulo de luz y con una bolsa de plástico en la mano.

—¿Vas a salir?

—Sí, jefe.

—¿De compras? ¿Qué se puede comprar a estas horas?

—No, jefe.

Biscuter tenía la voz gangosa.

—¿Te encuentras mal?

—No, jefe. Es que he de salir. No pasaré la noche aquí.

—¿Qué pasa?

—Se ha muerto mi madre, jefe. En el hospital de San Pablo, y voy a velarla.

Biscuter tenía madre y él sin enterarse. Reprimió el ademán de encender la lámpara situada sobre la mesa, no quería hacer evidente la tristeza de Biscuter, la humedad de sus ojos, el abotargamiento de aquellas facciones de hombre que no había crecido o de niño viejo.

—No sabía que estuviera enferma.

—Yo tampoco, jefe. Me enteré hace dos días. Fui a verla y hoy me han avisado. Le he puesto el telegrama de Bangkok encima de la carpeta. Si quiere le recaliento el guisado en un minuto.

—Vete, Biscuter. ¿A qué hora es el entierro?

—No lo sé, jefe. Pero no venga. No he avisado a nadie. Quisiera ir yo solo. Ella no se había portado bien conmigo, jefe, pero yo tampoco me había portado bien con ella. Ahora firmaremos las paces.

Esperó a que Biscuter se marchara para encender la luz y recordar de pronto una vieja historia que había olvidado entre tantas o tal vez la había olvidado porque era una historia de Biscuter, un hombre sin la suficiente entidad como para imponer sus historias. La madre había abandonado a Biscuter a los ocho años. Se lo había entregado a sus abuelos como se entrega un mueble que no cabe en un piso, un niño que no cabe en una vida.

—Y un día, jefe, yo había robado un Gordini, de los primeros Gordinis que había, y me la veo allí, delante mío, en plena calle, y frené a medio palmo, y cuando ella empezó a insultarme, me asomé a la ventanilla y le dije: soy tu hijo. Y en vez de abrazarme me quería pegar con el bolso.

Biscuter, robacoches. Se pasó una mano Carvalho por los ojos para despejar una pequeña niebla y desdobló el telegrama de Teresa.

"Te llamaré noche del miércoles 13 Vallvidrera. No faltes. Corro peligro. Teresa".

Un día completo. Miércoles 13, hoy. Carvalho abandonó el despacho y se fue en busca del coche en el parking situado junto al Panams. La llovizna había vaciado las Ramblas de transeúntes, había dejado un halo otoñal en torno de las luces de las farolas un pequeño frío que Carvalho sintió como la ratificación de que el verano era cosa lejana, aunque todas las fuerzas del universo se pondrían de acuerdo para hacerlo posible al cabo de siete meses. Le agradó sentir frío, sentirse resguardado en el coche y pensar en la leña encendida, un poco de música, un bocadillo de pan con tomate, pescado frío desespinado, berenjenas y pimientos fritos, una cerveza Carlsberg bien fría y luego un armañac lentamente bebido, según el secreto ritmo de las llamas en la chimenea, y a esperar la llamada de Bangkok, la última frivolidad de Teresa Marsé, lo que los catalanes llaman "un sopar de duro", una cena de a duro, una fantasía. ¿Y Charo? De comodín a mueble sin sitio, aunque tal vez fuera una disposición afectiva transitoria, lo cierto era que Carvalho no la necesitaba, ni siquiera necesitaba sentirse necesitado. Pero al igual que una cuenta de ahorros de afectos, Carvalho no quería cancelar sus relaciones con la muchacha. Había por medio una inversión de afecto que consideraba estúpido regalársela a la nada. Como un viejo matrimonio cansado de serlo, pero sin la obligación de la convivencia, de marcar el reloj de las convenciones morales, de mantener el decorado para que los niños crezcan en el error de que las parejas son posibles y lleguen a la condición de pareja con una capacidad de autoengaño, que no les servirá ya adultos para evitar una tardía pero absoluta sensación de estafa.

—Si la dejo se dará cuenta de que es puta y lo será de verdad. Quién sabe. Puede caer en manos de un chulo.

Pero tal vez un chulo fuera en estos momentos más útil a Charo que Carvalho. Le haría el amor. La obligaría a producir. Le crearía unas relaciones de dependencia que Carvalho no puede establecer porque se dedica a perseguir la vida que ya no tiene una mujer rubia asesinada de un botellazo o a esperar al pie del teléfono la llamada de una neurótica desde Bangkok, sin ni siquiera poder hacer compañía a Biscuter en su velatorio de una madre insuficiente. Menos mal que el sabor del suficiente bocadillo era el esperado y la mágica combinación de texturas y sabores volvió a sorprender a un Carvalho dispuesto a sorprenderse, y que la "Teoría estética" de Theodor W. Adorno fue un libro excelente conductor del calor que alimentó la fogata en la chimenea desde un punto original de combustión situado en la página doscientas cuarenta y uno, la que empezaba con el epígrafe "La Historia como constitutivo. Comprensibilidad" y continuaba de esta guisa: "El momento histórico es constitutivo de las obras de arte. Son auténticas aquellas que, sin reticencias y sin creerse que están sobre él, cargan con el contenido histórico de su tiempo". Empezaba a recuperar el cinismo necesario para estar somnoliento cuando sonó el teléfono.

—¿Teresa?

—No. No soy Teresa.

Pero era una mujer y no era Charo. Cabeceó Carvalho para sacarse de encima la somnolencia.

—Usted dirá.

—Mi nombre es Marta Miguel. ¿Le dice algo?

Carvalho tardó más de lo conveniente en asociar el nombre de Marta Miguel con algo que le afectara.

—¡No me dirá que no le dice nada mi nombre!

—Tiene usted dos emes por iniciales, siempre es curioso.

—Ya me han advertido de que es usted muy gracioso.

Había pronunciado la palabra gracioso con el mismo retintín estúpido que había utilizado Rosa Donato.

—Ahora comprendo. Es usted la principal sospechosa del caso de la botella de champán.

—¿Quién le ha dicho a usted que yo soy la principal sospechosa?

—Es el ABC de la criminología. El principal sospechoso es el que se beneficia del testamento. Y luego el último que vio con vida a la víctima.

—Ni me beneficio con el testamento, ni fui "el último que vio con vida a la víctima", por la sencilla razón que el último que vio con vida a la víctima fue su asesino, supongo yo.

—En efecto. Nunca me había dado cuenta de este detalle.

—Supongo que querrá usted verme.

—Supone mal. He decidido abandonar el caso.

Un silencio, un suspiro profundo, pero no de alivio, como si Marta Miguel estuviera enviando un mensaje tranquilizador desde sus pulmones a su propio cerebro.

—Es decir. Arma un revuelo de Dios es Cristo. Molesta a todos y resulta que todo queda en agua de borrajas.

—Lo siento, pero no soy un detective amateur y nadie me ha encargado el caso. Ni el marido, ni el amante, ni la antigualla.

La mujer rió ante el calificativo que Carvalho dedicaba a Rosa Donato.

—¿Acaso está dispuesta a encargarme el caso?

—Aunque quisiera no podría. Soy una humilde penene. ¿Sabe lo que esto significa?

—No estoy dispuesto a discutir esta noche el problema de la enseñanza.

—Pero me sorprende el que no quiera hablar conmigo.

—Ya ve lo que son las cosas. Sus amigos me han tratado mal y uno es sensible.

La mujer no estaba dispuesta a colgar el teléfono.

—Le llamaba porque yo no tengo ningún inconveniente en hablar con usted y es difícil localizarme porque me paso todo el día en la facultad.

—Lástima. Tal vez si hubiera empezado por usted. Pero sus compañeros de crimen me han desanimado, me han dejado como un trapo.

—Yo tengo mi propia teoría de los hechos. ¿No le interesa conocerla?

—Estaba dispuesto a olvidar este asunto.

—La verdad es que el caso es muy interesante.

—Cierto.

—Y que la muerta era un personaje singular.

—Así me lo parecía. Aunque usted y yo no la conocíamos demasiado.

—¿Por qué habla por mí? Usted no la conocía. Yo sí.

—Los periódicos y el señor Dalmases dicen que usted prácticamente la conoció aquella noche.

—Hacía años que la conocía, aunque a distancia. Era una mujer singular. ¿De verdad no le interesa hablar conmigo?

—Lo veo irremediable. ¿A qué hora, mañana?

—Tengo la tarde libre, hasta las siete. Luego he de volver a la facultad para una clase a los mayores de veinticinco años. ¿Conoce usted el jardín del antiguo hospital de la Santa Cruz, el de la biblioteca de Catalunya?

—No me muevo de él.

—¿A las cinco?

—¿Le importaría recorrer los cuatrocientos metros que separan ese jardín de mi despacho?

—¿Y a usted le importaría hacer lo mismo? No me gustan los espacios cerrados.

—¿Cómo nos reconoceremos?

—Yo soy gordita, mejor dicho, de aspecto fuerte, llevo el cabello corto y llevaré en la mano un libro, "Los poderes terrenales", de Anthony Burgess. Es un libro muy gordo.

—Yo no llevaré ningún libro y no me gusta autodescribirme por si me equivoco.

—Hasta mañana.

El caso del testigo voluntario, un título digno de Stanley Gardner. Volvió a tumbarse en el sofá y a concluir que era necesario repintar la casa, practicarle la cirugía estética de una nueva piel, blanca, no blanca, marfileña, blanco roto. La contemplación del techo tuvo sobre él efectos hipnóticos porque se durmió y se despertó braceando por no sumergirse en un mar de timbrazos o por rechazar las mordeduras del teléfono convertido en un animal furioso, irritado por su torpeza de animal dormido y cansado.

—Conferencia desde Bangkok a cobro revertido. ¿Acepta?

—¿A cobro qué?

—Revertido.

—Eso quiere decir que la he de pagar yo.

—Exacto.

—¿Está usted segura?

—¿Segura de qué?

—De que la han pedido a cobro revertido.

—Segurísima.

—Venga, pues.

Y una pausa o un ruido, brevísimo en comparación con la distancia desde la que llegaba.

—¿Pepe?

—El mismo, Teresa.

—Es un milagro que pueda llamarte. Estoy en un apuro. Quieren matarnos, Pepe.

—¿Matarnos? ¿A quién? ¿A toda la expedición? ¿A la raza blanca? ¿A los catalanes?

—A Archit y a mí.

—¿Quién es Archit?

—Es muy largo de contar y no estoy segura aquí. Es mi acompañante. Nos persiguen, Pepe. Te estoy hablando en serio. Haz algo.

—¿Qué puedo hacer?

—Habla con gente. O ven, Pepe.

Era la voz de la angustia, de una angustia radical, primaria, la angustia de vivir o no vivir.

—Han cerrado el metro. Hasta mañana a las siete no funciona el funicular.

—No te burles. Por Dios. No me queda tiempo.

—Dirígete a la embajada.

—Imposible.

—¿Qué quieres que haga? ¡Estoy en Vallvidrera! ¿Pero es que no te has dado cuenta?

—Pepe, por lo que más quieras. Mueve gente. Haz algo desde allí. Es largo de explicar, pero...

El clic es igual en todos los lugares de la tierra y el clic cortó la voz de Teresa Marsé y dejó a Carvalho asido al teléfono como esperando el milagro de la voz o de una voz.

—Barcelona. ¿Han terminado?

—Se ha cortado.

—No ha sido aquí. Ha sido allí.

—Carvalho dejó el teléfono en su horquilla, con cuidado, como si fuera un animal de reacciones imprevisibles. Volvió a tumbarse, pero esta vez los ojos no podían con el techo, los ojos necesitaban divagar al compás del pensamiento o del humo de un buen cigarro. Encendió un Condal del seis, difícil de encontrar en unos tiempos de desastre ecológico multiforme y omnipresente, que reservaba para situaciones críticas y paseó, primero por el living, luego por toda la casa, para salir a continuación al jardín y merecer el espectáculo de la ciudad a sus pies, la soledad de único contemplador de una ciudad dormida. Una ciudad llena de testigos del asesinato de Celia Mataix y llena de personas vinculadas por lazos familiares a Teresa Marsé, y en cambio era él, él el llamado a ser el omnipotente hacedor o deshacedor de una muerte y una vida, él y Biscuter los dos únicos seres. en poder de la clave de la vida y la muerte, él desde la cumbre de la montaña y el pobre Biscuter en el rincón más helado de un hospital junto a una mujer culpable de que él fuera Biscuter y no el general Galtieri o Maradona o Juan PabloIi. Y sin pensarlo dos veces, Carvalho bajó a la calle, subió a su coche y lo dirigió hacia el hospital donde pasó por una etapa previa y larga de "ovni" [Objeto "visual" no identificado] antes de que los conserjes adivinaran que quería acompañar a un amigo en el velatorio de su madre. Clareaba cuando descubrió a Biscuter hecho un ovillo sobre un banco de azulejos, separado de la cámara mortuoria por un falso muro, una estancia que parecía un urinario público sin tazas y exclusivamente motivada para tener un banco sobre el que reposaba una vieja seca como un bacalao, con medias zurcidas y un diente de oro asomante en la boca entreabierta de la que se escapaba un hilillo de líquido amarillo. Volvió junto a Biscuter. Se sentó a su lado sin despertarle. Se le habían despeinado los dieciocho pelos rubiancos del parietal derecho. Tenía cerrados los párpados excesivamente redondos como sus ojos y la cabeza ovoide reposando sobre la bolsa de plástico que se había llevado de casa. Biscuter dormía y sonreía. La

"boutique" de Teresa Marsé estaba en situación de "Cerrada por vacaciones", el ex marido en paradero desconocido, el hijo estaría escondido en alguna madriguera en compañía de la adolescente preñada y era imposible llamar a todos los Marsé de la guía telefónica hasta dar con algún pariente de Teresa. Con todo era más urgente ponerse al habla con la agencia que había organizado el viaje y conocer su duración y cuantas noticias de última hora pudieran darle de Teresa Marsé. La primera información fue poco estimulante. Desde compañías aéreas hasta agencias, pasando por las más diversas entidades, estaban en disposición de fletar un vuelo chárter con destino a Bangkok o a cualquier parte del mundo. Lo más probable es que se tratara de una entidad privada que encarga a una agencia de viajes un itinerario predeterminado. De repente Carvalho recordó que el viaje había sido organizado por una sala de fiestas y el nombre de la agencia que solía trabajar para aquella sala de fiestas no tardó en figurar en su agenda y en su cerebro, donde lo repetía como si quisiera remacharlo para que no se escapara. Hacia el mediodía, Carvalho estaba sentado ante un vicepresidente segundo o tercero de la agencia y escuchó un memorial de agravios sobre la poco recomendable viajera, Teresa Marsé.

—A los diez días de viaje recibimos un télex dándola por desaparecida. Luego reaparece, pero se va por su cuenta y no sigue el itinerario. Las irregularidades comienzan en Bangkok y la última vez que el guía responsable del viaje estuvo en contacto con ella fue en Chiang Mai, al norte de Thailandia, es una excursión potestativa pero que asumen casi todos los viajeros. En Chiang Mai esta señora o señorita desaparece y ayer recibo un cable angustiado del guía diciendo que lo ha comunicado a la embajada y que cuantas averiguaciones se han hecho no llevan a ninguna parte. Ha desaparecido. Y todo conduce a pensar que ha desaparecido voluntariamente.

—Yo recibí una llamada ayer noche de ella y parecía muy asustada, como si la persiguieran.

—Compréndalo, yo hasta que no vuelva la expedición no tendré otros elementos, pero de momento sé que ella se ausentó voluntariamente, que ha hecho su vida al margen de los itinerarios preconcebidos, que la embajada ha tomado sus medidas para encontrarla y que la policía no ha sabido o no ha querido encontrarla. Usted ya sabe que la policía en estos países no es lo mismo que en Europa.

—Pero la embajada ¿no ha podido saber algo?

—A nosotros nada nos ha dicho. Tal vez si algún familiar se dirige a la embajada entonces las cosas cambien. ¿Es usted pariente?

—No.

—La expedición vuelve pasado mañana. Aún estamos a tiempo de que esa señora se incorpore a ella y todo acabe bien. Mientras tanto si usted puede localizar a la familia podría sernos de mucha ayuda.

¿Desde dónde llamaba Teresa? Desde ningún lugar estable para ella, porque de lo contrario le habría dado una dirección, un teléfono. ¿Y si todo fuera una broma de mal gusto? ¿Pero por qué ahora, precisamente ahora, la primera broma de unas relaciones amistosas que estuvieron a punto de empezar mal? [Véase "Tatuaje", del mismo autor]. Las vecinas de la "boutique" lo sabían casi todo. El disgusto que le había dado Ernest el hijo, a su madre, que desde hacía dos meses el chico no había aparecido y que debía estar por ahí, dicen que por La Floresta, viviendo en una comuna, en una de esas viejas torres semiabandonadas. ¿El

marido? Vaya usted a saber dónde para el marido. Va por la vida de "hippy" en Ibiza. ¿Los padres de Teresa? Ya son muy mayores y no entienden lo que pasa en esta casa. Las vecinas sabían que los padres de Teresa no entendían lo que pasaba en aquella casa. ¿Por dónde empezaba?

Ir torre por torre, de vaharada de hachís en vaharada de hachís, preguntando por el chico de Teresa era como jugar a la lotería, mientras a Teresa la podían estar haciendo trizas en aquel mismo momento.

—Los señores Marsé ya no viven aquí. Desde que el señor Marsé se jubiló se han ido a vivir a la torre de Masnou. Sólo vienen una vez cada quince días, porque al señor aún le queda algo que hacer en los negocios. ¿En Masnou? Le será fácil localizarlos. Viven en "Mas Maymó". No tiene pérdida. Usted llegará a una casa de esas que venden coches de segunda mano, eso que se llama Eurocasión, y al lado mismo pone el letrero "Mas Maymó".

Visitar a los viejos Marsé era un magnífico pretexto para almorzar en el hostal del Binu, en Argentona, y asomarse a un paisaje que siempre quedaba a sus espaldas. Animal urbano, Carvalho tenía su selva particular en las laderas del Tibidabo y dejaba que el mar le salpicara los pies en las escaleras del puerto, un mar sucio, encharcado. Para mares limpios e infinitos le bastaba la contemplación del Mediterráneo desde Vallvidrera, un horizonte vislumbrado los días de viento, purificada la ciudad de la contaminación, y de pronto la sorpresa del mar e incluso de poderosos barcos con estela hacia las Baleares o el golfo de León. Paisaje blanco y beige con las cicatrices regulares de los sarmientos, el Maresme tenía una luz blanca y unas playas sin carácter, tal vez como contraste a la belleza acuarelística de las entrañas viejas de sus pueblos desbordados por la barbarie inmobiliaria. Cada pueblo había crecido al pie de una torrentera que con el tiempo se había convertido en frondosa rambla de profundas humedades, frondosa y traidora cuando de pronto las lluvias recuperaban su voluntad de río y se llevaban a la mar personas lentas y coches aparcados. Carvalho subió por la rambla de Masnou hasta encontrar el comercio de coches usados Eurocasión y la indicación "Mas Maymó". Entre viñedos, tapias con historia, pitas y chumberas, eucaliptos y pinos, por un camino de tierra clara, Carvalho llegó ante la verja de hierro que le cerraba el camino hacia "Can Maymó". Un portero automático le permitió un incómodo diálogo de identificación que finalmente se redujo a un: "Vengo de parte de Teresa". Se oyó un chasquido y se separaron los dos cuerpos de la puerta férrica para que Carvalho los empujara y dejara suficiente espacio al coche. Carvalho penetró en un sendero tapizado de gravilla que desembocaba en una rotonda con estanque y cuatro palmeras puntos cardinales. Una masía tan tradicional como enorme, pintada color crema y con un reloj de sol en el frontis superior, un cortacésped automóvil conducido por un viejo con sombrero de paja y una criada filipina descendiendo los escalones que separaban la puerta de entrada del coche de carvalho. La filipina le introdujo en un zaguán presidido por un enorme jarrón de Manises del que colgaban enredaderas de interior y más allá una escalinata de granito respaldada por una vidriera policrómica contra la que restallaba inútilmente un sol condenado a la domesticación y, como si hubiera escogido el rosetón policrómico como fondo propicio, un hombre viejo y grande, con un bastón en una mano y lo demás tapado por un batín de seda excesivamente grande para su enorme cuerpo. El hombre blandió el bastón hacia Carvalho y tronó desde las alturas.

—¡Nuestra conversación sería inútil! ¡Yo tenía una hija que se llamaba Teresa, pero ha muerto para mí!

Una vieja figurilla de porcelana empezó a bajar la escalera a saltitos mientras pedía paciencia al gigante.

—Higinio, no te excites. Tranquilízate. Es por tu bien.

—¡O ella o yo!

Seguía tronando el señor Marsé al tiempo que iniciaba un descenso digno de un Emil Jannings y llegaba hasta Carvalho para darle la espalda y encaminarse como una carroza triunfal hacia un salón con piano y tresillo isabelino. El gigante cerró los párpados llenos de quistes de bolitas de grasa y se sentó mientras su mujer le pedía por señas a Carvalho que no le hiciera demasiado caso.

—¿Qué ha hecho ahora esa desgraciada?

—No te pongas así, Higinio. Es por tu bien.

—Cállate, que tú tienes alma de alcahueta. De no haber sido por ti, de otra manera hubieran crecido tus hijos. Venga. Hable cuanto antes. Ya estoy preparado para todo.

Carvalho empezó por el principio, la llamada de Teresa, el problema de su hijo, la necesidad de marcharse. Luego los telegramas. El telegrama alarmante. La llamada telefónica. Sus dudas y sus temores. El viejo asentía como si cuanto le contara Carvalho confirmara todo lo que pensaba sobre su hija.

—No me extraña nada. Pero es que nada. ¿Oyes? Así tenía que terminar. Primero la boda con aquel desgraciado, más desgraciado que ella. Luego el divorcio y esas amistades que se buscó. Hasta se metió en política una temporada, después de la muerte de Franco. Se hizo socialista. Supongo que para mortificar a su padre. Sabiendo que los rojos me lo quitaron todo en el treinta y seis y tuve que empezar de nuevo. Luego las historias con señores. Porque cada semana cambiaba y de vez en cuando salía con alguno que podía ser su hijo, cuando no salía con alguno que podía ser su padre. Por si faltara poco, de tal palo tal astilla, el nieto es otro desgraciado que se deja enredar y ¡hala!, ¡a preñar se ha dicho! En vez de afrontar esta desgracia, coge un avión y se marcha a... ¿Adónde ha dicho usted? A Bali, con los camellos o con los monos, y ahora en Bangkok, y nada más llegar ya la ha armado.

El gigante se pasó las dos manos por la impresionante melena blanca y se la despeinó de tal manera que aumentó la dimensión de su cabeza. Miró a Carvalho con ira y desesperación.

—¿Ha pensado ella alguna vez en este pobre anciano que se está muriendo? ¿Sabe a cuánto estoy de presión?

—Higinio, tranquilízate, que es por tu bien.

—¿Ha pensado en su madre, en esta idiota que se lo ha dado todo y que aún ahora la defiende? Lo tenía todo en sus manos para ser feliz, para reírse del mundo, ¿y cómo va a acabar? No quiero ni pensarlo.

—Piénselo rápido porque sería interesante una gestión familiar para que el Ministerio de Asuntos Exteriores metiera baza en el asunto.

—¿Yo? ¿Qué influencia me queda? Yo tenía muy buenos amigos en la Administración, pero a todos los han barrido o los han dinamitado, como al pobre Viola, el ex alcalde de Barcelona, compañero mío de estudios y un caballero. No conozco a nadie.

—Bastará que lo haga en nombre de la familia.

—Que lo haga su marido o su hijo.

—No hay manera de dar con ellos.

—Seguro que es un cuento para chuparme los cuartos. No soltaré un céntimo.

El viejo dio una sacudida y se aferró con las manos a los brazos del sillón mientras cerraba los ojos y apretaba los dientes. La vieja figurilla de porcelana lanzó un gritito y se precipitó sobre él, pero fue más rápido el viejo, que alzó un brazo y contuvo el avance de su mujer con tal rudeza que la hizo tambalear y casi caer al suelo.

—Apártate. Estoy bien. Vais a matarme entre todos. ¿Por qué no ha llamado a su padre? ¿O a su madre? ¿Por qué le ha llamado a usted? Pues bien sencillo. Porque a mí me basta el tono de voz que pone para saber si habla en serio o no. Me ha sacado muchos duros esa desgraciada, pero no me sacará ni uno más.

—No se trata de que ponga usted dinero, sino de que se movilice.

Había cerrado los ojos y cabeceaba negativa y tozudamente. La vieja se llevó un dedo a los labios y con guiños de ojos indicó a Carvalho que se marchara. Salió tras él y al llegar a la puerta le metió un papel en las manos y le dijo en voz baja:

—Es la dirección del chico. Que haga lo que pueda. Yo mientras tanto trataré de convencerle.

—¡María!

Gritó el gigante desde su asiento.

—Ahora váyase, pero manténgame informada. ¿Cree que corre peligro?

Carvalho se encogió de hombros y salió al jardín recibiendo el perfume de la tierra y las plantas mojadas. Llovía y el reloj le dijo que no tenía tiempo de instalarse en el hostal del Binu si quería llegar a tiempo a la cita con Marta Miguel.

Biscuter se había comprado un metro de cinta negra y se había hecho dos brazaletes de luto, el uno para la única chaqueta que tenía y el otro para la camisa que lucía, regalo de Charo, igual que el pullover amarillo sin mangas.

—Recaliéntame eso que lleva dos días rodando.

—Imposible, jefe, la berenjena es muy mala de recalentar y lo que no he comido yo lo he tirado.

—¿No hay nada entonces?

—Está usted de suerte, jefe. Esta mañana después del entierro me he pasado por la Boquería y he visto "múrgulas". Se las hago con vientre de cerdo y una picada. Es un momento. Tengo el sofrito base ya hecho.

A Carvalho no le interesaba paladear un vino recio, sino recibir en el paladar la textura fresca de un vinillo cantarín, lanzado con la complicidad del porrón. Se llenó el porrón con un rosado de Cigales bien frío y tragueó metiéndose en la boca un sabor fresco arcilloso. Comió con apetito dos platos de vientre de cerdo con las setas, en el perfecto bálsamo de las dos gelatinas profundas, la del estómago de un cerdo y la del humus de los bosques entregados al otoño. Dos tazas de café. Una copa de orujo del Bierzo bien helado y un Sancho Panza milagrosamente encontrado en un estanco de la calle Puertaferrisa. Llamó a Charo.

—Te invito al cine esta tarde. Despacho un asunto a las cuatro y a las cinco nos encontramos en la puerta del Catalunya.

—¿Qué hacen en el Catalunya?

—No lo sé, pero los asientos son cómodos.

—Pues vaya manera de ir al cine. Ya me fijaré yo en lo que hacen. Yo un bodrio no me lo trago por muy cómodo que sea el cine.

Carvalho estaba contento consigo mismo. Había hecho cuanto había podido por Teresa Marsé, por Charo, por Celia Mataix, por Biscuter, y el cheque de los Daurella le permitía elevar su cuenta corriente a plazo fijo a un millón y medio de pesetas. Era todo su capital y lo tenía ingresado en la Caja de Ahorros a un seis por ciento de interés ante la desesperación de Fuster.

—Cualquier banco te daría un doce y un trece.

—Las Cajas de Ahorros no quiebran.

—Al ritmo que va la devaluación, ¿qué te significa un seis por ciento? Cómprate algo. Cómprate un piso y cuando seas viejo te lo vendes.

—Quién sabe lo que puede ocurrir dentro de diez o quince años. Igual no existe la propiedad privada. Van a ganar los socialistas.

—Iluso.

—O hay tanta oferta de viviendas que me tengo que quedar el piso para pasar los fines de semana.

—Lo alquilas.

—Eso sí que no. Líos con los inquilinos a partir de los sesenta años. A partir de los sesenta años quiero meterme en la casa de Vallvidrera, cobrar la pensión que me corresponda como trabajador autónomo, la rentecilla que me den los cuartos que acumule y a experimentar alguna cocina extraña. Por ejemplo, ¿qué sabemos de la cocina africana?

—Lo suficiente como para preferir la francesa.

Decididamente la tarde era propicia y sólo el reprimido temor de que Teresa lo estuviera pasando realmente mal le privaba de una satisfacción total. Pero al fin y al cabo él no era responsable de la suerte de Teresa Marsé. A partir de los cuarenta años todo el mundo es responsable de su cara, había dicho no sé quién y muy bien dicho. A partir de los cuarenta años nadie merece piedad hasta que no cumpla sesenta o setenta. Supongo. Ramblas arriba, Carvalho se enfrentó a los primeros carteles de la visita del Papa mezclados con la propaganda de las elecciones anticipadas. El atleta cristiano y blanco aparecía en los pasquines con aquella sonrisa mueca de eslavo astuto y las poderosas espaldas de Superman volador por los cielos del mundo. Dobló por la calle del Hospital, por la acera de las putas derruidas y los payeses colorados que disimulaban su busca fingiéndose interesados por los escaparates. Pasó ante las estribaciones de la Boquería y llegó al portalón que da entrada a los jardines del antiguo hospital de la Santa Cruz, romanticismo de luces y sombras prefabricado por el gótico y el neogótico, viejos en los bancos y madres jóvenes con niños todavía vegetales de cintura para abajo, estudiantes de paso entre dos calles o entre dos escuelas o entre la biblioteca de Catalunya y la escuela de Artes y Oficios Massana. Luz de claustro, rumor de claustro, un paraíso prefabricado bajo la bóveda de un cielo excelente de otoño. Hay que elegir entre todos los cuerpos con libro uno que tenga cuarenta años cumplidos y un libro que se titule "Los poderes terrenales" de Anthony Burgess, un libro que ha de ser lo suficientemente voluminoso para

que sirva de señal en un ámbito amortiguador de señales. Y allí está, baja pero con cintura, cuadrada pero con cintura, pelo negro corto, facciones blancas y algo grasientas, ojos con poder de convocatoria y una boca triste, blandos y salivados los labios, como contagiados de la misma sensación de humedad que impregna los cabellos de Marta Miguel. Hay un rápido arqueo de cejas en la mujer cuando Carvalho se detiene ante ella y le mira el libro.

—¿Usted es...?

—Lo soy.

Se sopla Marta Miguel el flequillo que no tiene.

—Yo me imaginaba a los detectives de otra manera.

—Con gabardina, supongo.

—Pues sí.

—Yo nunca me pongo gabardina. Sería como aceptar que las chicas de servicio han de llevar cofia.

—Vaya ejemplo.

—Carvalho señaló la perspectiva total del jardín.

—Hablamos por ahí o vamos a cualquier sitio.

—Si le parece caminamos y luego nos sentamos en un banco. Yo vengo mucho por aquí. Estoy haciendo un trabajo en la biblioteca de Catalunya.

—Es usted profesora.

—Sí. Profesora de universidad.

Había dicho lo de profesora de universidad con una fuerza especial, como si quisiera dejar constancia de lo superlativo de su profesorado, de la calidad suprema de la docencia que impartía. Empezaron a andar y Carvalho esperó a que ella dijera algo, pero la mujer se limitaba a avanzar mirándose la punta de los zapatos sucios y viejos o a irse pasando el libro de una mano a otra, mientras con la mano libre se estiraba sobre el vientre hinchado un polo de lanilla barata. Lo único que destacaba en su indumentaria era un collar de bolas rosas, incluso bonito en su evidente baratura.

—¿Y bien?

Dijo ella por fin.

—Yo estoy a la escucha. Es usted la que ha provocado este encuentro.

—Perdone, pero el encuentro lo ha provocado usted rastreando y husmeando por todas partes. Me llamó Rosa Donato y me puso en antecedentes de lo que usted pretende. ¿No cree más sensato dejarlo correr? El mal ya está hecho y ninguno de nosotros quiere remover la basura. Luego está Muriel, la hija de Celia. ¿Cree que vale la pena mantenerla en la platea de un espectáculo desagradable?

—¿Siempre tiene tan mal humor Rosa Donato?

—Es muy variable.

—Parece un camionero con sueño y al que se le acaba de reventar la última rueda de recambio que llevaba.

—¿Por qué la compara con un camionero?

—No lo sé.

—No es que sea santo de mi devoción, pero es una mujer que vale mucho y de mucha cultura.

—No lo dudo. El mundo está lleno de seres que valen mucho, que tienen mucha cultura y que son inaguantables.

—Es una niña mimada, eso es todo. Como lo era Celia.

La dejó que se adelantara un poco y comprobó el ritmo tesonero de su caminar sobre dos piernas fuertes, cortas, ajamonadas, en contraste con un talle estrecho y un tórax fuerte pero mejor proporcionado que las piernas.

—Les ha sido todo muy fácil en la vida y reaccionan con mal humor ante todo lo que les lleva la contraria o les crea problemas. Me hubiera gustado verlas a ellas como a mí, con dieciocho años, recién llegada a esta ciudad con una mano detrás y otra delante y sin dinero ni para comprarme el papel de barba para la instancia de petición de beca.

—¿Se ha hecho usted a sí misma?

—¿Y quién me iba a hacer si no?

—Y ha llegado usted a profesora de universidad.

Silbó Carvalho como apreciando todo el esfuerzo que había hecho aquella pequeña y fuerte mujer que le contemplaba desconcertada.

—No le permito ni la más mínima broma sobre lo que soy, porque lo que soy me lo debo a mí misma y sé lo que me ha costado.

Le había salido un acento raro, un acento de provincia fronteriza, de qué provincia no importa. Un acento de inmigrante no cualificada, es decir, no era un acento inmigrante convencional: andaluz, gallego, aragonés, ni siquiera murciano. Era el suyo un castellano de marca fronteriza y le salía cuando quería decir cosas que sentía por encima de los refajos culturales.

—Casi todo el mundo lo que tiene se lo debe a sí mismo. Unos se deben más a sí mismos que otros. Pero la relación de dependencia con uno mismo no se altera. ¿De qué es usted profesora?

—De pedagogía. De historia de la pedagogía, para ser más exactos.

Carvalho apreció la importancia del tema con una mueca solícita que devolvió cierta tranquilidad a la disposición de Marta. Ahora caminaba adelantando las cortas piernas en sentido circular, como si al pensar y al hablar fuera tomando posesión de un ámbito tan real como invisible y al mismo tiempo se lo estuviera ofreciendo a Carvalho.

—Usted no puede imaginarse lo que era yo cuando llegué a esta ciudad recién terminado el bachillerato en una academia de mi ciudad. Dos profesores para cuatrocientos alumnos y en una clase todos los que queríamos hacer bachillerato o comercio o profesorado mercantil, fueran del curso que fueran. Y venga machacar, machacar. Todo de memoria. Aún me sé la definición de Historia que estudié en la academia. "Historia es la ciencia que trata de los hechos que forman la vida de la humanidad a través de su desarrollo, explicando también las causas que los han motivado". Y venga romper codos de jerseys estudiando y venga mi madre remendar codos.

Carvalho le miró de reojo los codos del polo. Impecables. Marta caminaba a bandazos, y de vez en cuando chocaba con Carvalho para dejarle un mensaje de perfume intenso. Tendrá los sobacos peludos y con propensión al sudor, pensó Carvalho, y se la imaginó desnuda como un caballito percherón o bailando, con esa voluntad de fingir elasticidad que tienen las musculaturas cúbicas.

—Y cuando llegué a Barcelona ¡ay Dios!

Y de nuevo se sopló el flequillo que no llevaba.

—Y cuando entré en la universidad ¡ay Dios! Con decirle que fue el curso de lo del Paraninfo. ¿No recuerda? El año de las algaradas estudiantiles, de las primeras importantes. El curso 1956–1957. Cuando yo veía a aquellos burguesitos tranquilos y ricos jugándose el curso corriendo delante de la policía me sublevaba. Yo tenía que presentar cada año de notable para arriba para que me mantuvieran la beca. ¿Y sabe usted que yo no entendía nada de nada?

Había retenido a Carvalho con una mano corta y fuerte sobre el brazo del hombre.

—Pero es que nada.

—¿Así de pronto?

—No. Del lenguaje. De asignaturas teóricas, por ejemplo. Filosofía. Yo había estudiado de memoria y sabía decir lo que es una mónada según Leibnitz, pero no entendía a Leibnitz. ¿Comprende? En clase me iba haciendo pequeñita, pequeñita, cuando hablaban de Filosofía, y en casa lloraba porque no entendía nada. Y de Literatura. Aquel año le dieron el Nobel a Juan Ramón Jiménez. El profesor de Literatura nos puso un poema de Juan Ramón para que lo comentáramos. Yo me sabía la vida de Juan Ramón y los nombres de todos sus libros y fragmentos enteros de "Platero y yo". Pero no sabía comentar un poema. Tuve que tomar apuntes al pie de la letra, estudiármelos. Trabajaba veinte horas al día y aun entre la chacota de los que pasaban por ser los más listos de la clase, los más brillantes, que se iban a hacer la revolución gritando ¡asesinos! a los guardias. La policía por la mañana y por la tarde el guateque, y yo con las pestañas quemadas de tanto estudiar con mala luz en un cuartucho, el más barato de una pensión de la calle Aribau. Y el Arte. Yo no había visto un cuadro en mi vida, como no fueran los de los calendarios. Me sabía la Arqueología clásica de Melida y la Historia del Arte de Angulo de memoria, eso sí. Pero los profesores empeñados en que yo comentara las reproducciones y el estilo. Me costó tanto entrar en la cultura abstracta de la burguesía, tanto.

—La cultura burguesa es abstracta y la proletaria concreta, según usted.

—Mi cultura era una mezcla de moral religiosa convencional, la experiencia colectiva de mi gente y lo que mi portentosa memoria había tenido tiempo de registrar. Y yo veía a los otros, "dilettantes", haciendo bromas sobre lo divino y lo humano, cachondeándose de Ortega y Gasset, por ejemplo, con una total impunidad, porque eran los dueños de la tierra y eso les permitía ser irónicos, amables consigo mismos. Y yo, Marta Miguel, hasta las tantas empollando y mal vista por todos menos por las monjas. Como una monja. Eso fui yo en la universidad.

—¿Conoció allí a Rosa Donato?

—Ella estaba acabando cuando yo entré. Era de la Sección Femenina y estaba muy metida en el SEU. Ahora no. Ahora es tan de extrema izquierda que no encuentra partido que la satisfaga. Yo también me metí un poco en el SEU. Los comedores eran los más baratos que había. Me hinché de pan con aceite, sal y vinagre. Cuando llegaba el primer plato yo ya tenía medio estómago lleno de pan con aceite, sal y vinagre.

—¿Y a Celia?

—La veía en el patio. Ella entonces no era de Letras, o sí. Pero siempre estaba con la gente de Derecho o de Arquitectura. Había más chicos en esas

facultades. Cuando ella entraba en el claustro de la parte de Letras todas las miradas se le echaban encima. Era alta, rubia, delicada pero con un cuerpo espléndido, sano, y siempre llevaba un libro y una flor. Una rosa, generalmente.

—¿Fueron amigas?

—No. De hecho hemos hablado un par de veces en todos estos años y muy recientemente. Cuando yo empecé especialidad era más difícil hacer vida de claustro y la veía muy de tarde en tarde, siempre en su corte, siempre rodeada de tíos y tías pendientes de ella. La Donato sí la trataba y a veces me había invitado a actos o a fiestas en las que habíamos coincidido. Pero yo nunca tenía qué ponerme. No dominaba el lenguaje así, banal. Con el tiempo le he puesto nombre a lo que me pasaba: tenía estropeado el mecanismo comunicacional. Estuve un año y medio o dos sin verla. De pronto, un día, yo ya había acabado la carrera y estaba preparando las oposiciones para Instituto. Fernando Fernán Gómez dio un recital semiclandestino con motivo del aniversario de la muerte de Machado, lo dio en una facultad nueva entonces, la de Ingenieros, creo. Yo fui y allí estaba Celia, como siempre rodeada de gente, preciosa. La Donato me dijo que vivía con un chico, un pintor, y fue ella también la que me dijo que se había casado con un arquitecto. No la volví a ver hasta el día del estreno del "Evangelio según san Mateo" de Pasolini.

—¿Seguía sin abordarla?

—Sí. ¿Para qué? Yo iba picoteando cultura aquí y allá. Entonces ya me sentía más segura económicamente. Me había comprado a plazos el apartamento que tengo. Mi madre se había quedado viuda y me la había traído del pueblo. Leía todo lo que no había tenido tiempo de leer. Volví a verla en un cine, una noche. Ella estaba preñada. De la niña, Muriel, supongo. Pero seguía tan preciosa como siempre. Con aquel aire de sonriente ausencia, pero siempre con la cabeza y la melena inclinadas hacia el lado oportuno.

La mala foto de prensa estaba ante las retinas secretas mentales de Carvalho y había mejorado a partir del retrato de Marta Miguel.

—Se hacía querer.

Musitaba Marta Miguel, y los dos se daban cuenta de que habían recorrido todo el parque y estaban ante la puerta que daba a la calle del Hospital, entre el ir y venir de centenares de personas atolondradas o cansadas o ensimismadas, más allá de las puertas del oasis gótico.

—Lástima.

—¿Lástima de qué?

—De que nadie me encargue el caso. Yo soy profesional. Vivo de esto y no voy a investigar por amor al arte.

—No hay nada que investigar. Yo la dejé y ella esperaba a alguien. De hecho me utilizó como cebo para que los demás picasen y se fueran. Especialmente la Donato y el tonto de Dalmases.

—¿De qué hablaron?

—De casi nada. Casi no dio tiempo. Me dijo que le dolía la cabeza y que los demás eran unos pesados y que... En fin, me invitó a marcharme.

—Qué lástima.

—¿Otra vez qué lástima?

—Era la primera oportunidad que usted tenía de hablar con ella. Después de tantos años de ansiarlo.

—¿De ansiarlo? ¿De dónde saca usted que yo ansiaba hablar con ella? Era como un cuadro o, mejor dicho, como la posible modelo de un cuadro jamás pintado. Hace unos años vi una película de Milos Forman, no recuerdo el título, o sí, "Taking off", se llamaba. De pronto aparece una mujer rubia desnuda tocando el cello. La rubia de Milos Forman era rubensiana, con mucha carne, muy holandesa o muy walkiria. Aquélla era una escena para Celia. Desnuda. Tocando el cello.

Marta Miguel había cerrado los ojos y sonreía. Cuando volvió de su éxtasis descubrió que Carvalho estaba consultando el reloj. Charo debería estar en la puerta del cine furiosa por lo que ya consideraría un plantón.

—¿Tiene prisa?

—Sí.

—¿No continuará en el caso?

—No.

—Mejor. Hubiera sido una tontería.

Le tendió la mano, se la estrechó activamente y le dio la espalda para desandar lo andado por el jardín. Carvalho la vio alejarse con su cuerpo de becaria hija de unas tierras y unos padres fronterizos. Carne de viaje organizado a Amsterdam o a Kyoto. Con una máquina de fotografiar y alguna amiga. Intima.

La película planteaba el cansancio de dos matrimonios y los juegos de sustitución a los que se dedican para superar el tedio. Charo parecía succionar la película más que verla y con los brazos rodeó uno de los de Carvalho. De vez en cuando el rostro de la muchacha escapaba a la hipnosis de la pantalla y se volvía hacia el de Carvalho, como estudiando el efecto que el argumento de la película le causaba. A Carvalho le gustaba Sally Kellerman, eso era todo, y las situaciones más retóricas le servían para construir su propio film y recordar con una cámara lenta la situación del encuentro con Celia en el supermercado. Ella llevaba un abrigo blando, como de pieles pero sin ser de pieles, y se le desprendía un calor perfumado, un calor de ámbito que sólo emana de los cuerpos que merecen el amor. Le gustó el vuelo de la melena, la melosidad de la melena, la musicalidad de las líneas del rostro, la doncellez profunda de los ojos y la sonrisa nacida por un secreto personal e intransferible. Y al alejarse el cuerpo hacia la cajera, por debajo del borde de la falda asomaban dos piernas esbeltas, con el tobillo delgado de una muchacha ingrávida, y al alejarse, definitivamente alejarse del Carvalho que aún ha de enseñar el contenido de su cesta, esperar la cuenta, pagar, salir, una sensación de adolescente urgencia le puso una bola de angustia en el pecho y un furor imposible de expresar ante el trámite lógico de pagar lo que has comprado en el supermercado. Luego la calle vacíamente llena, llenamente vacía, ni siquiera la sospecha de una cabeza rubia alejándose entre el tráfico y la gente, una vez más aliento nostálgico de lo que pudo haber sido y no fue.

—¿Te ha gustado?

—Es entretenida.

—Pues yo encuentro que tenía su cosa, ¿no? A mucha gente le pasa lo mismo, ¿no?

—En Estados Unidos. Aquí las cosas son a otra escala.

—En estas cosas la gente es igual en todas partes.

Charo miró la hora en su reloj.

—He de irme.

Y lo decía como quien va hacia el degüello. Quería recordarle a Carvalho que era una "call girl" que empezaba a funcionar a partir de las ocho, a partir de la hora en que se cierran las oficinas y los ejecutivos sacan los instintos de la bragueta.

—Está la cosa muy mal. Desde que han salido tantas casas de relax. Menos mal que conservo clientes. Pero nuevo, ni uno. Y eso que las casas de relax están a unos precios. ¿Cuánto crees tú que cuesta un masaje y luego todo lo demás?

—Ni idea.

—Pues como te den un vaso de whisky se te va en seguida a las diez mil pesetas. Y luego que si un francés, que si un griego.

—¿Cambia el precio para los griegos y los franceses?

—Son nombres de masajes, es decir, de cochineo. El francés es el francés y el griego pues es "El último tango en París", para entendernos. Y el thai.

—Ya sé lo que es el thai.

—Pues eso.

Charo se alzó sobre las puntas de sus zapatos y besó una mejilla de Carvalho. Le apretó el brazo y correteó Ramblas abajo. Carvalho contuvo el deseo de llamarla, de reclamarla, de quedársela. No quería ser su propietario y nada los alejaría tan radicalmente como el oficio de ella, aquel cinturón sanitario contra el instinto de propiedad. Recuperó el coche en el parking de la Gardunya y recorrió el camino habitual para llegar hasta Vallvidrera, pero una vez en la encrucijada de caminos que iban hacia el Tibidabo o Las Planas, cogió el segundo y salió por la espalda de la sierra, con el coche apuntando hacia el Vallés, en un descenso majestuoso por la montaña umbría, casi selvática, con lianas y murmullos de jungla en las torrenteras despeñadas entre bosques atrapados por la maleza. Al terminar el descenso, la carretera se metía por un pequeño valle que de vez en cuando se abría a explanadas generosas donde las clases populares disfrutaban de comidas domingueras, con tortilla de patatas o paella y salto a la cuerda o mini partido de fútbol familiar y fascinación boquiabierta ante el milagro del crepúsculo sobre las montañas, un espectáculo gratuito y de "qualité", casi siempre en technicolor. Cambiado el horario de verano, la luz del día otoñizaba. Se desvió al llegar al indicador de La Floresta y entró en el reino del pequeño chalet enmohecido por la generosa humedad del valle, chalets de arquitectura de aluvión, reducción a escala del mal gusto de la burguesía estraperlista de la posguerra, compartido por el mal gusto de la pequeña burguesía pequeñamente estraperlista o ahorrativa que había hecho realidad el sueño de "la caseta i l.hortet" en las estribaciones de los lomos umbríos de la sierra que cerca a Barcelona y deja a su espalda la apertura aparentemente sin límites del Vallés Occidental. Chalets minimodernistas, minifuncionalistas o modernistas de cintura para arriba y racionalistas de cintura para abajo, o ni lo uno ni lo otro sino todo lo contrario, vejez, abandono y sobre todo obsolescencia del veraneo de medio pelo. Ex oficinistas viejos que cavan sus últimos tomates o nietos rockeros

que han encontrado en la increíble casita vieja del abuelo refugio para sus ganas de huir pero no del todo y fumarse un porro sin que el padre les pegue con "La Vanguardia" enrollada o hacer el amor con la compañera de COU con la ilusión de que ya se tiene un hogar, también alguna comuna de traductores con poco que traducir y solistas de flauta de orquestas jóvenes que apenas tocan, parejas de homosexuales acuarentados desesperados ya de tener hijos y resignados a envejecer con dignidad y una fidelidad sin remedio y todavía alguna vieja casa de payés auténtica donde viejos colorados se doblan sobre la tierra en busca del caracol comecoles o forzados por el reuma. Estas urbanizaciones han perdido su oportunidad de ser una alternativa residencial a los barrios barceloneses, donde la piqueta ha diezmado viviendas unifamiliares con su acacia y su palmera, incluso su estanque con pez de color, uno más en la familia. Envueltas en las nieblas de la humedad y condenadas por la irresolución de su propio estilo, han visto cómo los nuevos profesionales liberales se iban más allá, a vivir a Sant Cugat, donde hay universidad y campo de golf, calefacción central y farmacias, incluso un restaurante argentino y una "fromagerie", elementos indispensables para considerar habitable cualquier pequeña ciudad catalana fin de milenio. Pero a Carvalho le gusta el carácter obsoleto de estas urbanizaciones, en otro tiempo sueño de retorno a la naturaleza de unas gentes que aún ignoraban que la ciudad iba a ser más monstruosa de lo que podían imaginar con una imaginación tan pequeña como sus deseos. Estas casitas les permitieron recuperar el caracol y el jilguero, el gusano y la garza, el renacuajo y la tempestad.

En la dirección que le había escrito la madre de Teresa figuraba incluso el dibujo del recorrido hacia "Can Torruella", la residencia de Ernest, Ernesto para la Historia, porque el muchacho había nacido en pleno orgasmo de la revolución permanente encarnada por el Che. Junto al roble gigante, decía la nota y el roble, no tan gigante, estaba allí como si quisiera adaptar su gigantismo a la escala de tanta casa quiero y no puedo. Una cancela de alambres historiados, un pequeño jardín introductor con las adelfas consumidas por el pulgón, una fachada de cuartelillo de la guardia civil en la que sólo destacaba una escalera que intentaba imitar el mosaico enloquecido gaudinesco y al final de la escalera una puerta abierta a un horizonte de mosaico bien conservado y más allá del horizonte una sala con chimenea neoclásica, enormes cojines con estampados indostánicos, sobre un cojín una muchacha pequeña, con el pelo recogido en un moño, la boca adherida a la flauta y los ojos pugnando con la cabeza ladeada para ver quién es el intruso. Pero no deja de tocar un arreglo que a Carvalho le suena a Mozart y que contrasta con el póster de la pared dedicado a Eric Burdon y una enorme foto de Mick Jagger sacándose la guitarra de la bragueta. Por una puerta lateral aparece una pareja de melena unisex delgados como gatos sin dueño, jóvenes como árboles recientes. La pareja no quiere romper el encanto de la música para preguntar la identidad de Carvalho y la flautista paraliza a Carvalho con los ojos abiertos, lo único realmente hermoso en un rostro de anodina hija menor, mientras sus labios siguen succionando la música de la flauta. La música anuncia su propia muerte y cuando se extingue las figuras recuperan lentamente el movimiento y la capacidad de sorprenderse ante el cuarentón vestido de padre que se ha metido en el desván del paraíso. Por la redondez de la tripa que estalla bajo la túnica tercermundista, Carvalho deduce que la flautista es la presunta nuera de Teresa Marsé. La pareja unisex se descompone y la voz masculina da un paso al frente.

—¿Qué desea?

—Estaba abierto. Busco a Ernesto.

Se miran los tres jóvenes y no contestan.

—Es por un asunto relacionado con su madre, con Teresa.

—Está de viaje.

Ha dicho la nuera.

—Lo sé. De eso se trata. Quisiera hablar con Ernesto.

—Trabaja.

—¿Volverá pronto?

—Trabaja de camarero y tiene el turno de noche. Acaba de marcharse.

Aquel niño ojeroso nacido para ser el Che o el heredero de "Can Marsé" trabaja de camarero.

—¿Me pueden decir dónde?

Tal vez se lo puedan decir, pero no se lo quieren decir.

—Es que no lo sé. Es por Barcelona, pero no sé el sitio. ¿Cómo ha encontrado esta casa?

—Me dio la dirección la abuela de Ernesto.

—Ah, la "iaia" [Abuela].

La muchacha parecía aliviada y al decir la iaia había mirado hacia una puerta que comunicaba con el frente de azulejos desportillados de la cocina. Sin duda la iaia estaba contribuyendo a que aquella cocina funcionase.

—Perdone, pero es que mi padre me está buscando y no queremos líos. Estamos en casa de estos amigos.

La pareja unisex cabeceó afirmativamente.

—Ernest trabaja en el Capablanca, una boite de travestís, al final de las Ramblas. Trabaja de camarero.

Se apresuró a añadir para que ni por un instante Carvalho pudiera pensar que Ernesto trabajaba de travestí. Diecisiete años de flautista preñada contemplaban a Carvalho ya sin recelo, pero a la espera de una explicación.

—¿Le ha pasado algo a Teresa?

—Eso es lo que trato de saber.

Por qué se viste de sea
la flo de lirio morá,
por qué se viste de sea,
ay campanera, por qué será.

Como una flor de sangre, estropajosa la rubia melena y todo lo demás rojo incendiado, el colorete, el traje de cola y lunares, blancos los lunares, de blanco enrojecido, "la Pipa", un metro ochenta sin tacones y con tacones estatura pivote, tórax de peso welter aumentado por dos tetas silicóticas que son la envidia de la competencia, pantorrillas de clase de anatomía y al revuelo de la falda muslos marmóreos para esconder el misterio de lo que respetó o no respetó un bisturí en Casablanca. Y en el rostro de chico moreno disfrazado de chica rubia, facciones de maricón descarado, la picardía del "por qué se viste de sea la flo de lirio morá" y un taconeo que levanta miasmas de polvo que se suman a la neblina excitada

por los chorros de luz, con los que los reflectores tratan de acertar en el gimnástico subrayado de expresión corporal que "la Pipa" le echa a la tragedia de "La campanera", tragedia profunda entre las manos de un pianista breve, viejísimo, con gafitas de estudiante muerto en una carga de la policía zarista. A contraluz, gentes de barra, y en la profundidad de la sala no cabe una alma, todas las mesas ocupadas por matrimonios recién salidos de una cena de seis mil pesetas codo a codo con la progresía convocada por el tam tam oral de un ambiente irrepetible, "la Pelucas, Rosalinda, la Adefesio, la Toro", especialistas en imitaciones de Rocío Jurado, Amanda Lear, Astrud Gilberto, Rafaela Carrá, ex camionero "Rosalinda" padre de dos hijos, hijo pequeño de madre viuda "la Pelucas", mecánico tornero "la Adefesio", puto ambidextro "la toro", éxito asegurado con "Luigi el Amoroso".

—"Respetable público, a continuación el gran éxito de Rafaela Carrá en una versión libre de Juana" la Toro.

Y sustituye "la Toro" a "la Pelucas" embistiendo contra la entrada del pianista.

—"... acompañada al piano por el maestro Rosell".

Rosell, el pianista viejo, un Buster Keaton blanco de noche que corrige sobre la marcha los desastres de tiempo y entonación de las alegres y fuertes muchachas.

—¡"Tengo un reglazo"!

Dice "la Pelucas" con los sudores del arte en la frente.

—¡"Cuando me viene la regla tengo una desangría"!

Insiste "la Pelucas" rodeada por un grupo de habituales que sonríen o ríen según su control nervioso ante la giganta de entrepierna inquietante.

—"Estaba actuando una vez en Mallorca y me vino un reglazo de éstos, mira, chiquillo, cómo puse el escenario".

Y se corre la voz de que en la sala está un alcalde en funciones y Luis Doria, el viejo genio de la poesía y la pintura, conservado en formol y almidón. Luis Doria, desde la atalaya de una mesa dominante de la algarabía, punto de referencia para los entendidos, está Luis Doria, ¿aún vive? ¿Has visto su exposición en la Maeght? Una sana sensación de buena inversión en las parejas acomodadas que consumen su semanal noche de locura con un matrimonio amigo, socio en negocios y vacaciones en el mar. Por lo demás penenes, minieditores avanzados, ex editores, posteditores, escritores, pintores, ex cantantes de protesta, especialistas en ciencia ficción, números doce e incluso once en las listas electorales de los comunistas o los socialistas, prestigiosos nombres de relleno que guardan las espaldas cargadas de los políticos de verdad premiables con la silla parlamentaria y Juanito de Lucena recién llegado de una "turné" por América del Sur, solidario con el trasfondo de la fiesta, repasado por los ojos arácnidos de "la Pelucas".

—¡Qué bueno está!

Juanito de Lucena, un lunar postizo junto a la boca besadora y un dibujo de cejas de muchacha en flor. Sobre Juanito de Lucena se inclina Ernesto con los cuatro gestos que le ha enseñado el "ma3tre", el cuerpo inclinado en señal de ofrecimiento, una mano doblada sobre la espalda y la otra manejando la bandeja mientras de los labios sale un qué desea tomar lo suficientemente alto para que el

cliente lo oiga y no se corte la inspiración de "la Toro", una Rafaela Carrá de morenez tunecina y esqueleto de destripaterrones.

—Ernesto. Este señor te busca.

El hijo de Teresa Marsé lleva en la bandeja dos gintónics y un Alexandra. De los labios de Carvalho no sale el tono de voz adecuado y Ernesto no le entiende. Carvalho le hace señas de que se aparten del bullicio y el muchacho le dice que no puede. Le pide que espere. Lleva el encargo a una mesa y durante su viaje alguien golpea en un hombro de Carvalho. Cuando se vuelve recibe la sorpresa de la arrugada sonrisa de la Donato.

—Pero bueno, ¡usted es incansable!

—Le aseguro que es casualidad.

—¿Cómo dice?

—Que es casualidad.

—Estoy sentada allí con unas amigas. Le espera una copa.

Allí es una mesa situada a los pies de Luis Doria donde cuchichean tres damas separadas del marido y de la fiesta. Ahora "la Toro" se ha puesto a recitar su nostalgia por Luigi el Amoroso, "latin lover" de exportación que se ha ido a Hollywood a hacer fortuna con la picha, mientras el maestro Rosell crea una cierta sensación de paisaje musical íntimo, triste a pesar de la parodia. Vuelve Ernesto con la bandeja vacía y le hace señas a Carvalho para que se dirija hacia los lavabos. Hasta allí llegan las estridencias canoras de "la Toro", pero no el hervor de las conversaciones y las carcajadas reprimidas.

—¿Qué pasa? No puedo entretenerme. Estoy a prueba y me ha costado mucho encontrar este trabajo.

—Se trata de su madre. Está en apuros y en Thailandia.

—Mi madre siempre está en apuros.

—Parece serio. Su abuelo no quiere saber nada. ¿Hay manera de encontrar a su padre?

—¿Mi padre? Ése aún menos. Lo difícil será encontrarle, y cuando le encuentre como si no. Está infantilizado. Es como mi hijo. Se pasa la mitad del año en Ibiza y la otra mitad pegando sablazos por Barcelona.

—Alguien tiene que interesarse por Teresa. Hay que ponerse al habla con el Ministerio de Asuntos Exteriores, por ejemplo.

—¿No será el clásico embolado de mi madre?

El "ma3tre" asoma la cabeza desde una esquina.

—No puedo entretenerme. Aquí te juegas el puesto por cualquier tontería. Trataré de encontrar a mi padre. Deme su teléfono.

Carvalho le tiende una tarjeta y Ernesto se la guarda en el bolsillo de la chaquetilla "smoking" como si fuera una propina. Lleva los cabellos largos recogidos en una trenza y la sombra del bigote adolescente agrandada por la desesperanzada voluntad de no afeitárselo.

—¿Pero viene o no viene?

Es la Donato. Coge a Carvalho por un brazo y le ayuda a abrirse camino entre la multitud braceante por los aplausos. Por un túnel de clientes desplazados abierto por la Donato, Carvalho llega a la mesa de las damas. Una concertista de piano, una traductora de novelas feministas y la ganadora del

premio de novela breve más importante de la literatura murciana, informa la Donato y presenta a Carvalho como un detective privado en paro.

—Aprovechad la ocasión, chicas, el señor busca trabajo.

—¡Si lo hubiera conocido antes! ¿Para qué sirve un detective privado?

—Para seguir a su marido, por ejemplo.

—Ya no tengo marido.

—Ni yo tampoco.

—Estas señoras tan monas son todas unas malcasadas y están a su disposición.

La concertista conserva el bronceado del verano y mira a Carvalho por encima del hombro. Es una rubia bien teñida bien vestida, bien formada, bien madurada, con las tetas apretadas bajo un corpiño de seda escotado.

—¿Verdad que es mono? Es el detective privado más mono que conozco. Hoy me he enfadado con él porque es un machista.

La Donato aprieta con sus manos un brazo de Carvalho y guiña los ojos.

—¡Qué noche tan bonita! ¡Cómo está esto! ¿Ha visto usted a Luis Doria?

—No tengo el gusto.

—El pintor, el poeta; pero, hombre, ¿no lee los diarios? Mire. Allí le tiene. Es un habitual de la sala y no viene por las chicas, viene por el pianista. Cada vez que viene se va de los últimos y antes de salir saluda ceremoniosamente al pianista y se marcha.

—El pianista.

Musita Carvalho y dirige sus ojos hacia el viejecillo que culmina el subrayado musical del retorno de Luigi el Amoroso a su pueblo natal, a sus amantes habituales, fracasado en la empresa de ser gigoló en Hollywood. El pianista es una figurilla agitada por la música, con los pantalones demasiado cortos dejando ver media pantorrilla anciana y blanca, los calcetines marrones viejos y arrugados, los zapatos embalsamados por los betunes, nerviosos como sus manos.

—Conocía usted este lugar, supongo.

—Supone mal.

—Estuvo abierto ya durante la dictadura, pero lo cerraron por una denuncia. Ahora lo han vuelto a abrir. Casi todas las chicas son las mismas de antes. Con casi diez años más encima. ¿Se ha fijado en "la Toro"? Da miedo.

Y la risa de la Donato se contiene cuando advierte que la concertista y Carvalho se aguantan la mirada, que la concertista la aparta y se sonríe a sí misma. La Donato mete sus labios en la oreja de Carvalho.

—Hágale compañía, está muy sola. ¿Le gusta la música?

—Según.

—Háblele de música.

Carvalho apura el whisky doble sin agua ni hielo y se inclina hacia la pianista.

—¿Qué tal Beethoven?

—¿Qué le pasa a Beethoven?

—Me han dicho que es usted música.

—Lo mío es Bela Bartok.

Carvalho finge estar enfadado y cabecea negativamente.

—No me esperaba esto de usted.

La concertista ríe y enseña una dentadura carísima.

—Esto no puede quedar así.

Proclamó la Donato cuando ya era evidente que los echaban del local. Doria se había levantado, atezado, anguloso, con la melena blanca refulgente en la penumbra del local y su andar anciano pero decidido era secundado por dos acompañantes que no quitaban ojo de sus pasos descendiendo los escalones que le separaban de la pista central. Fue abordado por la concertista y el anciano la acogió con afabilidad, le besó una mano, se la retuvo, comentó con ella algo regocijante y la despidió con la misma ceremonia con que la había recibido. La retirada era general y Doria caminó con facilidad hacia la peana donde el pianista recogía las partituras con meticulosidad. Carvalho siguió a sus compañeras en el movimiento de recuperación de la concertista y juntos se encontraron siguiendo la estela de Luis Doria, entre miradas avisadas de los últimos clientes. Doria se detuvo al pie de la peana y dijo:

—Muy bien, Alberto, muy bien.

Pero el pianista apenas si se volvió. Asintió con la cabeza y siguió dando la espalda al prepotente Luis Doria.

—¿Todo sigue bien?

Volvió a cabecear ambiguamente el pianista sin darle la cara a Doria.

—¿Y Teresa?

El pianista se agitó y de espaldas igual podía deducirse que lloraba o reía. Había terminado de recoger las partituras y se encaminó hacia los escalones de la peana sin hacer el menor caso de Doria, quien ya había escogido el camino hacia la calle seguido de sus acompañantes. La Donato tomó a Carvalho por un brazo.

—Cada noche es igual. Siempre que he coincidido con Doria aquí termina la fiesta igual.

El pianista entregó las partituras a la encargada del guardarropía. La mujer, como cumpliendo un ritual, las guardó y reapareció con un cepillo que el viejo utilizó parsimoniosamente para desempolvarse de arriba abajo. Coincidieron en la salida los acompañantes de Carvalho, el pianista y Ernesto ya sin el "smoking", ahora con el uniforme de joven mil novecientos ochenta y dos y la melena suelta sobre la espalda. Ernesto le hizo un gesto de inteligencia y se subió a una pequeña motocicleta con la que se lanzó Ramblas arriba en busca de la madriguera donde le esperaba la flautista preñada. Carvalho pensó que el muchacho tendría frío en cuanto octubre empezara a vencerse y que no era una moto para subir las rampas del Tibidabo y luego bajar las carreteras húmedas que llevaban hacia el Vallés. Pero Ernesto era ya una lucecilla roja lejana y en cambio Alberto Rosell, el pianista, caminaba por el centro de la Rambla con agilidad de excursionista, tal vez propiciada por aquellos pantalones demasiado cortos que dejaban ver unos calcetines marrones de posguerra.

—Rosa, guapa, no me has dicho nada.

La Donato besaba y era besada por "Rosalinda", tan cubierta de pieles que parecía un explorador ártico afeminado.

—Me quieres mal, no me quieres nada. Ya te has olvidado de que hemos sido muy amiguitas.

—¿Cómo te voy a olvidar, preciosidad? Pero es que eres demasiado hombre para mí.

—¿Hombre yo? Ay, qué cosas dices. Andrés, anda, vente y escucha que groserías me dicen.

Se acercó al grupo un muchacho con patillas y la colilla de un puro entre los labios.

—Éste es mi Andrés, mi novio. Vamos a casarnos. Y ésta es Rosa. Mira qué dice, tú, que soy demasiado hombre para ella. ¿A ti te parezco un hombre, Andresico?

Andrés dijo que no, se metió las manos en los bolsillos y se empeñó en buscar la luna en los cielos. "Rosalinda" pellizcó a la Donato en un brazo.

—Pero qué mala eres, qué mala es esta mujer. Preséntame aquí al buen mozo ese. ¿Adónde me lo lleváis tantas mujeres?

—Es un detective privado.

—Un bofia.

Todo el asco del mundo provocó un terremoto siete en la escala de Richter en la costra de maquillaje de "Rosalinda".

—No. Un detective privado, como los de cine. Como Humphrey Bogart, por ejemplo.

—Ay, pues no se parece. Me recuerda más a... no sé... A otro. Pero a ese que has dicho no. Adiós, maja, y no me tengas tan olvidado. ¿Te he gustado?

—Has cantado muy bien.

—Es que voy a clases de canto, mira tú, con el mismo que enseñó a respirar con los ovarios a la Caballé. Enséñeme a mí también, le dije. Y me está enseñando.

—¿A respirar con los ovarios?

—Pues sí, oye, y es verdad, se puede. Mira.

Se desabrochó el abrigo de pieles y quedó al descubierto un vestido violeta que se adaptaba como una funda a la voluminosa orografía de "Rosalinda".

—Mira, ahora respiro con el estómago.

Y el estómago de "Rosalinda" subía y bajaba según la dirección de entrada o salida del aire que ella aspiraba con la boquita cerrada y las narices dilatadas como si fueran de un sapo.

—Y ahora me meteré el aire en los ovarios.

Y se lo metió, porque ningún volumen externo dio señal de vida con lo que todos convinieron que el aire había ido a parar a un pozo profundo de las interioridades de "Rosalinda".

—Y claro, con el aire aquí abajo pues tarda más en salir y te da más tiempo a aguantar la voz. Por eso la Caballé, o quien dice la Caballé pues la Callas o Raphael, o un cantante de ésos, pues aguanta el aire y te hacen con la voz lo que te hacen. Te pueden cantar, qué sé yo, un kilómetro y con la cara como si se estuvieran cepillando el pelo.

Cerró los ojos para reponer ideas destinadas a una disertación que deseaba prolongada y la Donato le besó las mejillas mientras daba por terminada la audiencia.

—Mira, monina, estamos cansados y nos vamos a casa. Felicidades por lo bien que lo haces y te deseo muchos éxitos.

"Rosalinda" trató de decir que vivía para el arte, pero la Donato ya le había dado la espalda y Carvalho se encontró a sí mismo caminando y mirándose la punta de los zapatos, sintiendo al lado la presencia de la concertista. Rosa aprovechó la luz de un farol para concentrarlos bajo su luz y darles las instrucciones nocturnas.

—Yo he de madrugar y no puedo acompañarte, Joana. ¿Verdad que nuestro detective privado será tan amable que acompañará a Joana a su casa?

Joana relevó a Carvalho de la propuesta de la Donato y dijo que la noche estaba llena de taxis.

—Pero no de detectives privados.

La cosa estaba hecha, porque la Donato besuqueó las mejillas de la concertista, dio una mano a Carvalho y se colgó de los brazos de las otras dos emprendiendo el inevitable remonte de las Ramblas. Se volvió unos metros más arriba para decirle en voz alta a Carvalho.

—¿Ha visto a Marta Miguel? ¿Sí, verdad? ¿Qué le ha parecido? ¿Una pesada, no? Yo apenas la conozco.

Había hablado sin necesitar ninguna respuesta de Carvalho y le volvió la espalda prosiguiendo su ruta. Joana miraba en todas direcciones por si aparecía un taxi.

—No se preocupe. La acompaño con mucho gusto.

—Es que me da rabia.

Y había rabia en el tono de su voz y en la mirada que dirigía a las tres mujeres que se alejaban.

—Siempre me hace el mismo numerito.

—¿En qué consiste si puede saberse?

—Pues que en cuanto se acerca un hombre me lo endosa.

—Es una buena amiga y generosa.

—Lo hace para mortificarme. Para decirme, toma un semental, toma, tú, que no eres como nosotras.

—Ya entiendo. ¿Y por qué sigue saliendo con ellas?

—Hay algo en Rosa que me atrae. No sé qué es. La fuerza de carácter, quizá.

Cuando entraron en el coche de Carvalho se miraron a los ojos y de pronto los de la mujer descendieron para comprobar si Carvalho tenía boca, y cuando la encontraron fue toda la cabeza la que avanzó hacia la de Carvalho y unos labios pequeños, entreabiertos, jugosos, se apoderaron de los de Carvalho. Carvalho contestó el beso y luego echó el cuerpo contra el respaldo del asiento.

—Menos mal que no tendré que hacer esa pregunta tan estúpida.

—¿Qué pregunta?

—¿Me invita a tomar una copa en su apartamento?

—Mi marido me dejó.

Se dejó caer con la copa en una mano y el otro brazo equilibrando la caída del cuerpo, para quedar sentada con las piernas cruzadas y en la mano la copa, sin una gota de menos. Carvalho valoró la habilidad del gesto y desde su posición de hombre hundido en las arenas movedizas de diez mil cojines, sin manos suficientes para aguantar la copa, evitar ser engullido y mantener una disposición corporal que le permitiera futuros avances hacia Joana, maldijo el supuesto orientalismo que se estaba apoderando de la decoración de interiores. En cambio en las paredes pintura abstracta, nombres de postín, y al fondo del inmenso salón, en la que era la tercera zona de estar, el piano de cola, un trono.

—Así, por las buenas. Me lo había anunciado desde el primer día que nos casamos. Cuando tú cumplas cuarenta y cinco años yo ya tendré cincuenta. Entonces te dejaré. Yo me lo tomé a broma.

Bebió de la copa con la delicadeza de una ave.

—Fue en julio pasado. Yo cumplo los años en julio. El veintidós. Eduardo me entregó un estuche y un sobre. En el estuche un collar de esmeraldas que me tenía prometido desde... en fin... Y en el sobre una cita para un abogado y un cheque de diez millones de pesetas... ¿Me oyes? ¿Qué te parece?

—Que tu marido tiene mucho dinero.

—A veces. Pero sí, tiene dinero. No mucho. ¿Qué entiendes tú por mucho dinero?

—Cincuenta millones de pesetas.

—Eso es calderilla. Pero sí, ésos los tiene.

—¿Por qué te dejó?

—Yo creo que porque me consideraba ya usada. Él me dijo que yo me merecía una segunda vida, junto a otro hombre, al margen de la vida doméstica. Y él también, claro. Tiene dos hijos con una enfermera de su clínica.

Asomaba los ojos por encima de la copa para comprobar el efecto que causaban sus revelaciones.

—Más joven que yo.

—Pero no más guapa. Seguro.

Las manos de Carvalho se movieron rápidas. Le deshicieron el peinado y una melena corta y suave enmarcó un rostro de portada de "Hola" sometido a un régimen de pocas calorías y a masajes faciales que combatían una inicial flaccidez de las mejillas y las anilladas arrugas del cuello. Y las manos del hombre volvieron a actuar para pasar los tirantes del corpiño por encima de los hombros y permitir la libertad de las tetas fuertes, exactas, tostadas por el sol y culminadas en dos pezones frambuesa. Ella contemplaba sus propias tetas y al mismo tiempo quería reemprender la confesión.

—No habíamos tenido hijos.

—Mucho mejor. ¿Quién se los habría quedado?

—Es cierto.

Ahora las manos iban a por la falda y la mujer tuvo que darle la espalda a Carvalho para que le bajase la cremallera, sin abandonar la copa, sin derramar ni una gota, incluso permitiéndose el alarde de sorber de ella mientras Carvalho le quitaba la falda. Con unas braguitas que cabían en el puño de un niño y una

copa de oporto en una mano, el cuerpo de Joana parecía un montaje visual. El cuerpo traducía una angustiosa voluntad de lucha contra el tiempo, ni un gramo de grasa, ni un pliegue sin atender, ni un rincón sin barnizar por los soles más constantes del mundo y, sin embargo, tanto esfuerzo no había conseguido anular una cierta maceración en las formas que atraía a Carvalho y le hacía repasar las yemas de los dedos con delicadeza por todas las fronteras de aquel cuerpo en combate a muerte contra los calendarios.

—Rosa quisiera que yo fuera como ella. Que todas fuéramos como ella.

—Sería terrible.

Dijo Carvalho y trató de aguantarse sobre un codo mientras besaba un pezón después del otro con una soltura dificultada por la posición. Cuando los labios de Carvalho se posaron en el pezón izquierdo, Joana echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos dejándose caer sobre el mar de cojines. Al no ser avisado, Carvalho quedó despezonado y en un equilibrio imposible que se rompió. Cayó sobre Joana incontroladamente, acción que la mujer interpretó como un asalto precipitado y se escabulló entre los cojines mientras farfullaba varias veces un molesto: todavía no. Joana estaba allí, a media milla de cojines, con sus braguitas, dando la espalda a Carvalho y al mundo, meditabunda. Carvalho dudó entre marcharse o recomponer un clima adecuado. Se rindió a la ley de los cojines y se dejó engullir hasta tocar fondo. Desde allí pidió con una voz serena.

—Me gustaría que tocaras el piano.

—¿Ahora?

—Ahora.

—¿Así?

—Así.

La mujer se enderezó, se arregló los cabellos con una mano y se fue hacia el piano. Tenía un hermoso culo en forma de pera que se adaptó al sillón giratorio y unos codos puntiagudos que se cernían sobre las teclas como pajarillos de presa. El piano parecía esperar las manos de su dueña porque le entregó las notas con la inmediatez de un mayordomo. A Carvalho le sonó a Albéniz, poco después hubiera jurado que estaba escuchando Torre Bermeja, pero ella dejó de tocar y sin volver la cabeza se disculpó.

—Perdona, pero estoy ensayando un recital de Albéniz y ya me sale automáticamente.

De nuevo los codos se predispusieron para el asalto a las teclas, y esta vez una melodía triste, romántica, épica a la vez, con espesor de noche o de sentido, pero sin duda hecha para remover los posos del sentimiento.

—¿Qué es eso?

—"O Perigal". Una canción de Theodorakis sobre un poema de Elitis. Cantado es hermosísimo. Sobre todo si lo canta Maria Farandouri.

—Así tampoco está mal.

—No. Tampoco está mal.

Carvalho se levantó y se desnudó. Avanzó hacia el piano y abrazó a la pianista apoderándose de sus pechos. La melodía se rompió en pedazos y Carvalho obligó a la mujer a poner las manos sobre la tapa del piano y mientras le besaba la nuca la penetró por detrás.

—¿Por qué?

Tuvo tiempo de decir ella antes de la penetración. Pero Carvalho no quiso o no tuvo respuesta. Las piernas de ella flaquearon a medida que se acercaba el orgasmo y Carvalho tuvo que aguantarla con el brazo cruzado sobre sus ingles. Cuando terminó, la dejó formando un ángulo entre el piano y el suelo. Joana se levantó con vacilaciones de Margot Fontaine y sin dar la cara a Carvalho se fue hacia los cojines y se zambulló en ellos. Carvalho contuvo el impulso de ir en busca del lavabo y se tumbó junto a la mujer fingiendo con un dedo recorridos imaginativos sobre su espalda. Ella volvió la cabeza y por fin él le vio la cara, acalorada, como dilatada por una íntima satisfacción.

—¿Por qué?

—Por qué ¿qué?

—¿Por qué lo hemos hecho?

—Se me ocurren dos buenas razones. Porque lo hemos pasado bien y porque son las cinco de la madrugada y aún no han abierto el Corte Inglés.

—¿Por qué me lo has hecho así, como si fuéramos perros?

—Tienes una hermosa espalda.

—Me lo has hecho así para humillarme.

Había fruncido el ceño para estimular su propio enfado. Carvalho se levantó y empezó a vestirse.

—¿Y mañana qué?

—Mañana será otro día.

—Nos veremos.

—Mañana no. Otro día.

—Pronto saldré de gira si no tengo problemas con la policía y el juez.

—¿Qué te pasa?

—Soy testigo del caso del asesinato de esa chica, de Celia Mataix.

—¿Estabas allí la noche del crimen?

—Sí. Me llevó Rosa. Y me fui con ella.

—¿Conocías con anterioridad a Celia?

—Muy bien. Demasiado bien.

No escondía el retintín.

—¿Problemas?

—Había sido amante de mi marido. Precisamente quise ir para ver qué tal era de cerca.

—¿Qué tal era?

—Una putita que se hacía mayor.

Picoteaban las manos de la mujer en busca de sus ropas. Se vistió lo suficiente como para acompañar a Carvalho hasta la puerta de la escalera.

—Tengo la sensación de haber sido una tonta.

—¿Por qué?

—Ha sido tan... tan animalesco...

Carvalho cerró los ojos espiritualmente y le tendió una mano. Ella miró la mano como si no entendiera el gesto y luego se alzó sobre la punta de sus pies para besar la mejilla de Carvalho.

—¿Siempre lo haces así?

—¿Cómo?

—Como si no te importara qué cara pone tu pareja.

Quería decir lo que iba a decir y quería decirlo precisamente en el momento de cerrar la puerta tras Carvalho.

—Todos los hombres sois iguales.

Tardó en darse cuenta de que la llamada era real, de que a pesar de ser las diez de la mañana y no llevar ni cuatro horas en la cama, alguien estaba llamando al timbre con voluntad de ser oído. saltó desnudo de la cama y se asomó a la ventana. Allí abajo estaba Ernesto decidido a no irse de balde, después de haber dormido tan poco como Carvalho. El detective abrió la ventana y lanzó un ya va indignado que levantó el vuelo de las golondrinas posadas sobre los árboles del jardín. Empezó a buscar un batín y se descubrió segundos después abriendo la nevera para tragar media jarra de agua fría. El batín. Entre el batín y él medió una extraña desorientación, como si de pronto hubiera olvidado el camino del batín y de la puerta de salida. O tal vez no tuviera batín. Recordó que en el cuarto de baño había algo parecido a un albornoz y fue a por él. Se lo puso y al ponérselo recuperó el sentido de lo que estaba ocurriendo. Alguien había llamado al timbre sin respetar la nube de aturdimiento que tenía en la cabeza y la sensación de sueño inconcluso. Salió descalzo al jardín, abrió la puerta a Ernesto sin decir nada, tal vez esperando disculpas, pero el muchacho pasó ante él mudo y a grandes zancadas se apoderó del jardín, de la puerta de la casa, de la casa. Carvalho le iba a la zaga y no recuperó el dominio de la situación hasta que Ernesto se dejó caer en el sofá y suspiró resignado.

—Tengo un sueño que no me veo.

—Pues yo tengo otro que no te veo. Pensaba que la juventud de hoy no madrugaba.

—Si no le importa quisiera acabar cuanto antes. Lo de Teresa, mi madre, no me ha dejado dormir. ¿Qué pasa?

Carvalho le hizo un resumen de la situación y Ernesto cabeceaba como si le estuvieran contando historias de una reincidente incorregible.

—Mamá es de las que se apuntan a todo sin saber cómo van a salir. Fui a verla y le dije: mi compañera está en estado. Y empezó a hablarme del control de natalidad. Era absurdo. Y luego otro rollo sobre que ella era una madre abierta y no se merecía esto. Y que no tenía ganas de ser abuela. Como si yo le hubiera pedido que fuera abuela. O como si ser abuelo o no serlo se note en algo físico. Ser abuelo no se nota. Ser padre sí. Le dije. Y se puso furiosa. Que se iba y que se iba y que ya hablaríamos cuando volviera. ¿Y yo qué? Que lo hubiera pensado antes. Y así estoy.

—Has tenido suerte al encontrar trabajo.

—Me explotan, pero me hago el tonto. Ni contrato, ni seguro, ni nada. Pero al menos estoy tranquilo y no he de pedir dinero a nadie. ¿Qué puedo hacer por Teresa?

—Dudo que puedas hacer gran cosa. En realidad quienes debieran movilizarse serían tus abuelos o tu padre. Localízame a tu padre, si puedes.

—Ya lo tengo localizado. Está trabajando de amaestrador de perros en una residencia canina de la costa. Hacia el sur. Cerca de Calafell. Por el momento. Como siempre habían tenido perros en su casa, pues sabe de qué va. No se sorprenda.

—No me sorprende.

—Es que mi padre había sido asesor financiero de Bankinter porque era el sobrino de no sé quién o porque era el yerno de mi abuelo, no recuerdo bien. Ahora acaba de volver de Ibiza y la chica que le mantenía se cansó de él. Ha engordado y está perdiendo pelo.

—¿Qué edad tiene tu padre?

—Todos. Cuarenta y algo. Uno o dos más que Teresa, pero está más viejo. Es un golfo, el tío. Desde que se marchó de casa ha hecho de todo. Menos mal que no da consejos.

Se echó a reír.

—Está loco. Cuando le dije que esperaba un hijo me dijo: muy bien, Ernesto. Tú eres un "sigala" [Vulgarismo catalán sinónimo de pene] como tu padre. Volviendo a lo de Teresa. ¿Quiere que haga alguna gestión? Poco caso le harán a un chico de dieciocho años. Mi abuelo conoce gente y mi padre también, aunque los amigos que tenía los ha perdido a base de sablazos. El padre de Mercé, mi compañera, tiene una influencia impresionante y es diputado del Parlament de Catalunya, pero no me quiere ver ni en pintura. Es de esos demócratas de cintura para arriba.

—Tendríamos que ir a la agencia por si saben algo más y luego a ver a tu padre a ver si quiere echar una mano. ¿Quieres desayunar algo?

Dijo que no y se levantó con una agilidad exhibicionista, al tiempo que agitaba la melena para colocarla en su sitio. Se dedicó a revisar la discoteca de Carvalho y a cabecear negativamente mientras le dedicaba una sonrisa de buen chico.

—Se le paró el reloj. Ni uno de los Rolling siquiera. Lo más nuevo que tiene es el "Penny Lane" de los Beatles.

—Me debió tocar en una tómbola. De hecho me paré en Aznavour.

—No es tan malo como quiere parecer. Aquí veo un long–play de los Pink Floyd, pero póngase al día, hombre, dentro de poco se va a quedar sordo. Se puede ser sordo si no se sabe escuchar la música de nuestro tiempo.

—Profundo pensamiento.

—Cuando madrugo me salen así, a montones.

Carvalho se fue a la cocina. Hizo café y mientras culminaba el goteo de su transfusión de sangre mañanera se comió un cuarto de kilo de fresas recomendadas por Bromuro como el principal medicamento contra el ácido úrico.

—Y si pudieras estar una semana comiendo sólo fresas echabas fuera el ácido úrico para tiempo, Pepe.

Un cuarto de kilo de fresas por la mañana algo debía ayudar. Y con la satisfacción de haber tenido un acto de respeto para su maltratado cuerpo se fue a la ducha y se sometió a la alternancia del agua fría y del agua caliente porque Bromuro, que no se había duchado desde que cruzó el Oder o el Neisser con la División Azul, sostenía que iba bien para la circulación de la sangre.

—A tu edad, Pepiño, has de empezar a preocuparte por la circulación de la sangre. El estado de la sangre es el estado del cuerpo. Por eso yo estoy como estoy. Tengo la sangre tan espesa que parece frita, con cebolla.

Salió de la ducha y encontró la casa ocupada por las resonancias del "Romance de valentía" de Conchita Piquer. Ernesto le sonreía desde el sofá.

—De museo, oiga. Es demasié. Parece una de las chicas esas que cantan en el Capablanca. ¿A usted le gusta?

—Me recuerda la posguerra.

—Le gusta recordar.

—Cada uno recuerda lo que puede.

—Yo recuerdo una canción de Karina que se llamaba "No somos ni Romeo ni Julieta". Se cantaba cuando yo tenía seis años o así. Pero entonces también se cantaba a los Beatles y me he quedado con los Beatles.

—Veo que sigues pensando. Vamos.

Al salir al jardín, el espectáculo de las hiedras omnipotentes y de los setos desgarbados mereció la desaprobación de Ernesto.

—Parece un jardín abandonado.

—¿Tampoco te gusta mi jardín?

—Hay que amar a las plantas. Hay que hablarles y quererlas, incluso ponerles música. Si quiere vengo un día a arreglárselo. Le cobraré barato.

—Tienes el mismo espíritu de Rockefeller. Camarero, jardinero, un día de éstos te voy a ver por las calles vendiendo periódicos.

—Si se pudieran vocear me gustaría. Le sigo en mi moto.

Su moto era un desvencijado vespino que se lanzó tras el coche de Carvalho y se convirtió desde aquel momento en un motivo de preocupación para el detective, vigilante a través del espejo retrovisor del constante seguimiento del muchacho. Le parecía imposible que aquel insecto con ruedas pudiera aguantar a Ernesto y seguir la marcha del coche. La voluntad de vigilar el comportamiento de la moto hizo que Carvalho descendiera a poca velocidad y que tras él se formara una airada caravana de conductores que luego, al rebasar a la moto y a Carvalho, dejaban sobre el detective airadas o despectivas miradas, que sólo suelen merecer las mujeres conductoras o los conductores que peinan canas. Molesto consigo mismo, Carvalho aceleró la marcha todo lo que le dejaban las caravanas de madres que acababan de entregar a sus hijos a la enseñanza general básica en la trama de colegios privados sembrada en la zona alta de la ciudad. Aparcó el coche en los subterráneos del paseo de Gracia y caminó con rapidez hacia la agencia de viajes. En la puerta le esperaba Ernesto.

—Vivirá muchos años. Conduce como si no se hubiera inventado la prisa.

La entrada de Carvalho en la agencia seguido del melenudo y desgarbado muchacho hizo que algunas cejas se enarcaran. Hubo quien pensó que se avecinaba un atraco y también quien vio en Carvalho al marica maduro que va a apalabrar un crucero por el Caribe con su joven ahijado. El resto de las caras era

de trabajo e indiferencia, por lo que Carvalho dedujo que a nadie se le había ocurrido el pensamiento normal de que eran padre e hijo en demanda de informes para un viaje de estudios, por ejemplo. El director de la agencia les tenía preparado el rostro de las preocupaciones, y aunque le presentó a Ernesto como el hijo de Teresa, dirigió su resumen a Carvalho, con quien le unía un pacto de edad y de chaqueta. La expedición había llegado aquella mañana y Teresa no había vuelto con ella. Tenía un resumen muy precipitado del guía jefe, porque el viaje había sido muy duro, con turbulencias increíbles sobre la India y una escala técnica en Bombay de ocho horas, pero casi nada nuevo podría añadir en las próximas horas. Teresa Marsé había desaparecido en Chiang Mai después de un seguimiento irregular que constaba en el informe que le entregaba. Todo fue normal hasta Bangkok. A partir de ese momento se separa del grupo y traba relación con un thailandés de malísima reputación, según la policía, y al decir malísima reputación el director de la agencia miraba a los ojos de Carvalho, como si quisiera decir sin decir algo que el muchacho presente no debía saber. Pero fue Ernesto el que salió al paso del eufemismo.

—¿Qué quiere decir malísima reputación?

—Exactamente eso.

—Exactamente eso no quiere decir nada.

—Hable claro. Es un chico muy curtido. Se ha hecho a sí mismo.

El director respiró hondamente.

—Para ser claro, y perdonen que emplee palabras de este tipo, pero ha sido exactamente lo que me ha dicho el guía: era un profesional sexual.

—¿Un puto?

—Sí, es decir, en Bangkok y en todas partes hay putas y putos, pero cada vez más aparecen los putos a medida que las mujeres se emancipan. Por ejemplo, las casas de masajes antes eran para hombres exclusivamente y ahora han empezado a salir casas de masajes para mujeres en las que los masajistas son hombres. Para extranjeras, claro. Todo el vicio en Bangkok es para extranjeros.

—Es decir, que mi madre se ha fugado con un puto.

—Por lo que dice el informe la historia no está clara y la policía de Bangkok no quiere aclararla. Mi guía me ha dicho: me huele mal. La embajada española ha intervenido, pero el jefe de policía de Thailandia, en persona, le ha dicho que el asunto no estaba bajo su control, que "...esa pareja se ha metido donde no la llamaban". Bangkok, no sé si han estado, es una ciudad falsa. Aparentemente es una ciudad festiva y turística donde todo está pensado para el turista. Pero rascas un poco y aparece una ciudad terrible, donde quien no trafica con droga del norte trafica con rubíes birmanos o con chicas, y cada cual tiene su territorio. El guía me ha dicho: me huele mal. Y es un guía veterano, con más de veinte viajes a Oriente.

—¿Podemos hablar con él?

—Déjenle dormir unas horas y a partir de esta tarde estará a su disposición.

"Residencia canina Pluto." "Otro hogar para los perros con hogar". Y en primer término una alambrada verde tras la que actúa un domador de perros que

más pareciera domar leones. Botas altas, pantalón ecuestre, camisa azul holgada, un palo en una mano y el otro brazo enguantado hasta el codo, todo el cuerpo una posturita para citar al perro, recibirlo y secundar sus movimientos de captura con la elegancia con que sólo puede ser capturado un señor.

—Mi padre.

Musita Ernest con resignación y precede a Carvalho en la entrada. Se acerca el chico a la alambrada y grita el nombre de su padre por encima de la tozudez de los ladridos.

—¡Señor Planas Riutort!

Se vuelve el domador y al hacerlo le acompaña un compacto flequillo que le cubre la frente. Sonríe como si le estuviera recogiendo la sonrisa una cámara de spot y corre atléticamente al encuentro de su hijo. Abre la puertecilla metálica que encierra el espacio destinado a la doma, se quita el guante de protección y utiliza la mano libre para dar un cariñoso cachete al muchacho.

—¿Qué tal, Tito?

—Muy bien, papá. Déjame hablar antes de que nos sorprendas con alguna de las tuyas. Este señor se llama Carvalho, ha recibido una llamada de mamá desde Bangkok en la que dice estar en peligro y necesita ayuda. Ahora. Ya. Si es preciso irá a Bangkok a ayudarla.

—Tu madre. No me extraña nada. En cuanto sale de la tienda la arma.

Ofrece la mano a Carvalho y sustituye la sonrisa de padre enternecido por la de anfitrión condescendiente.

—Me chiflan los detectives privados. No leo otra cosa que novelas policíacas. Lo de Tere es una contrariedad.

Y se pone serio para repetirle a su hijo:

—Es una contrariedad.

—No hemos venido en busca de lamentaciones, papá. Hay que movilizar a gente para que se interese por lo que le pasa a mamá y hay que ir a Bangkok a buscarla.

—A mí no me mires. Yo puedo llamar a amigos míos para que se movilicen. Por ejemplo, al actual ministro de Exteriores... cómo se llama el chico ese que era tan amigo del tío Fernando... ¡ah, sí! Pérez Llorca... Le queda poco como ministro, pero algo podrá hacer. Supongo que se acordará de mí. ¡Hombre! Cómo no se me había ocurrido antes. Al Seni. El Seni y yo éramos de los círculos monárquicos hace... en fin... hace la tira. Llamaré al Senillosa... Y en cuanto lo de ir a Bangkok, chico, qué lata y qué caro. Yo en mi situación no puedo ayudarle a nadie. Ni a ti, Tito, y no es por falta de ganas. Este trabajo es provisional y el dueño, que es un íntimo amigo mío, me paga a un precio excepcional por ser quien soy y porque, verdaderamente, entiendo de perros. En casa siempre habíamos tenido perros de raza y caballos. Ya lo sabes, Tito. Pero no estoy en condiciones de ayudar a nadie que no sea yo mismo. Tú ya sabes, Tito, que escogí la libertad.

—Pero, al menos, muévete. Telefonea a esos señores.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Aquí y ahora.

—Pero, Tito. Es impropio. No es lugar, ni es hora.

—Mamá está en peligro.

Ernesto ha cogido a su padre por un brazo y el caballero domador inclina la cabeza vencido por la obstinación de su hijo. Inicia la marcha hacia un chalet sobre el que campea otra vez el rótulo "Residencia canina Pluto". La marcha cansina del hombre se trueca en ágiles zancadas en cuanto han cruzado la puerta de entrada y se mete en un despacho donde un hombrón moreno, con el rostro agitanado por el sol, escudriña unos papeles.

—Alfonso, mira, chico, mi hijo Tito y un amigo. Mi mujer está en líos y he de llamar a unos amigos.

El hombrón ha levantado el cabezón y ofrece una cara hosca y llena de pliegues a los que acaban de entrar.

—Te he dicho cien veces que no quiero llamadas en horas de trabajo.

—Pero, chico, mira, es un caso de emergencia. Me olvidaba de presentaros a Alfonso, el alma de este negocio.

Alfonso no ha mejorado de talante por el hecho de ser presentado como el alma de todo aquello.

—¿Cuántos perros has hecho esta mañana?

—Tres.

—¿Y el de la señora Carola?

—También.

—¿Adónde has de llamar?

—A Madrid primero para hablar con Pérez Llorca.

—¿Con Pérez qué?

—Pérez Llorca, el ministro de Asuntos Exteriores.

Alfonso sigue sumido en la tormenta que le ha estallado en los sesos y abre los ojos con asombro cuando Ernesto coge el teléfono y lo pone en manos de su padre.

—Le pagaremos las llamadas y el tiempo de trabajo que pierda mi padre.

Los ojos y la boca de Alfonso se han abierto para absorber la cantidad de imagen necesaria para justificar la dura condena que van a emitir los labios. Mientras el domador solicita el teléfono del Ministerio de Asuntos Exteriores, Alfonso se pone en pie y dirige un dedo acusador al muchacho.

—En esta oficina las decisiones aún las tomo yo y no tolero que un par de pijos metan sus narices en mis asuntos. ¡Si no te ganas el dinero que te pago, aún te ganas menos el derecho a llamar por teléfono en horas de trabajo!

Y una manaza se apodera del teléfono en el momento en que el domador ha conseguido el número del Ministerio de Asuntos Exteriores. El domador cierra los ojos y se pone rígido.

—Mira, Alfonso, basta. Métete el teléfono donde te quepa y búscate a otro para que amaestre a tus perros.

Alfonso tarda en darse cuenta de que su protegido ha abandonado su protección.

—Así que te vas. ¿Y adónde te vas a ir?

—No me faltarán ocasiones.

—¿A ti? Estás más desacreditado que...

Carvalho empuja a Ernesto para evitar que se soliviante con el hombrón que les va siguiendo, a pasos cortos compensados por la longitud de sus gritos.

—¡Aún encima que te di este trabajo por caridad! ¿Para qué sirves tú, eh?

Como si la puerta del recinto fuera el límite de su autoridad, allí se queda el hombre contemplando la marcha de los otros tres.

—¿Y este tío es amigo tuyo?

—Fuimos compañeros de colegio, de universidad... en fin. Pero le van mal las cosas y está que trina. Es un mal educado.

—¿No te cambias de ropa?

—Así vengo cada día.

—¿Y cómo vienes?

—O en tren o, cuando se me escapa, en autostop. Acompañadme a Barcelona y telefonearé desde casa de la abuelita, pobre, hace más de medio año que no la veo.

—¿No tienes teléfono en tu casa?

—Vivo con unos chicos en un piso viejo del centro y no, no hay teléfono. Se está mejor sin teléfono. ¿No es verdad? Y tú, Tito, ¿tienes teléfono?

—No.

—¿Lo ves?

Una sonrisa revela la trama de arrugas finas como cortadas por la punta de un agudo estilete y hay una cierta petición de disculpa en sus ojos risueños y un resto de recomposición de imagen en la mano que pone en su sitio el flequillo encanecido. Ernesto permanece ensimismado en el asiento de atrás, Carvalho conduce el coche, el ex domador de perros monologa en voz alta, fingiendo que dirige una comunicación a su hijo.

—La verdad es que ya estaba harto. De hecho acepté este trabajo, Tito, porque era al aire libre y ya sabes que en los últimos años no soporto los espacios cerrados. Voy a telefonear a esta gente y luego me parece que me vuelvo a Ibiza. No está la temporada alta, pero para mí siempre hay alguna plaza de camarero o de chófer de coches de alquiler. Allí, con un par de idiomas te defiendes y no sabes lo que les agradezco a papá y a mamá que me hicieran aprender alemán de pequeñito, chico, los alemanes son los americanos de Europa. Tito, chico, lo siento porque es tu madre, pero lo de tu madre no tiene arreglo. Es muy buena chica, eh, no lo niego, pero no tiene nada aquí dentro.

Y se señalaba el flequillo.

—Ahora me esperáis y yo subiré solo a casa de la abuelita.

—Yo voy contigo.

Dijo Ernesto sin dejar la posibilidad de ser rechazado.

—Como quieras, pero ya sabes que la abuelita no te ha perdonado lo de la chica esa.

—Yo subo contigo.

Sonríe condescendiente el ex domador de perros y pone cariñosamente una mano sobre un brazo de Carvalho.

—¡Ay, amigo mío, estos hijos! ¿Tiene usted hijos? No. Le felicito. Ya ve. Ya ve las complicaciones que traen.

Ernesto le pide con gestos que baje el cristal de la portezuela y se asoma por la ventanilla.

—No hay que confiar mucho. Con Pérez Llorca no ha podido hablar, pero le ha dejado el recado a una secretaria. Con Senillosa sí que ha hablado y le ha prometido que moverá lo que pueda, pero le ha advertido que no es el primer caso de españoles liados en asuntos de droga en Asia, y las cosas son complicadas.

Carvalho no quiere enfrentarse a la expresión de tristeza del muchacho.

—Si yo tuviera dinero cogería el primer avión. A ver si mi abuelo ha hecho algo. ¿Quedamos esta tarde para ver al de la agencia? Yo ahora tengo que hacer.

Concuerdan la cita y Carvalho retiene al muchacho.

—Oye, le has dicho a tu padre que yo iba a ir a Bangkok a buscar a tu madre…

—Sí.

—Ni se me ha pasado por la cabeza.

—Comprendo.

Pero no lo comprendía y Carvalho tampoco lo comprendía segundos después, cuando decidía irse a comer al hostal d.en Binu, el mejor restaurante más próximo a la casa del viejo Marsé, más próximo al viejo Marsé. Aunque el horizonte inmediato lo ocupaba en su totalidad una lubina a la papillot de excelente factura que había probado en el Binu hacía algún tiempo, fue en el momento de reponer gasolina cuando se dio cuenta de que la estaba gastando a cuenta de Teresa Marsé sin que nadie le hubiera encargado el caso. Se había pasado los últimos días en busca del fantasma de una mujer muerta y tras los pasos de Teresa, la loca fugitiva, gratuitamente, como si él, Pepe Carvalho, viviera del amor al arte y no tuviera ya cuarenta años gravemente adjetivados por los nueve que le acercaban a la cincuentena y a lo que los locos por el eufemismo llamaban tercera edad y sin reservas suficientes como para esperar tranquilamente una vejez pesimista pero digna. Esta angustia condicionó el que se mostrara moderado en el Binu y, sin abdicar de la lubina a la papillot, pidió un entrante modesto aunque excelente que no estaba a la altura de las sugerencias de la carta: sopa Maresme. También eliminó el postre y salió del establecimiento con la sensación de haberse asegurado la alimentación durante una semana de su próxima vejez. Mentalizado para ser viejo, Carvalho además se encontraba en mejores condiciones de afrontar al viejo Marsé sin complacencias, para hablarle de tú a tú, de condenado a morir a condenado a morir, y lo demás son puñetas, gritó Carvalho al paisaje que le abría el parabrisas de su coche, agrisada la luz blanca del Maresme por un cielo plomizo sobre el que garabateaban falsas huidas bandadas de pájaros con presentimiento de invierno. El misterioso vocerío de los pájaros de Bangkok. Aquellos cables convertidos en un asidero desesperado e insuficiente para miles y miles de pájaros. Tal vez fuera una época excepcional o pájaros excepcionales o la excepción era su estado de ánimo. Pero los estados de ánimo jamás se recuerdan exactamente, siempre se modifican por el estado de ánimo del momento de la remembranza y él estaba en Bangkok para ayudar a preparar la retaguardia de la presumiblemente perdida batalla del sudeste asiático, perplejo ante el sin sentido de millones de seres exactamente iguales a Fu–Manchú y ante el paisaje de una ciudad muda para él, con los rótulos en un idioma dibujado. De la embajada americana al Dusit Thani y alguna salida nocturna con los otros agentes capaces de hacer con la lengua el ruido del

descorche en el momento en que la nativa sacaba la pelota de ping pong del coño, sin otra ayuda que sus músculos vaginales. En el ánimo de Carvalho una intuición de despedida, de último servicio, que no quería clarificarse a sí mismo. La casa de los Marsé se sobrepuso a una doble conciencia de pájaros thailandeses y carretera catalana que le había acompañado desde la salida del restaurante. La criada filipina inició un no sé si el señor está en casa al que Carvalho respondió con una sonrisa abriendo la marcha hacia el "hall". La filipina trató de adelantársele y el inicio de carrera fue interrumpido por la aparición de la señora a través de una puerta lateral. Encajó la presencia de Carvalho sin alteración, se limitó a mirar escalera arriba, como si aquel gesto advirtiera de o presumiera la presencia de su marido. Se acercó a Carvalho y le puso una mano sobre el brazo.

—¿Novedades?

—Algunas.

—¿Malas?

—Las cosas se han complicado. He hablado con su nieto y su yerno. Su yerno ha dicho que había llamado a ministros y diputados.

—Es un cantamañanas. ¿Qué quiere de él?

Y aquel Él merecía una mayúscula. ¿Qué quieres de Él, Pepe Carvalho? ¿Qué quieres de ese viejo tronante que de un momento a otro puede aparecer sobre la cumbre de la escalera y arrojaros de su Xanadú?

—Quiero que haga todo lo que no va a hacer su yerno y lo que no puede hacer su nieto.

—Ernest es un buen chico, pero tiene tantos problemas, tantos, ay Señor, no salimos de desgracias. Le avisaré de que está usted aquí. No sé cómo se lo va a tomar.

Subió la escalera de puntillas y al rato llegaron las atronadoras voces del viejo Marsé.

—¿Otra vez Arsenio Lupin? ¿Dónde se ha metido Arsenio Lupin?

El viejo avanzaba asido a la baranda y volvió a ocupar el lugar que le correspondía en el cenit de la escalera.

—¡Es usted tozudo como una mula!

Carvalho no le contestó. Ni le miró. Daba la impresión de estar esperando el autobús.

—¿Me oye? ¡Es usted tozudo como una mula! ¿Qué pueden hacer dos viejos como nosotros en un caso como éste?

—Sería conveniente que viniera usted a Barcelona. Va a haber una reunión en la agencia de viajes y habrá que tomar decisiones.

—Estoy jubilado.

—Pero, Higinio...

Intercedió la mujer.

—Tú, cállate. Tú también estás jubilada. Tiene marido y un hijo. Que se espabilen como yo tuve que espabilarme. Y no estamos hablando de niños. Tu hija tiene los cuarenta cumplidos y tu yerno va para los cincuenta.

—Pero ya sabes que en él no se puede confiar y la nena... pobre...

—Ni nena, ni pobre, ni nada.

—Piense que puede haberse metido en un lío y las consecuencias puede pagarlas usted.

El viejo Marsé aumentó su tamaño, como si las palabras de Carvalho le hubieran provocado una explosión interior.

—¿Pagar yo? ¿Pagar qué? Por mí, que se la queden los chinos si quieren.

—Dentro de una hora hay una reunión en la agencia de viajes y sería conveniente que usted bajara conmigo.

El viejo se revolvió furioso dentro del calabozo de su indignación.

—¡Pues muy bien! ¡Voy a ir y me van a oír! Así sabrán a qué atenerse.

La mujer corrió escalera arriba y volvió segundos después con un bolso de mano.

—¿Qué haces?

—Yo voy también.

—Tú te quedas.

—Te quedas tú si quieres. Yo voy.

La mujer baja los escalones casi sin tocarlos, seguida de la mirada más perpleja que airada de su marido.

—Además, tú no puedes conducir.

Dice desde la puerta, y sale al jardín donde toma posesión del asiento del conductor de un Seat 132. Carvalho va a por su coche mientras el viejo Marsé se acerca renqueante al que comanda su mujer.

—"Crieu fills, pares porcs"¡ [¡Criad hijos, padres cerdos! (expresión popular catalana)]

Gritaba a los setos, a las montañas, al mar, con los puños cerrados y el cuerpo tembloroso por la cólera. Dentro del coche su figura se redujo, y aunque Carvalho le veía gesticular, la impasibilidad de la conductora restaba importancia a las gesticulaciones. Carvalho los dejó pasar delante y los siguió. Ahora el viejo parecía pendiente del recorrido porque avisaba a su mujer de los coches que los adelantaban y de las prevenciones del tráfico. No dudó en bajar la ventanilla para enzarzarse en una disputa con un camionero.

—¡Tiene usted suerte de que peina canas!

Decía el camionero desde las alturas al hombre que mantenía la cabeza y un brazo apuñado fuera del coche.

—¡Ni canas, ni hostias! ¡Conduces como un guarro! ¿Dónde te han enseñado a conducir, en la cárcel?

El camionero ponía por testigos a su compañero de cabina, a los conductores que esperaban el cambio de luz del semáforo.

—Le pegas dos hostias y tienes el lío armado porque es un viejo.

—¡Un viejo, pero con dos cojones así!

Gritó el señor Marsé sacando los dos puños por la ventanilla, mientras su mujer aprovechaba la aparición del verde para arrancar y poner carretera por medio entre el coche y el camión.

Carvalho se esforzó en llegar antes que los Marsé para poder advertir a los de la agencia de lo que se les venía encima. Ya estaban en el despacho Ernesto, el dueño de la agencia y el que parecía ser el guía de la expedición. El guía era una guía. Una mujer de belleza madura que hablaba con la neutralidad fonética de los políglotas.

—Vienen los padres de la señora Marsé. Le advierto que el señor Marsé es de difícil trato.

Ernesto resopló y cabeceó respaldando lo dicho por Carvalho. La puerta se abrió de par en par y los dos viejos entraron en la habitación. Sorprendentemente el señor Marsé saludó al dueño de la agencia con la cortesía que podría merecerse un banquero y a la guía con malicia sexual. En cambio enarcó una ceja para acoger a su nieto al tiempo que le decía.

—¿Tú por aquí? Te suponía dando el biberón a tu hijo.

—Todo llegará.

—A veces llega lo que no tiene que llegar.

La mujer le tiraba de la manga de la chaqueta y el viejo optó por dejarse caer en un sofá y apoyar el peso de los brazos en el bastón establecido entre sus dos piernas abiertas. El dueño de la agencia le hizo un resumen de lo que había hablado con Carvalho y Ernesto y cedió la palabra a la guía.

—Poco puedo añadir. Tal vez cuestiones de detalle, aunque, la verdad, en una expedición de más de cien personas no puedes estar pendiente de lo que les ocurre de una en una y a cada momento. Además la señora Marsé se juntó a nuestro grupo en Bangkok porque ella había hecho primero otro recorrido. Exactamente: Singapur, Penang, Sumatra, Java, Bali…

—Es decir, el crucero holandés…

Interrumpió el dueño de la agencia.

—Eso es, el crucero holandés. Ese crucero hace escala en Bangkok de regreso a Europa, y la señora Marsé había concertado con la agencia unirse allí a nuestro grupo, visitar Thailandia según nuestro programa de viaje y volver con nosotros. Todo fue así en Bangkok. Normal, dentro de lo que cabe.

—¿Qué es lo que no cabe?

Cortó el viejo Marsé. La guía miraba a su jefe como si temiera ser imprudente con lo que iba a decir.

—Hable con toda sinceridad. Es un caso grave y hay que tratarlo como personas maduras que somos.

Dijo el dueño.

—Bien. La señora Marsé en seguida entabló amistad con un nativo. Un chico muy joven que la acompañaba a todas partes. A veces hay historias sentimentales entre individuos de distintos sexos de la misma expedición, historias que suelen terminar con el viaje, y a veces también algunos hombres han buscado compañía femenina en el país al que vamos y dura lo que dura el viaje. Eso suele ser normal. Pero lo de la señora Marsé no era normal, aunque aún entonces no sabíamos a qué se dedicaba aquel muchacho.

—A chulo putas.

Interrumpió el viejo, y sus palabras fueron pisoteadas por la reconvención de su mujer.

—Calla ya, Higini.

—Bien, no era exactamente eso, pero... por ahí iba. En fin. Durante las visitas programadas por Bangkok, la señora Marsé siguió los recorridos a medias. Ya tenía su guía particular, pensé, y no hay nada que objetar. Luego me vino con la petición de conseguir otra plaza para el muchacho en el vuelo y la estancia que teníamos programada en Chiang Mai. Yo le dije que en lo del vuelo no tenía ningún inconveniente, pero que de cara al resto de la expedición le rogaba que aceptara que les buscase habitación en otro hotel.

El dueño de la agencia asintió respaldando la prudente decisión de su guía.

—Vinieron a Chiang Mai. Por la noche asistieron al tradicional festival folclórico mheo y al día siguiente teníamos programada la excursión hacia el poblado mheo para ver sus costumbres, en los límites de la zona del opio. Ellos no se presentaron a la hora de subir al autocar y no me preocupé. Pero al día siguiente tampoco se presentaron en el aeropuerto en el momento de volver a Bangkok y entonces me alarmé. Yo no podía abandonar a la expedición en aquel momento, pero dejé a uno de los intérpretes nativos para que fuera a ver qué había pasado.

Nuevo voto de confianza del patrón.

—Al día siguiente el guía voló a Bangkok y me dijo que no estaban en su hotel, que lo habían abandonado precipitadamente, que no habían pagado la factura de extras y que además se habían presentado tres o cuatro tipos preguntando por ellos con caras de pocos amigos. Dejé pasar unas horas, de hecho el tiempo que faltaba para el próximo vuelo regular desde Chiang Mai. Yo estaba entre la espada y la pared, porque debía acompañar a los viajeros a la excursión a Pattaya y al mismo tiempo quería resolver el asunto. Así es que me puse en contacto con la embajada española y les dije lo que había ocurrido. Me tranquilizaron y me dijeron que ellos estarían al tanto de la probable reaparición de la pareja y que yo me fuera tranquilamente a Pattaya. Cuando volví la cara del secretario de embajada era un poema. No sólo no habían aparecido sino que cuando, alarmado, se puso en contacto con la policía le dijeron a qué se dedicaba el chico y que en los bajos fondos habían detectado un rumor sobre una pareja a la que estaba buscando un gang de Bangkok. El chico trabajaba en uno de los establecimientos esos donde las chicas hacen lo de la pelota de ping pong y lo del cigarrillo... ya me entienden.

—Yo no entiendo nada.

Cortó el viejo Marsé adelantando la cabeza hasta estrellarla contra el barrote de su propio bastón.

—En fin. Es como el living sex europeo, pero a la manera de allí. El chico trabajaba en esos establecimientos por si había una emergencia. Al lado hay un gran caserón donde se pueden encontrar chicas casi blancas del norte para los turistas, son chicas de una raza especial, muy cotizadas, o sus padres las venden muy jovencitas o provienen de auténtica trata de mujeres. Pero a veces se pide un hombre y no una mujer, y Archit estaba allí para eso. Archit es el nombre del chico.

—Es decir, que mi hija lo contrató para tirárselo.

—No necesariamente. Lo más probable es que se conocieran en una de las salidas nocturnas del grupo para ver el espectáculo de ping pong y que establecieran una relación, pero no diría yo que económica. No sé si me explico. Parecían enamorados.

—¡Enamorados!

Explotó el viejo Marsé golpeándose las rodillas con los puños.

—Siga, por favor.

—Bien. Yo misma, entonces, con el secretario de embajada, fuimos al Ministerio del Interior a ver qué se sabía del asunto, y allí topamos con Asia. Sonrisas, insinuaciones, súbitas indignaciones, vaguedades y finalmente nada de nada. Algo de tráfico de no sé qué hay por medio, y eso es como un túnel que no sabes dónde empieza y dónde acaba, porque allí, bajo el aparente desorden, todo está controlado y se sabe lo que se puede y no se puede traficar, cuándo, dónde, quién, y se sabe qué personaje concreto del poder se beneficia de cada tráfico, sea prostitución, droga, diamantes. fueron pasando los días y no sacábamos nada en limpio. Fue por entonces cuando ella, la señora Marsé, le envió a usted el telegrama del que me ha hablado el señor Tobías y a continuación la llamada... Tuvimos que volver y dejé toda clase de recomendaciones a la embajada. Harán lo que puedan. Sobre todo para impedir que vaya a parar a la cárcel, porque en Thailandia la cárcel es horrorosa, como sólo puede serlo en un país subdesarrollado. No quiero preocuparles, pero más de un español metido en asuntos de droga se ha suicidado en una cárcel de Thailandia.

Todos se miraban entre sí para finalmente quedar pendientes del viejo Marsé. La nuez de Adán de Ernesto subía y bajaba en un desesperado esfuerzo de contener la emoción y la angustia que estaba a punto de estallarle en el pecho. Finalmente las miradas se concentran en el viejo Marsé, impresionado por las últimas palabras de la guía. El viejo es consciente de pronto de que todos están pendientes de él y se complace recibiendo las miradas una por una. Su voz sale extrañamente suave, casi dulce, cuando se dirige a la guía para preguntarle:

—Usted que conoce aquello, ¿qué opina? ¿No puede ser una falsa alarma?

—Lo dudo. Además está la llamada telefónica.

—De eso no haga caso. Mi hija tiene la cabeza de chorlito.

—La verdad, señor Marsé, y no lo digo por angustiarle, la historia tiene muy mal, pero que muy mal aspecto.

—¿Y en consecuencia?

—Alguien tendría que ir allí para remover la cosa. Nuestro corresponsal ya está advertido, pero tendría que ser alguien de la familia o un abogado o alguien por el estilo.

El viejo Marsé es ahora quien mira a todos los presentes de hito en hito.

—Pagando yo, claro.

Carvalho retiene la furia de Ernesto casi abrazándolo y clavándolo en el asiento.

—Bien. Para empezar. ¿Cuánto cuesta un viaje a Thailandia y qué descuento me haría la agencia por la responsabilidad que le pertoca?

La propuesta era directa y la perplejidad se convirtió en la inicial tartamudez con que el director de la agencia empezó a elaborar una respuesta.

—Ante todo, comprendo su dolor por lo ocurrido con su hija...

—A mí no me duele nada. Me preocupa. Simplemente eso.

—Pero he de añadir, y déjeme acabar, que no hay responsabilidad alguna de la agencia en lo ocurrido. Su hija es mayor de edad y en las circunstancias de su desaparición no ha intervenido para nada la agencia. Declinamos toda responsabilidad y, por lo tanto, no hemos de hacernos cargo de ningún coste.

—Cuando en una excursión a un maestro se le pierde un niño, el responsable es el maestro, no los padres del niño.

El director abría los brazos y miraba a todos los presentes en busca de comprensión.

—Por favor, señor Marsé... Por favor... seamos serios... seamos serios... por favor, señor Marsé... seamos serios...

—¡No me repita que sea serio! Soy muy serio. Pregunte a mis proveedores y a mis clientes. No había en el ramo nadie más serio que Higini Marsé.

—Si no lo dudo, señor Marsé. Si no lo dudo.

—Ustedes me dicen que hay que ir a buscar a mi hija. Un viaje a Bangkok no es un viaje a Las Planas.

—Tampoco es un viaje a la Luna, señor Marsé.

—¿Por cuánto puede salir?

—Un viaje así, rápido, unas doscientas mil pesetas.

—Vámonos.

El señor Marsé se había puesto en pie e instaba a su mujer a que le secundara. Semiincorporado blandió el bastón en dirección a los de la agencia.

—¡Doscientas mil de viajes, comidas, gastos... Cuatrocientas mil, al menos.

—Pero ¿qué regateas?, ¿la vida de una persona?

La exclamación de Ernesto no varió el propósito del viejo, que seguía incorporado reclamando la solidaridad de su mujer.

—Señor Marsé, siéntese, por favor, podemos hablar...

—Claro que podremos hablar, porque a usted tampoco le interesa que esto se haga público y se sepa que en los viajes de su agencia desaparece gente...

—Pero ¿qué dice este hombre?

Menos Carvalho, todos estaban tratando de traducir a un lenguaje racional lo que estaba diciendo el viejo.

—Si no nos tranquilizamos, no saldremos adelante.

El director de la agencia había adelantado las manos y con las palmas trataba de achicar el aire o de bajar el sonido de la orquesta.

—Señor Marsé, siéntese y hablemos con tranquilidad. Es posible rebajar esa cantidad sustancialmente.

—¿Sustancialmente?

—Sustancialmente.

—Bien. Si usted lo dice.

El director había recuperado el aplomo e incluso se había permitido recostarse en el respaldo de su sillón y llevarse un dedo a la sien.

—Según la fecha de partida y según los días de duración del viaje, se podría ir en un viaje organizado y entonces la tarifa aérea baja sensiblemente. Les puede salir un viaje de unos diez días por un precio que oscila entre las noventa mil y pico y las ciento diez mil.

—Eso es otra cosa.

Comentó el viejo a su mujer.

—¿Y de qué depende esa diferencia?

—Pues, por ejemplo, de que el que vaya quiera una habitación individual o se preste a compartirla.

—¿Para qué va a querer una habitación individual?

—Puede roncar.

Terció Carvalho.

—¿Quién?

—El que vaya o el compañero de habitación del que vaya.

Chasqueó el viejo la lengua contra el paladar.

—Se hace así y se despierta y deja de roncar. Éstas ya son cantidades decentes y a partir de ahí podemos hablar. Además usted nos hará un descuento por pronto pago.

—¿Un qué?

—Un descuento por pronto pago, porque yo no quiero letras ni mandangas, bastantes letras tuve que pagar mientras permanecí en activo. Yo pago trinco trinco y quiero un descuento.

—Pero bueno, ¿usted se cree que va a comprar un burro, o qué?

—Bien. Si partimos de esas noventa mil yo creo que con ciento cincuenta mil se pueden redondear los gastos. A eso juego. Yo pongo ciento cincuenta mil pesetas y no se hable más. ¿Quién va?

La pregunta se convirtió en una bombilla cenital que de pronto iluminó a los reunidos y los dejó en suspenso. Ernesto miraba a Carvalho de hurtadillas, pero no se atrevía a expresar su propósito. Carvalho contemplaba la punta de uno de sus zapatos. El director insinuó:

—Tal vez el abogado de la familia.

—Mi familia no tiene abogados. Ya terminé los tratos con esos mangantes. Lo último que hice fue el testamento y más de uno se va a morir del susto cuando se haga público. Ya sólo tengo notario.

—El esposo de su hija.

—Ése cogería los cuartos y se lo gastaría todo en vicio.

El director reparó en Ernesto. Dijo, casi sin voz:

—Su hijo.

—Si no va nadie iré yo. Tengo dieciocho años. Espero un hijo. Tengo un trabajo cogido por los pelos. Pero si no va nadie, iré yo.

—¿Y usted?

El usted pronunciado por el director sonó como un pistoletazo dirigido contra Carvalho. Declinó la invitación con un gesto, pero añadió:

—Nadie me ha dado vela en este entierro. Conozco menos a la señora Marsé que su padre, su marido o su hijo. Yo soy un profesional. No voy por el mundo buscando a la gente que conozco.

El viejo Marsé se encogió de hombros.

—Entre todos la mataron y ella sola se murió.

—Sólo usted puede ir.

Dijo por fin Ernesto. Había una imploración en su voz y en su mirada.

—Que alguien me encargue el caso e iré. Cinco mil pesetas diarias, gastos aparte, y doscientas mil si sale todo bien. No se preocupe. Si hay pronto pago le hago un diez por ciento de descuento, señor Marsé.

—No me sacará ni un céntimo, Arsenio Lupin. Sé ir por el mundo y a todos los mangantes que he conocido ya sólo me faltaba añadir un detective privado.

Guiñó el ojo el viejo y se arrellanó en el sillón. Las miradas no se habían retirado de Carvalho. Dudó entre contestar de palabra o marcharse y optó por lo segundo. Salió a la oficina general de la agencia y fue alcanzado en la puerta de la calle por Ernesto.

—Lo del dinero podría arreglarse.

—¿Quién lo va a arreglar, tú?

—Si me da tiempo.

Se volvió y le miró fijamente a los ojos.

—Mira, muchacho. Yo no tengo ninguna obligación sentimental con tu madre. Ha tenido cuarenta y cinco años para madurar y saber dónde se metía. Y si no lo ha aprendido es porque pertenece al sector social que más detesto, la pijería. A los pobres los aplastan las inundaciones o se les descarrilan los trenes, pero no van a buscar las inundaciones, ni juegan con los trenes. A veces se tiran a ellos, si están locos o desesperados...

—No es el momento de juzgarla. Es el momento de buscarla.

Carvalho se tragó las palabras que tenía en la boca, dio la espalda al chico y salió de la agencia. Tenía la sensación de haber atropellado a un pájaro o quizá a un conejo. A aquel conejillo blanco y gris, deslumbrado, que una noche se alzó sobre las patas traseras y le hizo un gesto con las delanteras que no le salvó la vida. El pequeño ruido del cuerpo contra el parachoques le dolió en el pecho durante kilómetros y kilómetros, a él, a un hombre que sabía lo que era matar y morir. ¿Quién era el conejo? No, no era Teresa. Eran Ernesto o su abuela, en los que había visto capacidad de amar a una mujer de cristal, a la vez transparente y quebradiza.

—¡Que se vayan a tomar por culo!

Cruzó la calle. Se metió en una tienda de confección y se compró una chaqueta de tweed.

La prensa anunciaba la desarticulación de un golpe de Estado preparado para la víspera de las elecciones del 28 de octubre. De momento se había detenido a tres jefes militares, dos coroneles y un teniente coronel, y se conocía el plan general del golpe. A juzgar por el plan, los dos coroneles y el teniente coronel debían ser los encargados de llevar los bocadillos a los golpistas, pero el gobierno se mantenía en la prudente reserva que le había caracterizado desde el día en que nació y que, sin duda, podía acompañarle hasta el día en que muriera víctima de un golpe de Estado. El milagro de haber sobrevivido a la explosión de la primera materia existente en el universo se relativizaba en el Chad por la carencia de agua y en España por la generación espontánea de salvadores de la patria. En caso de golpe de Estado, Carvalho consideraba que su negocio iría mejor. La democracia

liberaliza a las gentes y cada vez eran menos los maridos que buscaban o seguían a sus mujeres y los padres que le ponían tras la pista de adolescentes fugitivos de las oligarquías familiares. Sin duda las dictaduras dan una mayor clientela a los confesionarios, a los detectives privados y a los abogados laboralistas. Las contraindicaciones estéticas y éticas no iban con él. Ni siquiera le alcanzarían las salpicaduras de sangre ni los gemidos provocados por la represión. Estaba al margen del juego, como un tendero, exactamente igual que un tendero. Anduvo hasta el portal de la casa donde tenía el despacho, levantó la cabeza para ver a través de las ventanas la luz encendida por Biscuter y dio media vuelta. Mañana sería otro día. Pero fue media vuelta tardía o insuficiente porque allí, cortándole el paso, estaba Marta Miguel, con una expresión de sorpresa desigualmente repartida por el rostro. La boca decía oh, pero los ojos estudiaban a Carvalho como si hiciera ya tiempo que le estuvieran observando.

—¡Caramba! ¡Ya es casualidad!

Carvalho asintió y quedó a la expectativa de lo que decidiera la mujer. Ni se justificó ni se despidió.

—¿Sigue husmeando lo de Celia?

—No.

—Bien. Así me gusta, hombre. Parece que ha entrado en razón. ¿Sabe que la policía ha vuelto a llamarme? Claro, no puede saberlo. Era para preguntarme sobre posibles amistades de Celia. Parece que sospechan de un medio ligue que tuvo hace unos meses. ¿Qué iba a decirles yo? Yo apenas la conocía.

Carvalho asumió con un gesto lo poco que conocía Marta a Celia.

—Pero ya se sabe cómo es esa gente. Tienen ideas fijas.

—Si tuvieran ideas sueltas se dedicarían a otra cosa.

—¿Ya se le ha quitado la perra?

—Soy un profesional. Y sólo acepto casos por encargo.

—Le invito a un café.

Era una propuesta pistoletazo para la que la mujer había reunido oscuras fuerzas internas.

—¿Un café a estas horas? Podemos tomar un gimlet o un mojito en el Boadas. Basta subir Rambla arriba. Como es un capricho mío, invito yo.

—Ni hablar. Yo invito a lo que sea.

Marta Miguel caminaba a su lado como si fuera la primera vez que se veía obligada a compartir un paseo con un hombre. Ni se adecuaba a los pasos de Carvalho ni imponía su propio ritmo andarín, y en sus bandazos a veces daba con un hombro en Carvalho o se quedaba adelantada y entorpeciendo el paso a su acompañante.

—¿A quién va a votar?

Preguntó la mujer después de ojear los titulares de los periódicos y revistas colgados en los quioscos de las Ramblas.

—En efecto, la temperatura es excelente, incluso impropia de la estación, lástima de la humedad.

La respuesta de Carvalho desconcertó a Marta y la hizo detenerse y coger a Carvalho por un brazo para que él no continuara avanzando.

—Le he preguntado a quién va a votar.

—A mí me ha parecido que decía: hace un tiempo excelente.

—Pues no se parece en nada.

—Por el tono de su voz se parecía en todo.

—¿Insinúa que sólo puedo hablar del tiempo?

Carvalho consiguió reemprender la marcha sin preocuparse de si Marta salía de su voluntario atasco. Oyó su taconeo pesado y sintió la desocupación de aire provocada por su volumen al situarse de nuevo a su lado.

—Estoy hasta las narices de este país.

Dijo ella.

—Te pasas toda la juventud rompiéndote los codos para tener una carrera. Luego nada es como lo esperabas y además unos cuantos pueden dar el golpe de Estado cuando quieran y te meten en la cárcel o te queman los libros. ¿Sabe cuántos libros tengo?

—Todos.

—Eso es imposible. Pero tengo casi siete mil volúmenes. En mi casa apenas si hay sitio para mi madre y para mí. Todo lo demás lo ocupan los libros.

—¿Por qué van a quemarle los libros los golpistas? ¿Se ha significado políticamente?

—No. Menos mal. No tuve tiempo para eso. Pero soy profesora de universidad y eso es sospechosísimo.

—Tranquilícese, al menos cuente con treinta mil cadáveres por delante del suyo.

Marta masticaba en el cerebro las palabras de Carvalho y reaccionó con indignación veinticinco metros después.

—¡Oiga! El hecho de que no me haya metido en política no me impide tener mis ideas y mis sentimientos. Yo no toleraría una matanza de treinta mil personas, ni de las que sean.

—Matar sólo es un problema cualitativo. Si se viola el tabú una vez, la acción puede repetirse todas las veces que haga falta.

—Se puede matar por un impulso, por un arrebato, pero liquidar fríamente a gente y por ideas políticas…

—Matar es fácil.

—¿Y usted qué sabe?

Carvalho jugueteó con las manos ante los ojos de Marta.

—Estas manos son manos asesinas. He sido agente de la CIA y he matado todo lo que he podido. Deje de pensar en los libros. Haga como yo. Quémelos. Ha llegado la hora del mojito.

Pero no pidió un mojito. Nada más acodarse en la barra del Boadas pidió un Singapur Sling a la dama blanca lunar con sonrisa de "cocktail" que estaba tras el mostrador. Marta Miguel dejó un mohín de asco como quien deja una mirada.

—Y eso ¿qué es?

—Un "cocktail" asiático inventado seguramente por un inglés.

—O sea que de asiático, nada.

—El nombre. Singapur está en Asia, creo.

—En efecto. Es un Estado libre situado en la punta de la península de Malasia.

—En los libros de geografía de mi infancia se llamaba península de Malaca. No sé por qué.

Marta quería algo suave y Carvalho solicitó un Alexandra. Él repitió el Singapur.

—¿Siempre bebe tanto? Va a acabar con el hígado hecho polvo.

—Ya lo tengo.

—¿Y le gusta tenerlo hecho polvo?

—No siento el menor afecto por mi hígado. Ni siquiera lo conozco. No nos han presentado.

—El hígado no es como el riñón, sólo se tiene uno.

—¿Está usted segura?

El tercer Singapur puso luces portuarias en los ojos de Carvalho, lo que no le impidió comprobar que Marta consultaba la hora en el reloj.

—Tiene prisa.

—Es que mi madre está sola y a estas horas se va la señora que la cuida. Casi no puede moverse. Le invito a cenar. Tengo buenas cosas. Sé cocinar. No mucho, pero lo que sé hacer lo hago bien. Además tengo embutido del pueblo. Chorizos.

—¿De qué pueblo?

—De Salamanca.

—Chorizos de Salamanca. Excelentes.

—Y vino del Bierzo que me trajo un tío mío que es guardia civil en Astorga.

—¿Qué otras maravillas gastronómicas me promete?

—Tengo hecha una tortilla de patatas en un escabeche que me sobró.

No necesitó oír más Carvalho. Levantó el brazo armado con un billete de cinco mil pesetas y casi empujó a Marta Miguel hacia la salida.

—Vamos a vivir una gran aventura.

La mujer caminaba a su lado y de vez en cuando adelantaba un paso para comprobar en su cara la verdad o la mentira de tan rápido convencimiento. Seguía el brillo en los ojos, pero la tensión interna ponía una fina media de nylon sobre el rostro de Carvalho, como si fuera un crispado atracador de bancos.

—Mamá, soy yo.

Marta Miguel retiró la llave de la cerradura y dejó espacio libre para que Carvalho entrara en la casa. Un recibidor de estilo nórdico y luces indirectas, con espejo por el que Carvalho pasó furtivo camino del comedor living. Allí estaba la vieja. Veintinueve kilos de anciana metidos en una silla de ruedas gigantesca, una cabecita morada en la que se movían dos ojos inmensos fijos en carvalho y luego dirigidos a su hija en busca de explicación.

—Un amigo. Un compañero de universidad.

Luego Marta justificó su mentira cuando Carvalho la siguió hasta la cocina para evitar la compañía de aquella anciana que no dejaba de mirarle y de cabecear, como si quisiera gastarse los últimos esfuerzos en separar la cabecita del cuerpo incrustado en un trono fúnebre.

—Explicárselo todo era muy largo. Pero no se crea, ella lo entiende todo. Se da cuenta de todo. Pobrecita. Está así desde hace ocho años. Por las tardes viene una chica a estar con ella, pero se va a las ocho. Luego yo la limpio, le doy de cenar, la pongo delante de la televisión un ratito y la acuesto.

Marta untó un papel de barba con aceite y fue envolviendo chorizos para meterlos luego en el horno. Sacó de la nevera una fuente en la que una tortilla de patatas se empapaba en un escabeche sólido.

—Si quiere algo más tengo un tarro de lomo en adobo.

Carvalho se sentó a la mesa de la cocina. Se sirvió de la botella de vino que la mujer había abierto. Olió el vino, lo chasqueó contra el paladar y no pudo reprimir un ¡coño! que hizo sonreír a Marta Miguel, que estaba convirtiendo en puré la comida de su madre.

—Yo no entiendo, pero parece bueno.

—Es un Palacio de Arganza, gran reserva. Algún día se hará justicia a los vinos del Bierzo y el que se la haga empezará a estropearlos.

—Yo no vivo para comer. Como para vivir.

—Me lo imaginaba.

Carvalho hizo honor a la botella y Marta también bebía de vez en cuando, sorbos cortos, un instante de meditación para decidir si le gustaba o no le gustaba el sorbo y luego cabeceos aprobatorios.

—Sí, señor. Un buen vino. De este vino por aquí no hay.

—Bien poco hay.

—Y los de allí no saben apreciarlo. Se creen que no tienen nada. Eso pasa en los pueblos.

Marta Miguel se había instalado en su ponencia sobre la falta de conciencia de los pueblos sobre sus propias excelencias y exigía que Carvalho le diera la razón.

—¿Tiene más botellas?

—Tres más.

—La noche es larga.

—Beba lo que quiera. Imagínese nosotras. Mi madre no puede probarlo y no me voy a empipiripar yo sola. Voy a darle la cena. Por favor, no salga. No es un espectáculo agradable. Traga mal. Escupe. En fin.

Carvalho estudió la etiqueta de aquel vino palaciego gran reserva, se acabó la botella, empezó otra, le llegaban desde el comedor los ahogos y atragantamientos de la vieja y la voz persuasiva de la hija.

—Coma, madre, poquito a poquito, despacito, no se atragante, mujer, tragona, que es una tragona.

El televisor se puso en marcha y Marta Miguel volvió a la cocina entre suspiros. Señor, Señor, hay que tener una paciencia. Le lagrimeaban los ojos y se dio cuenta de que Carvalho lo había percibido.

—No lloro, no. Ya he llorado todo lo que tenía que llorar. Pobrecita. ¿Usted cree que hay derecho?

Era una pregunta dostoyevskiana y Carvalho prefirió beber otro vaso de vino y dedicar una mirada esperanzada al horno. Marta sacó los chorizos. El papel estaba casi quemado y de sus adentros salieron hasta seis chorizos perfectos, céreos, entusiasmados con su propio calor, con su pujanza roja. Carvalho se sirvió tortilla y cuchareó escabeche sobre el adoquín de patata, huevo y cebolla.

—Este escabeche había estado con pescado.

—Con caballa. El de la caballa lo aprovecho. El de la sardina no, porque queda demasiado fuerte.

Carvalho se entregó a tan ibérica cena secundado a poquitos por la mujer en dura pugna entre sus ojos hambrientos y el sentido de la báscula.

—Mi madre me llama.

Se había puesto en pie de un salto.

—No he oído nada.

—Es que apenas se la oye.

Salió corriendo y por la puerta abierta penetró un fragmento de la serie "Ramón y Cajal". Marta volvió y se dejó caer en una silla, donde quedó sentada con las piernas cortas abiertas. Se pasó una mano por los ojos.

—Madre mía, lo que he bebido.

Carvalho comía un chorizo cogido con los dedos.

—Quién le iba a decir a usted esta mañana que esta noche estaría cenando en casa de Marta Miguel. ¿Eh?

—Cierto.

—¿Quiere que le diga la verdad?

—Depende de la cantidad. Toda la verdad es demasiado para una noche.

—La verdad es que me he hecho la encontradiza. Tenía ganas de hablar con usted.

Carvalho terminó el chorizo y fue a por otro, con los mismos dedos, con los mismos ojos posesivos, con el mismo olfato dispuesto a regalarse con el aroma de aquella momia de cerdo y pimentón, probablemente extremeño.

—Decía que tenía ganas de hablar con usted.

—Ya la he oído.

—Estoy pasando muy malos momentos. Lo de Celia me ha afectado mucho. Aunque parezca una mujer fuerte, no lo soy. Una es fuerte a la fuerza. Luego está mi madre. Cada día me cansa más, pero no quiero separarme de ella, ya sé que es una tontería, pero si un día la sacara de casa, si no viviera conmigo no duraría ni una semana. Es muy sensible, me estudia, tiene miedo, depende de mí. Si un día me pasara algo, no sé. ¿Usted qué piensa?

—¿De qué?

—De todo esto, de lo de Celia.

Carvalho buscó un rincón del universo y estaba allí, en una esquina de la cocina, junto a una cacerola, exactamente entre la cacerola y una panera de metal pintada de blanco, y allí metió la mirada, la conciencia, como si tuviera miedo de sacarla y enfrentarla a Marta Miguel. No quería sacar los ojos de aquel pozo. No quería oírla. No quería provocar sus confidencias.

—Usted la conocía, ¿verdad?

—¿A quién?

—A Celia.

—Creo haberla visto una vez. En un supermercado.

—Era difícil de olvidar. Era como una muchacha dorada.

—Pat Savage.

—¿Quién es Pat Savage?

—La prima de Doc Savage, un héroe de una colección de novelas de aventuras titulada "Hombres Audaces". Doc Savage. Pete Rice. Bill Barnes.

—Celia era una muchacha dorada. Por dentro y por fuera. Se nace así.

—¿Le queda más vino?

Carvalho había sacado los ojos del pozo de ausencia y contemplaba ahora a una Marta Miguel pendiente de sus palabras, con la boca entreabierta y los ojos desparramados sobre Carvalho, unos ojos que ahora recordaban a los de su madre. Sin decir nada la mujer se levantó para buscar en un armario y volvió con otra botella de vino. Una oreja de Carvalho escuchaba el fragmento de la serie televisiva que se metía en la cocina a través de la puerta entornada, pero con la conversación dramática llegaba un suave ronquido que podía ser de la tele o de los pulmones de pajarito de la anciana. Los ojos de Carvalho veían acercarse a Marta Miguel como una montaña oscura, doliente, obscena en su dolor y en su angustia, y temía la boca de la mujer, temía lo que querían decirle aquellos labios poco a poco, temía el peso de la confesión que la mujer quería vomitarle, y una mano de Carvalho salió a su encuentro, rebasó el borde de las faldas y subió por entre los muslos ajamonados y se convirtió en un puño ceñido sobre un sexo peludo y caliente. Marta Miguel dio un salto hacia atrás y puso un ceño de desconcierto y asco para respaldar la contundencia de los labios al escupir la palabra:

—¡Asqueroso!

Carvalho se levantó, abandonó la cocina, saludó con la cabeza a la vieja que le perseguía con sus ojos totales, pasó furtivo ante el espejo del recibidor y salió a la escalera cerrando la puerta tras de sí, en la seguridad de que Marta Miguel se había quedado en la cocina, llorando.

Biscuter tenía la mañana melancólica de los mejores huérfanos. Ni siquiera ofreció su último guiso a Carvalho y el detective no tuvo más remedio que pensar, imaginar, recordar, revisar, actividades todas que le ponían de mal humor. A las once sonó el teléfono y por el tono de voz y la cautela de las palabras Carvalho descubrió a su antagonista telefónico. El viejo Daurella.

—¿El señor Carvalho?

—Sí.

—Oiga, ¿es aquí una agencia de detectives, un señor que se llama Carvalho?

—Sí.

—¿Está el señor Carvalho?

—Soy yo.

—Ya me lo parecía, ya. Soy Daurella. Daurella. ¿Se acuerda? El de los toldos. ¿Qué tal, señor Carvalho?

—Bien. ¿Y usted?

—Mire. Vamos tirando.

—Usted dirá.

—Mire usted, dirá que soy tonto o un pesado, pero el otro día me quedó una cosa aquí que no sé, si no le llamo reviento, señor Carvalho.

Hablaba en un tono de voz bajo, como si temiera ser escuchado.

—Ellos se creen que soy tonto, pero de tonto no tengo un pelo, se lo aseguro.

—No lo dudo.

—Pero están por medio los nietos, la hija, la mujer, ¿comprende?, ¿verdad que me comprende, señor Carvalho?

—Le comprendo.

—¿Ya cobró el cheque?

—Lo cobré.

—Sin problemas, ¿verdad?

—Sin problemas.

—Yo le estoy muy agradecido, señor Carvalho, porque usted me abrió los ojos, pero qué le voy a hacer. Los cierro y me hago el tonto. La hija, los nietos, la mujer... no lo hago por él, no, porque es un "pocavergonya", un degenerado, pero los nietos, la hija, la mujer. No le entretengo más, señor Carvalho. Es que tenía que llamarle, no sé si me comprende.

—A mandar. Ya sabe dónde me tiene cuando le hagan el próximo desfalco.

—No me lo hará, no. Ahora le vigilo.

Pero por el tono de voz parecía ser él el vigilado.

—Nada, pues, a cuidarse, señor Carvalho. Mucha salud y mucha suerte, que corren malos tiempos.

Mierda, pensó Carvalho y razonó su exabrupto mental ante el espectáculo imaginativo del pobre Daurella, incapacitado a su vejez para pegarle una patada en el culo al chulo putas de su yerno.

—Cuando cumpla cincuenta y cinco años, Biscuter, me metes cianuro en un guiso de bacalao al pil pil.

—Se notaría mucho, jefe. El sabor del bacalao al pil pil es inconfundible.

Y continuó reprochándose en silencio lo mal hijo que había sido. Sonó el teléfono y cuando reconoció la voz de Charo en la otra orilla apretó los dientes y se predispuso al chaparrón. Después del hola Pepe, silencio, y tras una travesía del desierto sonoro un estallido de lágrimas y de sollozos desesperados.

—Hemos terminado, ¿verdad, Pepe?

—Tengo mucho trabajo, eso es todo. Pero en cuanto lo termine cogemos una maleta y nos vamos a Meranges, a pisar nieve y a comer bien en Can Borrell.

—¿Lo dices en serio?

—Lo digo en serio.

La puerta del despacho se había abierto y poco a poco la señora Marsé se metió en la estancia como un caracol.

—Y ahora cuelgo porque estoy con un cliente.

La rotundidad del beso telefónico prolongó su eco hasta que el auricular estuvo en posición de descanso. La señora Marsé avanzaba tímidamente y se decidió a sentarse ante la oferta de Carvalho.

—Aquí trabaja, un sitio muy bonito. Muy típico. Las Ramblas son lo más bonito de Barcelona.

La mujer se sentó y dejó las manos sobre el bolso y el bolso sobre el regazo y la mirada sobre la cara inexpresiva de Carvalho.

—He venido por lo de ayer. Hemos de hablar, usted y yo. Pero, por favor, no le diga nada a mi marido. ¿Por cuánto dinero iría usted a buscar a mi hija?

—Ya lo dije ayer. Tengo tarifas fijas.

—He hecho mis cálculos y no puedo llegar a la cantidad que usted pide. Yo tengo un rinconcito que Higinio no conoce, pero como mucho llegaría a las cien o ciento veinte mil pesetas, más los gastos de viaje, desde luego, que pagaría mi marido. Puedo empeñar alguna joya, es cierto, pero tengo pocas y mi marido se daría cuenta. Si tiene paciencia, con el tiempo le daría más.

Carvalho sopló contra el aire.

—No hay nada más deprimente que ricos sin dinero.

—Le ofrezco lo que tengo. Y lo hago tanto por Teresa como por Ernesto, el pobre está desesperado, quiere mucho a su madre. Es un sufridor, como yo. En cambio su madre es como mi marido, no sufren por nada ni por nadie.

—Usted me propone trabajar a un precio de beneficencia y no tengo ningún motivo para hacerlo.

La vieja se quedó quietecita y con aspecto de tener lástima de sí misma. Biscuter asistía silencioso a la conversación, pero Carvalho notaba que iba tomando partido por la mujer. Biscuter estaba dispuesto a adoptar y ser adoptado.

—Además es un viaje pesadísimo y azaroso. El precio del viaje incluye un tour turístico, pero vaya usted a saber dónde se ha metido esa chica.

—Poco a poco podré pagarle lo que me pida.

—Estamos en plena época de las lluvias en el sudeste asiático.

—Aquí también llueve.

—Me tendría que vacunar, necesito un visado.

—No. No necesita vacuna ahora y tampoco visado si va a estar menos de quince días. Me he enterado y le traigo el dinero.

Había abierto el bolso, sacó de él un fajo de billetes ligados por una goma y se lo tendía a Carvalho.

—Ciento veintisiete mil pesetas. Mi marido le pagará el viaje y los gastos hasta ciento cincuenta mil. Lo demás quedará pendiente.

—Aborrezco viajar. No hay nada peor que buscar a alguien que no quiere ser encontrado.

—Mi hija quiere ser encontrada. Le telefoneó. ¿No es verdad?

—En qué cabeza cabe que un profesional deje su trabajo, su oficina, sus obligaciones, para coger un avión y plantarse en las antípodas. Estamos en un período difícil. Va a haber elecciones. Quisiera votar.

—Vote por correo. Yo estoy empadronada en Barcelona y vivo en el Maresme. Votaré por correo. Es muy fácil. Hay que ir a Estadística y hablar con un señor que se lo arreglará todo.

—Imagínese que ganan los socialistas, que hay un golpe de Estado y que todo eso me pilla en Thailandia.

—Mucho mejor que le pille en Thailandia que no que le pille aquí, jefe.

Era Biscuter quien terciaba y aguantaba con resolución la mirada indignada que le dirigía Carvalho. La vieja se había levantado. Dejó el dinero sobre la mesa y dio media vuelta. Desde la puerta dijo:

—Piénselo y llámenos. No hay otra solución.

Carvalho recogió el dinero y se levantó para ir en pos de la mujer, pero ella había aligerado bruscamente el paso, en un cambio de ritmo de excelente centrocampista que a Carvalho le recordó las galopadas de un Bobby Charlton, y cuando llegó a la puerta la señora Marsé era una cabecita canosa situada a la altura del segundo piso.

—Ciento veinticinco mil pesetas son ciento veinticinco mil pesetas, jefe.

Carvalho tiró el dinero contra la pared por encima de la cabeza de Biscuter y se fue al retrete donde meó contra el mundo y contra sí mismo. Luego pasó ante Biscuter sin decirle nada y salió del despacho para bajar a la calle, sin otra intención que dejar atrás el ámbito donde había ocurrido lo que había ocurrido. Y ya en las Ramblas se sorprendió a sí mismo callejeando, dejándose llevar por estelas subconscientes que le movían entre los peatones mañaneros y las evidencias de los reclamos electorales florecidos durante la noche, llena la ciudad de imágenes de pago de Felipe González y de imágenes militantes de los líderes comunistas, uno de ellos, Gutiérrez Díaz, en el trance de bendecir a los electores, le votasen o no le votasen. Y la primera conciencia de objetivo la tuvo cuando se encontró ante los escalones del edificio de Estadística y luego ante un bedel al que preguntó:

—Lo del voto por correo, ¿dónde es? Pasó la palma de la mano por la espalda desnuda de Charo como si recogiera una parte de la mujer y se la quedara luego en el cuenco de la mano semicerrada para mirarla muy cerca de los ojos. Entre sueños Charo preguntó:

—¿A qué hora sale el avión?

—A la una.

El sonido de la voz de Charo le relevaba de la obligación de respetar su sueño. Sacó las piernas desnudas fuera de las sábanas y se las quedó mirando como si las redescubriera tras una larga ausencia. El viaje le esperaba allí en la pared o más allá de la puerta entreabierta del cuarto de baño de Charo. El viaje era su proyecto, su futuro. Una mezcla de hastío y cansancio se le mezcló con el deseo de marcharse a donde fuera. Charo hacía esfuerzos por despertarse.

—Te prepararé un café.

—Pasaré por el despacho y Biscuter me lo hará.

—Quiero que el último café sea el mío.

Charo se sentó en el lado opuesto de la cama. Se cubrió los senos con las manos y se levantó para ir hacia el lavabo. Carvalho aprovechó su ausencia para vestirse, y cuando la mujer salió con el camisón puesto, Carvalho acertaba a introducir el último pie que le quedaba sin calzar en la abertura malformada del zapato acostumbrado a su desidia.

—Espérate.

—Déjalo. Prepárame el café para dentro de unos días. No tardaré.

—Un viaje tan bonito. Ya me gustaría ir a mí.

Carvalho besó y se dejó besar y cuando el ascensor le separó de Charo se reprochó no haber dicho algo importante en el último minuto. Hacía más de veinte años que no le decía a nadie te quiero y tal vez era sincero al no decirlo. Biscuter también estaba impresionado por el viaje.

—Thailandia está muy cerca de China, jefe.

—Muy cerca.

—Y del Vietnam. ¿Quiere que le prepare algo para el viaje?

—En los aviones dan comida.

—¿Muy cara?

—Va incluida con el precio del pasaje.

—Pues no será muy buena.

—Sobrevives. Si me pasa algo, ya sabes. El gestor Fuster tiene mi testamento. Te dejo algo y a cambio quiero que escuches el pasodoble "Suspiros de España" cada aniversario de mi muerte.

Biscuter estaba al borde de las lágrimas.

—Es un pasodoble muy bonito.

—Es un rebuzno armonioso.

Dio una palmada en la espalda de Biscuter y bajó hasta las Ramblas en busca de un taxi. En el aeropuerto distinguió a la guía de la agencia agrupando a los expedicionarios del grupo organizado.

—En Bangkok dispondrán de un guía, pero usted para cualquier problema recurra a nuestro corresponsal.

Carvalho se predispuso al control de pasaportes cuando vio venir hacia él una curiosa comitiva compuesta por un muchacho con cola de caballo, una flautista preñada y una anciana victoriana que caminaba ligera por delante de los jóvenes.

—Hemos venido a despedirle y a darle las gracias.

Carvalho temió que la flautista se sacara la flauta de alguna parte y se convirtiera en la atracción del aeropuerto o que la anciana le ofreciera un bocadillo de tortilla o veinte duros para un refresco. Todo era posible por parte de aquellos desquiciados sin sentido de la realidad.

—Cualquier cosa que sepa nos la comunica en seguida.

—No repare en gastos.

Aconsejó Ernesto y Carvalho no supo apreciar el menor matiz cínico en su oferta. Los despidió con un gesto y media sonrisa y se entregó al control de pasaportes para sacárselos de encima. Luego se pasó el primer vuelo hasta Frankfurt tratando de adivinar quiénes serían sus compañeros de viaje entre Frankfurt y Bangkok. Estaba rodeado de mallorquines por todas partes, con esa entonación vasca que tienen los mallorquines cuando hablan castellano y esa capacidad de sorpresa y sorna de los isleños. Los mallorquines estaban vertebrados en torno a una mujer treintañera, rubia, consciente de su encanto, con aspecto de joven divorciada de un fabricante de sobrasadas poco escrupulosas. Luego resultó ser una guía profesional y durante el vuelo

Frankfurt–Bangkok secundó el río de whisky que los jóvenes matrimonios mallorquines pusieron en circulación fruto de sus compras en el Free Shop. Uno de los mallorquines había descubierto la existencia real de los orientales y estaba fascinado en especial con un chino al que hablaba en mallorquín, sin que el chino hiciera otra cosa que adaptar su sonrisa a las claves de un idioma insospechado.

—"Escolta, xinet, a Mallorca tens la teva casa" [Escucha chinito, en Mallorca tienes tu casa].

El chino sonreía y decía que sí. El mallorquín lo contemplaba como si el chino le faltara en su colección de insectos tropicales. Carvalho se puso el audífono que le ofreció la azafata y jugó con los distintos canales: de Ives Montand a Steve Wonder, pasando por Ella Fitzgerald y Von Karajan dirigiendo "El mar" de Debussy. El mapa de la Lufthansa le prometía los cielos de Yugoslavia, Rumania, Turquía, Irán, la India, y a la altura de Estambul Carvalho se durmió. Le despertó la brusca oscuridad decretada para dar paso a la película que los distraería durante hora y media de vuelo. Ya la había visto en España. "Georgia". Una cabeza de serie de cine dedicado a las culturas de los distintos sectores inmigrantes en los Estados Unidos. En esta ocasión el asunto iba de servocroatas y la protagonista tenía dos tetitas adolescentes y cuerpo de magreo, poca cosa más. En cambio despertaba grandes pasiones y los protagonistas tenían una inmensa capacidad de infelicidad y complejo de culpa. En Delhi los indios invadieron el avión. Unos cuantos para limpiarlo entre el escepticismo y la curiosidad de los mallorquines y los alemanes que componían la mayoría racial. Otros para actuar como viajeros mal aceptados hasta Bangkok o Manila. A los europeos les parecía tan inverosímil que aquellos seres oscuros sirvieran para limpiar como que sirvieran para viajar. El mallorquín trocó durante unos minutos su curiosidad por el chino por una cierta atención ante los indios parsimoniosos que iban buscando sus asientos para establecer islas de oscuridad en el luminoso océano de la Europa blanca. Carvalho no tenía ganas de dormir, pero tampoco de mirar. De vez en cuando pasaba por su campo visual la guía rubia que se iba adaptando poco a poco a la proximidad del trópico y lucía unos hermosos brazos dorados por el sol de viajes próximos.

Amanecía cuando terminó la escala técnica en Delhi y por la ventanilla Carvalho esperó la aparición del golfo de Bengala cuando el avión sobrevoló Calcuta. Luego las selvas de Birmania, el asalto de los colores excitados por la lluvia y el calor del trópico, y de pronto creyó oír algo que no esperaba oír. Los españoles cantaban y cantaban lo que cantarían en un autocar camino de cualquier romería: "Asturias, patria querida". Carvalho temió lo peor. Temió que a continuación entonaran "El vino que tiene Asunción ni es claro ni es tinto ni tiene color". Los españoles son capaces de convertir un DC–10 de trescientas plazas en un autocar de excursión escolar. Los chinos, los indios, los alemanes escuchaban "Asturias, patria querida" como si fuera el "Deutschland, Deutschland über alles". Al fin y al cabo cualquier inglés, francés, alemán, americano, chino, indio, árabe, cuando está en Asia está en su casa, y en cambio los españoles en cuanto salen de Calahorra están en el extranjero. El avión se asomaba a las selvas profundas y a las aguas transparentes de un mundo de geografía de tercer curso de bachillerato o de colección de cromos de razas y costumbres de chocolates Suchard. El mallorquín le decía al chino:

—"Quan vinguis a Mallorca et posarás morat de sobrassada i ens anirem tu i jo de putes" [Cuando vengas a Mallorca te pondrás morado de sobrasada y nos iremos tú y yo de putas].

—"Quines coses de dir–li" [¡Qué cosas de decirle!].

Oponía la mujer del mallorquín, pero él no le hacía caso. Estaba obsesionado con su chino y el chino se dejaba coleccionar con la sonrisa por delante y la posible reserva mental de que en la primera ocasión lanzaba a aquel pesado a los cocodrilos. Nubes sobre Bangkok, de pronto ciudad para el vuelo de los pájaros desparramada en torno al Chao Phraya. Una imagen atravesó la mente de Carvalho como un flash rescatado del baúl de los olvidos. Una muchacha thailandesa con un cigarrillo en la vagina, fumando por la vagina, desnuda, rodeada de soldados americanos de paisano y con permiso y de matrimonios del mundo entero comprobando, una vez más, que los asiáticos lo hacen todo al revés.

En el aeropuerto les esperaba un joven guía que se presentó como Jacinto, aunque aseguró que en thailandés su nombre era mucho más complicado. Los mallorquines iban en otro grupo y Carvalho se vio rodeado de viejas ricas mesetarias sorprendidas por la cantidad de mallorquines que había en el mundo y de algunos matrimonios jóvenes que se agarraron al primer salacot de paja que vieron. Jacinto aprovechó el trayecto entre el aeropuerto y el hotel para decirles que en Bangkok había cinco millones de personas, la mayoría pobres y dispuestas a robarles el bolso a las señoras. Qué gracioso, qué gracioso, repetía una y otra vez una señora que se llevó una mano previsora o defensiva a la peluca artificial. La comprobación de que Bangkok estaba lleno de asiáticos había sido una seria advertencia para los pobladores del autocar climatizado, conscientes ahora de que se habían convertido en una avanzadilla aventurera en el Extremo Oriente. El guía seguía informando. Estaban en una democracia vigilada, en una dictadura democrática, en una monarquía constitucionalista militarizada.

—¿Quién ganal las elecciones en España?

Preguntó el guía en perfecto siux con el añadido de cambiar las erres por eles como en los doblajes de las más recalcitrantes películas coloniales.

—¿Felipe González ganal, no?

—La madre que le parió.

Gritó un hombre gordo y oscuro con varices en las bolsas de los ojos.

—Yo prefiero que ganen los socialistas a que ganen los comunistas.

Opinó una señora andaluza.

—Aquí no habel comunistas. Comunistas en la selva. En Bangkok, no.

Informó el guía despertando perplejidades y expectativas.

—¿Los tenéis en la selva, como si fueran monos?

—Como monos no, como gueliyelos. Plohibidos en Bangkok y entonces ellos ilse selva.

Jacinto era una mina. Advertía a los caballeros sobre los tipos de masaje que podían recibir. Desde el primer grado hasta el tercero y luego ya lo que Dios

quisiera. Las veteranas mujeres escuchaban las instrucciones masajeras conscientes de que no estaban en su terreno y que debían demostrar su capacidad de adecuación moral al final del milenio.

—Vosotras a compraros zafiros y nosotros de masajes.

—Zafilos y lubíes, no olviden. Las otlas piedlas no sel de aquí. Aquí y en Bilmania, zafilos y lubíes.

Más allá de la isla climatizada, Bangkok era como México capital o como Villaverde alto o Bellvitge, una ciudad para inmigración salvaje y además un burdel para soldados americanos venido a menos. El clima del trópico ablandaba y ensuciaba las arquitecturas occidentalizadas y una lógica de locos desorientados dirigía las maneras de los conductores, empeñados en jugar a la ruleta rusa con sus coches japoneses. Lo normal en una calle de dos direcciones era que los coches formaran tres vías, y podía convertirse en un apasionante juego mental el calcular cuál de ellos y por qué se apartaría en el último instante, en el instante previo al choque. Los niños aprovechaban los semáforos para limpiar los parabrisas de los conductores o para ofrecer guirnaldas de flores frescas y olorosas a los turistas o pregonar el "Bangkok Post".

—¡Qué monos! Parece mentira lo feos que se hacen luego de mayores.

—Ellas son muy monas.

—Mi problema es que a mí me parecen todos iguales.

—Es que son iguales, igualitos. En Europa somos más diferentes los unos a los otros.

Un pelotón de turistas solteros dejaba decir, dejaba pasar, en su obsesión de pistoleros nocturnos a la caza de las masajerías y sobre todo del "body body".

—Oye, Jacinto. ¿Dónde hacen mejor el "body body"?

—Muchos sitios. Mona Lisa, sel el mejol. Podel il señolas con malidos pala vel chicas en escapalate y cenal mientlas malido masaje.

—¡Oggg! ¡Qué gracioso! ¿Has oído, tú?

—Eso, eso.

Palmoteaban contentos los maridos.

—Pelo si las señolas quelel masajes también podel. El masaje a señolas lo dan también chicas, pelo si las señolas quielen pueden dálselos hombles.

Un silencio de sepulcro climatizado siguió a las últimas revelaciones de Jacinto. Imperturbable, el muchacho insistió en las características del masaje femenino.

—Esos hombles que dal masajes a señolas aquí llamalse de una manela que en España sel muy fea.

—Anda Jacinto, macho, dinos cómo se llaman.

Instó uno de los solteros.

—Putos.

Dijo Jacinto sin inmutarse y pasó su atención a la lista de pasajeros y a la distribución en distintos hoteles. Cuando llegaron al Dusit Thani, Carvalho le tendió a Jacinto la tarjeta que le habían dado para él los responsables de la agencia. Jacinto cabeceaba haciéndose cargo de la situación y examinaba a Carvalho por si estaba o no a la altura de las circunstancias.

—Hoy no podel hacel nada. Domingo. Aquí domingo.

—Mañana quisiera ir a la embajada.

—Celca de aquí, muy celca.

Le señaló un parque situado más allá de una enjundiosa estatua que marcaba la encrucijada de varias avenidas.

—Palque Lumpini. La embajada allí detlás.

Entrar en el Dusit Thani fue para Carvalho como recuperar un viejo amigo. El mismo portero disfrazado de Peter Pan thai, el mismo marco de hotel asiático internacional en el que los indígenas se convertían en una hermosa excepción de fragilidad y gracia entre animales prepotentes y blancos. La fealdad anglosajona quedaba en evidencia en contraste con la pequeñez infantil y la delicadeza de los gestos de las jóvenes thailandesas que ofrecían al extranjero información o jazmines y orquídeas recién cortadas en las selvas que rodean a Bangkok, a la espera del menor descuido de la ciudad obscena. Carvalho dejó el equipaje en la habitación y preguntó si sobrevivía el Mercado Fin de Semana. Sobrevivía, pero ya no estaba junto al viejo palacio Real. Está muy lejos, le dijo el jefe de taxis del hotel para justificar los ciento ochenta baths que le pedía por el recorrido. El taxi blanco y climatizado atravesó Bangkok y durante el trayecto el conductor fue entregando a carvalho folletos de tiendas de piedras preciosas, seda thailandesa, artesanía, platerías.

En vano las manos y las palabras de Carvalho oponían un dique de negaciones a la catarata de folletos que salía de la guantera del Datsun. Endomingadas gentes empezaron a conformar la avanzadilla de las masas que presagiaban la llegada al mercado, como las aves presagian la cercanía de la costa, y por fin apareció una explanada que prolongaba hasta el horizonte más próximo un laberinto de tenderetes y puestecillos a cuerpo descubierto. Nada más descender del taxi y perder la atmósfera del aire acondicionado, Carvalho recibió en las narices y los pulmones una oleada de aire caliente y grasiento, perfumado por las frituras en aceite de coco y las aromatizaciones del perejil asiático, las cebolletas y el jengibre. No tenía bastantes ojos Carvalho, ni bastante vida para aprehender en su totalidad todo lo que le ofrecía el Mercado del Domingo. La selva en macetas, jaulas y peceras gigantes, o en las cajas de cartón donde las mariposas se habían convertido en extrañas flores del mal de córpore insepulto. Salazones bronceados, moscas, escupitajos de betel, granos verdes de arroz, salchichones dulces purulentos, animales momificados en su sequedad, guindillas amenazantes y nerviosas como ejércitos de langostas africanas, setas ingrávidas, alfarería sospechosamente valenciana, placas de césped natural, gallinas, colibríes, cálaos, lagartos, un pequeño tigre, cocinillas portátiles y rodantes ofrecidas a la filosofía del comer cuando se tiene hambre y al derecho natural de las moscas asiáticas a la supervivencia, jarabes de todos los colores de la jarabería, bosques de botellas de salsa de pescado, la sal de Thailandia, un perro lamprea largo, duro y pardo, cerditos negros, pantalones tejanos, cobras sin veneno, mangostas en su jaula manicomio, cassetes de Steve Wonder y los Supertramp, coco hilado, cocos domesticados por el machete hasta la condición de caja verde para el sorbedor de plástico, tejadillos prefabricados, un joven tigre sin un rugido que llevarse a los labios, pinchitos de cerdo cubiertos por una miel oscura, spaghetti de arroz sutiles cual comida de ángeles vírgenes, orquídeas alimentadas por cortezas de coco, cazadoras acolchadas de plástico para inviernos mentales, ropa de campaña para guerrilleros urbanos, machetes, llaveros, huevas en salazón a semejanza de cojones de mulato, una bañera de cemento pintada de verde, agitadores sociales con megáfono incitando a las

masas mientras la policía parece no escuchar a una distancia tolerante y prudente. "Prosiguen las protestas estudiantiles contra la subida de los autobuses", anunciaba el "Bangkok Post" en su primera página y aparecía un viejo en cuclillas dialogando con jóvenes estudiantes también en cuclillas. Un diputado solidario con las reivindicaciones realmente existentes. Carvalho paseó ante la selva en sus macetas en la esperanza de descubrir macetas de comunistas.

El Dusit Thani le ofrecía un restaurante internacional y caro, otro thailandés, una tercera posibilidad de comida japonesa y un coffee shop más económico, donde se servía cocina asiática occidentalizada y cocina occidental asiatizada. Carvalho se había hecho el propósito de no probar nada occidental durara lo que durara su estancia en Thailandia y penetró en el restaurante japonés. Fue recibido por camareras supuestamente japonesas que compusieron el saludo típico de unir las dos manos sobre el pecho e inclinar suavemente el tórax y la cabeza. Pidió un "sashimi" y le trajeron una fuente con hielo y sobre el hielo filetes mínimos de pescado crudo, dorada, carpa, turbó, atún, una taza con salsa Sambai–Yo, palillos, otra taza vacía y una tetera. Le costó a Carvalho adquirir cierta solvencia en el uso de los palillos para apresar los trocitos de pescado crudo, sumergirlos en la salsa de mostaza, vinagre y soja y llevárselos a la boca. Al acabar el plato, le parecía haberse comido el mar y pidió de postre un arroz al sake que acompañó de dos tragos rápidos de sake helado. Deambuló por el hotel, entre escaparates de piedras preciosas, sederías y maderas de teka, malgastó un cierto tiempo en su habitación forcejeando en el televisor con el canal de video, hasta encontrar una película americana interpretada por Rod Steiger y una preciosidad rubia, violada por unos cazadores de bragueta atormentada. A cien metros del hotel tenía la posibilidad sin fondo de la Silom Road y los tres callejones sucesivos del Patpong, histórico barrio del vicio que, según el portero disfrazado de Peter Pan, ya no era lo que había sido.

—Hay otros sitios más interesantes en la ciudad.

Preparaba el portero una recomendación mercenaria, pero Carvalho insistió en el Patpong y el portero admitió:

—Ha perdido, pero sigue siendo lo que era.

A las puertas del hotel le esperaba una vaharada de calor tan nocturno como pegajoso. La luminosidad occidentalizada del Dusit Thani era una isla en un mar de oscuridad inmediata, rota en algunas manchas luminosas de poco voltaje que jalonaban el Silom Road. Los tenderos mantenían sus negocios abiertos a pesar del domingo y de la noche y Carvalho fue sorteando ofrecimientos de fotografías de muchachas desnudas que intermediarios profesionales mostraban a los extranjeros, con directas promesas de fornicación y delicias, posiblemente turcas. Los callejones del Patpong eran un muestrario de restaurantes chinos, vietnamitas, thais, japoneses, locales de "strip", hombres callejeantes, conductores de pus–pus o de tuc–tuc ofreciendo la distancia más corta hacia paraísos del sexo, paisanos sentados en torno de cocinas rodantes utilizando las manadas de extranjeros como espectáculo gratuito y excitante hasta la hilaridad mortificante. Carvalho se cruzó con el grupo de mallorquines comandado por la guía rubia de los hermosos brazos y con Jacinto, al frente de un pelotón de

jóvenes matrimonios en busca de los espectáculos de las muchachas del ping pong, o de las que utilizan la vagina para fumarse un Marlboro con inequívoco sabor americano. Carvalho esquivó los grupos y el ofrecimiento de Jacinto de secundar su expedición, pero poco después le abrumó la sensación de depresiva soledad y de noche sin sentido e inconscientemente se descubrió a sí mismo buscando la estela de los españoles y fue entrando y saliendo de los night–clubs, hasta que encontró el grupo más propicio en una pequeña sala, donde las muchachas thailandesas desnudas y aniñadas ponían una lascivia mecánica y desinteresada al alcance de la doble conducta de los occidentales. Sonrisas de ironía y crispación sexual en los ojos y en el sur del cuerpo, los europeos contemplaban aquella gimnasia sexual como si fuera una parte importante de la compensación del viaje. Los intermediarios se mezclaban entre las parejas alienadas y ofrecían toda clase de combinaciones: hombre con hombre, mujer con mujer, tríos, cuartetos. ¿Dónde? Aquí, en el edificio de al lado. Carvalho se asomó y vio el rótulo "Apolo" sobre una casa oscurecida. De pronto recordó que allí había ejercido la prostitución Archit, el acompañante de Teresa, y encaminó sus pasos hacia aquella masajería masculina. dos parejas jóvenes de españoles le ofrecieron meterse en un caserón adlátere donde les habían ofrecido el espectáculo de un enculamiento entre varones indígenas.

—Por una vez en la vida no quiero perdérmelo.

Decía un hombre rubio y embigotado, con un hilo de voz que se le ablandaba por momentos.

—Yo tampoco.

Le respaldó su acompañante femenina.

Carvalho los siguió y vio como se metían en un caserón iluminado por el mínimo de watios indispensables para que no hubiera oscuridad. Las dos parejas seguían a dos muchachos thais y Carvalho los rebasó en el momento en que se introducían en una habitación con la misma promesa de sordidez que el resto del edificio. Prosiguió por el pasillo bañado por una penumbra amarilla y le costó descubrir cuerpos de hombres y mujeres sentados en el suelo, en su mayor parte silenciosos, sin apenas capacidad de atención hacia el intruso que los convertía en un espectáculo. Ropas sucias y viejas subrayaban la oscuridad de las pieles, la ambigua vejez de unos cuerpos aparentemente jóvenes, breves acercamientos de la mirada asomaban a Carvalho al fondo enrojecido a glauco de ojos enfermos. Cansancio de drogadictos "yonquis" en aquellos cuerpos mercenarios, que ofrecían la miseria de sus músculos al extranjero tolerante con la corrupción subdesarrollada. Un hombre salió de una habitación con un fardo de sábanas amarillentas sobre los brazos. Carvalho le preguntó por Archit.

—Trabajaba aquí al lado, en el Apolo.

La impenetrabilidad atribuida a los rostros orientales no impidió que el miedo se asomara a aquellos ojos que se negaron a aguantar la mirada de Carvalho y el hombre se marchó sin contestarle. carvalho repitió la pregunta a una vieja que daba órdenes a unas desganadas camareras con aspecto de estar a punto de morir de hambre. La vieja le contestó con el mismo miedo impenetrable y el mismo silencio, para finalmente proponerle que si Archit trabajaba en el Apolo preguntara en el Apolo. Le pareció una respuesta lógica y volvió sobre sus pasos. Al llegar ante la puerta de la habitación donde se habían metido los españoles vio que estaba entreabierta y que a través de la hendidura el hombre rubio embigotado espiaba sus pasos.

—Oiga, por favor, usted. Me parece que ya ha estado otras veces aquí y nos sucede algo extraño. Pase. Pase.

Carvalho entró en la habitación. Las dos mujeres ocupaban las dos únicas sillas, en su rostro había expectación y tensión. Los dos hombres permanecían en pie, pero movían el cuerpo nervioso en un palmo cuadrado de suelo. Sobre la cama, dos muchachos oscuros se acariciaban mutuamente el pene.

—No se les pone tiesa y nos dicen algo raro que no entendemos. Hablan un inglés rarísimo.

Los muchachos contemplaban a Carvalho desde la más total de las indiferencias y seguían acariciando sus penes muertos. Carvalho les preguntó qué pasaba. Se abrió una boca desdentada, cavernosa, negra, para decir que no se sentían con ganas, y que si alguna de las mujeres allí presentes se metía en la cama, la cosa cambiaría. Carvalho trasladó la petición.

—¿Nosotras?

—¿Con ellos?

Los dos españoles apretaron las mandíbulas y cerraron los puños para lanzar a continuación una risita contenida.

—Tiene cojones el asunto.

El más decidido se acercó a la cama, señaló el pene de un indígena y luego el culo del otro.

—Tú meter esto allí dentro.

El indígena penado le sonrió con una cierta tristeza.

—Ya me los conozco.

Aseguró el español intrépido.

—Les hemos pagado por adelantado y ahora no quieren currar.

—Vámonos, Eduardo.

Opinó la mujer más nerviosa.

—Yo he pagado por el espectáculo y o me devuelven los cuartos o se dan por culo, vaya si se dan por culo, bueno soy yo para que me tomen el pelo.

El indígena decía algo y Carvalho se acercó a la cama para escucharle.

—Dice que si las señoras no les quieren hacer el honor de meterse en la cama con ellos, que les permitan contratar a una mujer de las que están en el pasillo.

—Por el mismo dinero, desde luego.

El indígena opinó que un cuerpo más valía doscientos baths más.

—Ciento cincuenta.

Opuso el español decidido, obediente a la consigna turística de que hay que regatear en todo. El indígena se encogió de hombros, cogió los ciento cincuenta baths, se puso unos calzoncillos y salió al pasillo para volver con una vieja mujer joven, cubierta de harapos y perteneciente como él a la comunidad desdentada del sudeste asiático. La mujer se desnudó y a Carvalho le pareció un apetecible ejemplar para una lección sobre la composición del esqueleto humano en cualquier facultad de Medicina. La mujer no sólo no excitó a los muchachos, sino que puso una cierta mueca de asco en los rostros occidentales.

—Y ahora qué pasa.

—Que tampoco se les levanta.

—Pero bueno, esto es una estafa. ¡Una estafa!

El español gritaba y acompañaba de gesticulación y tacos su crispado intento de ser compensado por todo lo que había pagado. La puerta se abrió poco a poco y mostró el grupo de nativos que se habían acumulado al eco de los gritos. Las dos mujeres blancas se levantaron y se adhirieron a sus maridos, en busca de la protección prometida por la epístola de san Pablo. También los dos presuntos enculados se habían enfadado y contestaban cosas rotundas al español, antes airado y ahora demudado ante el coro que se había formado en la puerta.

—¿Cuánto han pagado?

Preguntó Carvalho.

—En total unos quinientos baths.

—No llega a tres mil pesetas. ¿A ustedes nunca les han estafado tres mil pesetas?

—En España, sí.

—Pues denlas por perdidas y salgan de aquí sonrientes, porque esto se está poniendo feo.

Carvalho predicó con el ejemplo, sonrió a los dos muchachos y al esqueleto femenino y les dio la mano en una abierta despedida. Luego se abrió paso entre el runruneante coro agolpado en la puerta y fue seguido por las dos parejas, que recuperaron la respiración y el habla en cuanto salieron a la calle. El español percherón recobró las agallas y empezó a gritar que era la última vez que le tomaban el pelo esos monos. Pero se interrumpió ante el ataque de risa que afectaba a una de las mujeres. La mujer trataba de justificar su risa recordando lo pequeñita que tenía la cosa uno de los muchachos o el aspecto de flor muerta del ombligo de la mujer cadáver. Carvalho les dejó dándose justificaciones mutuamente y recuperó Silom Road de regreso al hotel. De pronto, alguien le cogió por un brazo y tiró de él. Tensó la musculatura y empujó a su aprehensor para ganar distancia. Entonces vio a un muchacho sonriente que, sin abandonar su brazo, le señalaba el cielo. Carvalho levantó la mirada y vio sobre los cables miles, millones de pequeños pájaros blancos y negros, como fichas de dominó. El thailandés indicaba por gestos que era peligroso caminar bajo los pájaros, porque se cagaban en los transeúntes y, para demostrarlo, le señalaba el reguero de mierda blanca sobre la acera. Carvalho se relajó, le dio las gracias, se apartó de la posible puntería de las aves y cuando el thai se alejaba le preguntó el nombre de los pájaros. El thai los volvió a contemplar, pensó, se encogió de hombros y contestó con una sonrisa:

—Son pájaros. Sólo pájaros.

Se despertó con la sensación de que había algo importante que hacer y no tardó mucho en descubrir que se trataba del "american breakfast" prometido por el ticket del hotel. Se asomó a la ventana de su habitación y no era una ventana, sino un balcón abierto y situado al mismo nivel que la piscina y una cascada iluminable. El sol aún era una promesa, amenazada por las nubes y por la estatura de los edificios del Dusit Thani, y Carvalho se prometió a sí mismo tomarlo y volver a España con el color del trópico en la piel. En el comedor le

esperaba un buffet con huevos fritos, bacon, jamón, salchichas, huevos revueltos, tortitas de patatas, fiambres, pescados ahumados y macerados, frutas tropicales, piñas, bananas, pomelos, mandarinas, lichis, manzanas rosadas o chom–phoo, mangostas, mangos, jujubes, rambutanes, pomelos, zalacas, sandía, cocos, carambolas, tamarindos, panavas, guayabas, lam–yais, noinas, duriens. La papaya con zumo de lima y los lichis estaban deliciosos y Carvalho se sirvió dos veces. Luego se hizo un orden del día, condicionado por lo que le dijeran en la embajada, y decidió retrasar la visita ateniéndose más al horario laboral español que al thai. Ganduleó por el hotel y descubrió que un rayo de sol se había filtrado entre los bloques del edificio y calentaba un ángulo de la piscina. Se puso el traje de baño, se cubrió con un kimono y metió en un "nécessaire" una leche hidratante para protegerse la piel del traicionero sol del trópico. Nadó un rato y luego se embadurnó de crema, antes de tumbarse en el triángulo de sol que iba creciendo. Durante una hora las nubes y Carvalho mantuvieron una dura lucha por la propiedad del sol, pero al final Carvalho tenía la sensación tonificante del calor y se descubrió a sí mismo optimista y silbador bajo la ducha de su cuarto de baño.

El sudor le esperaba en la puerta del hotel y le acompañó en el cruce de la plaza del Lumpini y en la travesía del parque en busca del barrio de las embajadas. Pero el parque era una promesa del Asia umbría y vegetal y Carvalho se entretuvo entre jardines y reclamos de uno de los principales escenarios lúdicos de la ciudad. La Wireles Road era una calle tranquila y residencial, condicionada por la inmensidad aplastante de la omnipotente embajada americana, con canales y lagos interiores para una jardinería tropical privilegiada. Inmediatamente al lado yacía la embajada española, la casita de los porteros. Estaba instalada en un caserón donde coincidían las tradiciones arquitectónicas de Thailandia y el Tirol y, ya en el interior, Carvalho fue recibido por un par de thais que le comunicaron que debía esperar. La madera cubría casi todo lo visible, pintada de un blanco cremoso, y un ventilador de aspas juraba combatir el calor con todas sus pocas fuerzas. En las paredes, anuncios publicitarios de las rías gallegas, del concurso de canto Tenor Viñas y las efigies de los reyes de España en un mágico parecido con las de los reyes de Thailandia.

—¿Usted quería ver al señor embajador?

Se lo preguntaba diplomáticamente una mujer rubia que hablaba español con acento latinoamericano.

—A cualquiera que pueda darme información sobre el caso de la señora Teresa Marsé.

—¿Es usted el enviado de la familia?

—Exactamente.

—Si no le importa yo misma le daré toda la información que tenemos. El señor embajador está muy ocupado.

Al asentimiento de Carvalho siguió la marcha de la mujer rubia y de nuevo la soledad de la recepción, acompañada por un aborigen que pedía información sobre las becas para estudiar en España. volvió la funcionaria, se sentó junto a Carvalho y abrió una carpeta sobre las rodillas.

—Se saben más cosas, pero ninguna demasiado tranquilizadora, y lo peor es que la embajada no puede ir más allá de donde ha ido. El asunto está en manos de la policía y son muy celosos de su soberanía.

—¿Se sabe dónde está Teresa Marsé?

—No. Pero lo más probable es que esté en algún punto del país tratando de salir de él.

—¿Por qué no recurre a la embajada?

—La embajada está vigilada día y noche, señor Carvalho. El caso se ha complicado.

Era una mujer capaz de contener sus emociones. Había adoptado una línea comunicacional de gacetilla de agencia Efe y no estaba dispuesta a ir más allá. Prosiguió sin esperar la reacción de Carvalho.

—La pista de Teresa Marsé y Archit desaparece en Chiang Mai, según sabemos a través de la policía, y la misma fuente nos indica que tras la pareja anda un grupo de mercenarios dispuestos a que no salgan del país.

—¿Por qué?

—La historia es larga y compleja y la hemos ido recomponiendo a través de cosas que aquí y allá, dispersamente, ha ido diciéndonos la policía. El señor embajador ha hablado personalmente de este caso con el primer ministro Prem Tinsulanonda, pero el caso está demasiado hecho, demasiado establecido. En otras ocasiones hemos podido intervenir en el primer momento y con dinero aquí se puede conseguir casi todo. Pero en este asunto las cosas han ido demasiado lejos. Por lo que parece, Archit estaba conectado con uno de los tráficos más lucrativos y menos perseguidos en esta zona: los diamantes. Especialmente los rubíes birmanos. En un momento determinado se lo contó a Teresa Marsé y le enseñó parte del cargamento que obraba en su poder. La mujer le convenció de que sustrajera una parte de la mercancía y de que se fueran a Europa. No sabemos si le costó mucho convencerle, pero lo cierto es que Archit fue entreteniendo el pase de su partida y que la pareja tenía preparado interrumpir su viaje por el país en Chiang Mai y coger desde allí un vuelo conectado Chiang Mai–Bangkok–Amsterdam–Barcelona. En Chiang Mai se frustraron las cosas. O fueron descubiertos o le pidieron a Archit que entregase la mercancía. El joven estaba metido en una sociedad secreta que controla el tráfico de rubíes birmanos y que se llama "Mañ pen rañ", es una frase hecha que aquí se usa mucho y que quiere decir más o menos: "No tiene importancia". Pues bien, los de la sociedad secreta los localizan en Chiang Mai y algo grave sucede porque al día siguiente la policía saca un cadáver de la suite del hotel que ocupaban Teresa y Archit y ellos han desaparecido, han desaparecido hasta la fecha.

—Un ajuste de cuentas como otros mil.

—En efecto. Pero el muerto no era un cualquiera. No era un miembro importante por sí mismo, pero al parecer, insisto en que yo le digo lo que me han contado a mí, era hijo de un personaje muy importante entre el hampa de Bangkok, un personaje casi legendario que es conocido por el apodo de "Jungle Kid". De él sólo sé que en el pasado fue guía de viajeros por el Triángulo del Opio, entre el país Shan, en Birmania, el norte de Thailandia y Laos. En teoría aún es guía, pero es una tapadera para los asuntos del tráfico de drogas. "Jungle Kid" es una institución y la muerte de su hijo ha movilizado por igual a la policía y al hampa.

—¿La policía al lado de un mafioso?

—La policía le debe muchos favores a "Jungle Kid" y aquí nunca se sabe dónde acaba el orden y empieza el desorden o lo legal y lo ilegal.

La funcionaria sostuvo la mirada de Carvalho y el detective recibió la advertencia diplomática latente en la contención expresiva de la mujer.

—¿Es posible hablar con la policía o con el mismo "Jungle Kid"?

La mujer se echó a reír.

—Lo extraño es que ni los unos ni el otro se hayan puesto ya en contacto con usted. Abra bien los ojos. A "Jungle Kid" podrá encontrarle en el hotel Malasya, un hotel que está no muy lejos de aquí, cerca de la Oficina de Inmigración. Es un hotel también legendario, donde puede pasar cualquier cosa y a donde van a parar los turistas que tienen mucha curiosidad y poco dinero. "Jungle Kid" utiliza el Malasya como oficina de contratación para sus expediciones. Es un hombre de cuidado. Es chino, formaba parte de la división del Kuomintang que se estableció en el norte de Thailandia después de la victoria de Mao Tse–tung. Hoy día las redes de tráfico de heroína, diamantes o mujeres están en manos de chinos, y en muchos casos de chinos vinculados con la División 93 de Chang Kai–shek.

La mujer parecía haberse aprendido bien los apuntes a los que recurría de vez en cuando para reponer combustible.

—¿Con qué miembro de la policía he de ponerme en contacto?

—Sabían que usted iba a venir. Apúntese el nombre que voy a decirle. Uthain Charoen. Es el funcionario del Ministerio del Interior que lleva el caso.

En la mirada de la mujer había ironía o quizá era un intento de valoración de hasta qué punto Carvalho estaba en condiciones de enfrentarse a la situación, a "Jungle Kid", a Uthain Charoen.

—¿Qué clase de tipo es?

—Yo he hablado dos o tres veces con él. Repito, abra bien los ojos. Es un hombre de colmillo retorcido.

Carvalho abrió los ojos para expresar todo el pavor que le había suscitado la recomendación.

—¿Ustedes cómo pueden ayudarme?

—Moralmente, y si le meten en la cárcel le entraremos tabaco de vez en cuando. Pero le aconsejo que haga lo imposible para que no le metan en la cárcel. La cárcel aquí es horrible. En estos momentos hay siete españoles liados por lo de la droga y le aseguro que alguno de ellos preferiría colgarse antes de seguir ahí dentro.

Hablaba en serio. Diplomáticamente en serio.

El taxista trató de convencer a Carvalho de que antes de ir al Malasya debía pasar por un catálogo inacabable de tiendas de piedras preciosas y sederías. La tozudez del hombre le llevó a merodear la zona del Malasya una y otra vez por si mientras tanto tenía tiempo de convencer a su pasajero. A Carvalho le quedó la alternativa de tirarse del taxi en marcha o de esperar que su enemigo se diera cuenta de lo inútil de sus circunvalaciones y explicaciones. Optó por recostarse en el asiento y contemplar el paisaje urbano, consistente en una concentración de pus–pus, tuc–tucs envueltos en monóxido de carbono que se metía por las abiertas ventanillas de un taxi sin aire acondicionado. El taxista prosiguió quince minutos su disertación sobre los lugares a los que podría llevar a Carvalho y

finalmente optó por insultarle en thailandés, porque prosiguió monologando en su idioma, mientras se decidía a tomar la ruta del Malasya. Dejó atrás las amplias avenidas que atraviesan la ciudad y se metió por callejas marginales, en las que la dignidad de la vegetación tropical compensaba el deterioro progresivo de las construcciones. Finalmente metió el taxi en el patio del Malasya y a su encuentro salieron cuatro o cinco receptores sin uniforme que consintieron de reojo la decisión de Carvalho de ir directamente desde el taxi hasta la puerta del hotel. Teca de segunda, bambú de río con poca agua, "boys" de trajes de segundo cuerpo, tapicería de marroncete skai, suelo de plástico verde, una decadente vejez en las cosas que impregnaba a los recepcionistas y a los camareros de un restaurante adosado a un "hall" de pensión para viajantes de provincias. Pantalones tejanos de todas las clases, extranjeros con pinta de profesores norteamericanos de universidades pobres, jóvenes franceses poscontraculturales, damas "faisandees" con sandalias para unas pantorrillas cúbicas y rosadas, ni un blanco de los ojos del personal del hotel era blanco, entre el rojo y el amarillo, pasando por un color pus de insatisfacción, predominaba en las miradas que acogían el aspecto convencional de Carvalho con una cierta indiferencia. Se acercó a la recepción y preguntó por Archit y Teresa.

—Son dos amigos míos que están en Bangkok y quizá se hayan hospedado en este hotel.

El que le atendía intercambió comentarios en thai con una mujer pequeña, mal peinada, que se rió en las narices de Carvalho y probablemente de Carvalho.

—No los conocemos.

—Estoy seguro de que han estado en este hotel.

—Por este hotel pasa mucha gente y no los conocemos a todos necesariamente.

—Miren el libro de registro.

Se encogieron de hombros y no manifestaron ni deseo ni intención de ir a por el libro de registro.

—Repase el mural, allí, a la izquierda, junto a la mesita. Quizá hayan dejado algún aviso.

Un mural sobre el que espontáneamente se habían ido clavando avisos particulares. Se ofrece profesor de francés, habitación setenta y seis. Karen y Leo te esperan en la habitación noventa y ocho. Vendo máquina de escribir Olympia, Mónica. Los ojos de Carvalho se detuvieron sobre un anuncio: "Jungle Kid, el mejor guía para el país shan", pero alguien había escrito debajo del anuncio: "No te fíes de Jungle Kid, te dejará abandonado en plena jungla". Carvalho decidió jugar a la ruleta rusa, volver al recepcionista y preguntarle por "Jungle Kid", pero alguien situado a sus espaldas retuvo su marcha hacia la recepción.

—¿Es usted el español que acaba de llegar?

Se volvió y ante él tenía a un thailandés con traje de algodón amarillento, corbata mal hecha, el rostro joven traicionado por acusadas patas de gallo y las canas que se asomaban a la sien izquierda, los labios lilas entreabiertos para componer algo que se parecía a una sonrisa.

—¿Se llama usted José Carvalho Tourón?

Leía dificultosamente el nombre de Carvalho, anotado en un papel que se había sacado del bolsillo.

—Sí.

—El pasaporte, por favor.

Le enseñó un carnet en el que aparecía su propia foto en un océano de escritura thai.

—No entiendo nada.

—Aquí se dice que me llamo Uthain Charoen y que soy oficial de policía.

—¿Y he de creérmelo?

El hombre rió brevemente y tras la risa conservó una suave sonrisa.

—Le aconsejo que se lo crea.

Carvalho sacó el pasaporte del bolsillo y se lo tendió. Con el rabillo del ojo vio que los recepcionistas se habían acodado en el mostrador y contemplaban la escena.

—Muy bien, señor Carvalho. Estoy a su disposición. ¿Qué ha venido a buscar al Malasya?

—Me parece que soy yo el que está a su disposición. Es usted el que empieza a hacer preguntas.

—Disculpe. Es deformación profesional. Dela por no hecha. Pero me parece que usted está alojado en el Dusit Thani y no creo que vaya a cambiar aquel hotel por éste.

—Me parece que éste es más divertido.

—Depende de cómo se divierta usted.

Carvalho permaneció de pie, a la espera de que el otro tomara la iniciativa.

—Su amiga no está en este hotel.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—De hecho no la buscaba a ella, sino a "Jungle Kid".

Charoen alzó las cejas valorando la respuesta de Carvalho.

—Nada más llegar a Bangkok y ya conoce usted a "Jungle Kid". Aprende usted rápido.

—Tal vez "Jungle Kid" sepa lo que ni usted ni yo sabemos. Dónde está Teresa.

—No. Por suerte para ella y para usted no lo sabe.

Charoen se inclinó con cierta cortesía ofreciéndole la puerta de salida. Carvalho creyó advertir que intercambiaba una mirada de aviso con un hombre poderoso sentado en uno de los sillones de plástico marrón. Era un hombre veterano pero musculado, con los párpados colgantes casi tapándole los ojos oblicuos y un bigotillo afilado sobre los labios carnosos, todo ello bajo un cenital cráneo totalmente rasurado. Desde la perspectiva de la puerta de salida del Malasya, a la izquierda se ofrecía un sastre rápido, delante estaban los cobertizos al aire libre para los coches del hotel y a la derecha la salida a la calle y el anuncio de un bar, el café Lisboa. Charoen se encaminó hacia el Lisboa abriendo paso a Carvalho y ofreciéndole continuar su marcha con gestos corteses de paje. Ya en el Lisboa, Charoen invitó a Carvalho a sentarse y pidió dos vasos de Mekong.

—Se trata del whisky de arroz; si no lo ha probado le resultará muy agradable. ¿Lo ha probado, o en su estancia anterior o en la actual?

—¿Conocía usted mi estancia anterior?

—Disponemos de un archivo, no muy bueno pero suficiente para nuestras necesidades. Bangkok no es el centro del mundo, pero sí es uno de los centros más importantes de Asia.

Les trajeron dos vasos llenos de hielo picado y de un líquido que recordaba el color del whisky. Carvalho recuperó el sabor del Mekong, un whisky que sabía a arroz integral, ligero, incluso agradable.

—¿Le gusta?

—Me gustaba y me gustará.

—Los extranjeros se aficionan en seguida al Mekong. Es barato y tan sano como el whisky escocés.

Charoen se pasó una mano por el pelo, luego la dejó planear suavemente en el aire y la posó sobre su vaso como tapándolo.

—Me gustaría saber qué piensa usted hacer en Bangkok.

—Ante todo saber cómo puedo encontrar a Teresa Marsé y llevármela a España.

—Encontrarla es posible. Lo de llevársela a España quíteselo de la cabeza. Hay un crimen por medio.

—Dudo que Teresa haya matado a ese chico.

—¿También estaba enterado del crimen? ¿Entonces sabrá de quién se trata?

—No entiendo la importancia que le dan a un gángster hijo de otro gángster.

Charoen entornó los ojos y sonrió como disculpando las palabras que ya empezaba a pronunciar.

—Los gángsters no son iguales en todas partes. En algunos lugares de los Estados Unidos, por ejemplo, han llegado a alcaldes o a presidentes de sindicatos. "Jungle Kid" no es un gángster más y a la policía de Thailandia se le complicarían las cosas si "Jungle Kid" se enfadara con ella.

—¿Dónde está "Jungle Kid"?

—Aquí.

—¿Aquí? ¿En este bar?

—No. Pero ha estado muy cerca. Sentado en la recepción del hotel cuando he tenido el placer de saludarle.

La imagen del hombre del cráneo rasurado se sobrepuso sobre la cara de niño viejo de Charoen.

—Usted le ha saludado al salir.

—Me he limitado a reconocerle. "Jungle Kid" y yo nunca hemos hablado.

—Mantiene las distancias.

—Él las mantiene. Habla con mis jefes, no conmigo.

—Se trata de un guía de exploradores.

—Un guía que tiene siempre plazas reservadas en vuelos a Rangún, Bangkok, Taipeh, Hong Kong, París y antes del cierre de la frontera con Laos se pasaba media semana en Vientiane. No es un guía cualquiera, ni un gángster cualquiera.

—¿Y sigue vinculado a la covacha del Malasya?

—Tiene una gran residencia en Kuomingtan, el pueblo formado por la 93 división de Chang Kai–shek, pero en Bangkok su ambiente es el Malasya. Igual

nos pasa a todos. Yo nací en los canales marginales, en la orilla izquierda del Chao Phraya, cerca del klong Bangkok Yai. Hoy vivo en un piso del centro y tengo agua corriente y luz, agua del grifo, ¿comprende? Pero en realidad yo me siento del Bangkok Yai.

Carvalho jugueteó con el dedo con un reguero de whisky y agua helada y desde el río que iba distribuyendo sobre la mesa preguntó.

—¿Hay que buscar a Teresa a pesar de "Jungle Kid"?

—Sí. Porque en esta ocasión "Jungle Kid" no le ayudará ni a usted ni a la policía. Quiere vengarse.

Mientras Charoen se dedicaba a repetir la historia que le habían contado en la embajada, Carvalho imaginaba la escena en que Teresa proponía a Archit quedarse con parte de los diamantes. Algo que no habría hecho jamás en Barcelona, Roma o París, porque allí era consciente del papel de la represión, del color y el idioma de la represión. Pero en Bangkok debió parecerle un cuento chino protagonizado entre chinos y con el final controlado por la Paramount o por la Metro Goldwyn Mayer, y la distancia Bangkok–Barcelona o Bangkok–Masnou demasiado larga para que la alcanzara la moral o la lógica. ¿Y Archit? ¿Qué clase de individuo era aquel muchacho aparentemente envilecido y, sin embargo, con la capacidad de amar a una extranjera hasta la violación de su código moral, el crimen y posiblemente la condena a muerte?

—¿Qué tal es el chico?

—¿De qué chico me habla?

—De Archit.

Charoen se encogió de hombros.

—Una historia desgraciada, como la de millones de niños de Asia. Desde pequeño tuvo que ganarse la vida por las calles. Su padre es un drogadicto que no ha sabido aprovechar las oportunidades que ha tenido. Incluso las oportunidades que Archit trató de darle cuando tuvo amistades poderosas. El padre es una basura. Se está muriendo. Le han dejado sin suministro de droga, es una orden de "Jungle Kid".

—¿No pueden internarle en algún hospital?

—En Thailandia hay que hacer cola para entrar en un hospital y un viejo podrido ya no tiene oportunidad. Además, no puedo asegurarle qué haría "Jungle Kid" si el viejo entra en un hospital.

—"Jungle Kid".

—Va a oír hablar mucho de "Jungle Kid" durante su estancia entre nosotros, que ojalá sea breve. Thailandia es un hermoso país para los turistas, pero un feo país si has de recorrerlo por las cloacas.

—He de encontrar a Teresa. Alguien debe saber dónde están.

—Probablemente.

—Seguro que Archit ha recurrido a amigos o parientes.

—Hemos llegado a todos ellos.

La seriedad de Charoen puso en primer plano su musculatura moral de policía tenso y a la espera de que el propio Carvalho revelara su plan de actuación.

—¿Qué me aconseja usted, Charoen?

—Que se vuelva a su país y nos deje hacer a nosotros.

—Eso no puedo hacerlo.

—Que siga nuestros pasos a ver si tiene más suerte. Le he traído una lista de lugares frecuentados por Archit y de amigos.

—Amigos que pueden ayudarlos a salir del país.

—De ésos no les quedan.

Era una seguridad brutal y expresada en un tono de toque de degüello.

—Será difícil que alguien pueda ayudarlos y voy a decirle algo que usted interpretará como quiera. Si los encuentra, cosa que no creo, pero si los encuentra no olvide lo que voy a decirle: no se empeñe en sacarlos del país por su cuenta y, sobre todo, no se empeñe en sacarlos a los dos. Uno de los dos debe pagar.

—¿Archit?

—Archit.

—Pero aparte del crimen están los diamantes.

Charoen tardó en contestar, consciente del efecto que provocarían sus palabras si llegaban por un pasillo de expectación.

—Los diamantes ya no son problema. Archit y la mujer los hicieron llegar a sus destinatarios después del crimen. Trataban de aplacarlos. Se lo digo a usted confidencialmente, me parece que no lo saben ni los de la embajada.

—Y no los han aplacado.

—A "Jungle Kid" no.

Charoen sacó un montón de papeles del bolsillo, seleccionó uno de ellos y se lo tendió a Carvalho.

—Aquí están los nombres de lugares y personas. Yo de usted probaría con las personas. Los lugares no hablan, se lo aseguro. Algunas personas, es posible. Con mucho gusto le acompañaré durante esos contactos.

—Preferiría hacerlos por mi cuenta.

—Se equivoca. Le daremos protección.

—No creo necesitarla.

—La necesita.

Charoen se levantó, repitió el gesto maquinal de la mano sobre el cabello y se inclinó ligeramente. Carvalho se quedó durante unos segundos concentrado en la observación del papel, luego pensó que no había establecido un nuevo encuentro con el policía y salió en su busca. Charoen estaba con una pierna dentro de un coche blanco y se volvió ante la llamada de Carvalho.

—No hemos concertado una cita.

—A los extranjeros se los encuentra siempre en Bangkok.

Se inclinó nuevamente y acabó de meter el cuerpo en el coche que arrancó en cuanto hubo cerrado la portezuela. Carvalho estaba en mitad de la calle, contemplado por la oscura curiosidad de los destartalados "boys" del Malasya. Uno de ellos avanzó hacia él para ofrecerle chicas, chicas que al parecer estaban en el hotel. Ante la negativa de Carvalho le ofreció chicos. Carvalho echó a andar por toda respuesta y uno de los aparentes "boys" del hotel siguió sus pasos. Carvalho estaba empapado de su propio sudor y añoró la pequeña piscina del Dusit Thani, el canto de sirena del aire acondicionado y empezó a deprimirse por

el seguimiento. Todas las ventajas eran de su perseguidor, seguro que el otro no sudaba y que su presencia le acompañaría durante toda su estancia en Bangkok, un asiático detrás de otro, toda Asia siguiendo a Carvalho, a través de un itinerario inútil. Volver al Dusit Thani significaba malgastar parte del dinero de la vieja Marsé y tiempo para encontrar a Teresa. Salió a una calle ancha y en el inmediato horizonte descubrió la Sathorn Road, una vía rápida que orientaba el tráfico hacia el río o hacia las encrucijadas del parque Lumpini. Las calles estaban llenas de thailandeses delante o detrás de cocinillas rodantes donde humeaban el arroz blanco y los caldos para cocer los pedacitos de verduras, pollo, magro de cerdo, un humo que servía para avisar a las moscas azules y como punto de referencia al infierno que se escapaba de los tubos de escape de los pus–pus individuales y de los tuc–tucs colectivos. A la aparente uniformidad de los rostros se sumaba el lenguaje cerrado de los rótulos en thai, salpicados aquí y allá por rótulos en inglés al servicio del enunciado de marcas conocidas. De pronto Carvalho tuvo la impresión de que jamás encontraría a Teresa, de que adquiría en Bangkok pleno sentido la advertencia de que era imposible encontrar una aguja en un pajar.

—¡Señol, señol!

Se volvió y allí estaba Jacinto desde lo alto de la escalerilla de un autocar con aire acondicionado.

—Estamos visitando los templos. Hemos ido al del Buda de Oro y ahora vamos al del Buda Esmeralda.

Carvalho examinó el interior del autocar. Allí estaba España señalando con el dedo a los chinitos que iban por la calle en su amarillez. La perspectiva de huir de su seguidor, de acogerse a la atmósfera propicia del aire acondicionado, se contrarrestaba con la obligación del recorrido por los "wats" de Bangkok que a Carvalho la parecían fallas valencianas de marquetería en colores blanco, naranja, verde y rojo, entre comentarios de gentes dispuestas a tomarse en serio las interpretaciones teatrales del clero católico, pero a tomarse a chacota las interpretaciones teatrales de los monjes budistas, a caer de rodillas ante el brazo incorrupto de santa Teresa, pero a morirse de risa cuando Jacinto les dijera que bajo un colosal templo estaba enterrado un diente de Buda.

—Lo siento, Jacinto, pero estoy cansado y me iba al hotel.

—Suba. Pasalemos celca.

Carvalho fue recibido con una cierta curiosidad. Buscó el rincón de los solteros escépticos ante las toneladas de budismo que se les había caído encima.

—¿Qué tal?

—Los templos, una lata.

—Nosotros somos animales de noche.

Se echaron a reír. Uno de los solteros se inclinó hacia Carvalho, le guiñó un ojo y le dijo:

—El Atami. No olvide este nombre.

Por un segundo, Carvalho asoció el misterio de la recomendación al caso Teresa Marsé. Afortunadamente la confidencia tenía una segunda parte.

—El Mona Lisa es más fino. Pero las mejores tías en el Atami.

Carvalho le agradeció la recomendación y apuntó el nombre del Atami en uno de los papeles que llevaba en el bolsillo. Luego repasó a los habitantes del autocar y su mirada tropezó con la de uno de los componentes de las dos parejas

de la aventura de la noche anterior. El hombre se negó a reconocerle y desvió los ojos.

La iniciativa había sido de Bromuro. Biscuter caminaba melancólico por la placita del Arco del Teatro y el Bromuro le llamó desde su estatura de limpiabotas ante los mocasines del dueño de alp Sport, una tienda de artículos deportivos que acababan de abrir en la calle de Escudillers.

—Biscuter, qué color tienes, hijo.

—¿Qué color voy a tener? Si no salgo de casa. Y cuando salgo no sé qué hacer. Ahora mismo, estoy solo y me paso el día subiendo y bajando la escalera. Cuando estoy en el despacho no sé qué hacer. Cuando estoy en la calle, tampoco.

Bromuro tenía una mañana creativa y hacía molinetes con el cepillo por delante y por detrás de su cuerpecillo, alzado como de milagro sobre unas piernas acuclilladas.

—Mira qué reflejos, Biscuter, mira.

Y de reojo comprobaba el efecto que sus habilidades provocaban en un cliente hierático, entregado a la lectura del periódico.

—Pues si te aburres, Biscuter, baja y pega la hebra conmigo. ¿Dónde está Pepe?

—En Thailandia.

—La madre que le parió. Sí que se ha ido lejos.

—¿Y por qué no subes tú?

—Yo me debo a mi clientela.

Y ofreció una sonrisa entre el amarillo y la mella a un cliente que no se la aceptó.

—Tengo un ossobuco en el congelador y no sé quién se lo va a comer.

—¿Ese animal se come?

—Si es la pantorrilla de la vaca, el jarrete, pero cortado de otra manera, a rodajas.

—¿Y está bueno?

—Buenísimo.

—Usted, señor, habrá probado el ossobuco, ¿verdad?

El otro apartó el periódico, contempló perplejo a los dos residuos humanos que dialogaban y gruñó un sí para volver a meterse en su casita de papel.

—Pues sí que subiré, Biscuter, porque estoy malo de lo mal que como o de lo poco que como. En mi desconfianza a lo que se vende y a lo que se guisa ahora, me limito a comer vegetales crudos y sano lo estoy, pero tengo una hambre que pa qué.

—Voy a calentarlo y te espero.

Una pequeña alegría trascendió del cuerpecillo de Biscuter, que cruzó la Rambla con urgencia y subió los escalones del despacho de Carvalho de dos en dos. Sin cerrar la puerta tras de sí, fue directo a la pequeña nevera y del congelador sacó una fiambrera de aluminio en la que dormían un sueño de

congelación dos rodajas de ossobuco con níscalos. En cuanto el fuego despertó a la bestia y el aroma de la salvia y el ajo aromatizó el despacho, Biscuter se fue hacia la puerta reclamado por la llegada de Bromuro. En la nariz del limpiabotas lo que no era nariz era espinilla.

—Coño, Biscuter, guisas como mi madre. Huele como olían las comidas de mi madre.

No le gustó a Biscuter el comentario, se le nubló la vista y necesitó correr hacia su cuartucho para sacarse de los ojos las lágrimas imprescindibles.

—¿Qué te pasa?

—Es que se murió mi madre hace poco.

—Te acompaño en el sentimiento, Biscuter. Pepe no me dijo nada, de lo contrario habría ido al entierro.

Biscuter apartó cuidadosamente los papeles de Carvalho, dispuso dos mantelitos individuales de arpillera y un centro de paja sobre el que depositó la fiambrera con el ossobuco humeante. Luego trajo de la cocina dos platos con sendos montoncillos de arroz pilaf, dos vasos y una botella de Torres Santa Digna tinto que Carvalho había dejado recién abierta y de la que Biscuter iba bebiéndose un vasito en cada comida, sin atreverse a hacerlo en las cenas.

—Me cago en la mar ¡y vino de marca! Hace tiempo que Pepe no me da una botella de sus vinos. Cómo bebe el tío.

Y cómo come, añadiría instantes después cuando se llevó a la boca medio quilo de carne de una sola tacada.

—¿Y esto lo has hecho tú, Biscuter? Pues tienes unas manos que no tienen precio. Si alguna vez pongo un restaurante cuento contigo.

Dijo que sí Biscuter, no sin dejar de lanzar una mirada valorativa de la ruina física en que estaba Bromuro, ya entre los cascotes de sus arrugas, varices, espinillas y manchas de roña rancia asomante en los calveros de su cabeza.

—Con permiso.

Biscuter y Bromuro llevaron automáticamente las manos sobre sus platos, como tratando de protegerlos o esconderlos, y se quedaron mirando a la intrusa.

—Me llamo Marta Miguel y busco a don José Carvalho.

Biscuter se limpió los aceitados labios, entornó los ojos y buscó plomo para la voz en el fondo de su garganta.

—El señor Carvalho no está. Está de viaje.

—¿Muchos días?

—Imprevisible.

Dijo Biscuter e inició el gesto de ofrecer una silla a la esposa del coronel recién introducida en un club londinense.

—No. No quiero molestarlos. ¿Se ha ido muy lejos?

—A Bangkok. Reclamado por uno de nuestros asuntos. A veces tenemos que viajar. Porque, como dice el señor Carvalho, la corriente de aire que se produce en Calcuta provoca un constipado en Tarrasa.

—Cuánta razón tiene.

Apostilló Bromuro que había recuperado cuchillo y tenedor y los mantenía en posición de presentación de armas, dispuesto a lanzarse sobre lo que quedaba de comida en cuanto la situación se normalizara.

—Pero coman, por favor, la comida fría no vale nada. Que aproveche.

—¿Gusta?

—Acabo de comer.

—Con su permiso, pues, señora.

Avisó Bromuro y acuchilló el resto del ossobuco hasta dejar la rodaja de hueso y tuétano en una radical soledad.

—Si no les importa vuelvo más tarde o me espero a que acaben de comer, porque me interesaría saber cuándo vuelve el señor Carvalho o si ha dejado algo para mí.

—Ya acabábamos.

—¿No hay nada más?

La pregunta de Bromuro fue contestada por Biscuter yendo a la cocina y volviendo con lo que quedaba de carne, salsa y arroz blanco.

—Te juro, Biscuter, que no comía tan bien desde que Pepiño me invitó en el Agut d.Avignon, y aun entonces tenía en mi contra el ambiente, porque aunque me había puesto corbata, o quizá porque me la había puesto, no dejaba de tener el aspecto de un ahorcado. ¿Tienes algo de postre, Biscuter?

—Hay yemas de Ronda.

—La hostia, la rehostia, Biscuter, con lo que me gustan a mí las yemas.

—Pero están un poco resecas.

—Saben mejor. Aunque se piense lo contrario, la yema reseca tiene más sabor, te lo digo yo que estuve a punto de ser hijo de un pastelero, porque el primer novio de mi madre tenía una pastelería en Atienza.

A la vista de la velocidad con que Bromuro acarreaba las yemas hacia su estómago, Biscuter le regaló el resto de la caja y presenció cómo el limpiabotas se bebía la botella hasta el solaje, para limpiarse los labios con la manga de una chaqueta a cuadros príncipe gales que compartía con las manos del limpiabotas la solera de viejos, sólidos betunes, cuya implantación se remontaba hasta los tiempos en que Bromuro había rescatado la chaqueta de un contenedor.

—Y está como nueva.

Se miraba Bromuro la chaqueta.

—La cogí cuando estaba Fraga de ministro del Interior.

—Me queda algún traje de mi padre. Era de su talla. Se lo puedo ofrecer. ¿Dónde puedo dárselo?

—Me haría un gran favor, señora. Me encuentra por aquí abajo o pregunta por mí a cualquiera del sur de las Ramblas, porque soy el decano de los trabajadores por cuenta ajena de esta zona.

—¿Cómo por cuenta ajena?

Se planteó Biscuter desconcertado.

—Siempre se trabaja por cuenta ajena, Biscuter, no olvides nunca lo que te digo, ni a quien te lo dijo.

Biscuter se esmeró en recoger la mesa como él creía que recogían la mesa los camareros de restaurantes distinguidos. La presencia de Marta Miguel, inmovilizada sobre la silla, con las manos sobre las rodillas unidas y el culo sin acabar de entregarse al culero, condicionaba la conducta de Biscuter, que se reprochó a sí mismo, nada más decirlo, el haber ofrecido a una señora primero un café, luego una copita y finalmente un carajillo. Lo que más le dolía era haber ofrecido el carajillo y se hubiera dado de bofetadas mientras apilaba los platos sucios en la fregadera y preparaba la estrategia a seguir con una dama en ausencia de su jefe. Se miró en el espejo oxidado que pendía sobre el pequeño lavabo de su habitación y se humedeció las palmas de las manos para a continuación tratar de domar los haces de pelos hirsutos y rubios que le subían desde los parietales hacia la estratosfera. Rebuscó en el armario de plástico cerrado con cremallera y sacó una corbata de punto que se anudó en torno a su cuello de pajarito. Luego se endilgó una ex chaqueta de pana de Carvalho que le habían acondicionado en una sastrería de arreglos, se cepilló los zapatos con el mismo cepillo que usaba para la ropa y fue al encuentro de Marta Miguel con la expresión a medio camino entre la atención y la preocupación.

—Usted dirá.

Dijo al tiempo que se entregaba con naturalidad al sillón giratorio de Carvalho.

—¿Seguro que el señor Carvalho no le ha dejado nada para mí?

—Ha dicho usted que se llama...

—Marta Miguel.

—No me suena. La última vez que despachamos fueron tantas las cosas que me dijo, que es probable que me haya olvidado. Consultaré el cajón de las cosas urgentes.

Abrió un cajón y aparecieron tres botellas de orujo de cuerpo presente.

—No. No hay nada. Pero si usted me explica de qué se trata.

—En realidad, no hay nada concreto. Pero pensé que el señor Carvalho podría haber comentado mi caso con usted. No soy una cliente. Soy una amiga.

—Mi jefe trata a los clientes como amigos y...

Y a los amigos como clientes, iba a decir, pero pensó que iba a decir una tontería y se contuvo.

—La policía me está molestando porque fui testigo, bueno testigo, acompañé a una persona a la que luego asesinaron. Tal vez lo leyó en el periódico. Fue el asesinato de aquella chica rubia, Celia Mataix.

—Ondia, el crimen del champán. Recuerdo que el jefe estaba muy interesado y ahora me lo explico, usted es su amiga y era lógico que él estuviera preocupado. Parece un hombre frío que no piensa en los demás, pero, oiga, no se le escapa nada y siempre tiene un detalle. Conmigo, con su novia, la señorita Charo, con Bromuro. A mí me ha abierto una cartilla de ahorros en la Caixa y me ha nombrado su heredero, a mí, ¿qué le parece? No es que vaya a heredar mucho, pero es un detalle, y que se fija en lo que necesito. Esos zapatos no se los pone ni un mendigo, Biscuter, a cambiarlos, y no para hasta que me los cambio. Y como lo que él come. Yo me lo compro, yo me lo guiso, yo me lo como. No tengo pagas, eso no. Pero me ha metido en la seguridad social como si yo fuera del servicio doméstico y tengo el seguro. Y yo no le pedí nada. Todo fue cosa suya. Me lo arregló todo el señor Enric, el gestor amigo suyo de Vallvidrera, y así el día de

mañana tendré un retiro. A veces me lo digo a mí mismo y no me lo creo. Qué suerte has tenido, Biscuter.

—La policía ha vuelto a ponerse pesada. Se agarran a lo que tienen.

—Dígamelo usted a mí, señora. Yo ahora soy un hombre honrado, pero en el pasado me gustaba llevarme el primer coche que veía, y cuanto más chachi mejor. Coche que desaparecía, a por Biscuter, y te hacían comer el consumao, lo hubieras hecho tú o no. Una vez me engancharon con un Gordini puesto y cuando voy a firmar la declaración veo que me atribuyen el robo de todos los coches que caben en la calle Pelayo. Que yo no firmo eso...

—Siento molestarle. Me voy.

—No me molesta. Voy a hacer algo por usted. Un segundo.

Dos deditos de Biscuter marcaban la exacta brevedad del segundo que necesitaba. Empuñó el teléfono y marcó un número.

—Señorita Charo, Biscuter al habla. Tengo ante mí a una señora íntima amiga del jefe. Se llama Miguel. No. Es el apellido. ¿Le dijo algo el jefe sobre ella antes de marcharse? Recuerde, Marta Miguel. Marta Miguel.

La ceja derecha de Biscuter se arqueó dispuesta a soportar el peso de las elucubraciones que le forzaran las revelaciones de Charo.

—Pero qué cachondeo es éste, Biscuter. ¿Desde cuándo Pepe me ha hablado a mí de sus ligues o de sus asuntos?

La ceja derecha de Biscuter recuperó la horizontalidad.

—Así que no le reveló nada.

—Corta ya, Biscuter, y no me vuelvas a llamar para hablarme de tu jefe. Lo tengo atragantado.

El sollozo cortó la comunicación antes que el cuelgue del teléfono. Biscuter fingió que continuaba la conversación, se despidió y con un suspiro de fastidio dejó el aparato en su sitio.

—Lo siento, pero no hay nada.

Marta Miguel estaba ensimismada y Biscuter tuvo que repetir su conclusión para ser escuchado.

—Gracias por todo. Tal vez si yo hablara con esa chica, ella podría recordar.

—Con mucho gusto le daré la dirección y el teléfono de la señorita Charo.

Biscuter escribió sobre uno de los papeles que Carvalho utilizaba para sus anotaciones y luego se lo tendió a Marta Miguel.

—Vive muy cerca de aquí. En un bloque de pisos nuevos que hay en la calle Peracamps. Bueno, nuevos... Parecen nuevos en relación con las demás casas, pero ya llevan en pie más de diez años.

Marta guardó el papel en el bolso que llevaba en bandolera. Correspondió con un apretón de manos a la oferta de la mano de Biscuter y bajó las escaleras sin la conciencia exacta de qué escaleras estaba bajando y para qué. Salió a las Ramblas y se dejó llevar por la tendencia de los peatones, hacia el sur, en busca del puerto. Sus pasos se desviaron hacia la derecha y al llegar a las Reales Atarazanas se quedó contemplando la perspectiva de la calle Peracamps, una apertura en el tejido gris del Barrio Chino. Sacó del bolsillo la nota que le había dado Biscuter y se aplicó a localizar el número de la casa de Charo, y cuando llegó ante ella se hizo cargo de la altura de la finca como si fuera un problema o como si la estatura de la casa tuviera algo que ver con algo importante que había

olvidado. Atravesó la calle para contemplar la casa con mayor perspectiva. La muchacha debía vivir en aquel ático del que asomaban plantas, flores, incluso un arbolillo. Siguió calle arriba, atravesó Conde del Asalto y se introdujo en las entrañas grises de la Barcelona de la busca barata. Fue a parar a la calle Robadors y las miradas de los hombres merodeantes la expulsaron calle arriba, hacia la del Hospital y el escenario del primer encuentro con Carvalho en los jardines. Tenía el coche aparcado en el parking de la Gardunya, una isla cementerio de coches a la espera de la nueva animación del mercado de la Boquería al caer de la tarde. Ambiente de pestilencia de las basuras acumuladas en los contenedores y el poso de los desperdicios enganchados al asfalto y a las aceras como una historicidad podrida. Cuatro hombres viejos, rotos, sucios habían encendido una hoguera y hacían recuento de lo que habían obtenido en su meticulosa búsqueda por los grandes cubos de basura de los vendedores del mercado. Una barra de pan, hojas sucias y ajadas de lechuga, un tomate blando, algunas manzanas, un cuello de gallina, un frasco de perfume casi vacío que uno de los hombres olisqueaba y ofrecía a sus compañeros para que participaran en la breve, gratuita maravilla guardada en el último fondo de la botella. Uno de los hombres se dio cuenta de la presencia de Marta, de su paralizada mirada. Hizo un comentario y los cuatro rostros marrones, los cuatro pares de ojos rojos, las cuatro cabezas coronadas por una costra de pelo, frío, sueño, relente y nada se volvieron hacia ella para contemplarla como si fuera un cubo en el que tal vez algo podría aprovecharse, pero desde una previa declaración de animales vencidos que renunciaban a otra violencia que no fuera la de su mirada. Marta se acercó al que estaba más cerca del recinto del parking y le tendió veinte duros por encima de la barrera de separación. La boca se abrió para decir gracias princesa, pero los ojos decían claramente que no lo entendían.

"Thailandia ayer recibió un barco patrulla de los Estados Unidos como parte del apoyo ofrecido a los esfuerzos para acabar la piratería en el golfo de Siam". La piscina del Dusit Thani parecía confirmar las buenas relaciones entre los gobiernos de USA y Thailandia avanzada por la información del "Bangkok Post". Carvalho dejó el periódico para entregarse a la reflexión de qué podían buscar en Bangkok aquellos americanos atareados que se bañaban de mañana, dejaban a sus mujeres en la piscina del hotel y las reencontraban al atardecer antes de un último baño reparador de sus andanzas por la ciudad. La mayor parte de los turistas eran europeos o australianos, en cambio los norteamericanos parecían haber venido a jugar al tenis los más jóvenes y de negocios los veteranos fondones que entregaban sus carnes desorientadas al último resol infiltrado por una brecha permitida por dos construcciones del propio hotel. Carnes desorientadas por la cincuentena, un cierto fastidio sin pasión en las facciones, el ritual del bourbon con hielo, el beso de precena a la mujer bronceada y mejor conservada, algún comentario, la novela de McLean. Los jóvenes norteamericanos paseaban sus altos esqueletos bronceados y sus raquetas por el "hall" del hotel o se tumbaban en el suelo en ejercicios de relax que el personal del hotel toleraba sorteando los cuerpos tendidos entre equipajes, guías, manadas de viajeros veteranos que caminaban con cuidado para no pisotear a los jóvenes tenistas del Imperio. Carvalho valoró las carnes rehechas de una morenita de ojos verdes que recibió a su marido como si volviera de la guerra del Vietnam y le pidiera

explicaciones por haberla perdido. A un lado un vaso lleno de Mekong con hielo, al otro el "Bangkok Post" y en la piel la caricia del frescor que le llegaba de la catarata que había empezado a precipitar sus aguas entre las rocallas. Carvalho no se molestó en comprobar si el hombre que se había situado al lado de su gandula de madera era Charoen, porque con toda seguridad era Charoen. Esperó a que el policía dijera algo.

—Entre la Thailandia turística y la otra, parece haber escogido la turística.

—Estaba deshidratado. El sudor me ha podrido la correa del reloj.

—No se ha movido del hotel.

No era una pregunta, era un balance y la expresión de una cierta frustración. Tanto personal dispuesto para seguir a Carvalho y Carvalho sin salir.

—La lista que usted me ha dado es poco explícita. Se citan más bares y comercios que personas, y en cuanto a las personas no sé por dónde empezar.

—Puedo ayudarle.

—No lo dudo.

—Entre todos los nombres que le he ofrecido destaca uno por su interés. Sería muy conveniente que usted fuera hoy.

Carvalho sacó el papel de una bolsa de mano y se lo tendió a Charoen.

—Señálelo usted mismo.

—¿Le gusta la cocina vietnamita?

—No tengo el gusto.

—Cerca de aquí hay un restaurante vietnamita. Se llama Annam. Le aconsejo que vaya a cenar esta noche.

Le devolvió el papel y repartió una ojeada por el personal distribuido lánguidamente en torno a la piscina.

—A las ocho.

Concretó Charoen y cambió de tercio sin cambiar el tono de voz.

—Es una delicia este hotel.

—¿Sabe usted decirme por qué hay tantos americanos?

Charoen se echó a reír.

—Están en todas partes.

—¿Qué hacen?

—Asesoran, vigilan. Bangkok es su capital en esta parte de Asia. ¿Qué sería de nosotros sin los americanos?

—Los protegen de los piratas.

—Y de los comunistas. Vuelve a haber guerrillas en las junglas del sur. Nuestro primer ministro ha viajado a China y los comunistas de aquí son de obediencia soviética. Se infiltran desde Camboya y Laos y ahora vuelven a dar guerra para condicionar el viaje de nuestro primer ministro. ¿Hay comunistas en España?

—Quedan unos cuantos.

—¿Armados?

—No. Muy desarmados.

—¿Qué hacen?

—Pierden las elecciones.

—Los comunistas nunca pierden.

—¿Todos estos americanos están aquí para luchar contra la nómina de comunistas?

—No. También vigilan el tráfico de drogas.

—¿Luchan contra la droga?

—No. Luchan contra el tráfico de droga hacia los Estados Unidos. Que vaya a otras partes no les importa. A Europa, a Australia. ¿Ha oído hablar usted de la DEA? Es una agencia permanente de los americanos en Bangkok que negocia o combate para impedir que la heroína del triángulo del opio se meta en Estados Unidos. Es lo único que les importa. Y conocen los campos de cultivo y los laboratorios clandestinos mejor que nosotros. Mejor que casi todos nosotros.

Corrigió Charoen.

—Media Thailandia lucha contra la heroína y otra media la fomenta, media Thailandia lucha contra la trata de muchachas y la otra media la fomenta. Desde lo más alto del poder hasta el último intermediario. Un general mete en la cárcel a los traficantes y otro general los saca porque él dirige el tráfico. ¿Comprende? El resultado es un cierto equilibrio. Un prudente equilibrio. ¿Acaso el bien se notaría sin la existencia del mal?

No había sorna en las palabras de Charoen, había respeto a la verdad objetiva, el mismo respeto con el que Jacinto informaba a su clientela turística y la misma sinceridad que había empleado el guía aquella misma mañana al señalar el vientre de uno de sus clientes y decirle:

—Selpiente. Usted lleval selpiente dentlo.

—¿Qué quiere usted decir?

—En Thailandia al vel un homble goldo decil: lleva selpiente en la baliga.

Charoen había dicho que el país llevaba una serpiente en la barriga y eso era todo.

—A las ocho, en el Annam.

—¿Estará usted?

—No. Pero no se preocupe.

—¿He de preguntar por alguien concreto?

—No.

Charoen se inclinó levemente y se marchó por los escalones situados junto a la cascada. Carvalho recogió sus cosas y se fue a su habitación. Después de ducharse se tumbó en la cama dejando que las sombras le sepultaran progresivamente, le dejaran en la vaciedad de lo oscuro, sin otro punto de referencia que el brillo mate de la pantalla del televisor. Encendió la lamparilla de la mesita de noche y repasó la lista: Bancha Soponpanich, boxeador, amigo de la infancia de Archit, gimnasio Lampun o vestuarios del Lumpini. Thida, ex novia de Archit, número 42 en la casa de masajes atami. Los padres de Archit, en Damnerm Saduak, a una hora en coche desde Bangkok. ¿Daba Carvalho los primeros pasos o esperaba a que Charoen se los insinuara? El policía le estaba utilizando como gancho por si Archit y Teresa estuvieran al acecho y trataran de ponerse en contacto con él o por si algunos de los allegados de Archit decía a Carvalho lo que no había dicho a la policía. El restaurante Annam estaba muy cerca del hotel, en el meollo del puterío de Bangkok, y Carvalho no lo encontró recomendado en ninguno de los folletos que estaban a su alcance, en los que se

demostraba que en Bangkok se puede comer desde pata de elefante hasta paella en un restaurante hispano–francés. No podía situarse a la contra de Charoen y no le quedaba otra salida que esperar la primera oportunidad para tomar la iniciativa. Le convenía cultivar el número de europeo abrumado por la situación y en perpetua dialéctica entre el hedonismo y la obligación. Carvalho recordó a Charoen con respeto. Se asomó al balcón. La dama macerada morenita seguía junto a la piscina tomando la luna y su marido nadaba con la parsimonia de un cocodrilo. La dama macerada levantó la cabeza y vio a Carvalho situado tras la cortina. El detective creyó captar una sonrisa en su cara de muñeca de cera, pero estaba demasiado oscuro para asegurarlo y el marido nadador medía metro noventa al alcance de ciento veinte kilos de peso. Pesado.

Bangkok parecía estar a oscuras salvo en los callejones a donde los turistas iban atraídos como moscas en busca de miel de ingle. El callejón donde estaba el Annam no era uno de los más favorecidos por las luces y la anemia de watios se prolongaba en el interior del local, que parecía un restaurante de tercera para obreros con poco tiempo para comer y pocas ganas de ver lo que comían. En cambio el público se reducía a una monja gris y blanca, asiática, que reía como una santa alegre, en compañía de otros tres asiáticos, y a una vieja más pendiente del serial thai de la tele que de la comida que tenía en el plato. Había más servicio que clientes. Dos muchachas perezosas remoloneaban para no perderse el serial y su evidente madre ni siquiera fingía querer atender a la clientela. Se había instalado ante el televisor con la intención clara de no ser movida. La buena voluntad de un camarero anémico y con media cara quemada no era suficiente como para dar la sensación de que en el Annam, aunque mal, se pudiera comer. Por fin las muchachas concedieron a Carvalho el reconocimiento como cliente que transmitieron a la madre. La mujer se volvió hacia el detective y se preguntó de qué nacionalidad debía ser aquel occidental solitario. Decidió investigarlo por su cuenta y llevó la carta en persona.

—¿Ha probado el "fondue" a la vietnamita?

—No.

—Hoy lo tenemos. Pero ha podido probarlo en cualquier restaurante vietnamita de Nueva York o San Francisco.

—No soy americano.

—¿Francés?

No le dio tiempo a responder. De sus labios salió un do de francés, más recitado que hablado, y una inmensa nostalgia de Saigón. Había tenido un restaurante en Saigón hasta mil novecientos setenta. Luego previó lo que iba a suceder y se marchó con su familia. Suspiró resignada. Bangkok no era Saigón. Quien no ha vivido en Saigón antes de la revolución no sabe lo que era Asia, dijo madame Rony, que se presentó a sí misma como viuda de un sargento francés muerto de no sabía qué el año anterior. Carvalho no la quiso sacar de su error y pasó por francés tratando de conseguir aceptables niveles de pronunciación. La "fondue" vietnamita consistía en un equivalente a la "fondue bourgougnonne", pero en vez de freír carne en aceite, se cocían pedacitos de pollo, cerdo, gamba y calamar en un caldo suave al que también se arrojaban spaghetti de arroz y col. Cada pedacito de carne o pescado se sazonaba con poderosas salsas picantes y

finalmente se comía el caldo con coles y spaghetti con la ayuda de una cucharilla. Podía haber sido un plato alegre y sugerente si el local hubiera estado más iluminado, si las chicas no hubieran lanzado gritos de expectación ante las hazañas del gomoso protagonista de la serie televisiva, si la escudilla eléctrica donde hervía el caldo no hubiera sido de aluminio mate, si la monja no se hubiera pasado toda la cena lanzando carcajadas, sin duda motivadas por chistes verdes y teológicos, y si las porciones de vianda hubieran sido más generosas y menos el agua que ayudaba a conformar el océano del caldo. Otro factor que estropeó la cena fue que cuando Carvalho sorbía los spaghetti chinos, vio su mesa rodeada de cuatro nativos disfrazados de mafiosos italianos.

—Venga con nosotros.

—No he terminado de cenar.

Uno de los hombres desenchufó el cable que conectaba la escudilla de aluminio con la red eléctrica. La cena había terminado. Carvalho recorrió el local con la mirada en busca del efecto que había provocado la irrupción de los matones en los demás pobladores del local. Habían bajado la voz y el volumen de la tele, pero era evidente que se desentendían de lo que pudiera ocurrirle al extranjero solitario.

—¿Los envía Charoen?

Le cogieron por los hombros y le señalaron la distancia más corta hasta la puerta de la calle. Carvalho sacó un montón de billetes arrugados del bolsillo y trató de avanzar en dirección a la patrona para pagar la cena, pero le detuvieron, le quitaron el dinero de la mano y uno de los matones separó sesenta baths que dejó sobre la mesa. La cena estaba pagada. Le devolvieron el dinero y le empujaron hacia la puerta.

—Como sigan con estos modales se van a quedar sin turistas.

No lo hubiera dicho nunca. Nada más llegar a la semioscuridad del callejón sintió un duro golpe en la nuca y un hilo de voz cortante junto a la oreja. Que se callara y que no creara dificultades. La escena le recordó a Carvalho secuencias de películas bélicas norteamericanas en las que el sargento japonés les pega un par de humillantes bofetadas a los oficiales americanos y les dice impertinentemente, directamente a la oreja, "tanaka tanaka" o algo por el estilo. Los esperaba un Dodge que parecía una suite real venida a menos y Carvalho comprobó que además de los cuatro matones iba a gozar de la compañía de otros dos, el que conducía y un muchacho desagradable que por todo recibimiento le escupió a la cara. Durante el trayecto por un dédalo de calles oscurecidas que a Carvalho le pareció un merodeo voluntario por el mismo barrio, le dijeron varias veces "tanaka tanaka" o algo que sonaba muy parecido, perfectamente entendido por el instinto de muerte del detective. Por fin, el coche frenó ante una puerta de madera revelada por la fijación de los faros y que se abrió para que el auto entrara en un patio donde alguien se había entretenido reuniendo una colección completa de las basuras de Bangkok. Acuciado por los empujones, se vio obligado a subir por una escalera adosada a la fachada del edificio y luego a recorrer un pasillo tapizado en terciopelo rojo, suelo y paredes, para desembocar finalmente en una pequeña habitación donde una única silla situada en el centro geométrico presagiaba una sesión de preguntas y respuestas en la que Carvalho no tendría casi nada que decir y mucho que recibir. Pero no hubo preguntas. En cuanto le sentaron, uno de los hombres lanzó un grito, dio un salto en el aire y un patadón suave en el hombro de Carvalho dio por los suelos con detective y silla. Y en el

suelo Carvalho recibió un marco de gritos y patadas que no le hacían daño, que sólo le asustaban. Alguien le ayudó a levantarse y Carvalho mismo colocó la silla donde había estado y se sentó mientras miraba a su alrededor y asumía una situación sin salida. Una cara asiática se colocó en la posición teórica de darle un beso, pero se limitó a gritarle en inglés que madame quería hablar con él y que hiciera caso a todo lo que le dijera madame o aquella noche iba a parar a las aguas de un canal.

—Ya me tiraron una vez a un canal en Amsterdam.

Comentó Carvalho, sonriente y festivo, y recibió un puñetazo en la oreja que le irritó por su inutilidad y por la ingratitud que demostraba ante su voluntad de ser amable. Se abrió en la pared una puerta que hasta entonces le había pasado inadvertida y por ella entró en la habitación una gorda mestiza con el cabello teñido de blanco, los labios enormes pintados de "rouge" y un traje chino con un corte que le llegaba desde el suelo hasta la cadera, por el que se asomaron dos piernas con celulitis y medias hasta las rodillas en cuanto alguien trajo un sillón con brazos para el reposo de la dama. Frente a frente, madame y Carvalho.

—No nos han presentado.

—Madame La Fleur.

—Otra madame francesa. ¿También procede usted de Saigón?

La mujer tenía las facciones gordezuelas de los espíritus torpes, pero unos ojos de cobra asesina que no concedían a Carvalho ni el estatuto mínimo de hombre. Carvalho protestó en francés por el trato que había recibido y amenazó con quejarse al inspector Charoen.

—¡Cha–ro–en!

Escupió la mujer como si dijera Mier–da.

—Aquí Charoen no pinta nada. Aquí mando yo.

Alguien cogió a Carvalho por los cabellos y tiró de su cabeza hacia atrás.

—Dígale a sus monos que no es necesario que me asusten. Que ya lo estoy.

—Asústese ahora que aún puede y tenga en cuenta lo que voy a decirle. Busque a su amiga y al desgraciado ese, pero si quiere salir vivo de Bangkok entréguenoslos.

—Podemos llegar a un acuerdo.

Liberaron la cabeza de Carvalho y el detective se pasó una mano por el dolorido cuero cabelludo.

—Les doy al chico y dejan que me lleve a la chica.

Madame denegó con la cabeza, pero con los ojos estudiaba la oferta. Era una escena de regateo, como si estuvieran negociando la venta de un elefante de teka o de un rubí de dos quilates.

—Esa pequeña puta se merece un escarmiento. Usted búsquelos y luego hablaremos.

Madame daba la audiencia por terminada. Cuando se encaminaba hacia la puerta, Carvalho creyó oír sonido de muslos al frotarse entre sí.

—¿Esto lo ha montado Charoen?

Preguntó Carvalho, y la mujer se volvió para escupir otra vez un silabeado Cha–ro–en que parecía un sinónimo de Mier–da.

El recorrido por las proximidades de los canales significó para Carvalho una doble tensión. La de la prevención ante la posibilidad de que realmente le tiraran a un canal de noche y la provocada por el tono de voz histérico y desagradable que empleaba uno de sus guardianes, entusiasmado ante la utilización de una oreja de Carvalho como micrófono para la retransmisión de un montón de horrores. Finalmente el coche se detuvo en una de las zonas más oscuras del mundo, una zona donde probablemente no llegaba la luz del sol desde la violenta separación de la Tierra del Sol, y en cuanto Carvalho estuvo fuera del coche tratando de orientarse en la oscuridad recibió un patadón en los riñones que le hizo perder el equilibrio y rodar por una pendiente blanda que olía a quemado. Durante la caída Carvalho se predispuso a terminar en las aguas, y cuando le detuvo un montículo de materia blanda que se desmoronó por el impacto, Carvalho se quedó quieto a la espera de acontecimientos, razonando el porqué de una sensación de desagrado que no procedía de dolor alguno. Era el olor que le rodeaba. Una peste podrida que salía de todas partes y el temor de que le hubieran arrojado en un vertedero de basuras se confirmó cuando encendió el mechero y se vio a sí mismo como un apestado Gulliver en el país de las basuras. Ante él tenía la pendiente por la que había rodado y al final de ella la promesa de un cielo estrellado. Era imposible salir de aquella situación sin asumirla hasta las últimas consecuencias, y las últimas consecuencias consistieron en subir a cuatro patas, apuñando la basura con las manos, buscando profundidades para que las piernas pudieran ir impulsando el cuerpo hacia arriba. Llegó a un camino de fango, a la espalda de un barrio bidonville, y en cuanto se metió en él tratando de orientarse, todos los flacos perros de la noche se pusieron de acuerdo para armar un concierto de protesta. Las barracas de lata, adosadas las unas a las otras, o estaban deshabitadas o había una conspiración de sueño y silencio. Vio a lo lejos el trazado de un tendido eléctrico y caminó hacia él buscando con la luz del mechero la posibilidad de un canal y lo encontró como obstáculo para llegar a la línea trazada por el tendido eléctrico, que era el del ferrocarril. Cincuenta metros más arriba descubrió un paso de tablas que se quejó cuanto pudo bajo las pisadas de Carvalho y luego subió por un breve talud de piedras hasta llegar a la vía del tren. El lucerío de Bangkok quedaba a su derecha y caminó por la vía en su busca, en la confianza de conseguir un taxi en alguno de los apeaderos. El primero que encontró parecía un apeadero tan abandonado como aquel arrabal o como él mismo. Lo único vivo era una anciana rapada que dormía sobre un montón de periódicos y alrededor la misma ciudad de lata, sin una luz, sin un ruido que indicara la presencia humana. Siguió caminando por la vía hasta encontrar un paso a nivel en una carretera asfaltada. Allí se quedó a la espera del primer coche que pasara. Fue una furgoneta llena de letreros ininteligibles para Carvalho y el conductor no atendió sus gestos de autostopista convencional. A la luz de una bombilla movida por un viento suave, Carvalho se sentó en el suelo, sacó una cigarrera del bolsillo de su chaqueta y se obsequió con un Condal seis. Te lo mereces. Se dijo. Lo encendió con mimo, y al hacer balance dedujo que lo peor que podía pasarle era estar allí hasta el amanecer, hasta que la luz del día le situara y le permitiera telefonear al hotel para que le enviaran un taxi. La ropa le olía a Mercado del Fin de Semana, como si todas las materias del mercado se le hubieran podrido encima. Se quitó la chaqueta y la dejó en el suelo a una cierta distancia, con lo que alivió el acoso de la peste. Se sentó al pie de un árbol,

dispuesto a arriesgarse a que alguna cobra trasnochadora diera con él y le tratara críticamente. La espalda dolorida acogió el respaldo del árbol como si fuera el más suculento de los colchones y los párpados empezaron a mandarle el morse del sueño, pero de pronto un ruido de frenos a su lado le hizo dar un salto y quedar a la expectativa de un posible peligro. Le costó reconocer a Charoen a la luz indirecta de los faros del coche frenado.

—¿Charoen?

—Sí. Soy yo. Hemos estado buscándole hace horas. Nos telefonearon diciendo que le habían dejado por aquí.

Carvalho recogió su chaqueta del suelo y fue hacia la portezuela del coche que Charoen mantenía abierta.

—Un detalle por su parte. Fue un acierto el que me recomendara el restaurante vietnamita. Probé un plato nuevo que pienso mejorar en cuanto llegue a Barcelona. El caldo era demasiado soso y las gambas demasiado pequeñas. Le advierto que echo un pestazo inaguantable. Me gusta revolcarme por la basura después de una buena cena.

Charoen mantuvo la puerta abierta y Carvalho se metió en el coche. El conductor se volvió hacia él sonriente y le preguntó si estaba bien. Carvalho le devolvió la sonrisa y le contestó que mejor que nunca. Charoen se sentó al lado del conductor y le dio instrucciones en thai. El coche arrancó, el silencio se mantuvo durante unos minutos mientras el vehículo se metía en la ciudad deshabitada. Eran las cuatro de la mañana y por un momento Carvalho tuvo la sensación de que Charoen dormitaba, pero fue el policía quien le sacó de dudas al volverse y preguntarle.

—¿Le han maltratado?

—¿En el restaurante?

Charoen sonrió e hizo un vago gesto con la mano, como invitando a Carvalho a que dejara de ser chistoso y fuera razonable.

—Tal vez sería más prudente esperar a que usted me llevara al hotel para decirle en la puerta que mañana pienso presentar una protesta en la embajada contra la encerrona de esta noche y contra usted. Porque supongo que me lleva al hotel.

—Sí. Le llevo al hotel. Yo no sabía qué iba a pasar y esperaba que su encuentro con madame La Fleur le sirviera para sus investigaciones. Si madame La Fleur quiere puede serle muy útil.

—¿También pertenece al "Mañ pen rañ"?

—También.

—¿Usted sabía el trato que yo iba a recibir?

—No.

La audiencia había terminado. Charoen recostó el cuello en el borde de su asiento y trató de adaptar el cuerpo a la anatomía del respaldo. Carvalho hizo lo propio en el asiento trasero. Se relajó contento por disponer de todo el espacio para él y se recostó hasta la casi horizontalidad y el sueño. Le despertó Charoen cogiéndole por un brazo.

—Hemos llegado.

Carvalho se incorporó de golpe. Estaban en la puerta del Dusit Thani. O por el Peter Pan portero no pasaba el tiempo o había una colección completa de porteros Peter Pan.

—¿Tiene otra sugerencia que hacerme para mañana por la mañana?

Charoen se encogió de hombros.

—Después de lo ocurrido no me atrevo.

—Atrévase, hombre, atrévase. Igual me da por tomar el sol y bañarme en la piscina. En mi país nos acercamos al invierno y ya he cumplido viajando. Me basta con volver, presentar un informe y decir que el caso está en buenas manos.

Charoen escuchaba con doble atención lo que estaba diciendo Carvalho. Parecía concentrado en la masticación mental de las palabras del detective y de pronto preguntó:

—¿Es usted amigo íntimo de Teresa Marsé?

—¿Qué entiende usted por amigo íntimo?

Charoen utilizó un dedo de cada mano para unirlos varias veces en el aire, como si los dedos se entregaran a una copulación intermitente y alada, al tiempo que colocaba los dedos a la altura de los ojos de Carvalho lanzó una risita y una pregunta:

—¿Han jodido?

"Usted tenel una selpiente en la baliga", recordó Carvalho y se echó a reír con ganas. Charoen interpretó la risa como un asentimiento y abrió los brazos y la sonrisa.

—Entonces es imposible que usted se limite a tomar el sol.

—Estoy muy enfadado porque Teresa me ha dejado por ese puto de mierda.

—Cuando la encuentre péguele una paliza y no volverá a hacerlo.

Carvalho entró en el hotel con ganas de sacarse cuanto antes la peste de encima. Se desnudó y metió el traje en la bolsa de plástico de la lavandería. A través del ventanal vio la promesa pasiva de la piscina suavemente insinuada por la primera penumbra del amanecer. Se puso el traje de baño, abrió la puerta al jardín y se metió en el agua por la escalerilla para no despertar a los durmientes con el ruido de una zambullida. Nadó para sacarse de encima el entumecimiento y el olor y luego se recostó contra el borde en la zona menos profunda. Tenía a su disposición el fragmento del cielo de Asia que le permitían ver los bloques de Dusit Thani, un pedacito de selva amaestrada entre la rocalla, sensación de verano aunque era invierno, madrugada, y tenía el cuerpo cubierto por el agua. Una extraña alegría de animal aceptado por la tierra le hizo suspirar satisfecho y comprender que sin duda alguna el Paraíso terrenal. estuvo situado entre el trópico de Cáncer y el de Capricornio.

Que el mundo se estaba quedando pequeño lo comprobó una vez más Carvalho al descubrir que el gimnasio Lampun era exactamente igual que cualquier otro gimnasio de cualquier otro lugar del mundo, aunque estuviera situado en Petchburi Road, una vía rápida equivalente a cualquier vía rápida de cualquier ciudad occidental reconstruida a la medida del automóvil. Las narices aplastadas de los gladiadores acentuaba la dificultad de distinguir a los unos de

los otros y su jerga y maneras parecían educadas por el cine norteamericano más que por la tradición ritual del boxeo thai. Lo único que variaba con respecto a un gimnasio de boxeadores occidentales era que antes de empezar a entrenarse o a combatir, los muchachos se arrodillaban, unían sus manos y se inclinaban hacia un punto determinado de la sala. Olor a sudor, polvo, desinfectantes, humedad de las duchas y tal vez un olor a músculo, a energía y a violencia domesticada. La aparición de Carvalho en plena sesión de trabajo provocó expectación. Hasta pararon su combate simulado sobre un ring y un hombre veterano con chándal de felpa salió al encuentro de Carvalho. Cuando Carvalho preguntó por Bancha Soponpanich una mueca de disgusto y sarcasmo se apoderó del rostro del encargado del gimnasio. Bancha, dijo con desprecio, y rechazó la posible presencia física del nombre con las dos manos.

—Ése viene poco por aquí. Ahora es un artista.

Se echó a reír y comunicó a la totalidad del gimnasio que aquel extranjero buscaba a Bancha. Hubo otra risotada y uno de los dos pequeños muchachos que boxeaban en el ring empezó a agitarse, a dar saltos sin ton ni son, como si boxeara y al mismo tiempo bailara el vals. La cosa debía ser muy divertida, porque entre la risa generalizada a alguno hasta se le saltaron las lágrimas. Bancha. Bancha. Decían y se señalaban entre ellos con el dedo para a continuación partirse de risa. Carvalho dejó que se desahogaran y cuando captó una cierta disminución en la intensidad del espectáculo volvió a dirigirse al encargado.

—Tengo que hablar con él. ¿Sabe usted dónde vive? ¿Boxea en el Lumpini?

—¿En el Lumpini, ése? Para esos payasos no están abiertos ni el Lumpini ni el Rajadamnern. Eso es para boxeadores serios, no para bailarines. A veces puede boxear en alguno de los primeros combates. Pero en los combates serios, nunca. Y menos ahora.

—¿Por qué menos ahora?

—Porque está en el Garden Rose haciendo de payaso. Yo le enseñé todo lo que sabe y cuando hace el payaso me parece como si el payaso fuera yo.

Volvió a decir algo en thai a los restantes pobladores del gimnasio y a continuación empezó a moverse como una bailarina. Se repitió el estallido de risas. Gente alegre, pensó Carvalho, y de nuevo dejó que la hilaridad descendiera para normalizar su situación.

—¿Qué hace en el Garden Rose?

—Dice que boxea, pero hace el payaso. Allí llevan a los turistas para que vean un poquito de baile, un elefante empujando un tronco y cuatro payasos que fingen boxear o que luchan con las espadas. Puro cuento. Bancha se ha metido en eso y nunca más volverá a ser un boxeador.

—¿Sabe usted dónde vive o dónde podría encontrarle?

—Vaya al Garden Rose. Los que trabajan allí viven allí. Por la mañana le limpian los cojones al elefante y por la tarde hacen el payaso.

El viejo se divertía mucho consigo mismo y rompió a reír balanceando el tórax hacia adelante y hacia atrás y dándose golpes con las palmas de las manos en los muslos.

—¿Cómo se llega al Garden Rose?

—Está a unas cuarenta millas, más o menos. En Bangkok no se va a otro sitio. No hay turista que no haya ido al Garden Rose. Seguro que en su hotel hay

una excursión diaria. Si va en taxi le costará más caro y si va en autobús llegará molido. Ustedes los europeos no están hechos para nuestros autobuses, pero en cambio nosotros sí estamos hechos para sus metros. Yo he estado cuatro años en Nueva York, amigo.

Las excursiones al Garden Rose ya habían salido del Dusit Thani, entre otras la del grupo al que pertenecía Carvalho. A ciento ochenta baths la hora de taxi, la excursión le salía por unos quinientos baths, dos mil quinientas pesetas que en España le parecería una tarifa regalada, pero que en Bangkok le suscitó la fiebre del regateo a la que se negó el jefe del servicio de taxis del hotel.

—Aquí los precios son fijos.

Le dijo como si le reprochara el comer con los dedos.

—Búsqueme un taxista que no me ofrezca catálogos de piedras preciosas o de seda.

—Los taxistas dentro del taxi son libres de ofrecerle lo que quieran. Es un servicio al cliente.

Pero algo debió decirle al taxista porque permaneció en silencio durante buena parte del recorrido y durante la segunda se limitó a preguntarle de dónde era. Cuando Carvalho le comunicó que era de Barcelona, en la confianza de que al taxista le pareciera un lugar galáctico no identificable, comprobó que la palabra Barcelona despertaba un sonriente entusiasmo en el hombre.

—Barcelona. Maradona.

Casi gritó el taxista y repitió la asociación de nombres varias veces al tiempo que se volvía hacia Carvalho y dejaba el coche al libre albedrío del que quisiera embestirlo.

—Barcelona. Maradona.

—Sí. Barcelona. Maradona.

—Barcelona. Maradona.

Carvalho se cansó de sonreírle y de decir que sí, de ratificar la identidad entre Barcelona y Maradona, y se adosó al cristal de la ventanilla para ver cómo Bangkok iba quedando atrás y la jungla reaparecía agazapada, cómo los lotos aprovechaban cualquier charco maloliente para regalar el esplendor rosa y blanco de sus flores. Un tono oscuro de madera de teka daba sentido al color de las gentes, de las casas, establecido como un fondo sobre el que destacaba el esplendor de las orquídeas parásitas o los verdes primitivos de la naturaleza, verdes que nada tenían que ver con los del mundo donde existe el frío.

—¿Quiere ver la lucha entre la mangosta y la cobra? Podemos pasar por allí antes de llegar al Garden Rose. El espectáculo del Garden Rose no empieza hasta más tarde.

—¿Qué le pasa a la mangosta?

—La mangosta es el único animal que no teme a la cobra. En el campo todas las casas tienen una mangosta en una jaula, y cuando la cobra quiere entrar huele a la mangosta y se va.

Carvalho opuso alguna resistencia, pero el taxista continuó cantando las excelencias del espectáculo, hasta el punto de hacerlo en thai en un monólogo expresivo que Carvalho escuchaba sin oír. el taxi se detuvo ante una empalizada y el conductor fue a buscar dos entradas. Abrió la portezuela para que Carvalho no se cansara y le mostró las entradas sonriente. El espectáculo debía

entusiasmarle y se había autoinvitado. Más allá de la empalizada se abría un patio y luego un corral con voladizo contra la lluvia y bancos de madera rodeando una peana. Presidía la ceremonia un pupitre desde el que un nativo actuaba de locutor deportivo armado con un micrófono. Tras el locutor aparecían fotografías ampliadas de partes del cuerpo humano afectadas por las picaduras de las cobras y al pie del pupitre varias bolsas blancas, algunas ensangrentadas, escondían a los gladiadores. En cuanto a la mangosta, se removía enloquecida dentro de la urna electoral situada en una esquina de la peana. Carvalho descubrió entre el público a los mallorquines del viaje de ida. La guía rubia tenía ojeras y las piernas delgadas. Al locutor le habían dicho que entre el público había españoles y se expresaba en inglés y en italiano, pero cuando llegó el momento de describir la curiosa anatomía de la serpiente, cuando el amaestrador se paseó ante el público enseñándole los genitales del reptil, el locutor dijo que la serpiente tiene dos "pichas", demostrando que algún español le había enseñado el nombre de las cosas. Para Carvalho el espectáculo real fue una maciza americana sentada en la hilera de bancos opuestos. A través de la expectación, la sorpresa, el horror, la piedad expresados por su rostro, vivió la brutalidad de un espectáculo en el que las cobras deseaban no haber nacido. Ridiculizadas primero por un amaestrador que les daba golpes con un "Bangkok Post" enrollado, con las fauces llenas de sangre por la extirpación del órgano segregador del veneno, obligadas las que lo conservaban a clavar los dientes en un cristal para que el veneno fuera mostrado a rostros pálidos morbosos y asqueados, luego entregadas desdentadas y malheridas por combates anteriores a la ferocidad de la mangosta en su cubil transparente, las cobras inicialmente trataban de no enterarse, de dar la espalda a la mangosta, pero finalmente tenían que asumir el rol de cobras y dejarse mordisquear por una bestia feroz que las ensangrentaba un poco más, para que cuando estuvieran a punto de sucumbir, la mano del hombre las sacara de la urna de los horrores y las devolviera a la bolsa donde esperaban el próximo combate, la próxima hornada de turistas que las contemplaban como si fueran a fumar Winston con una de las "pichas" y a sacarse de la otra una pelota de ping pong reluciente de flujo.

Reemprendieron la marcha y el taxista le comentó entusiasmado el espectáculo como si Carvalho necesitara una explicación complementaria.

—La cobra no quiere luchar porque sabe que va a perder. Pero no tiene más remedio. La cobra es mala. Cada año mueren doscientas personas en Thailandia por culpa de las picaduras de cobra.

En el Garden Rose hay veinte mil rosales, anunció el taxista. A Carvalho con uno le bastaba.

—Es de un general. Lo mandó hacer todo un general de la policía que fue alcalde de Bangkok. Aquí casi todo es de los generales.

El taxista le tendió un folleto de propaganda del Garden Rose: una Thailandia turística y rural sintetizada, veinte mil rosales, cinco hoteles, dos piscinas, barcos deportivos, esquí acuático, la exhibición de los elefantes trabajando, el gran teatro para el boxeo thai, las danzas... todo "... junto al bucólico río Kachin".

—¿Qué tipo de gente trabaja en el Garden Rose?

—Trabajan y viven allí. Se necesitan buenos informes para trabajar allí, no puede entrar cualquiera. Y han de hacer de todo. Los que trabajan el jardín por la mañana, por la tarde luchan o bailan. Han de saber de todo.

"... junto al bucólico río Kachin". El adjetivo bucólico sólo podía ser grecolatino. Un río del trópico no puede ser bucólico y, sin embargo, el Kachin estaba a punto de serlo. Un río ancho, lento, dulce, en constante arrastre de guirnaldas de plantas arrancadas de los márgenes. Carvalho preguntó el nombre de aquellas plantas entregadas a la fatalidad del devenir del do. El taxista no lo sabía, pero lo preguntó a un grupo de colegas que sorbían con pajitas el contenido de unos botellines de aspecto farmacéutico.

—Son jacintos de agua. El río los arranca ya desde muy lejos y los va arrastrando.

—¿Qué es lo que sorben ésos?

—Un tónico. Un reconstituyente. Muy bueno, muy dulce. Tiene miel. Da salud.

Carvalho dijo al taxista que le esperara y se adentró por el parque del Garden Rose. Pero el taxista corrió tras él y le sugirió que comiera allí mismo en un restaurante muy bueno, muy bueno, repitió. Los edificios, fueran dedicados al comercio de las baratijas turísticas y artesanía o a la evocación del pasado, tenían la dignidad de una supuesta arquitectura nacional y patricial. Carvalho se metió en el restaurante que le había indicado el taxista y se sintió insultado cuando el "ma3tre" le entregó un menú único del día: consomé, lubina a la romana y pollo con guarnición. Parecía un menú de banquete político de la pequeña burguesía catalana, pero el "ma3tre" le había sentado al lado de una baranda sobre el río y valía la pena asumir el menú a cambio de la maravilla repetida de las aguas, del manso suicidio de los jacintos que morían cantando. El consomé le demostró lo que ya presumía: la internacionalización del caldo en cubitos. En cuanto a la lubina se había refocilado como una loca en las mareas negras del golfo de Siam o del Indico y era puro petróleo rebozado, y el pollo había sido engordado con cajas de cartón y yeso sin refinar. Carvalho se limitó a probar cada atentado gastronómico y el "ma3tre" parecía preparado para más duras pruebas porque se llevó los platos casi intactos sin el menor comentario.

En la otra orilla del Kachin crecía la selva sin vallas y sin tickets de entrada. Palmeras, plataneras, hibiscus gigantes, los árboles del mango y del darién, cabañas de madera y lata. Las aguas del río llevándose la mierda del niño que caga, el cansancio del trabajador que se lava, la grasa enjabonada que han dejado los cabellos de las muchachas tratados con aceite de oliva comprado en las farmacias, las barcas que parecían vainas tenues y muertas de un fruto profundo del río.

—Qué bueno, qué bueno. El mundo es un pañuelo.

Era Jacinto el que lo comentaba mientras estudiaba la repetida situación de irse encontrando a Carvalho.

—¿Cómo venil aquí?

—En taxi.

—Taxi más calo. Con nosotlos más balato. ¿Contento? Aquí comida buena. Eulopea.

—Todo esto es de un general. Aquí en Thailandia todo es de los generales. Jacinto sonrió.

—Cuando yo estaba en España, en Alicante, yo estudial en Alicante, también en España mandal un genelal. ¿Quelel venil con glupo? El espectáculo va a empezal.

Carvalho se sumó a su grupo natural. Uno de los solteros se dejaba fotografiar con una serpiente enrollada al cuello. De vez en cuando el soltero le daba un beso furtivo a la serpiente y las señoras veteranas lanzaban ohes nerviosos y admirativos. Españoles, japoneses, australianos, franceses, americanos iban ocupando posiciones en el hermoso anfiteatro cubierto que ampliaba a escala de masas la estructura de una casa típica thai. Comenzó el desfile en la pista encabezado por un elefante y a continuación bailarines, luchadores, espadachines, jugadores de "takraw", entrenadores de gallos de pelea, portadores del "attrezzo" que enmarcaría cada uno de los espectáculos. Delicadas muchachas thais que parecían muñecas de "souvenir" bailaban danzas populares cuando un gigantesco norteamericano borracho saltó a la pista para sumarse a sus movimientos. Fue amablemente reconducido a su asiento por personal subalterno, pero el norteamericano trató luego de intervenir en la lucha de espadas y cuando los porteadores instalaron un ring se dedicó a zarandear las cuerdas para comprobar el estado de la instalación. Cada vez que los mozos le devolvían a su asiento, el americano repartía unos dólares entre ellos y los artistas, con lo que consiguió que todos los figurantes en el espectáculo no le quitaran el ojo de encima y desearan su etílica participación. Carvalho abandonó su localidad y se situó en la primera fila cuando aparecieron los boxeadores envueltos en kimonos, se arrodillaron, rezaron, se quitaron el kimono y mostraron su musculatura breve y acerada, relativizada por un collar de jazmines y cordones de colores en torno a los brazos y la cabeza, amuletos para la buena suerte. Cuatro músicos, flauta de Java, cimbales y dos tambores profundos, inician con lentitud una música que respalda los primeros movimientos danzarines de los luchadores, y la música se encrespa a medida que el combate se acalora. Golpean los pies desnudos, los puños, las piernas, los codos, siempre que el golpe vaya por encima del ecuador de la cintura. Bajo la techumbre estilizada del anfiteatro del Garden Rose, el combate era más un muestrario para turistas que un combate real. Tres asaltos y los porteadores comenzaron a desmontar el ring mientras los boxeadores se retiraban hacia las profundidades del escenario dominante. Carvalho fue en su seguimiento, pero le salió al paso uno de los hombres que estaba marcando al americano borracho.

—Quisiera hablar con Bancha. Vengo de parte de un amigo suyo.

El hombre levantó la cabeza y subrayó la presión de su brazo sobre el pecho de Carvalho.

—Espere aquí.

Se fue hacia lo más hondo del escenario, donde habló con uno de los boxeadores. Desde allí miraron hacia Carvalho y el hombre volvió mientras el boxeador se quedaba de pie sin dejar de observar al extranjero.

—Pregunta que de parte de qué amigo.

—De Archit.

De nuevo una consulta y el amago de un paso atrás del boxeador, para luego volver a contemplar al extranjero con fijeza. El intermediario le hace a Carvalho una invitación de aproximación y le señala con un brazo el camino a seguir por un lateral del escenario. Carvalho pasa junto a las bailarinas de rostro blanqueado, sentadas en cuclillas, con la indefinición de la edad en sus cuerpos

ingrávidos. Los dos hombres le esperan en un rincón del proscenio. En la pista un círculo de hombres aniñados juega al "takraw", pasándose los unos a los otros una pelota que impulsan con todas las partes del cuerpo menos con las manos. El americano borracho interrumpe el juego, quiere participar, paga por participar, pero sus vigilantes le devuelven a su condición de espectador, aunque acepten sus dólares y sus protestas de amistad.

—¿Viene de parte de Archit? ¿Cuándo ha visto a Archit?

Desde las gradas parecía un muchacho. De cerca es un hombre maduro con la cara llena de cicatrices y el tatuaje de un dragón en el pecho.

—Quiero verle.

Bancha increpa en thai al intermediario. Le está diciendo que le ha engañado, que aquel hombre no viene de parte de Archit. Luego Bancha da media vuelta y se va hacia una puerta trasera de salida.

—Charoen me ha dado su nombre. El inspector Charoen.

El boxeador se vuelve. En sus ojos se percibe el terror de la cobra ante la mangosta y diríase que sus cicatrices señalan las mutilaciones de una cobra impotente.

—No he visto a Archit. No sé dónde está.

—He venido solo. Quiero ayudar a Archit.

—No he visto a Archit. No sé dónde está. Por favor.

—Puedo ayudarle a escapar.

El boxeador ladra más que habla y dos hombres se sitúan entre él y Carvalho. Dos palizas en veinticuatro horas son demasiadas palizas. Carvalho retrocede y Bancha hace lo propio en la otra orilla, para desaparecer por la puerta trasera. El intermediario coge a Carvalho por un brazo y le fuerza a retornar a la condición de espectador.

—El público no puede estar aquí.

Carvalho se sacude el brazo y acelera los pasos para recuperar su asiento. Los jugadores de "takraw" han sido sustituidos por los gallos de pelea. Carvalho desvía los ojos de la carnicería histérica a la que se entregan los dos pequeños asesinos y es entonces cuando ve a Charoen hablando con Bancha. Hablan entre ellos y miran hacia Carvalho. El policía parece querer convencer de algo al boxeador y Carvalho ve cómo le reclaman con ademanes, y cuando llega hasta ellos sale a su encuentro la mano de Bancha, su sonrisa y un voluntarioso:

—¿Qué tal, amigo? No había entendido bien lo que me decía. ¿Por qué no me ha dicho que era amigo de Uthain Charoen? Los amigos de Uthain Charoen son mis amigos.

Charoen escuchaba y asentía. Carvalho hubiera jurado que repetía mudamente lo que estaba diciendo Bancha. Como un ventrílocuo.

Archit era muy bueno, pero hoy día ya no era bueno. Había sido un buen hijo, pero ahora ya sólo era un asesino. Bancha había adquirido soltura lingüística en pocos minutos y ponía a Charoen como testigo de su vehemencia en la condena de Archit.

—Ni le he visto, ni quiero verlo. Él sabe que yo cumplirla con mi deber.

Charoen asentía y sus cabeceos estaban dirigidos más a Carvalho que a las palabras del boxeador. ¿Lo ve usted? ¿Lo ves, extranjero de mierda?

—Desde que empezó a escapar, ¿en ningún momento se puso Archit en contacto con usted?

—No. Nunca. Nunca. Ni lo hará. Porque sabe que yo cumpliría con mi deber y llamaría al inspector Charoen. En seguida.

Bancha secundaba con gestos sus propias palabras y se ponía un invisible teléfono en la oreja y los labios para llamar a Charoen. El inspector se apartó de Carvalho y Bancha, en un expreso deseo de que se quedaran solos, sin la posible coacción de su presencia. Cuando se hubo alejado lo suficiente, Carvalho bajó el tono de voz.

—Dígame si sabe algo. Yo no le diré nada a Charoen.

Pero Bancha no bajó el tono de voz. Al contrario, lo subió para insistir:

—Si Archit me buscara, yo llamaría en seguida al inspector.

Carvalho miró con desprecio al boxeador e hizo con los labios el gesto y el ruido del salivazo. Pero no cambió la expresión del rostro de Bancha, ni el enérgico cabeceo de su cabeza.

—Tú no eres un amigo, eres peor que una mangosta.

Había querido decir cobra, pero había dicho mangosta. Tal vez el cambio de moralidad en la elección de animal desconcertó a Bancha o ya estaba harto de la situación. Se inclinó ceremoniosamente con las manos unidas sobre el pecho y se marchó. Su ausencia fue inmediatamente compensada por la presencia de Charoen.

—Lo ve? Archit está solo. Bancha es un hombre responsable que está al lado de la ley.

—¿Desde cuándo trabaja aquí?

—Desde hace muy poco.

—¿Quién le ofreció este empleo? ¿Usted?

—No recuerdo. Pero quizá sí. Quizá yo intervine.

—Me lo están poniendo muy difícil.

Charoen le dedicó una breve risita.

—Ya se lo decía yo. Las cosas no son sencillas.

Un general persigue a los traficantes de droga, otro trafica con droga. El equilibrio. También se daba en la conducta del propio Charoen. Por una parte ofrecía el nombre de Bancha y por otra impedía que Bancha hablase o pudiera ayudar realmente a Carvalho. El anfiteatro se estaba vaciando y el público se iba distribuyendo por las gradas de bambú protegidas por un cobertizo de paja donde habían instalado el rótulo: "Spectator Stand for Elephant at Work". Los elefantes metían y sacaban troncos de un estanque, estimulados por un piolet de hierro con el que los aguijoneaba su amaestrador. A Carvalho le parecieron demasiadas emociones thailandesas en un solo día y se fue en busca de su taxista. Charoen caminaba en su estela.

—¿Le interesa ver a los padres de Archit? Si hay alguien en el mundo que pueda saber dónde están los fugitivos, son ellos. Nosotros ya los hemos interrogado, pero juran que no saben nada.

—Si le han jurado a usted que no saben nada, ¿qué me van a decir a mí?

—Un momento, un momento.

Charoen cogió a Carvalho por un brazo y movió la cabeza como tratando de aventar las suspicacias del extranjero.

—Yo le acompaño, los presento y luego me voy. Usted habla con ellos. El padre se está muriendo por falta de droga. Yo le he prometido droga si me dice dónde está su hijo y no me lo ha dicho. Es un miserable, lo ha sido toda su vida y si lo supiera me lo diría, porque es capaz de vender a su hijo y a cien hijos que tuviera. Pero quiero que usted se convenza, o a lo mejor es usted más persuasivo que yo.

—¿Vamos ahora?

—No. Mañana. Están fuera de Bangkok, en Ratchaburi, junto al canal Damnerm Saduak. Le recogeré en el hotel. Temprano.

Carvalho sentía en la piel el deseo de volver cuanto antes a la piscina y al vaso de Mekong con hielo. El taxista estaba dispuesto a recuperar el tiempo perdido y le ofreció catálogos de pedrerías y sedas, con el añadido de un nuevo producto: reproducciones de las orquídeas de Siam en metal con baño de oro. Carvalho respondió con gruñidos a las ofertas. Estudiaba la posición del sol y la posibilidad de que en su ocaso pudiera infiltrarse por el desfiladero entre los bloques del hotel. Un resol de trópico bastaba para que la piel cambiara de color, y al analizar el porqué de aquel neurótico deseo de volver moreno, cuando era incapaz de tomar el sol ni cinco minutos durante el verano en España, Carvalho dedujo que era un elemento compensador más del gasto del viaje.

Las damas americanas estaban allí, como si no se hubieran movido de sus gandulas desde el día anterior. Allí estaba la morenita con su "maillot" negro que le contenía la grasa sobrante en los riñones, la percherona rubia con los tobillos inflamados, la obesa con túnica mexicana que se le adhería a la piel mojada resaltando todos los culos que cabían en su cuerpo, el "businessman" marica con su chulito dorado, matrimonios de la tercera edad beneficiándose de la temperatura del atardecer y del sicológico bálsamo del agua. Carvalho cruzó miradas furtivas con la morena del "maillot" y cuando se cansó del juego y del resol que se colaba por el desfiladero, cogió el ascensor en dirección a la azotea con pista de tenis, sauna y habitación de "squash". Dos jóvenes dorados jugaban al tenis y dentro cuatro drogadictos del ejercicio físico le daban a la pelota en una sala de "squash". Carvalho pidió otro Mekong con hielo en el bar y luego se metió en la sauna sin saber por qué. Y cuando trató de saberlo volvió a encontrar una respuesta utilitaria: para compensar los gastos del viaje, para utilizar un servicio más del hotel. Incapaz de relajarse, Carvalho se dedicó a dar vueltas por el reducido espacio de la sauna a la espera de cumplir el expediente del sudor, y cuando estuvo empapado consideró que ya había sacado el provecho requerido, abandonó la sauna, se duchó, se acabó el Mekong, dejó a los del "squash" peleándose con las paredes y a los filiformes tenistas ensayando un tuya mía de pelota a poca distancia de la red, un tuya mía estúpido como el intento de batir el récord mundial de comer huevos duros. A la piscina ya no llegaba el sol, pero sí habían llegado los maridos cocodrilos que nadaban perezosamente y gritaban su entusiasmo desde las aguas, bajo la mirada neutra de sus mujeres anfibias. Seguramente a algunos de ellos les olía el sobaco a pólvora y sabían distinguir una heroína del grado tres de otra del grado cuatro de una simple ojeada. Ahora

parecían niños de Mark Twain regocijados por la liberación de las aguas, liberación de peso, de rol, del cansancio de sí mismos.

Carvalho quería compensar el mal sabor de boca que le había dejado el menú proteínico del mediodía y buscó información sobre un restaurante chino que estuviera en condiciones de defender la dignidad del adjetivo. No había unanimidad de pareceres entre Peter Pan, el Bell Captain y un escocés rojo, gordo y borracho que bebía solo en la barra del bar del hotel y hablaba el thai lo suficiente para que los camareros le entendieran. Carvalho consideró que la opinión menos condicionable por la comisión era la del escocés y le hizo caso cuando le aconsejó:

—Le recomendarán el Bangkok Maxim o el Chiu Chau del Ambassador, pero usted vaya al Gran Shangarila, está cerca y es excelente.

La planta baja del Shangarila era la de un restaurante inmenso y popular, donde un tanto por ciento elevado del mil millón de chinos existentes en el mundo se dedicaban a tejer y destejer su voracidad mediante el manejo de los palillos. Por la escalera se accedía a las plantas superiores donde el establecimiento se iba acercando planta a planta a los parámetros de un restaurante caro, con azafatas de largo vestido rojo con un corte para que asomara una preciosa pierna asiática realzada sobre un zapatito de charol. Ante Carvalho desfiló un carrito con un pato lacado y lo siguió en pos de su aroma hasta la pequeña mesa que le indicaron. La cortés funcionalidad de los asiáticos se demostró en el hecho de que ante la soledad de Carvalho le destinaran un camarero afeminado que le solicitaba sus deseos gastronómicos a diez centímetros de su cara, con un batir de pestañas de novia del Pato Donald y un inglés de institutriz con furor uterino. Carvalho pidió una ración de arroz frito a la cantonesa, media de abalones en salsa de ostra y una de pato a las hojas de té Long Jing Ya, exquisitez que sonaba tan bien en castellano como en chino. Aquella planta del edificio estaba llena de hombres chinos con cara de rico y hombres chinos con cara de nuevos ricos. Poseedores de las principales fuentes de riqueza del país, los chinos de Thailandia, como los de todo el sudeste asiático, habían abandonado China a lo largo de los dos últimos siglos empujados por el hambre y habían impuesto su voluntad de sobrevivir sobre la indolencia de los hijos del trópico. Y era un nuevo rico aquel chino obsesivo que dirigía la cena de sus dos compañeros de mesa, más discretos, troceando afanosamente el pescado cocido a las algas, multiplicando sus palillos sobre los platos que ocupaban la mesa, engullendo hasta cinco cuencos de arroz blanco situados al borde de los labios, para que no se perdiera ni un instante, ni un grano en el viaje de los palillos sin distancia entre el cuenco y las fauces. Aquel chino comía con la memoria, y no sólo con la suya, comía con la memoria colectiva de un pueblo fugitivo del hambre y curiosamente inspiraba confianza histórica en el papel del apetito humano. Carvalho predispuso su mejor humor ante las bandejas de arroz, abalones y pato que colocaron a su alcance. El pato era una novedad para él, y cuando solicitó del camarero una explicación sobre su elaboración, el buen mozo se disculpó diciendo que él de cocina no entendía nada, pero que el "ma3tre" le daría toda clase de explicaciones. El "ma3tre" le dijo que el plato debía hacerse con té fresco, a ser posible de la provincia de Zhejiang en China, pero como era imposible tenerlo durante todo el año, utilizaban té seco, pero del mejor, del más aromatizado. El pato se maceraba en jengibre, canela, anís estrellado, hojas de té y un vaso de vino "shao hsing" después de haber sido frotado con azúcar y sal. A la marinada se añadía un vaso de agua y en este caldo se cocía el

pato al baño María durante dos horas. Se dejaba enfriar luego la bestia y se preparaba una cazuela con té Long Jing en la que cocía el pato durante cuatro minutos. Ya casi estaba. Bastaba freír los pedazos de pato en aceite de aráquida hasta dorarlos y servirlos a continuación bien calientes.

—¿Quiere probar el "shao hsing" como vino de acompañamiento? Es el vino ideal para este plato.

Fuera vino o fuera lo que fuese, aquella especie de suave jerez amarillo le sentaba a las mil maravillas al guiso y Carvalho se premió la elección con un Condal seis que sacó de su cigarrera del bolsillo y que encendió cuando terminó su postre de lichis en almíbar y nueces chinas. La propina no consiguió compensar el aleteo frustrado de las pestañas del camarero cuando vio que Carvalho se levantaba y se despedía sin besarle en la boca. A la puerta del restaurante le esperaba el coro de celestinas masculinas con las manos llenas de fotografías de muchachas en flor. Carvalho se dejó secuestrar por un taxi que casi le cortó el paso, y ordenó:

—A la casa de masajes Atami.

El taxi le dejó al final de un callejón que desembocaba en Petchburi Road. La grafía del rótulo luminoso estaba en thai y, por un momento, Carvalho temió que le hubiera dejado ante una sala de masajes que no fuera el Atami. Más allá de la puerta le esperaba una penumbra amarilla, un montón de asiáticos de ambos sexos sentados en la sombra frente a un escaparate iluminado como una pecera donde permanecían sentadas en hileras varias decenas de mujeres. Carvalho no tuvo tiempo de valorarlas, ni de darse cuenta de la cantidad de ropa que llevaban. Un recepcionista se le echó encima, menospreció lo que ofrecía aquel primer escaparate e invitó a Carvalho a subir por una escalera en busca de las alturas, donde le esperaba lo mejor de la casa. El ahorro de energía eléctrica los acompañó durante el recorrido, jalonado por encuentros con puñados de aborígenes de ambos sexos que distraían la conversación para sonreír con malicia al extranjero. En el último piso, por un pasillo oscuro, llegaron ante la magnificencia de otro escaparate donde varias decenas de muchachas semidesnudas, maquilladas, con la piel de melocotón, bajo influencia de una luz mágica de paraíso, empezaron a lanzar gruñidos de reclamo cuando vieron la posibilidad de un cliente.

—?"Body body"¿

Preguntó el recepcionista al tiempo que echaba a volar dos dedos para que se juntaran en el aire, como había hecho Charoen cuando le preguntó si era amante de Teresa Marsé. Carvalho le dijo que quería lo mejor y más completo y el intermediario le pidió dos mil baths. Carvalho recorría los números colgados sobre las pecheras de las muchachas que le reclamaban con gritos y gestos y cuando encontró el número cuarenta y dos le dijo a su introductor que le habían recomendado a una tal Thida. La cuarenta y dos, ratificó el celestino. A Carvalho le parecían todas iguales, porque iguales eran sus cejas arqueadas, los pómulos rosados y el maquillaje base que acentuaba la blancura de la piel de aquellas muchachas del norte, de origen chino la mayoría, de Pasang o Lamphun las más solicitadas, según había leído en un folleto de propaganda del Chiang Mai. Carvalho señaló la cuarenta y dos e inició un regateo del precio con el celestino,

pero a medio regateo sintió una cierta sensación de vergüenza y se dio por contento y estafado en relación con el poder adquisitivo thailandés y mucho más en relación con el producto nacional bruto. La muchacha salió de la pecera y a carvalho le pareció más menuda al natural, como si el cristal que hasta entonces los separara fuera de aumento y las luces falsificaran las redondeces de aquella muchacha portátil. Los prolegómenos no fueron muy estimulantes. La muchacha escogió uno de los colchones de plástico hinchables que había apilados en el pasillo y lo metió en una suite venida a menos, la mitad dedicada a cama y la otra mitad a bañera. Dejó la muchacha el colchón hinchable junto a la bañera y le preguntó a Carvalho, otra vez con los dedos, si había pagado masaje con derecho a polvo o sin derecho a polvo.

—"Fucking? Fucking"¿

Apoyó la muchacha con una vocecilla de colegiala constipada. Carvalho contestó con un gruñido que la muchacha interpretó como una corroboración. Con una filosofía asiática de la sexualidad mercenaria, la muchacha puso cara de geisha callista y sobre el desnudo Carvalho aplicó un supuesto masaje thai consistente en clavar dedos de acero en puntos estratégicos del cuerpo humano que se quejaron en su desesperada mudez y en tratar de comprobar la elasticidad de las extremidades inferiores en una gama de actos que iban de la caricia al intento de desgajamiento. Las piernas de Carvalho se resistieron con éxito al intento de separarlas del cuerpo, sin que el rostro de la muchacha tradujera el menor odio, sino una simple voluntad de quedar bien ante un extranjero que venía recomendado por un cliente anterior. A todo esto la brevedad de sus pechos se correspondía armoniosamente con la brevedad de sus caderas, la fragilidad de sus brazos con la delgadez de sus piernas, sin que nada hubiera que oponer a la bella inocencia de sus facciones de colegiala precozmente pintada. Los dedos de la muchacha dieron por terminado el tratamiento del cuerpo y se lanzaron hacia el cuello y las sienes de Carvalho en un intento de transmitir la energía que Thida trataba de generar con las vibraciones de todo su cuerpo. A continuación cogió una mano de Carvalho y le hizo levantarse para conducirle a la bañera que, mientras tanto, se había llenado de agua caliente. En aquel Jordán fue sumergido el hombre y la masajista escogió una de las cinco o seis pastillas de jabón apiladas en el suelo, poderosas pastillas que a Carvalho le recordaron el legendario jabón Lagarto al que las ropas españolas debieron su posibilidad de limpieza durante más de un siglo. En contraste con su cúbica rotundidez, el jabón era suave y Carvalho fue enjabonado desde la punta de los pies hasta la cabeza, con especial atención hacia el pene que desapareció bajo una cúpula de espuma, de donde fue rescatado por los dedos fuertes de la muchacha que lo retorcieron, estiraron, desprepuciaron para que no quedara rincón sin jabón para luego dejarlo caer como una fruta censada y mustia. Con la ayuda de un pote, Carvalho fue desenjabonado y luego instado a salir de la bañera y a tumbarse sobre el colchón de plástico hinchable sobre el que previamente Thida derramó abundante espuma jabonosa y caliente. Empanado en espuma por la espalda, Carvalho fue empanado de espuma por delante y la propia masajista se cubrió de espuma antes de deslizarse con todo su cuerpo sobre el de Carvalho, adhiriéndose en su brevedad a todos los rincones y esquinas del cliente y consiguiendo con perfección de trineo no salir del territorio del cuerpo, aunque en ocasiones la rapidez del deslizamiento hiciera temer a Carvalho que la muchacha no pudiera frenar a tiempo y saliera despedida contra la bañera. En su modestia, la cuarenta y dos se señaló dos o tres veces los breves pechos y opinó:

—Pequeños. No bueno. No bueno.

A Carvalho no le salió la voz para desmentirla aunque ésa era su intención, pero notaba que las frotaciones de los pechos y la vaguada púbica de la muchacha habían despertado el interés por la vida de su pene que empezaba a desperezarse y a ir al encuentro de aquella pastilla de jabón humana. La muchacha actuaba según un ritmo temporal personal e intransferible hasta que se detuvo, se levantó y empezó a secar a Carvalho para luego proponerle que volviera a la cama. Allí se instaló el detective con su hijo predilecto en posición vertical, intrigado y expectante tras los frotamientos de que había sido objeto. Thida le miró el pene y le preguntó si quería que se lo chupara, al tiempo que hacía muecas de asco. Le estaba diciendo que le daba asco chupárselo, pero que a cambio de un regalo personal lo haría antes del polvo al que le daba derecho lo que había pagado. Sin que Carvalho supiera por qué, fue el momento que escogió para llamarla por su nombre y preguntarle:

—¿Sabes dónde está Archit? Necesito encontrarle. Soy un buen amigo.

Thida había empezado a avanzar a cuatro patas sobre la cama con los labios adelantados en busca del pene de Carvalho y, de repente, se convirtió en un gato erizado, con el horror en los ojos y una mueca crispada en todo el rostro de niña. Ahora miraba a Carvalho como a un peligro mortal que se había metido en su cama y empezó a retroceder hasta poder dar un salto hacia atrás y quedar a una distancia suficiente del detective incorporado.

—No conozco a Archit. No sé quién es Archit.

Carvalho se encontró a sí mismo tan desnudo como ridículo, de pie, con los brazos tendidos hacia Thida en una muda imploración de tranquilidad e información. Consideró que era preferible recuperar el papel de cliente y ordenó a Thida que se sentara en la cama. Lo hizo avanzando despacito, pero con los ojos puestos en la puerta, como si de ella esperara el socorro liberador. Carvalho se sentó junto a ella.

—Estoy buscando a Archit para ayudarle, para ayudarle a salir del país. Tú fuiste su novia.

—Ya no. Que se quede con esa mujer que le ha metido en líos. Yo no quiero saber nada de él.

—Quiero que recuerdes esto. Si quieres ayudar a Archit ponle en contacto conmigo. Estoy en el hotel Dusit Thani.

Carvalho buscó en sus pantalones un papel y un billete de cien baths. Sobre el papel escribió su nombre, el del hotel, el número de su habitación y el billete de cien baths se lo dio a Thida, que no lo rechazó, pero la simple visión del papel ponía en movimiento su cabeza hacia el signo de la negación. Se vistieron después de que ella le preguntara si quería que terminaran el servicio y carvalho le dijera que no, que tenía reuma y los baños de espuma le sentaban fatal. Antes de salir, Carvalho le metió el papel con las señas en el bolsillo del kimono y luego le dio la espalda para meterse en la penumbra del pasillo donde se habían concentrado indolentes mirones que rieron ante la aparición del extranjero y comentaron el acontecimiento entre el general regocijo. Thida salió tras él cargada con el colchón hinchable y lo apiló sobre los demás. Luego se fue hacia el escaparate donde las mujeres peces semidesnudas hablaban de sus cosas, sin ningún cliente más allá del cristal. Carvalho volvió a su habitación a tiempo de ver por el canal de video una película de Walter Matthau y Glenda Jackson sobre las peripecias de un ex agente del FBI. Uno de los canales normales daba un

concurso que tenía el aspecto de ser tan aburrido como los de televisión española y el otro ofrecía una serie de producción nacional sobre una virgen guerrera temible con la espada. Volvió a Occidente y se durmió con el rostro inacabado de Glenda Jackson en la retina, para despertarse al amanecer con el zumbido del televisor como presencia enigmática que tardó en identificar. Charoen había dicho que vendría a buscarle temprano y a juzgar por lo que madrugaba aquella gente, temprano debía ser entre las siete y las ocho de la mañana. La perspectiva del "american breakfast" le ponía alegre, le proponía la ilusión de un animal depredador ante las bandejas de la abundancia, aunque luego ante ellas se contuviera por el congénito temor español al qué dirán, en el que no participaban los clientes norteamericanos y mucho menos los franceses, en la creencia de que Asia aún les debía el desastre de Dien Bien Phu, y el mundo, Waterloo. El "american breakfast" en un país subdesarrollado reúne el complejo del colonizador y el del colonizado, el complejo de la avidez y el del hambre, el instinto del depredador y la superación de la sicosis de depredado, por eso los buffets libres de los hoteles de los países tercermundistas son espléndidos. Carvalho recordaba el buffet del Siam en una noche de fin de año. Las langostas fingían trepar por columnas de orquídeas y un tanto por ciento elevado de los mariscos del golfo de Siam convertían la mesa aparador en un museo ubérrimo de piscicultura, alternada con kilómetros de "roastbeef", concentraciones parcelarias de ensaladilla de cangrejo y parques nacionales de frutos tropicales. Se sirvió frutas, huevos con jamón, pescados en salazón y medio litro de café americano. Salió del comedor con una sonrisa y un puro en los labios. Charoen estaba junto al teléfono llamándole a su habitación y colgó el aparato con un gesto de reconocimiento hacia el feliz Carvalho. Le mostró un camino abierto entre el bosque de occidentales disfrazados de turistas a la espera de sus guías niñeras y, en cuanto las puertas automáticas se abrieron, el calor se pegó a la piel de Carvalho y le recordó que volvía al trópico. El coche de la policía se sumergió en la maraña del tráfico y buscó la salida de la ciudad respetando menos las reglas del juego que los restantes conductores. Charoen se había sentado junto al chófer, semivuelto hacia Carvalho como único pasajero del asiento de atrás.

—Como supongo que no entiende nuestros letreros le informaré que vamos en dirección a la vez hacia el sur y hacia el oeste. Bordearemos el golfo a partir de Samut Sakhon y en Samut Songkhran subiremos hacia Damnerm Saduak. Allí hay otro mercado flotante que también visitan los turistas, pero menos que el de Dao Kanong, dentro de Bangkok. Cerca de Damnerm Saduak cogeremos una canoa e iremos a casa de los padres de Archit. Viven en uno de los canales laterales. Le advierto que buena parte de lo que va a ver no le gustará.

El agua terrosa, invadida por la vegetación, madre de los poderosos búfalos de agua grises y brillantes, no los abandonó durante su recorrido por una llanura arrocera, salpicada por molinillos de agua, quebradizos como los esqueletos de las gentes menudas y oscuras. Tras una hora de viaje llegaron a un embarcadero de madera donde los esperaba una piragua armada en su popa con un motor fuera borda, prolongado en un largo tubo a cuyo final estaba la pequeña hélice. El conductor manejaba el tubo como timón, en una conducción sin contemplaciones que escupía el agua hacia las embarcaciones cargadas de frutas y verduras de los campesinos que acudían al mercado flotante o de las embarcaciones cocina con su fogón de carbón de tamarindo, sus perolas, los cazos y cucharas de las cocineras barqueras, viejas vestidas de negro que

manejaban el remo o el cazo indiferentes a la prepotencia de las canoas motorizadas, entregadas a sus recorridos cotidianos por los canales de márgenes apuntalados por piedras negras y troncos, a donde iban a parar todos los desperdicios de las viviendas lacustres construidas sobre delgados soportes de madera emergentes de las aguas como las patas de un palmípedo. Carvalho le preguntó a Charoen cómo se llamaban aquellas embarcaciones de una estabilidad milagrosa y él le escribió en un papel "hang yao"...

—Suena más o menos así.

La canoa de la policía se desvió del canal transitado y se abrió camino por un canalillo, donde había más hojarasca y basura que agua, para detenerse al pie de una casa llena de remiendos. Fue necesaria la ayuda de Charoen y del conductor para que Carvalho pudiera saltar de la canoa sin perder la estabilidad, y se encontró al pie de una escalera de mellados escalones de tablas. Charoen se descalzó e invitó a Carvalho a que hiciera lo mismo. La escalera los llevó hasta una entrada sin puerta, abierta al espacio único del interior de la casa dividido en tres niveles. Un primer nivel que un interiorista occidental habría calificado de "zona húmeda", donde se lavaban los cacharros y las personas, donde se cocinaba, se comía y se guardaba todo lo que servía para cocinar y comer. Una segunda zona en la que se dormía sobre el suelo, sin otro "attrezzo" que las fotos de los antepasados inmediatos y colgadores donde pendía la ropa de uso a la vista. Finalmente un rincón dedicado a altarcillo, con su Buda y sus flores, complemento del templete de juguete situado en el exterior de las casas con el que se pretende alejar a los malos espíritus. Pero Carvalho no tuvo tiempo de fijarse en la zona religiosa de la estancia, porque a la vista estaba el cuerpo carbónico de un hombre viejo que abría la boca y los ojos a espasmos, como si fuera un ser oceánico tratando inútilmente de respirar el aire de la tierra. El esqueleto viviente reposaba en el suelo sobre una manta de borra gris y a su lado estaba sentada en cuclillas una vieja que apenas levantó los ojos ante la llegada de Charoen y Carvalho. Diríase que la vieja miraba dentro de sí misma, porque se desentendió de los recién llegados y tampoco dedicó la menor atención a su compañero de ruina. Charoen le saludó con un reducido saludo tradicional y en seguida empezó a hablarle en tono enérgico señalando a Carvalho de vez en cuando. A Carvalho le molestó aquel tono de voz. Temía que el cuerpo del viejo se rompiera por las vibraciones de las palabras de Charoen. El policía se apartó y ofreció a Carvalho la posibilidad de hablar con ellos.

—¿Entienden el inglés?

—No creo. Yo le traduciré.

Carvalho repitió que era amigo de la mujer que estaba con Archit y que podía ayudarlos, que necesitaba encontrarlos. La vieja escuchó la traducción de Charoen y no contestó. Charoen le puso una mano como una garra en el hombro y ladró más que habló. La vieja entonces dijo algo que irritó a Charoen y le incitó a apretar más la garra sobre el hombro. Carvalho cogió el brazo agresivo de Charoen y el policía pasó de la indignación a la comprensión.

—Lo hago por su bien y para que usted se dé cuenta de su tozudez. El marido ya no se entera de nada, es un pedazo de madera al que no conseguiría resucitar ni toda la heroína de Bangkok. Es un "yonqui" repugnante. Pero ella es consciente y se niega a colaborar. Lo he probado todo.

Carvalho se estremeció imaginando todo lo que habría probado Charoen. El policía se encogió de hombros, dio media vuelta y dijo mientras avanzaba hacia la puerta:

—Pruebe usted. Quizá a usted le digan lo que no me han dicho a mí.

Charoen saltó el escalón, ganó la puerta y se fue escaleras abajo. No dio tiempo a que Carvalho contestara. Se quedó ante la mujer como abandonado en una casa donde se es mal recibido y en la que no se tiene nada que decir a sus propietarios. Los retratos en las paredes transmitían un pasado de soldados, bodas, nacimientos, como los retratos que sus padres le dejaron al morir, retratos llenos de desconocidos para él, de personajes cuya vida se habían llevado los viejos a la tumba. Se sintió observado por la mujer. En aquella cara diezmada por el tiempo y el sufrimiento ya no había indiferencia, sino una cierta curiosidad. Aquellos ojos le estaban diciendo que podían entenderse, que tal vez podrían entenderse.

—¿Entiende usted el inglés, verdad?

—Un poco.

—Soy amigo de la mujer que está con su hijo. He venido de un país muy lejano, más lejano que la India o que América. ¿Entiende?

Carvalho hablaba y gesticulaba como los viejos rapsodas, como el señor Daurella. Sus manos se iban en pos de España y volvían a Thailandia para que la vieja pudiera entender la distancia que había recorrido en busca de Teresa.

—Me envían los padres de Teresa. Padres como usted.

Ni por un momento la imagen del viejo Marsé relativizó la carga emocional de las palabras de Carvalho.

—He de encontrarlos antes que ellos.

Y señaló más allá de la puerta.

—He de encontrarlos antes que Charoen.

—Es malo. Es un hombre malo.

Dijo la vieja con una vocecilla quebrada.

—Es un policía.

—¿Usted es policía?

—No. Si sabe algo, dígamelo. Le juro que no le diré nada a Charoen.

La vieja volvió a concentrarse, como si se olvidara de la presencia de Carvalho. El esqueleto de su marido empezó a temblar y de la garganta salió el eco de una queja que había nacido en algún rincón de aquella armadura de huesos y piel. Carvalho inclinó la cabeza y les dio la espalda. A los dos pasos notó que una mano se posaba en su brazo. La mujer se había levantado con una agilidad impensable y le instó a que se retirara en busca del rincón del altar.

—En Tam Krabok hay un hombre santo que se llama Chin Ramsun.

La mujer juntó las manos y las echó a volar, como si invitara a Carvalho a un viaje.

—¿Dónde está Tam Krabok?

—Es un lugar santo y allí está el hombre santo.

La vieja abandonó a Carvalho y volvió a sentarse junto al agonizante. Carvalho pasó a su lado y no se volvió para no quedar convertido en una estatua de sal.

Nada más aparecer en la cumbre de la escalera, Carvalho cabeceó negativamente y abrió los brazos abarcando toda la impotencia que cabía entre ellos. Charoen asintió como diciéndole: ¿lo ve usted? Carvalho recuperó sus zapatos. Charoen escupió al canal un hilo de saliva prodigiosamente largo, como una meada lánguida y viscosa.

—Ya he llegado a creer que no saben nada. Está dejando morir a su marido antes que delatar a su hijo. La última vez casi la ahogué ahí mismo, en este mismo canal, para que dijera lo que sabe. Y nada. No debe saber nada. Es imposible.

Carvalho era la estampa misma de la desolación.

—No sé por dónde empezar.

Charoen se rió.

—Ya se lo dije. Ha hecho un viaje inútil. Se lo dije al embajador en persona. Lo que no consigamos nosotros no lo consigue nadie.

La canoa los devolvió al embarcadero y Charoen ofreció comer en un merendero de la carretera: "Estamos cerca del mar y podremos comer bien". El arroz blanco sirvió de paisaje a platillos de calamares, gambas, verduras al dente con el aderezo posible de una vinagreta picante hasta la hinchazón de los labios, una salsa de tomate que recordaba el catsup y la salsa de pescado, la sal de Thailandia. Charoen y su acompañante comían con mayor lentitud para dejar que Carvalho se beneficiara de las mejores partes. Seguía citando obsesivamente la torpe resistencia de la madre de Archit y contó a Carvalho la historia del matrimonio. Habían sido campesinos en la zona del noreste, la zona más pobre de Thailandia, y cuando Archit era pequeño se habían trasladado a Bangkok, donde el padre ejerció como amaestrador de gallos de pelea y la madre había sido empleada de la limpieza en distintos establecimientos públicos. De pronto el padre empezó a aficionarse a la heroína y toda la familia se vino abajo.

—Cuando Archit empezó a trabajar...

Charoen se interrumpió para reírse de buena gana.

—En fin. Archit conoció a gente influyente y trató de ayudar a su padre, pero el viejo iba de mal en peor y ha llegado a donde ha llegado. Le quedan días de vida.

Se encogió de hombros.

—La basura cuanto antes se queme mejor.

—Ayer estuve con Thida, la ex novia de Archit.

Charoen puso cara de póquer y Carvalho dedujo que ya lo sabía.

—¿Sacó algo en claro?

—No. Y estoy obligado a hacer balance. Si "Jungle Kid" y la china no saben nada y esperan a que yo sepa algo, quiere decir que están como usted y como yo. Si ni los allegados de Archit ni sus padres saben nada o no quieren decir nada, ¿qué puedo hacer? Por otra parte no puedo darme por vencido a los pocos días de haber empezado. No se recorren miles de kilómetros y se recoge la esperanza de tanta gente para volver días después con las manos vacías. Amigo Charoen, aconséjeme.

Carvalho no sólo había puesto una cierta ternura al decir amigo Charoen, sino que además dejó caer una mano sobre el brazo del policía. Temió haberse pasado, porque Charoen miró el brazo invasor de Carvalho con perplejidad y luego alzó la vista para encontrar los ojos del detective, en los que su propietario había procurado reunir toda la ingenuidad que sin duda le quedaba en el alma.

Admitió Charoen:

—Pero no será porque yo no se lo advirtiera.

—¿Y si me fuera a Chiang Mai?

—¿A Chiang Mai? ¿Por qué?

—Allí desaparece la pista de los fugitivos. Tal vez encuentre algo. He de justificar mi viaje y de paso conozco un poco el país.

Charoen miraba de hito en hito a Carvalho por si había una doble intención en lo que estaba diciendo.

—¿Es bonito Chiang Mai?

—Es otra cosa. Más auténtico, más sincero que Bangkok, pero más aburrido. Es una gente muy especial. Cuando los americanos luchaban en Vietnam tenían tropas de refresco cerca de Chiang Mai y quisieron montar una red de casas de masajes y prostitución como la de Bangkok. Pues bien, las autoridades locales de Chiang Mai se negaron. No querían el progreso.

Charoen terminó su comentario con una carcajada para ponerse serio a continuación.

—No todos los extranjeros han jodido el país, pero buena parte de la basura de este país se debe a los extranjeros. Ahí está el caso de Jim Thompson. ¿Conoce usted la historia de Jim Thompson?

—No.

—Fue un agente del servicio secreto norteamericano, de Nueva York. Él era arquitecto, pero durante la segunda guerra mundial trabajó en los servicios secretos. Estuvo en Thailandia después de la guerra y se interesó por la artesanía de la seda y por la belleza del país. Se estableció en Bangkok a partir de 1946 y se dio cuenta de que aquella artesanía sólo la practicaban algunas familias de un canal de Bang Krua, un barrio del viejo Bangkok. Creó la Thai Solk Company, base de la industria sedera actual, y conformó una gran casa en Bangkok juntando varias casas de nobles thais. Hoy es un museo que usted puede visitar y en el que vive el espíritu de Jim Thompson.

—¿Murió?

—Desapareció. Fue una desaparición misteriosa, en Malasya, en 1967. Thailandia le honra como a uno de sus emancipadores económicos. Fue una excepción. Explicó la lección de que a un hombre que tiene hambre no hay que darle un pez, sino enseñarle a pescar.

—¿Dónde desapareció Thompson?

—En las Cameron Highlands. ¿Conoce usted Malasya?

—No.

—Todo lo que hizo Thompson fue bueno. Hasta los beneficios que da la visita de su casa. Van a parar a una Escuela de Ciegos de Bangkok.

—Veo que le conmueve la historia de Jim Thompson.

—Es uno de los pocos extranjeros que no ha venido a quitarnos algo y que además nos ha enseñado a apreciar lo bueno que ya teníamos, sin saberlo.

¿Qué tenía que ver aquel Charoen con el que había torturado a la madre de Archit en el canal? ¿Cómo puede ser nacionalista un funcionario al servicio de un régimen hipotecado por una gran potencia que instrumentaliza su corrupción?

—Pero ¿qué harían ustedes sin los extranjeros? Los americanos los defienden de los comunistas y los turistas les dan trabajo.

—Podemos defendernos a nosotros mismos y podríamos vivir sin ayuda del turismo. Thailandia ha sido siempre un país independiente y de más alto nivel de vida que sus vecinos. Tenemos un suelo riquísimo, la llanura central entre Bangkok y el norte nos da lo que necesitamos para vivir y además ha aparecido petróleo. Por primera vez Thailandia es una nación unida gracias al rey, porque hoy día todos los pueblos de Thailandia aceptan al rey y los reyes se han hecho casas en el norte, en el sur, en el oeste y en el este para decir: aquí está nuestra casa, porque éste es nuestro país y es el país de los thais, los chinos, los khmer, los indios, los malayos, todos los que viven y trabajan en Thailandia.

Ahora fue Carvalho el que tuvo que contener la risa, porque el eslogan nacionalista de Charoen le recordaba otras latitudes. Se acercaban en el coche a Bangkok cuando Carvalho le pidió a Charoen que le dejaran en el barrio chino.

—¿Para qué quiere usted ir al barrio chino?

—Por curiosidad. A ver si está como hace años.

—Está igual. Es un barrio estúpido lleno de joyerías y de tiendas de mangueras y carretillas. No sé por qué.

—Quiero estirar las piernas y de paso pensaré. Creo que me iré a Chiang Mai.

—¿Cuándo?

—Lo consultaré con el guía de mi grupo. Si hago el viaje colectivamente me saldrá más barato.

—Avíseme si decide ir a Chiang Mai.

—¿Cree que es necesario?

Charoen entendió la ironía de Carvalho y se puso a reír satisfecho de sí mismo.

El problema del barrio chino de Bangkok era clasificatorio. Poner orden en aquel panorama abigarrado de ofertas comerciales se convirtió en una pesadilla estética para Carvalho, que optó por aplazar el conocimiento del barrio hasta otra visita a Bangkok y se limitó a comprar una gran maleta barata en unos grandes almacenes. También compró un calendario chino para Biscuter y una blusa de seda bordada para Charo; en cuanto a Bromuro le compraría una botella de Mekong en el último momento y a Fuster un gorro mheo en Chiang Mai, para su colección de gorros. Metió todos los regalos en la maleta, cogió un taxi y volvió al hotel con la maleta por delante para que los espías de Charoen la detectaran. Desde la habitación telefoneó a los corresponsales de la agencia de viajes en Bangkok y preguntó la situación de la excursión programada hacia Chiang Mai. Había plazas, pero debía esperar un día más en Bangkok. Pidió una reserva y

volvió a salir del hotel en dirección a la embajada. Solicitó ser recibido por la misma interlocutora de la entrevista anterior y reapareció la mujer tras un enorme portón que comunicaba el zaguán de entrada con los despachos capitales de la legación. La mujer se sintió defraudada, aunque lo disimuló diplomáticamente, cuando Carvalho le dijo que iba a comunicarle su partida para Chiang Mai.

—Aquí en Bangkok no he conseguido nada.

—Cuánto lo siento.

—Quisiera que me hicieran un favor. ¿Pueden informarme sobre un lugar o algo por el estilo que se llama Tam Krabok? Y en segundo lugar, ¿pueden mantener el secreto ante Charoen de la información que me van a dar?

—Tenía usted que haber empezado por la segunda pregunta, porque ya ha revelado el secreto contenido en la primera.

Tenía razón y el hecho de enmendar la plana a un detective extremó la amabilidad de la funcionaria, que volvió minutos después con todo lo que había podido recoger sobre Tam Krabok.

—Es una mezcla de templo, monasterio y hospital llevado por una comunidad de monjes budistas. Se dedican a la recuperación de drogadictos mediante una terapia a la vez medicinal y religiosa. Es cuanto sabemos. Está más allá de Ayuttaya, entre Saraburi y Lopburi, casi en el ángulo que forman las carreteras. Pero si ha de ir allí y no quiere que se entere Charoen tenga cuidado con quien le lleva. No es una visita frecuente y todos los taxistas son confidentes.

—Sólo que pudiera llegar antes que Charoen ya me bastaría.

La mujer le acompañó hasta la puerta.

—¿Hay alguna probabilidad?

—Sé lo mismo que usted. Un hombre. Un destino. Nada más. Me han hablado de un hombre santo que está allí, ¿a qué pueden referirse?

—A un monje, supongo.

—Eso también creía yo.

Estrechó la mano de la mujer y salió al esplendor atardecido del Wireless Road. Volvió a pasar ante el excesivo jardín de la embajada americana, casi un país dentro de otro país, bordeó el parque Lumpini y atravesó la Rama Iv Road junto a la plaza presidida por la estatua casi negra de un rey cabezón. Más allá de la plaza le esperaba el hotel, su patria de aire acondicionado y piscina, y a ella se entregó como un náufrago. Al devolverle la llave de la habitación le dieron un papel. Una nota de Charoen.

"Su hotel en Chiang Mai será el Chiang Mai Inn. Se pondrá en contacto con usted mi compañero Chuapiboon. Hasta pronto".

Charoen le demostraba una vez más la eficacia de su telecontrol y le advertía de que no confiase ni por un momento en independizarse. Carvalho se guardó la nota. Ya en la habitación se puso el traje de baño, recogió el instrumental piscinero y salió a la piscina donde los bañistas esperaban el retorno del sol en su ocaso. Utilizó las aguas enfriadas a la sombra de los altos edificios para regalarse el placer del verano y luego se entregó al sol poniente y al sopor que le metieron en las venas tres vasos de Mekong con hielo. Se despertó con la sensación de que algo había cambiado a su alrededor y allí estaba la noche, la luz eléctrica, la soledad de la piscina abandonada y el sonido lejano del piano en el gran salón central del hotel, amenizando la espera de la cena, un piano de música digestiva,

"éChos de Paris", Georges Feyer, "Les feuilles mortes". De vuelta a la habitación le esperaba el espectáculo del resultado de un registro no sistemático, pero sí suficiente para que él notara que había sido efectuado. Hasta le habían vaciado medio tubo de dentífrico y el gusano de pasta había quedado sobre el cristal de la estantería con su inútil obstinación blanca y brillante. Habían entrado en la habitación, la habían revuelto y desde la puerta le habían estado espiando en su sueño, a cinco metros. Era una demostración de fuerza y un aviso que no podía proceder de Charoen. ¿Madame La Fleur? ¿"Jungle Kid"? Carvalho estaba nervioso, cerró con seguro las puertas que daban al jardín y al pasillo, llenó la bañera de agua caliente y se dio un baño con espuma que le relajó hasta colocarle al borde de la depresión. Los otros y el mundo estaban más allá del borde de la bañera y él estaba lejos de cualquier asidero afectivo, rodeado de víctimas y verdugos que le contemplaban como a un intruso en el coliseo. Sólo una buena comida podía alejarle el fantasma de la depresión y su conducta se repartió entre un impulso consciente de vestirse y seleccionar un buen restaurante y otro inconsciente que le hizo recorrer la galería comercial del hotel en pos de una tienda de regalos donde le vendieran un cuchillo. Pero los únicos cuchillos que había eran supuestas antigüedades atribuidas a los pueblos del norte, imposibles de llevar en el bolsillo e incapaces de producir el menor efecto disuasorio. Necesitaba armarse y salió a Silom Road en busca de las tiendas abiertas. Casi todas eran de alimentación o de "souvenirs". Explicó su deseo a un vendedor de "souvenirs", quien sonrió enigmáticamente y le tendió una pipa de opio. Ante el desconcierto de Carvalho, el tendero asió la pipa con las dos manos, dio un estirón y se abrió longitudinalmente, descubriendo su alma de estilete delgado y afilado. Carvalho no había reparado en la ambigüedad de las pipas de opio que le ofrecían las tiendas de "souvenirs" del hotel y jugueteó uniendo y desuniendo las partes del artefacto. Seleccionó el estilete que le pareció más contundente, que coincidía con el de la pipa más cara, y se dejó llevar por la fiebre del regateo hasta que consiguió un precio que era el cincuenta por ciento más barato que el inicial. La pipa no le cabía en el bolsillo de la cazadora ni en el del pantalón y era peligroso llevar el estilete solo sin ninguna funda. Se la metió entre la correa y el cuerpo, envarando su costado derecho y, tal vez por lo molesto de la solución, en el cerebro de Carvalho se abrió paso la evidencia de que había cometido una tontería dictada por un impulso incontrolado producido por la sensación de inseguridad e indefensión. Paró un pus–pus motorizado porque le apetecía aprovechar la descongestión de tráfico del Bangkok anochecido para viajar al aire libre en busca del restaurante Sea–food, recomendado en la revista turística del hotel.

Nada más entrar en el restaurante, Carvalho maldijo su elección porque ante él se veía una extensión de hombres y mujeres seccionados a la altura de las ingles por mesas implacables, como si estuvieran comiendo en cuclillas. Luego comprobó que era un truco y que en realidad se sentaban en bancos bajos y las piernas desaparecían bajo los tableros, extendidas, sin la posibilidad de doblarse. Aquella inexplicable concesión a un ideal de apariencia en el comer no consiguió cuestionar la excelencia de la cena, iniciada con un surtido de marisco cocinado al vapor y culminada con un centollo en el que todas sus carnes habían sido guisadas en el fondo del caparazón con la ayuda aromatizadora de la flor de anís y el acompañamiento inevitable de los spaghetti de arroz. Estaba dispuesto carvalho a dar buena cuenta de la ensalada de frutas tropicales, cuando bajó la intensidad de la luz ambiental y toda la claridad que se perdía en la totalidad del local se concentraba sobre un escenario al que empezaron a concurrir hombres y

mujeres con trajes de danzarines, enmascarados de monstruos y príncipes, con sombreros torreones forrados con panes de oro. Un locutor iba explicando la historia y las características de cada danza a un público mayoritariamente occidental que trataba de meterse en aquel lenguaje de gestos sutiles y mímica en el que el cuello, las muñecas, los brazos, la disposición de las piernas se adaptan a un alfabeto de contenciones, a una exquisita cultura del lenguaje del cuerpo. De pronto, en el transcurso de una historia bufa sobre un rey cornudo en busca de la infiel reina, un danzarín dio un salto que le hizo volar sobre el escenario y caer junto a la mesa de Carvalho. La máscara de monstruo antediluviano de película japonesa se instaló a milímetros de la cara de Carvalho y, entre el regocijo general, el rey cornudo se relamió y luego se limpió los labios con un brazo, como si acabara de comerse al extranjero. Carvalho quedó envuelto en efluvios de Mekong salidos de la boca rugiente del rey y cuando devolvió la vista al plato de frutas y al local en el que se rehacía la luz, descubrió en una mesa próxima a madame La Fleur con cuatro de sus matones. En todas las mesas se hablaba o se comía. En la de madame La Fleur sólo se miraba. A Carvalho.

Uno de los matones sacó las piernas de la tumba, se puso en pie sobre el banco y sorteó todos los obstáculos que le separaban del detective. Se inclinó ante él ceremoniosamente con las manos unidas sobre el pecho.

—Madame La Fleur le ruega que vaya a su mesa para ser su invitado.

Tal vez consideró que no se había explicado con suficiente claridad porque añadió:

—Bebida gratis.

Y no era ironía, sino ampliación de una oferta tan amable como clara. Carvalho prefería un encuentro en público que en privado, y aunque creía recordar que el amable intermediario de hoy era el mismo que le había escupido en el anterior encuentro, sacó las piernas del foso y salió en seguimiento del enviado. Se sumergió ante madame La Fleur y estiró sus piernas entre las ajenas. Madame La Fleur seguía disfrazada de jefa de gang asiático, aunque trataba de reconvertir la misma mueca de asco de la otra noche para sonreír a Carvalho.

—¿Son caras las consumiciones en este local?

—Es un restaurante caro.

Contestó madame La Fleur a la defensiva ante el comentario de Carvalho.

—Entonces considero su invitación como una compensación por lo que va a costarme la limpieza de la ropa que llevaba el otro día. Sus empleados me tiraron en un vertedero de basura.

—Se equivoca. Usted se cayó en un vertedero de basura. Fue lo que me dijeron y no me mienten.

—Caramba, tal vez tengan razón. Es difícil distinguir entre moverse y ser movido.

—He considerado lo que me ofreció usted la otra noche. La posibilidad de llegar a un acuerdo. Usted se va con la mujer y nosotros nos entendemos con Archit. Estamos dispuestos a colaborar.

—¿Cómo? ¿Saben dónde encontrarlos?

—Todavía no. Pero ellos tratarán de ponerse en contacto con usted y saben que usted está vigilado por la policía y por nosotros. Si retiramos la vigilancia, ellos, un día u otro, darán el paso, o ellos o algún intermediario.

—Parecen haberse quedado solos. Ni siquiera la madre de Archit sabe dónde están.

—Parece. Pero alguno puede recordarlo de pronto. O ellos pueden salir de su escondrijo.

—¿Alguien puede esconderse aquí sin que ustedes lo sepan?

—En Bangkok casi imposible.

—¿Fuera de Bangkok?

—También difícil, pero posible por algún tiempo.

—Me voy a Chiang Mai.

—Lo sabíamos.

—¿Creen que allí encontraré algo?

—No se trata de que usted los encuentre, sino de que ellos le encuentren a usted.

—Si recurren a mí, ¿qué debo hacer?

—Nos lo comunica y le hacemos un trato: ella por él.

—¿Charoen está de acuerdo? ¿Y "Jungle Kid"?

La mujer traspasó la frontera expresiva de la sonrisa a la mueca de asco.

—Cha–ro–en, siempre habla usted de Cha–ro–en. No se preocupe por él.

—¿Y "Jungle Kid"?

—"Jungle Kid" quiere vengar a su hijo y el que mató a su hijo fue Archit.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con ustedes en Chiang Mai?

—Delante de la salida de su hotel, el Chiang Mai Inn, verá usted a muchos pus–pus situados junto a una joyería. Pregunte por Tochirakarn, uno de los conductores de pus–pus.

—Delante del hotel. ¿No decían que iban a dejar de vigilarme para dar confianza a Archit?

—Nuestro hombre no le vigilará. Es conductor de pus–pus, eso es todo, y desde que era niño trabaja en las puertas del Chiang Mai Inn.

Carvalho apuró su Mekong.

—Mañana tengo un día entero en Bangkok sin saber qué hacer y por primera vez tranquilo porque ustedes no me perseguirán. ¿Qué puedo hacer?

Madame La Fleur cuchicheó algo en thailandés con sus acompañantes.

—Con mucho gusto pongo un chófer a su disposición para que le acompañe en alguna excursión. Puede irse a bañar a Pattaya o a visitar el puente sobre el río Kwai, le ofrezco estos dos sitios entre otros posibles porque sé que ya conoce el Garden Rose. ¿Le apetece una granja de cocodrilos?

—No, gracias. Es un animal que me pone nervioso. Por cierto, tengo un gran interés por su apellido, La Fleur, eso es francés. ¿Estuvo casada con un francés?

—Mi padre era francés.

Madame La Fleur no tenía ganas de hablar ni de su padre ni de sí misma y miró impaciente el vaso de Carvalho en el que aún restaba un dedo de whisky.

Carvalho lo apuró, saludó, recuperó sus piernas y cuando estaba subido sobre el asiento y dominaba a sus anfitriones, madame La Fleur preguntó:

—¿Pattaya o el puente sobre el río Kwai?

—Ya he visto la película.

—¿Pattaya?

—Pattaya.

—A las nueve pasarán a recogerle por el hotel.

Carvalho sentía un escozor en el costado producido por la presión de la pipa estilete. Le urgía salir de allí y hacer un balance mental de lo que había ocurrido y de cómo podía condicionar el futuro. Ganó la puerta del restaurante acuciado por sus propios recelos, pero pudo corresponder a la amable invitación de un taxista y subirse al coche sin obstáculos, aunque durante todo el recorrido temió que el taxi pudiera llevarle a donde quisiera madame La Fleur y no a donde quería él. Pero el taxi le dejó en manos del Peter Pan del Dusit Thani y la alegría por la vuelta a casa le hizo dar una propina extra al taxista, que le correspondió con el saludo que habría hecho al rey de Thailandia en persona. El techo de la habitación del hotel le dijo que nada había hecho que no hubiera tenido que hacer. Había vendido a Archit, sin tenerlo, a cambio de Teresa, sin tenerla, y desde que había llegado a aquella ciudad había estado bajo la lente de microscopio de todo el mundo. al menos ahora sabía a qué atenerse, con todos, menos con "Jungle Kid".

Le despertó una alarma interior y el reloj de pulsera dio la razón al despertador que Carvalho presumía en una esquina del cerebro, la izquierda, sin duda, directamente conectada con la muñeca donde suele ir el reloj. Eran las siete de la mañana y tuvo tiempo de desayunar, nadar durante media hora en una piscina a su exclusiva disposición y comparar en el espejo del cuarto de baño el progresivo contraste entre la piel que cubría el slip y la que iba recibiendo retales nacientes o ponientes del sol de Asia. A las nueve en punto sonó el teléfono de la habitación. Le avisaban desde recepción que el coche que había solicitado le estaba esperando. El coche, y el conductor. El amable intermediario de la noche pasada, el mismo que le había escupido la noche del encuentro con madame La Fleur, vestido con un pantalón oscuro y una camisa de seda de manga larga y abotonada hasta el cuello, con inclinaciones de chófer profesional y pasos de bailarín para llegar al sedán azul antes que Carvalho y abrirle la portezuela con un amplio gesto que impresionó al Peter Pan de turno. Carvalho se hundió en un asiento tapizado de piel blanca y, antes de cerrar la portezuela, el improvisado chófer venció una palanca y ante Carvalho apareció un mueble bar iluminado en el que había dos vasos, botellas de whisky escocés y thailandés y una cubitera de hielo. Sin añadir nada que no hubiera dicho con gestos, el gángster cerró la portezuela, ocupó su sitio al frente del volante y desde allí preguntó a Carvalho si prefería ir por la carretera del interior o bordeando la costa a partir de Pat Nam. Carvalho prefirió la costa. Se puso en marcha el sedán y desde el primer momento el chófer alternaba la contemplación del recorrido con miradas al espejo retrovisor donde depositaba sonrisas para que Carvalho las recibiera.

—¿Francés?

—No, español.

—Ah, español francés.

Y antes de que Carvalho decidiera si valía la pena o no sacarle de su error, el gángster empezó a cantar.

Frére Jacques, frére Jacques,
dormez–vous, dormez–vous.
Sonnent les matines, sonnent les
matines.
Ding dang dong, ding dang dong.

La primera parada fue en Chon Buri, donde el chófer recomendó a Carvalho que se desayunara con una o dos docenas de ostras. Las mejores ostras de Thailandia, le informó, se recogen entre Chon Buri y Sattahip, gran puerto construido para que pudieran entrar los barcos de guerra norteamericanos durante la guerra del Vietnam. Las ostras fueron regadas con una botella de cerveza, a pesar de los esfuerzos del chófer por materializar el loco deseo de Carvalho de encontrar un Chablis o en su defecto un Riesling en aquel pueblo del este del golfo de Siam. Otra vez en el coche, el chófer le propuso detenerse en Racha, ciudad famosa por sus productos alimenticios y porque en ella se centra la exportación de orquídeas.

—¿Orquídeas para madame?

Preguntó el gángster al tiempo que soltaba el volante y dibujaba en el aire una supuesta madame curvilínea. Carvalho rechazó la proposición. Pasaron junto a unas playas semidesiertas que a Carvalho le apetecieron, pero el chófer le prometió el paraíso de Pattaya, donde podría ver los fondos de coral y donde encontraría las mujeres más hermosas de Thailandia, insistía esculpiendo el aire con las dos manos. Carvalho quería llenar el día y sumergirse hasta el fondo en aquel pozo de sin sentido que significaba viajar con aquel matarife disfrazado de Bautista. Para el chófer, que Carvalho viera Pattaya era un motivo de orgullo patrio. Lo cierto es que Carvalho se arrepintió de no haberse detenido en las playas de Na Klua, porque a primera vista Pattaya le pareció Benidorm con vegetación tropical y unos cuantos madrileños menos, pero los suficientes para que se los oyera silabear por aquí y por allá, con el salacot de paja sobre los sesos y camisas con el nombre de pattaya en serigrafía. El coche se ciñó al arqueado paseo del mar que terminaba en Boatel Point. Allí se detuvo Carvalho, se cambió en su interior y salió disfrazado de bañista, entre vegetaciones, al encuentro de un mar de manso azul cálido. Se tumbó sobre la toalla del hotel en la arena y se dejó obsequiar con los tres whiskies escoceses que el chófer le sirvió durante las dos horas de sol. Luego se dejó conducir al restaurante abierto a una terraza protegida por un cobertizo de paja, donde le sirvieron una ensalada de arroz y marisco y un hermoso pescado parecido al pajel, excesivamente requemado sobre las brasas de tamarindo. Junto a la ensalada de arroz habían puesto una botella de Chablis y la mirada interrogadora de Carvalho fue contestada por una sonrisa del chófer, sonrisa de deber cumplido. Había encontrado una botella de Chablis en el restaurante Barbos, la había comprado y ordenado enfriar en el merendero playero donde suponía que a Carvalho le iba apetecer comer. Carvalho temía que el sol del trópico le despellejara y optó por dar por concluida la sesión de playa

tras la comida y recorrer el meollo turístico de Pattaya, junto a los embarcaderos para las motoras de fondo transparente que viajaban por la bahía llenas de turistas, fascinados ante las maravillas coralinas de los fondos bajos. Se entretuvo ante un puestecillo de caracoles y objetos de nácar, compró un caracol de nácar que tenía el mar en su entraña y al volverse vio a su chófer discutiendo sordamente con dos individuos con pantalones cortos y caras de pocos amigos bajo las gorritas playeras. Carvalho mantuvo las distancias y observó de reojo cómo los dos hombres señalaban hacia un chiringuito de comidas situado junto a una casa de alquiler de motocicletas. El chófer puso una mano sobre cada uno de sus interlocutores y los empujó suavemente para que se fueran por donde habían venido. Pero los hombres rechazaron de un manotazo el intento del chófer y le empujaron a su vez para abrirse camino en dirección a Carvalho. El chófer se metió una mano bajo los faldones de la camisa y sacó una pistola que clavó en los riñones del malcarado más próximo. El otro también detuvo su avance y ambos se retiraron caminando hacia atrás y lanzando maldiciones contra el hombre armado. Finalmente dieron media vuelta y se fueron hacia el chiringuito para desaparecer dentro de él. Para entonces el chófer ya se había guardado la pistola y avanzaba hacia Carvalho con una sonrisa entregada.

—¿Qué querían esos dos?

—¿Qué dos?

—Esos con los que hablaba.

—Me preguntaban dónde podían encontrar chicas.

Rió y volvió a dibujar en el aire la silueta de una mujer. Pero algo había cambiado en su actitud. Tenía prisa y se adelantó a Carvalho marcando el ritmo del retorno a donde habían dejado el coche aparcado. De vez en cuando, el chófer miraba hacia atrás y Carvalho comprobó que no sólo se volvía para ver si le seguía su cliente, sino para otear el inmediato horizonte, en el que Carvalho sólo sabía ver toneladas métricas de turistas de carnes rojas y atuendos irrepetibles. Con una sonrisa, el chófer le indicó que le esperara y se fue a un teléfono ambulante desde el que habló, gesticulando con la misma violencia que llevaban sus palabras. Volvió del teléfono preocupado y le dijo a Carvalho que tendrían un pasajero durante el viaje de regreso. De pronto una sombra de alarma cubrió el rostro del hombre y Carvalho se volvió a tiempo de ver cómo avanzaban entre la multitud los dos interlocutores a los que su chófer había amenazado con la pistola.

—Siga usted hasta donde está el coche. Yo he de hacer un recado.

Carvalho obedeció. Anduvo durante unos treinta metros y se volvió para ver cómo el chófer esperaba a los otros dos en mitad de la acera. Pero no tuvo tiempo de abordarlos. Cuando los dos que avanzaban de cara llegaron a su altura, otros dos le bloqueaban desde atrás, y entre los cuatro le obligaron a desplazarse hacia un callejón lateral donde desaparecieron. Carvalho dudó entre acudir en su ayuda o dejar que se las entendieran, en cualquier caso de nada le servía el coche sin el chófer porque la llave la tenía él. Pero Carvalho estaba desarmado y decidió no intervenir. Griterío y revuelo de personas que salieron corriendo del callejón movilizaron sus piernas y corrió hacia allí. Pasó entre un pasillo de gente hasta llegar a un cuerpo caído en el suelo sobre su propia sangre. Era el chófer, y no sólo le manaba la sangre de una herida abierta en el abdomen, sino también de los labios y otros puntos de la cara maltratados por una paliza implacable. Carvalho se quedó clavado y una presencia humana le rozó al rebasarle, le

susurró un "tranquilo" que le paralizó aún más y avanzó hasta el cuerpo. El hombre que le había tranquilizado se inclinaba hacia el herido, lo examinaba y se volvía dando gritos para que le ayudaran. Empezó a levantar el cuerpo y otros se sumaron a su acción, pero el herido salió del callejón sobre otros brazos que no eran los del provocador de la operación rescate. El recién llegado se acercó a Carvalho y le enseñó la llave que acababa de retirar del bolsillo del herido.

—He llegado a tiempo. Salgamos de aquí.

—¿Quién le envía a usted?

—Me llamó por teléfono hace un rato cuando vio que esto se complicaba.

—¿Para quién trabaja usted?

—Para madame La Fleur.

El hombre, al tiempo que daba explicaciones, empujaba a Carvalho y miraba a su alrededor. No salieron al paseo central, sino que recorrieron callejuelas traseras hasta llegar a la perpendicular del coche.

—Ahora corra detrás de mí.

Había sacado una pistola sin que Carvalho lo hubiera advertido y corrió calle abajo con ella por delante. Desembocaron en el paseo central, se abrieron paso entre los turistas en el tramo de treinta metros que los separaba del coche y saltaron dentro de él más que subieron. El conductor arrancó y dio media vuelta enérgica para orientar el vehículo en dirección opuesta a la ruta de Bangkok. A medio cumplir la maniobra, Carvalho tuvo tiempo de ver a un grupo de hombres que corrían por la acera en pos del vehículo. Dos de ellos eran los del pantalón corto y el otro, el más poderoso, con el cráneo al raso y una vitalidad cuadrada en su cuerpo maduro, a Carvalho le pareció que sólo podía ser "Jungle Kid".

—¿Era "Jungle Kid"?

—Sí.

—¿Pero no estaba en buenas relaciones con madame La Fleur?

—No sé nada. Son problemas entre jefes. Yo tenía que sacarle de este lío y llevarle a Bangkok.

—¿Y su compañero?

No contestó el hombre, obsesionado por terminar cuanto antes el viaje por el dédalo de caminos de barro que finalmente desembocaron en el cinturón trasero de Pattaya.

—¿Ha muerto?

—Sí.

—Nos perseguirán.

—No. Lo que querían conseguir ya lo han conseguido.

Locos de mierda, pensó Carvalho, pero agradeció la velocidad del coche, el mutismo del conductor, sus periódicos reojos a través de los retrovisores, y el propio Carvalho se recostó en el asiento de tal manera que dominaba el panorama de los coches que rebasaban y de los que intentaban inútilmente rebasarlos.

Cerró la puerta de la habitación del hotel con seguro. Abrió las dos maletas, la que había traído desde España y la que había comprado en el barrio chino. Colocó la mayor parte de equipaje en la maleta española y sólo el indispensable para dos días de viaje en la recién comprada. Bajó al "hall" y esperó a que se llenara de turistas vestidos de noche para acercarse al Bell Captain y explicarle que salía de viaje, que volvería al Dusit Thani y que quería dejar una maleta en el hotel. La explicación y cien baths convencieron al Bell Captain y Carvalho regresó a su habitación donde cinco minutos después vinieron a buscarle una maleta. Se sentía saturado de Mekong y hambriento, pero no quería salir del hotel y recurrió al "room service" donde sólo se ofrecía comida occidental. Pidió una ensalada de cangrejo, un "steak Sirloin" y fruta y se convenció una vez más de que no hay sensación de soledad superior que la de comer a solas en la habitación de un hotel. Comprobó el cierre de las puertas, puso la pipa de opio bajo la almohada y se dejó adormecer por otro capítulo de la historia de la virgen guerrera. Tras decidir que el sentido de la comicidad que había podido captar en el cine asiático era parecidísimo al de teatro parroquial de su infancia, se durmió.

Jacinto llegó cargado de eles y comunicó a Carvalho que eran cinco los expedicionarios del grupo que salían rumbo a Chiang Mai. Los otros cuatro ya estaban en la furgoneta que había sustituido al autocar. Eran dos matrimonios catalanes que acogieron sin inmutarse el parte político que les dio el guía:

—Se han hecho elecciones en España. Ganal pol mucha mayolía Felipe González. Socialista. Felipe González, socialista.

Comunicó o preguntó Jacinto. Los cinco aprobaron con la cabeza.

—¿Y Convergéncia i Unió? ¿Sabe usted lo que ha sacado?

La pregunta de una de las mujeres fue criticada por sus tres acompañantes.

—"I ara, Remei. Com vols que aquí sápiguen qué és Convergéncia i Unió? [Pero bueno, Remedios. ¿Cómo quieres que sepan aquí qué es Convergéncia i Unió?].

—Bé que está enterat del resultat dels socialistes" [Bien que sabe el resultado de los socialistas].

Jacinto asistía impertérrito a las muestras de prudencia e imprudencia histórica que se intercambiaban los catalanes.

—¿Y los comunistas?

Preguntó Carvalho.

—Nada. Nada. Pocos diputados. Cinco. Decil televisión.

—"Prepara't pels impostos, Quimet" [Prepárate para los impuestos, Quimet].

Exclamó una de las mujeres, y la otra lanzó una carcajada asfixiada, una carcajada de ahogada histórica que gasta los últimos segundos de su vida en reírse de su asfixia. El "Bangkok Post" aún no recogía los resultados de las elecciones españolas, pero se sumaba a las malas noticias de los comunistas informando que el ejército malayo había dado muerte a cuatro guerrilleros y que un matrimonio de activistas comunistas thailandeses, antiguos estudiantes de medicina durante los desórdenes estudiantiles de los años setenta, se había entregado a la policía después de haber pertenecido a diferentes expediciones guerrilleras infiltradas de Laos desde 1976. Carvalho enseñó la noticia a Jacinto.

—Muchos estudiantes ilse selva en mil novecientos setenta y dos y setenta y tles polque policía y militales matal.

A los catalanes no les gustaba que los militares thailandeses matasen a los comunistas, porque cabeceaban desaprobando y uno de los hombres comentó a Carvalho, en busca de complicidad:

—Eso tampoco, ¿verdad, usted?

—No. Eso tampoco.

Jacinto estaba diciendo que la popularidad de los militares había descendido en picado desde las matanzas de huelguistas y manifestantes, masacre consecuencia del miedo a que, tras la inminente caída de Vietnam, estallara en Thailandia una revolución nacional popular. El guía hablaba sin pasión, como si les estuviera diciendo dónde encontrarían los zafiros a mejor precio, dónde los masajes más sofisticados. "Un antiguo estudiante activista y su mujer, que se fueron a la jungla en 1975 y 1976, respectivamente, para unirse a los comunistas, se entregaron a la oficialidad del Comando de Operaciones de Seguridad Interior, ayer, en Bangkok, según informa una fuente oficial" era el comienzo de la información del "Bangkok Post". Huyendo de la persecución de militantes de extrema derecha, el estudiante había pasado por París, Pekín y finalmente Laos, desde donde fue enviado a combatir con las guerrillas del nordeste, en Phuphan, bajo el nombre de camarada Khem. La historia de la mujer era convergente. Huyó de Bangkok tras la masacre de rojos de 1976 y se había encontrado en la selva con él para combatir durante seis años y finalmente entregarse. Carvalho quitó palmeras al asunto, las sustituyó por abetos pirenaicos y su recuerdo se pobló de caras de héroes comunistas españoles, envejecidas caras, difusas ahora, como si fueran rostros de ahogados en el océano de la normalidad. Habían vivido en la jungla durante cuarenta años para llegar a cinco diputados.

Jacinto tuvo la iniciativa amable de coger la maleta de Carvalho mientras él saltaba de la furgoneta.

—Pesa poco. Poco equipaje.

—Me molesta viajar con mucho equipaje.

—Maleta demasiado glande pala tan poco equipaje.

Carvalho se encogió de hombros, recuperó la maleta y tuvo la sospecha de que el guía, mientras tramitaban el ticket de embarque hacia Chiang Mai, lanzaba de vez en cuando miradas de reojo al maletón lleno de aire, un neceser, una muda y un traje de baño.

Carvalho hizo el viaje a Chiang Mai rodeado de franceses acomodados y bien alimentados, no sólo con el rostro marcado por los niveles alcanzados por el buen vino que habían bebido a lo largo de toda una vida, sino diríase que, según la intensidad de las venillas lilas, podría descifrarse la marca y las mejores añadas consumidas. Desde la ventanilla, Carvalho contemplaba las feraces llanuras centrales, un arrozal continuado que se prolongaba hacia las montañas del norte y el fin de un mundo donde comenzaba otro, el país Shan y Laos, encontrándose ambos para cerrar el paso a Thailandia hacia China. Años atrás había hecho el mismo viaje y el Fokker se había llenado de nativos que volvían a casa con regalos de la capital, y a la vuelta los mismos nativos llenaron el avión de gallos encestados y bolsas de dariens recién cortados. Ahora franceses, japoneses, unos cuantos catalanes y thailandeses, equipados todos por la moda joven del Corte Inglés, pulcritud mesocrática que sólo desdecía una hermosa malaya de labios aputados. Escarbaba en el cabello de su marido en busca de piojos y los mataba con unas tenacillas "ad hoc" que había sacado de un bolso de piel de cocodrilo,

sin respetar la consigna del rótulo luminoso. Aconsejaba abrocharse los cinturones porque se iniciaba el descenso hacia Chiang Mai.

Mientras esperaba la aparición de su maletón, los vio venir. Primero creyó que los dos eran policías, pero al llegar a su altura uno de ellos llevaba la placa distintiva de la agencia. Era el guía, no sabía inglés pero hablaba en francés y le habían asegurado que los otros cuatro viajeros también lo entendían; en cuanto a su acompañante era el señor Chuapiboon que se ponía a disposición de Carvalho y le enviaba recuerdos de Charoen, con el que acababa de hablar por teléfono. El guía les informó que ya los esperaba una furgoneta para hacer la primera excursión: ir a ver trabajar a los elefantes y visitar un poblado mheo.

—Me gustaría mucho charlar con usted, señor Chuapiboon, pero también me interesa aprovechar el viaje y conocer algo del país.

—He previsto esta circunstancia y me he permitido sumarme a su excursión, así de paso podremos hablar.

Era un hombrecito vestido con un traje color crema, el mismo color que tenía lo que había sido blanco de sus ojos. El guía hizo el gesto de coger la maleta de Carvalho, pero él la asió a tiempo y solicitó pasar primero por el hotel para dejarla. No era posible. El equipaje podía depositarse en el fondo de la furgoneta y después de la excursión irían al hotel. Las mujeres catalanas se instalaron en la furgoneta lo más cerca posible del guía, al que interrogaron a partir de aquel momento en un nuevo idioma basado en el inteligente truco de empezar las palabras en catalán y acabarlas en francés. Con todo, el invento funcionó, por lo que se confirmaba la tesis de Enric Fuster de que el catalán se parece a todos los idiomas y quizá sea la raíz misma del indoeuropeo. En cuanto a los maridos, se dividían en dos, un hombre cauto que miraba y callaba y otro que comentaba cuanto veía a partir de la filosofía moral de que cuando volviera a su pueblo le iba a parecer mentira haber visto todo lo que estaba viendo. Es decir, la comprobación de que las palmeras existían le había conmocionado desde su llegada a Bangkok, así como la posibilidad de ver crecer la soja en los márgenes de los caminos o de descubrir que las orquídeas son los geranios de Siam, que los elefantes levantan troncos con la trompa y que por lo tanto Tarzán, Sabú no eran sueños de su infancia o cromos coleccionables, sino posibilidades de la realidad. El entusiasmo de aquel comerciante de pueblo era estimulante al lado de la cantidad de majaderías que Carvalho había oído en labios de españoles prepotentes, dispuestos a ver la basura de Asia sin recordar la mierda de España. El tendero quería que los demás compartieran su entusiasmo y los demás no sólo eran su mujer o sus amigos, sino el propio Carvalho, al que de vez en cuando recurría para que corroborara su entusiasmo ante las mujeres mheo vestidas de lagarteranas o ante las estampas bucólicas de los campesinos apacibles caminando por el borde de la carretera. Carvalho repartía su atención entre el entusiasmo pastelero: "Guaita, guaita, Maria! Mare meva. Sembla que ho somiñ" [¡Mira, mira, María, parece que lo sueñe!], y la cháchara parsimoniosa del policía que se le había sentado al lado.

—Como si se los hubiera tragado la tierra. Puedo demostrarle que no están aquí. Científicamente.

Añadió arqueando una ceja y convirtiendo uno de sus ojos en un rombo amarillo.

En la senda que llevaba a la explanada donde los elefantes iban a hacer la exhibición de su maestría, Carvalho se detuvo ante el trabajo de un joven sentado en cuclillas afanado en convertir los tacos de teca en elefantes sutiles, elefantes gacela si se comparaban con los millones de horribles elefantes "souvenirs" que se venden por todo Thailandia. El hombre tiene tal conciencia de la dignidad estética de su trabajo que se niega al regateo de los turistas, y Carvalho le compra un elefante fascinado por su habilidad manual, como le hipnotizan las carniceras diestras o los camareros que saben desespinar un pescado. La contemplación del trabajo artesanal convirtió la salmodia del policía en un paisaje sonoro que luego le acompañó a través de la pasarela al otro lado del do, donde los esperaban pedigüeños elefantes infantiles, sabedores de que eran portadores de bananas y ternura. Sus padres y madres estaban atados con grilletes a la espera del momento en que los domadores los meterían en el do y comenzaría el ritual de la limpieza ante la remesa de turistas: arena de río, cepillo, agua y piolet contundente para guiar la obediencia. Luego la demostración de acarreos de troncos y la insistencia del guía de que una vez terminada la exhibición los elefantes se iban a trabajar a las montañas, después de haber cumplido con su pluriempleo de elefantes actores, de gestos fingidos ante turistas dispuestos a recuperar el país de su infancia.

—Si me permite, he preparado un plan de acción que será la prueba definitiva de que los fugitivos no están en Chiang Mai.

—¿Lo ha consultado con Charoen?

—Desde luego, y está de acuerdo.

Todo consistía en que Carvalho debía exhibirse por las rutas turísticas más convencionales. Lo de hoy ya era un buen comienzo, pero a continuación debía someterse al calvario de recorrer las aldeas artesanales, la visita al poblado Karen, la ascensión por los doscientos noventa escalones que llevaban al templo Doñ Suthep, recorridos por el Mercado de Noche y, sobre todo, hablar con los conductores de pus–pus o con los taxistas y decir de dónde venía y que buscaba a unos amigos.

—Si están en Chiang Mai, darán con usted.

Terminado el show de los elefantes, la furgoneta siguió por la carretera asfaltada, y cuando se terminó continuó por un camino de tierra adentrándose en las montañas. Carvalho recordaba una excursión similar hasta un recóndito poblado mheo rodeado de campos de adormideras, en el que se podía comprar opio y pipas de opio. La furgoneta pasaba entre plataneras, matas de soja, cultivos de arroz de secano en busca de un poblado mheo donde ahora sólo podrían ver cómo bordaban las mujeres y otras muestras de artesanía. Los mheo, informaba el guía, proceden del sur de China, de Yunnan. Allí se habían dedicado al cultivo del opio desde siempre y, a raíz de persecuciones políticas y étnicas de fin de siglo, se desparramaron por el norte de Birmania, Thailandia y Laos, a donde llegaron con su vieja cultura del opio. En estos momentos, apostilló el guía, el gobierno thailandés les da facilidades para que saquen rendimiento económico de otros cultivos, algodón, por ejemplo, y de la artesanía, para que abandonen el opio.

—¿Es cierto?

El policía afirmó varias veces con la cabeza dispuesto a alejar cualquier duda del cerebro de Carvalho.

—Pero la droga sigue circulando y hay laboratorios clandestinos en todo el triángulo del opio donde se destila heroína del tres y del cuatro.

—No podemos llegar a todas partes.

—Y hay generales y ministros birmanos, thailandeses y antes laosianos metidos en todo esto.

—Ahora todo controlado.

—Pero se sigue produciendo.

—Pero todo controlado.

Insistía el policía.

Llegaron al poblado mheo y los asaltaron una banda de mujeres vestidas con trajes típicos y vendiendo pipas de latón y madera para fumar tabaco y opio, pipas estilete y pipas a secas, artesanas, baratas, ofrecidas en un inglés lleno de infinitivos y gestos. Cerdos pequeños y negros, niños que parecían haber sido dibujados al esmalte, mujeres diminutas y calladas sentadas a las puertas de sus casas montañeras frente al telar prehistórico o al bastidor más rudimentario. Ni un hombre joven, salvo el maestro indolente sentado en el alféizar de la ventana del colegio de donde sale la voz coral de los niños de esmalte cantando una canción francesa: "Sous les ponts d.Avignon".

—¿Por qué cantan en francés?

—Por aquí hubo mucho misionero francés en el pasado. Y no hace tanto tiempo.

Informó el guía. Los catalanes estaban divididos entre la admiración hacia sí mismos por haber llegado al triángulo del opio y la compasión ante las condiciones de vida de aquellas gentes. ¿Y los hombres? ¿Dónde están los hombres? El guía señalaba hacia las montañas.

—Están en los campos de arroz de secano.

—¿Y de opio?

Le preguntó Carvalho con una sonrisa cómplice.

—Opio, poco. Muy perseguido. Ahora ya no se cultiva tanto.

De regreso, los cuatro catalanes fueron dejados en su hotel y Carvalho en el Chiang Mai Inn. El policía le dijo en voz baja que sería conveniente que a partir de ahora no los vieran juntos para permitir la aproximación de Archit y Teresa. Por lo que Carvalho entró solo al hotel, ocupó la habitación, descendió a la piscina para zambullirse entre franceses veteranos que jugaban a bajarse el traje de baño dentro del agua mientras sus mujeres comentaban los éxitos o los fracasos desde sus gandulas. Tomó el poco sol que le quedaba a la tarde, volvió a la habitación, metió el neceser en una bolsa de plástico en compañía de la muda y del traje de baño, encerró la maleta vacía en el armario, colgó en el pomo de la puerta la cartulina del "No molesten" y salió del hotel dispuesto a ver y ser visto. Contrató un pus–pus y le dio cháchara al conductor, al que informó sobre la motivación fundamental de su viaje. Luego de recorrer el barrio de los plateros y el de los artesanos de teca volvió al centro de Chiang Mai y pidió que le dejaran en el Mercado de Noche, a uno y otro lado de Chiang Mai Road. A alguien se le había ocurrido abrir un restaurante alemán en las entrañas del Mercado de Noche, entre tenderetes de artesanías y encantes, juguetes para niños mheos

asomados a la bolsa dorsal de su madre, aparadores para puros birmanos, puros verdes de humo y sabor medicinal, instrumentos musicales de juguete, pedrería, abalorios, bandejas de bisutería de plata, pinturas indias sobre hules, gorros mheos de los que Carvalho compró uno para Fuster, lacas de Chiang Mai y de Birmania, mujeres de piel casi blanca, menudas, delicadas, de esmalte. Y cuando llegó la noche, Carvalho se dejó cazar por un taxista que pasó a su lado y le ofreció lo de siempre: chicas, masajes, chicos, lo que quisiera.

—Lo siento.

Le sonrió Carvalho.

—He de irme urgentemente a Bangkok.

—¿Ahora?

—Ahora.

—No avión. No tren.

—Lo sé.

El taxista saltó de su asiento y se fue hacia Carvalho. Él le llevaría a Bangkok. ¿Ahora? Ahora mismo, le daba tiempo incluso de ir al hotel a recoger su equipaje y mientras tanto avisaría a su familia. No, imposible. Carvalho tenía mucha prisa. Su mujer se había puesto enferma de pronto y quería llegar cuanto antes, además tenían que ponerse de acuerdo sobre el precio. Pero Carvalho ya se había metido en el taxi y el conductor había empezado a conducir, alucinado por lo que esperaba ganar con aquel viaje.

—Tres mil baths.

—Mil baths.

El regateo continuó antes y después de una breve despedida del taxista de su familia, sin bajar del coche, gritando desde el asiento a una mujer que se asomó a una casa de madera y hojalata. Por fin el cansancio mutuo ajustó el precio en mil setecientos baths y Carvalho se tumbó en el asiento trasero. Durante unos minutos contempló el perfil ensimismado del conductor, iluminado por el resplandor del ascua de puro birmano que Carvalho le había ofrecido. De vez en cuando el chófer tragueaba de una botella de estimulante de hierbas y miel. Parecía un fantasma amarillo que creaba su propia luz, la única luz en aquella carretera boca de lobo en la que apenas si se cruzaron con algún camión, antes de que Carvalho se durmiera imaginando el túnel que abrían en la recuperada verdad vegetal y animal de la noche. Un todo oscuro que caía sobre el coche intentando detener su carrera zumbante.

Le despertó el ruido del coche al frenar y culear. El chófer parpadeaba somnoliento y forcejeaba con el volante para no perder el control. Lo consiguió y se volvió hacia Carvalho ofreciéndole una cansada sonrisa. Le informó que habían dejado atrás Nakjon Sawaan, que ya estaban en la carretera número uno y que Bangkok no estaba lejos y si tenía algún interés en detenerse en Ayuthaya para conocer la antigua capital. Carvalho consultó un mapa y vio que Ayuthaya quedaba muy cerca del monasterio de Tam Krabok y que incluso ganaría tiempo utilizando el mismo taxi y desviándose en Sing Buri hacia Lop Buri, pero retornó a su proyecto primitivo de no dejar pistas directas, de entretener a Charoen atando cabos, y aunque tuviera que desandar lo andado, mantuvo el propósito de

llegar a Bangkok y allí cambiar de coche. Entraban en la capital cuando el taxista le preguntó que dónde le dejaba.

—Siam Center.

Nada más frenar ante las escaleras del centro comercial que rodeaba el hotel Siam, el conductor destapó otro botellín de estimulante, bebió un largo trago, salió del coche, hizo unas cuantas flexiones para desentumecerse y observó recelosamente el acopio de billetes que Carvalho estaba haciendo para reunir lo convenido. Cuando se le tendieron los mil setecientos baths, el taxista se lanzó a una lastimera perorata sobre la longitud del viaje, lo cansado que estaba, el viaje de vuelta que le esperaba. Carvalho quería cortar la situación y añadió otros doscientos baths que merecieron una sonrisa y un grave saludo ceremonial. Carvalho subió los escalones con rapidez, merodeó por las galerías comerciales y de repente aceleró los pasos. Cogió un taxi para ir al Monumento de la Victoria. Allí lo dejó por otro y negoció con el taxista una excursión al monasterio, en su condición de periodista italiano que quería hacer un reportaje sobre la recuperación de drogadictos. Al parecer Tam Krabok era un tema de debate nacional, porque el taxista le explicó la historia de aquellos santos hombres, dos hermanos, que dirigían el monasterio hospital.

—Lo han hecho todo de la nada. Sólo disponían de un terreno que les cedió un general.

—¿Otro general?

—Sí, un general de aviación. Son dos santos. Primero eran policías y luego se hicieron monjes. Yo también fui monje unos meses, pero no tenía vocación y lo dejé.

El tema provocó que Carvalho a partir de entonces detectase azafranados monjes entre la multitud, con su escudilla para recoger limosnas que no solicitaban.

—Y a veces, según quién se las dé, no las aceptan.

Carvalho empezaba a estar harto del paisaje de los alrededores de Bangkok y el viaje hasta Saraburi se le hizo larguísimo. No llevaba nada en el cuerpo desde el día anterior y ordenó al taxista que se detuviera en un restaurante de carretera para comer algo, un curry de pollo con arroz blanco y plátanos envueltos en sus propias hojas y asados. Llegaron al monasterio a las tres de la tarde, cruzándose el coche con asilados vestidos con blusa y pantalón rosa que llevaban cubos vacíos.

—Ésos están a punto de salir.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por el color. Cuando entran van de blanco. Luego de blanco y rosa y cuando están casi curados, de rosa.

Nada que pudiera parecerse a un monasterio ni a un hospital. Un amontonamiento de construcciones funcionales, de la madera al ladrillo, pasando por el cemento y la lata, integradas en el esplendor vegetal del trópico, sin que a simple vista pudiera distinguirse lo que era zona sanitaria de lo que era lugar de rezo o de servicios. También había una cierta sensación de mezcla entre los azafranados monjes y el personal subalterno de ambos sexos entregado a una tarea lenta, tozuda, que unas veces se concretaba en las obras de construcción de un nuevo pabellón frente al que se apilaba una montaña de piedras y en la cima un monje joven con un martillo con el que iba troceando pacientemente las

piedras que conformaban la montaña que le sostenía, otras en la recogida de aguas de silos cisterna, o en el trajín de la cocina al aire libre, sin otra cobertura que un techado de paja. Monjes de edad imprecisable, ancianos con cestos en la cabeza descendiendo con artrítica parsimonia por el camino fangoso, niños correteando detrás de perros famélicos, una joven madre con una mano en el puchero, la otra meciendo al bebé en la cuna y alejándole las moscas azules, pobreza limpia de misión social, un Pozo del Tío Raimundo de Asia. El monje que salió al encuentro de Carvalho era el secretario del prior, llevaba un tatuaje barroco en el brazo y lanzó un salivazo largo, lánguido, rojo por el betel sobre una plantación de orquídeas alimentadas con el abono de las cortezas de coco. Era un hombre de edad tan indefinida como apacible en sus gestos ayunados. Estaba orgulloso de poder explicar a Carvalho lo que allí se hacía y empezó desde el principio, desde el momento en que llegan al monasterio seres prisioneros de la droga con deseos de curarse. Se desnudan, entregan cuanto llevan y reciben a cambio una tarjeta verde o rosa, según hayan llegado con o sin dinero. Es su carta de identidad. A partir de ese momento entran en un mundo donde no existe el dinero y donde rezarán, beberán infusiones de hierbas, vomitarán y lo que no pueda el asco lo podrá el consuelo de la oración. Hasta disponen de estadísticas: el año con menos ingresados, 1970, y el de más, 1ifc. De doscientos noventa a siete mil, no hay ninguna razón que lo explique, porque en 1982 ya llevamos casi mil doscientos ingresos. Allí están los ingresados. En una gran nave común dividida en dos zonas, la que ocupan los de la primera fase de la curación y la de los de la segunda. Sobre unas tablas cabalgantes sobre una trama de listones, cuarenta o cincuenta cadáveres amarillentos se sientan en cuclillas o se convulsionan o se rebozan en mantas de borra para alejarse de un feroz frío interior y contemplan al extranjero mirón de su ruina a través de unos ojos de cristal opaco. Al frente de aquel pabellón hay un monje veterano, fuerte, malencarado, que contrasta con la dulzura del monje tatuado.

—Luego le presentaré al prior.

Le dice en voz baja a Carvalho.

—Por favor, me han hablado de un monje que está aquí y le traigo un saludo de sus familiares. Se llama Chin Ramsun.

El brazo tatuado se alza y señala hacia el monje que sigue achicando piedras desde lo alto de una montaña que él mismo ha elaborado.

—¿Puedo saludarle?

Se inclina el monje tatuado y se retira. Carvalho va hacia el pertinaz picapedrero dotado de un instinto de piedra que le permite acertar cada vez que el martillo desciende como un rayo lento. desde la base de la montaña, Carvalho grita su nombre. El martilleo se detiene y sobre Carvalho cae la mirada penetrante y recelosa de Asia.

—Quisiera hablar con usted.

El monje se alza en su estatura de álamo y desciende con un cuidado que evita el desmoronamiento de las piedras. Carvalho teme por la suerte de las plantas de sus pies descalzos, pero el descenso se realiza con precisión de experto. Es un monje alto, de cabeza ovoide, de músculos largos y ojos amarillentos por el ayuno el que se inclina ante Carvalho y asume el tono de confidencia de sus palabras y el inicio de un paseo que los aleje de donde aguarda el monje tatuado.

—Me ha dado su nombre la madre de Archit.

Carvalho le cuenta su viaje, los pasos que ha dado, el encuentro con los padres de Archit, la estratagema del viaje a Chiang Mai, la seguridad de que Charoen no le ha detectado y la necesidad que tiene de encontrar a Archit y la mujer, ahora que con toda seguridad no le sigue nadie. El monje escucha con atención y luego comenta con aparente desintencionalidad en la voz y los gestos.

—Me doy por saludado y le rogaría que continuara su visita. Sería sospechoso que ahora sostuviéramos una larga conversación usted y yo. Cuando termine la visita pediré permiso a mis superiores para ir a Saraburi a comprar algo que necesito y a usted para que me permita ser un pasajero más en su taxi.

Pero Carvalho necesita un anticipo de expectativa y antes de fingir la despedida y volver con el monje tatuado, le solicita:

—Dígame, al menos, si sabe dónde están.

—Creo saberlo.

El secretario tatuado retoma a Carvalho y le conduce hacia el pabellón más grande construido en obra, ante el que charla un monje con tres o cuatro operarios. El introductor pone las dos rodillas en el suelo, se inclina sobre sus manos unidas, se levanta y dialoga con el otro. Luego invita a Carvalho a que se acerque y el detective se limita a saludar al prior con una inclinación de cabeza. Es un hombre fuerte que también lleva el amarillo del ayuno en sus ojos y el vigor en las púas de sus cabellos negros y blancos cortados al raso. Fuma con soltura un cigarrillo rubio americano que ha sacado de un paquete oculto entre los pliegues de su túnica, e invita a Carvalho a que visite el lugar donde está recopilando el cancionero tradicional de Thailandia y de otras partes del mundo. Penetran en el gran pabellón, se descalzan y suben por unas escaleras de granito y pasamanos de plástico para llegar a una nave compartimentada por falsos muros de contraplacado pintados de marrón. Predominan los aparatos de acústica y los ficheros de viejas oficinas desguazadas de los que el prior empieza a sacar partituras que él mismo ha escrito en caracteres de música occidental, que compara ante Carvalho con transcripciones de las bandas sonoras en cintas abobinadas colgantes de barras de hierro.

—Aquí hay más de cien mil canciones de todo el mundo.

Dice el prior con un orgullo refrenado por la humildad búdica, humildad que no comparten los otros monjes, que ensalzan ante Carvalho la hazaña cultural de un hombre que hace tres años no sabía música y que no tiene otra ayuda que un viejo pianoforte. En estos momentos las canciones del prior de Tam Krabok son famosas en toda Thailandia, informa el monje tatuado y, a continuación, ruega a su jefe que le enseñe a Carvalho alguna canción italiana que haya recopilado. Con la seguridad del que domina el asunto, el prior tira de un cajón y casi a primera vista escoge una ficha que entrega a Carvalho. "Una picolíssima serenata". Mientras tanto, dos monjes jóvenes han puesto en marcha una reproductora de casetes y empiezan a sonar las canciones autóctonas del prior. Carvalho cree haberlas oído en todas partes, pero tal vez sea un contagio del efecto óptico sobre el auditivo, tal vez la misma sensación de vivir entre gentes iguales se prolonga en la de creer oír siempre lo mismo. Alaba Carvalho el trabajo, la paciencia y los medios rudimentarios de los empeñados en hacer posible la obra del prior y su comentario merece una mirada de agradecimiento

del hombre santo. ha desaparecido el envaramiento de sus gestos e incluso coge a Carvalho por el brazo mientras avanzan hacia la salida y le comenta que él conoce Italia de sus tiempos de marino. Primero fui marino y luego policía, dice el prior. Luego fui simplemente un hombre entre los hombres que descubrió lo que Buda llamó "el sentido analítico de la producción condicionada". La existencia condiciona el nacimiento y el nacimiento condiciona el dolor, la vejez y la muerte. Contra la vejez y la muerte no se puede luchar, pero contra el dolor sí, sobre todo cuando el dolor depende de la voluntad. Aquí luchamos para que, en unos seres destruidos, desaparezca la voluntad del dolor confundido con la voluntad del placer.

Era el mensaje final y, tras la recomendación de que publicase lo que publicase le enviara un ejemplar del periódico, el prior se marchó hacia otra de las dependencias del monasterio y el monje tatuado acompañó a Carvalho hasta el camino de salida. Allí les esperaba Chin Ramsun, quien humildemente se dirigió al monje secretario y entabló con él un diálogo que provocó un cierto embarazo en el tatuado.

—El hermano Ramsun tiene necesidad de ir hasta Saraburi para adquirir algunas mercancías. ¿Tendría usted algún inconveniente en llevarle en su taxi?

Carvalho aceptó procurando poner más generosidad que entusiasmo en sus gestos y en sus palabras.

—Por cierto. ¿El reportaje que usted va a escribir va a salir sin fotos?

Carvalho asumió lo irregular del comportamiento de un enviado especial que realiza un reportaje sin el acompañamiento del fotógrafo.

—Lo había olvidado. Mi fotógrafo es un profesional alemán que reside en Bangkok y hoy no ha podido desplazarse conmigo. Vendrá por aquí en el plazo de cinco o seis días y le ruego que sean tan amables con él como lo han sido conmigo.

—Será bien recibido.

Dijo el tatuado con una rotunda inclinación del cuerpo que Carvalho trató de imitar al tiempo que retrocedía hacia el taxi. Tuvo tiempo de advertir a Ramsun que no hablase en presencia del taxista, quien se puso de rodillas y se inclinó sobre sus manos unidas cuando vio que el monje iba a subir a su coche. Salieron a la carretera general y Carvalho pidió al conductor que se detuviera en el primer bar que encontrase porque estaba sediento. Así hizo, y Carvalho y el monje se instalaron ante una mesa desvencijada sobre la que un niño descalzo puso una cerveza para Carvalho y un vaso de agua para Ramsun.

—Hace una semana, Archit me hizo llegar un recado. Necesitaba verme. Nos citamos en el campo, a medio kilómetro del monasterio y acudió a la cita con esa mujer a la que usted llama Teresa. archit y yo somos hermanos de leche. Mis padres eran campesinos del nordeste, como los de Archit, mi madre murió al nacer yo y me crió la madre de Archit. Antes de ser monje yo llevé muy mala vida, fui uno de los que ingresaron en el monasterio hospital para desintoxicarme y luego me quedé para hacerme monje. Quiero decirle que conozco el mundo en el que se mueve Archit porque de alguna manera sigue siendo mi mundo y que conservo sobre él el ascendiente de haber sido uno de sus protagonistas y el de ser ahora un hombre santo. Archit y la mujer estaban desesperados. Se sentían solos frente a la policía, a la persecución de los del "Mañ pen rañ" y, sobre todo, a la persecución de "Jungle Kid". No podían escapar a través de Bangkok, ni por las fronteras de Laos o Camboya, que están cerradas desde hace cuatro o cinco años.

Tampoco podían intentar cruzar la frontera clandestinamente y luego quedarse en países como Laos o Camboya, donde su caso no habría sido comprendido y habrían ido a la cárcel o habrían sido repatriados. Tampoco es segura la frontera de Birmania. En fin, les aconsejé que se fueran a un lugar un poco insólito durante unos días y que luego trataran de cruzar la frontera hacia Malasya, llegar a Penang y desde allí a Singapur y Europa. Había que solucionar dos problemas: el de su identidad y el del lugar donde esperar. Para lo primero, les remití a un amigo mío en Bangkok y, para lo segundo, les sugerí una isla del golfo de Siam, Koh Samui, que yo conocía porque hice el noviciado en el monasterio del Gran Buda del Mar, junto a la playa de Bo–Phut. Koh Samui está todavía fuera de las rutas turísticas, apenas si hay policía y la que hay es tolerante porque acostumbra a ir un turismo de gente joven, de lo que queda de eso que ustedes llaman "hippies". Les dije que esperaran allí unos días y que luego cruzaran la frontera malaya por Sadao.

—O sea que ahora están en Koh Samui.

—Lógicamente, estarán en Koh Samui todavía y dentro de unos días tratarán de llegar a Sadao.

—¿Hay avión hasta Koh Samui?

—No. Y es mejor que así sea. El pasaje de los aviones es fácilmente controlable. Hay que ir en tren hasta Suratani, allí coger un taxi hasta el puerto de Ba Don y luego unas tres horas de barco hasta llegar a Koh Samui.

—¿Y eso no es una ratonera?

—A veces para huir de una gran ratonera hay que meterse en una pequeña ratonera.

—¿Cómo puedo llegar a Koh Samui sin que Charoen y los del "Mañ pen rañ" se enteren?

—Le daré mi contacto en Bangkok para que le ayude en los problemas de identidad y en la reserva del tren.

El monje se levantó y fue hacia el excusado, para volver minutos después e invitar a Carvalho a que le siguiera hasta el taxi. Cuando estuvieron acomodados y de nuevo en marcha, le puso en la palma de la mano un pedazo de tela desgarrado de su túnica, dentro del cual Carvalho adivinó la presencia de un papel.

—La tela es para que se la entregue usted a mi amigo.

En Saraburi las despedidas fueron rápidas y los ojos de Chin Ramsun no expresaron ninguna conmoción especial cuando dijo:

—Nosotros creemos que el deseo, el odio y el terror encienden el mundo. Así ha sido siempre y así será siempre. Archit es una víctima del deseo, del odio y del terror y morirá como una víctima. Lo siento porque le amo, porque amo a su madre. Pero no olvide usted mis palabras.

Carvalho no las olvidó y le ayudaron a distanciar la cháchara del taxista empeñado en demostrar todo lo que sabía de Tam Krabok.

—¿Les ha visto vomitar en público? No. Claro. Es por la mañana. Se pone cada enfermo delante de un cubo, se arrodilla, toma las hierbas y vomita en el cubo, en el jardín, delante de todos.

—Pero qué boba eres, qué bobita eres.

Rosa Donato dio un leve empujón a la muchacha para que quedara en el centro del recibidor a la vista de Marta Miguel.

—Es muy tímida, demasiado tímida. Marta, ésta es Merche, que desde ahora será mi secretaria, mi mano derecha.

Marta Miguel besó a la muchacha en las dos mejillas y dio un paso atrás para abarcarla de arriba abajo.

—Qué mona.

—Y muy inteligente. Pero pasa, que ya han llegado las otras y el pelma de Juli Rigol, que ya está borracho. ¿No le conoces? Es ese pintor de caballos que se casó con la trapecista.

Atravesó Marta el dintel que separaba el recibidor del "living" dividido en dos zonas de estar, la una para la música y la otra para la lectura, porque a mí me gusta mucho leer, me chifla leer, insistía Rosa Donato acentuando el hociquillo y con él las arrugas convergentes en los labios.

—Sírvete algo, Merche, a ver si te animas. La veis así, pero luego en los negocios es un hurón, peor que yo.

Merche se rió de su propia maldad. Para Marta Miguel estaba demasiado delgada, se acercaba demasiado al modelo Audrey Hepburn, en el que siempre se habían movido las apetencias de la Donato, salvo en el caso de su larga pasión por Celia Mataix.

—No es un "party" normal. Aquí tenéis a dos sospechosas de asesinato, Marta y yo. Qué pesada la policía, oye tú, qué pesada.

La traductora de novelas feministas, la ganadora del premio de novela breve más importante de la literatura murciana, el viejo pintor de caballos y su mujer ex trapecista se rieron ante la ocurrencia de Rosa Donato.

—Y usted ¿dónde estuvo el día de autos? Qué tontería, si no era día, que era noche. Qué pesados oye tú y con Marta, pobre Marta, es que se pasaron, como fue la última. Venga a beber, que no decaiga, hoy celebramos el fichaje de Merche, que es una joya.

Llenó las copas de champán Juvé y Camps Reserva Familiar y anunció que si querían otro un pelín más seco, seco del todo, seco de secante, tenía a su disposición un Brut Nature Torelló excelente. Se alzaron las copas y el pintor exclamó: Por Merche. Por Merche, secundaron los demás y bebieron mirándose entre sí, pero sobre todo Rosa a Merche y Marta a Rosa. La recién introducida se sentó en el sofá y Rosa junto a ella. Primero le puso una mano sobre una pierna, luego pasó un brazo por sus hombros y finalmente la obligó a ofrecerle la cara y la besó en los labios.

—Estás guapísima.

—Sí que lo está, sí.

—¡Qué casa tan bonita tienes, Rosa!

Comentó la ex trapecista, que, a juzgar por su evidente deterioro físico, sin duda se habría caído más de una vez del trapecio.

—Cuatro cosas pero buenas. Y eso, gracias a que, desde la tienda, pues sé lo que es una oportunidad y lo que no lo es. Y que me lo gasto todo en la casa y en mí misma. ¿Para qué tener dinero? Ya habéis visto. Ahora los socialistas.

—Pues yo he votado socialista.

Dijo la novelista.

—Y yo también.

Añadió la traductora. La ex trapecista había votado socialista, y su marido y Marta Miguel. Rosa Donato se echó a reír y se atragantó.

—¡Qué gracia! ¡Y yo también!

Todos habían votado socialista.

—Yo me dije, mira que sea lo que Dios quiera. Para mí, fue como la ruleta rusa. No sé si lo harán mejor, pero sólo con que no lo hagan peor que los otros ya me conformo.

—Es que a mí Guerra me encanta.

—Felipe es un buen chico, pero Guerra es un genio, se le nota una cosa, una cosa que... en fin, demasiado para el cuerpo como se dice ahora.

Merche iba mirando a unos y a otros, aceptaba y repartía champán.

—Lo extraño es que aquí en Barcelona no se ha notado alegría por la victoria socialista. El otro día salía un artículo muy bueno sobre este tema, de Esther Tusquets, en "La Vanguardia".

—Ya lo leí, pero como ella es suquera, pues las ganas o la rabia.

—No, sea lo que sea, el artículo era bueno. Es cierto, aquí no hubo la alegría que hubo en Madrid.

—Toma, porque los socialistas catalanes saben que las elecciones se las ha ganado Felipe González y eso tiene un precio.

—A mí que no me toquen Catalunya.

Alzaba la voz el pintor.

—Porque por delante de todo soy catalán.

—Yo por delante de todo soy mujer.

Le cortó la Donato.

—Mujer catalana.

Insistió el pintor con tozudez etílica.

—Toma y euroasiática. Ay, Martita, nena, que me parece que estos comilones no te han dejado canapés.

—Había pocos.

Dijo con suicida sinceridad la ex trapecista.

—Qué dices tú ahora, si había casi tres kilos. Martita, mira en la nevera a ver si encuentras algo. Anda, Merche, acompáñala.

Salieron las dos mujeres una detrás de la otra y, tras ellas, la voz de la Donato.

—A no perderse, ¿eh?, que la casa es grande.

Marta se indignó.

—¿Qué se habrá creído ésa?

—No le hagas caso, es una bromista.

Merche tenía una vocecilla del tamaño de los huesecillos de su cuerpo. Abrió la nevera y se inclinó. Marta le vio el cuello sedoso, los rizos negros escapándose

de la contención del peinado y le puso una mano sobre la espalda, suavemente, como para secundarle el gesto. A su espalda sonó la voz de trueno de la Donato.

—Esa mano.

Marta dio un respingo y se volvió para ver venir a una airada Rosa Donato.

—Que ya lo sabía yo, que tienes las manos ligeras, demasiado ligeras.

Apartó la Donato a Merche y cerró la nevera de un portazo.

—Venga, tú al salón y tú a donde quieras.

Desde la puerta, una feroz Rosa Donato ladró:

—Cuidado con las manos, que luego te pasa lo que te pasa.

—Pero, ¿quién te has creído tú que eres? ¿La reina de Saba?

La Donato no quiso dejar cabos sueltos y volvió a entrar en la habitación para acercar su cara a la de Marta y decirle con voz sofocada.

—Lo que me pago yo me lo como yo, ¿te enteras?

—Pero, ¿qué chorrada es ésa? Me he limitado a hacer un gesto cariñoso.

—Pues se los haces a tu madre, que buena falta le hacen.

Marta pegó una bofetada en la cara de Rosa, que fue inmediatamente devuelta. Se quedaron frente a frente y fue Marta la que dio la espalda y se fue en busca de la salida, seguida por la implacable mirada de la Donato. Marta Miguel no se dio cabal cuenta de lo que había sucedido hasta que salió de la casa para atravesar el jardín con piscina de aquella pequeña comunidad de vecinos de lujo, y el frío de la primera noche de noviembre balsamizó el calor del champán y el de la bofetada. Sentía una rabia total contra sí misma y contra la Donato, una rabia que la convirtió en una imprudente conductora de su viejo Seat127 en dirección al centro de la ciudad. Recorrió Vía Augusta de un tirón, favorecida por los semáforos y se lanzó por la calle Balmes tumba abierta hacia la plaza de Catalunya y las Ramblas. Aparcó el coche en los alrededores de la iglesia de Santa Mónica y sus piernas cortas y fuertes llenaron la noche de taconeo de percusión. Sus pasos se dirigieron hacia la casa donde vivía Charo y ante ella se quedó, de nuevo calibrando su estatura, pero esta vez llegó la decisión y se acercó hasta la puerta para pulsar allí el llamador automático. Tardó en contestar una voz de mujer:

—¿Quién es?

—¿Es usted Charo? Soy Marta, una amiga de Pepe. Tengo urgente necesidad de hablar con usted.

—¿Pero a estas horas? Son las dos.

—Es urgente.

—¿Le ha pasado algo a Pepe?

—Es urgente, se lo ruego.

—Está bien. Suba.

El sonido del abridor automático pareció un estremecimiento.

—Es que no son horas.

Dijo Charo con la alarma en los ojos cargados de sueño y de rímel corrido. Llevaba un salto de cama casi transparente y Marta Miguel captó la colilla de habano que contenía el cenicero del pequeño "living" a donde fueron a parar y la botella de whisky, los dos vasos con los restos de agua teñida por el alcohol de los cubitos disueltos.

—No sabe cuánto lo siento, pero su amigo está de viaje y necesitaba hablar con usted. Se marchó con tanta rapidez. Ya le pregunté a su socio.

—¿Qué socio?

—Un chico delgadito, calvo, con el pelo así...

—Biscuter. Bueno, su socio, está bien. ¿Y qué le dijo él?

—Que tal vez usted sabría algo.

—Pero él me lo dijo por teléfono, delante de usted, ahora recuerdo, y le dije que no me había dicho nada.

—Pensé que contestaba usted por discreción, pero que si le forzara a recordar...

—No me dijo nada de usted, ni de usted ni de nadie. No me habla de su trabajo, sólo cuando me necesita y últimamente no sé donde para, porque nos vemos muy poco.

Charo se dio cuenta del abatimiento de Marta.

—Bueno, no se ponga usted así. Tome una copa.

—La he despertado.

—Ahora ya no hay quien me duerma y una copa me sentará bien.

Charo instó a Marta a que se sentara. Fue a la cocina a buscar dos vasos limpios y cubitos de hielo. Cuando volvió encontró a Marta con la cabeza reclinada sobre el respaldo del sofá y el antebrazo sobre los ojos. Retiró el brazo cuando oyó el tintineo de los cubitos en los vasos, empuñó un vaso y se llevó el helor del cristal a los párpados cerrados, como si le aliviara el dolor de los ojos convertidos en tumores.

—¿Qué le pasa? ¿Se encuentra mal?

Marta Miguel llevaba despeinados los cortos cabellos no muy limpios. El cansancio, la bebida, la jaqueca acentuaban la asimetría de sus facciones, el brillo de sus labios caídos, la estampa de animal de tercera clase cansado de sí mismo.

—A ellos nunca les pasará nada. Son tan brillantes. Tienen tanto dinero. Tantos amigos.

—¿De quién habla?

—De ellos.

Y el brazo en ángulo de Marta Miguel abarcaba una no delimitada tribu de triunfadores a la que sin duda ella no pertenecía.

—No les conoce. O quizá sí, porque son todos iguales. ¿Ha oído usted hablar del crimen de la botella de champán? ¿De esa mujer que apareció asesinada en su casa, de madrugada?

—Sí. Lo he leído. Por encima, pero lo he leído. ¿Lleva el caso Pepe?

—No. Lo llevo yo.

Y se echó a reír.

—Vaya si lo llevo yo.

Desde su divertimento intransferible, Marta Miguel estudió la reacción de Charo, de aquella morenita de ojos grandes y labios carnosos, con ojeras y patas de gallo.

—Yo estaba allí la noche del crimen. Era una fiesta en torno de Celia, la que murió. Celia era muy amiga de Rosa Donato, a la que acabo de mandar a la mierda. Era una fiesta horrible, llena de cursis, pero la daba ella, estaba ella y yo había suspirado años y años porque llegara aquel momento. ¿Vio la foto en el periódico? No le hacía justicia y eso que ya no era ninguna niña, ya era una mujer como yo, de cuarenta para arriba. Era rubia, tenía un pelo precioso, la cara de muchacha florentina –no sé por qué digo esto, tampoco sé muy bien cómo son las muchachas florentinas–, un cuerpo largo, que se movía como la música, una piel de lujo, de lujo, de melocotón dicen los escritores. Creo que se había hecho más hermosa con los años. Cuando era una muchacha también lo era, pero le faltaba el encanto de una cierta decadencia, eso es, de una cierta decadencia. Se estaba pudriendo, Celia Mataix, como yo, como la Donato, como usted. Pero ella se pudría desde la belleza absoluta. La recuerdo como si la estuviera viendo, hace veinte y algunos años, en la universidad. ¿Usted ha ido a la universidad?

—No.

—Siempre llevaba una rosa fresca y unos jerseys de cuello cisne que yo nunca he podido llevar, entonces porque eran muy caros y ahora porque soy cuellicorta. Viene de familia. Mi padre también era cuellicorto y mi madre, pobrecita, también. Tengo a mi madre inválida. Sólo tiene ojos y piel, la pobre.

—Cuánto lo siento.

—Usted lo siente porque tiene buen corazón. Pero ellos no lo sienten. No necesitan tener sentimientos. Tienen razón, porque desde niños han sabido que el mundo estaba hecho a su medida y bastaba con entenderlo desde sus propios intereses. Ella era igual, me refiero a Celia, pero tenía un no se qué de frágil. No era un tiburón. Era frágil. A veces les sale gente así, parásitos que alimentan y ocultan para que no haga el ridículo la clase social o la raza, porque ya son una raza, vaya si son una raza. Una clase social tan cínica, tan dominante, acaba convirtiéndose en una raza y te lo escupen a la cara, palabra a palabra, gesto a gesto: no eres de los nuestros, aunque tú valgas cien veces más que ellos y te hayas roto los codos para saber tanto como ellos, lo mismo que ellos, más que ellos. Pero por mucho que aprendas, nunca llegarás a saber lo que verdaderamente les distingue, una capacidad de aprecio a sí mismos y de relativización de lo ajeno para la que nosotros no estamos dotados. Por muy fuertes que consigamos ser, aunque tengamos dinero, incluso cultura o poder, seguimos pidiendo perdón por haber nacido.

—¿De quién habla?

—De ellos. De esa gentuza.

—¿Qué tiene que ver mi Pepe con todo esto?

—Él me buscó porque estaba interesado en el crimen y cuando me encontró no me hizo ni caso, al contrario, lo dejó correr todo.

Marta Miguel se bebió un segundo whisky. Levantó el vaso brindando silenciosamente por Charo y lo vació en dos tragos. Veía a Charo a través de una cortina de humedad inexplicable y le parecía una chica bonita, más cerca de los cuarenta que de los treinta.

—No permita que su Pepe la deje tan sola. Es usted joven y muy guapa.

—Gracias. Bueno, me quejo, pero él tiene su trabajo y yo el mío.

Marta se volcó hacia adelante y puso una mano sobre una rodilla de Charo que había quedado al descubierto por un vencimiento del salto de cama. Charo miró la mano y luego el rostro abotargado de Marta, donde campeaba una sonrisa lasciva y boba. Apartó la rodilla, pero la mano la siguió, como si fuera una ventosa. Charo cogió la mano de Marta y la apartó.

—Lo siento, señora, pero no me va la tortilla.

Marta quedó con la mano en el aire un instante. Luego la replegó a su posición de partida y suspiró.

—No le va la tortilla.

Se echó a reír.

—Las cosas claras. Un whisky más y me voy, se lo juro.

—Que no me vaya la tortilla, no quiere decir que la eche.

—Pasaba por aquí, sólo he venido a saludarla.

Reía su propia gracia.

—Y lo peor de todo es que no puedo hacer nada contra ellos. Son invulnerables.

—Mañana verá las cosas de otra manera. Necesita descansar. ¿Cómo ha venido hasta aquí?

—En coche. Tengo coche.

Añadió con satisfacción exagerada.

—Soy el primer miembro de mi familia que tiene coche.

—No está como para conducir. ¿Quiere que llame un taxi?

—Tengo coche y volveré a casa en coche.

Exclamó fieramente Marta Miguel al tiempo que se ponía en pie, dispuesta a impedir que Charo le quitara el derecho a conducir su coche. Avanzó hacia la puerta con zancadas de fingida seguridad y una vez allí adelantó los labios para besar una mejilla de Charo.

—De todas maneras, gracias. Usted me comprende. ¿Podremos ser amigas con el tiempo?

No esperó la contestación. Abrió la puerta de par en par y la cerró con estruendo tras ella. Hizo un esfuerzo por contener el vómito hasta llegar a la calle. Pero brotó como un surtidor agriado en cuanto el ascensor inició el descenso.

"Busque a Khao Chong en el embarcadero del Oriental. Él sabrá qué ha sido de nuestros amigos y le ayudará a encontrarlos". Carvalho memorizó la nota y por si se le borraba el nombre del contacto se lo apuntó con bolígrafo en la muñeca bajo la caja del reloj. Llegó al embarcadero del Oriental sobre el gran Chao Phraya, que ya llevaba la noche a cuestas, pero Khao Chong estaba allá como jefe de la oficina de contratación de barcas navegantes por los canales, tumbado en una hamaca demasiado grande para su cuerpo pequeño y delgado y aventándose con un pai pai de paja. Carvalho le dio el retal del vestido de Chin Ramsun y el

viejo se incorporó como si le hubiera dado el plano del tesoro del capitán Kid. Se metió en una cabaña de madera e invitó a Carvalho a que le siguiera. Carvalho repitió su historia y el consejo que le había dado Chin Ramsun. Necesitaba localizar a Teresa y Archit y llegar hasta ellos antes que todos sus perseguidores.

—Vaya donde vaya tendrá que registrarse en los hoteles y Charoen le localizará o el mismo "Jungle Kid". Necesita un pasaporte y un visado de los que extienden al entrar en el país. ¿De qué nacionalidad lo prefiere?

—Italiano.

—Mañana por la mañana, aquí.

—¿Dónde están Archit y Teresa?

—Mañana por la mañana lo sabrá y le daré los medios para llegar hasta ellos. Necesitaré dos mil baths y el pasaporte para copiar la foto. ¿Dónde va a pasar la noche?

—¿Hay algún hotel donde no me pidan la documentación?

—Los que no la piden son los peores. A la media hora tendría usted a Charoen o "Jungle Kid" allí. Quédese aquí.

El viejo le señaló una colchoneta en el suelo.

—Le traeré algo de comer y agua.

Se marchó y volvió media hora después con una botella de agua mineral y dos bocadillos de pan inglés con ensalada, mayonesa, atún y pimiento morrón picante.

—Si se aburre le puedo enviar a una chica.

—No podría hacerle los honores convenientemente.

Carvalho abarcó la poquedad de todo lo que exhibía el local.

—Una bonita chica, muy limpia, muy sana y sabrá comprender.

Carvalho se imaginó aquella barraca llena de gemidos artificiales y negó rotundamente.

—Si todo va bien, podrá abandonar Bangkok mañana a las cuatro de la tarde. Pero he de darme prisa. Le aconsejo que no salga, no se deje ver. El embarcadero del Oriental es un punto muy concurrido.

—¿De noche también?

Rió su anfitrión reservándose el sentido final de su risa.

—De noche el público cambia. Salen los ricos de Bangkok y sus invitados extranjeros. Pasear por el río en barcazas con músicos, comida, bebida, chicas bonitas es un placer que usted debiera probar en mejor ocasión.

—Algún día volveré a Bangkok a pasarlo bien.

Se marchó el viejo y Carvalho se tumbó en el jergón convocando en su ayuda al dios del sueño, pero en su lugar llegaron todos los mosquitos del Chao Phraya dispuestos a sacar el vientre de penas a su costa. Consideró que de pie estaba en mejores condiciones para rechazar sus ataques y se paseó por la estancia arriba y abajo como si estuviera en la celda de una cárcel. A través de las ventanas pasaban las frágiles canoas lamiendo el agua. Llevaban una luz de petróleo como señalización y parecían mariposas funerarias de un hermético culto a la muerte en el agua. Apenas si había vida sobre los shampanes amarrados y, la que había, reproducía la inercia de vivir de todo tiempo y todo lugar. Gestos de animales anochecidos en los adultos y en los niños, humos, frituras, cacharros en el agua,

gritos de llamada, de juego, de riña, alguna luminaria de televisor en blanco y negro en las barracas lacustres y la omnipresente melodía que escuchaba todo Thailandia, "Sangharila", una combinación de tradición musical y rock blando, cantado por voces lastimeras de animales pequeños situados en el culo del mundo. Tal vez era un ritmo del prior de Tam Kabrok, que a estas horas iniciaría una larga vigilia de músico ante el pianoforte marrón descolorido, rodeado de pentagramas y cuadernos donde anotaba, con puntería de obseso, una vieja canción khmer y el "Qué viva España", mientras Chin Ramsun seguía picando piedra sobre su colina artificial bajo la luz de la luna de Saraburi y Lopburi, la luna de Bangkok, de Chiang Mai, de Koh Samui, de "Jungle Kid", de Teresa, de Archit, de Charoen. Ay, si la luna se convirtiera en un faro delator que fuera marcando las distancias que nos separan, pensó Carvalho al verla en el agua como una quilla segmentada o recortando la silueta de un paisaje de palmeral y selva baja. De vez en cuando pasaba una barcaza cargada de flores, música y risas, incluso alguna con orquestina y vocalista. ¿Qué estaría haciendo Charo? ¿Y Biscuter? Habrían comido solos o tal vez Charo se habría ido de tapas con "la Andaluza" o cualquier amiga venida a menos o a más. Marta Miguel se le metió en la imaginación con su presencia maciza, detrás de una tarima, con un bocadillo de calamares a la romana, en una mano, y, en la otra, un puntero con el que subrayaba un discurso profesoral sobre lo que le había costado abrirse camino en la vida. Eran las tres de la tarde en Barcelona y quizá Marta Miguel comprobaba la hora en el reloj de pulsera, desde una celda de la cárcel de la Trinidad. Era la primera vez que Carvalho había tenido miedo ante la voluntad de delación de un asesino. Marta trataba de pregonar su crimen como si fuera un acto de posesión de Celia Mataix. Y en cuanto a Celia, que durmiera en paz su inocencia traicionada por la obligación de vivir y contestar a las preguntas inapelables. Llegaban parejas de gala al embarcadero. Gente importante de Bangkok con anillos de zafiros con una fecha por dentro, acompañada de contactos occidentales, parejas entre la madurez y la vejez, excitadas por la aventura del río nocturno. Los thailandeses ricos se comportaban como los catalanes ricos de Camprodón o S'Agaró o como los madrileños ricos de Somosaguas o los andaluces ricos de Jerez. En cambio, los americanos se comportaban como americanos sin más adjetivación y se dejaban envolver en la red de sutiles amabilidades de una vieja cultura del comportamiento, conscientes de que, más tarde o más temprano, lo pagarían como el americano borracho del Rose Garden había pagado el derecho a emborracharse, ser grosero, ridiculizar aquel digesto de cultura thai. Carvalho oyó o vio pasar expediciones armiñadas de público de ópera, en busca del excitante olor a podrido del río visualizado por la luna y las bombillitas de las barcas. Se adormiló y le despertaron voces maullidos que subían desde el declive que llevaba a las aguas. Un caballero de cabello plateado descendía hasta el borde del agua acompañado de dos pajes thais que le llevaban cada uno de una mano. Los pajes reían y maullaban en su idioma y el caballero se dejaba conducir como un rey gordo y bonachón. A un paso del río, los pajes desabrocharon el cinto que sostenía los pantalones del rey y éstos cayeron como la piel vencida de un paquidermo obsoleto. Un paje se apoderó del pene de Su Majestad y el otro le quitó la chaqueta de alpaca, lo que permitió al rey alzar los brazos y palmotear hacia la luna. El paje que le había cogido el pene dio un tirón de la semidespierta víbora y el caballero, con los pies trabados por sus propios pantalones, cayó de rodillas en el agua, mientras los dos pajes corrían ladera arriba llevándose la chaqueta como un botín ingrávido. Tardó en darse cuenta el rey de su condición de viejo robado, semidesnudo,

abocado a un río tan fecundo y poderoso como podrido y, cuando se dio cuenta total de lo sucedido, recuperó la estatura de señor del mundo tronante e insultante que recomponía la estética del sur del cuerpo al reponer la piel de los pantalones y volvía grupas para tratar de subir lo más rápidamente posible una pendiente de detritus vegetales, para, al llegar a la cima, quedar al descubierto bajo una bombilla vacilante que le hacía y le deshacía un rostro jadeante de hombre blanco, gordo, demasiado lento para un trópico que podía comprar pero no comprender. La luz le reveló su condición de vencido y le retiró el grito de altanería de los labios. Se marchó en dirección a las luces del Oriental en busca de la respetabilidad que había perdido junto al río y del dinero de repuesto que habría guardado en la caja fuerte del hotel.

Carvalho dormitó más que durmió. A partir de las cuatro de la mañana, fue un hombre sentado sobre un jergón que se interroga sobre qué coño se le ha perdido en una estúpida cabaña situada junto a un río estúpido.

—Que me la trae floja. Y todo por una mujer que me la trae floja y por una minuta que apenas me va a dejar beneficios.

Moverse o ser movido. Le llegó un eco de su perdida cultura que atribuyó a un poema de Beckett que alguna vez le había impresionado. "Esto no es moverse. Esto es ser movido".

Khao Chong se presentó a las siete de la mañana con un botellín del estimulante nacional casi helado y otro bocadillo de atún y ensalada. Carvalho probó aquella ambrosía y le supo a tonificante para jovencita sometida a los primeros desgastes y agresiones de la regla. Khao Chong hablaba cautamente, en una relación correcta entre la forma y el fondo de la cuestión. Tenía que salir de allí porque de un momento a otro empezarían a llegar las expediciones hoteleras que pasean a los turistas por el río y les llevan al Mercado Flotante para que les saqueen los vendedores más hábiles de Asia. Todo estaría preparado hacia el mediodía: el pasaporte, el visado, el billete de tren hacia Suratani.

—Le he sacado una plaza en primera. Viajará solo en un departamento con aire acondicionado y cama. Son los departamentos que tienen menos control policial porque suele viajar gente notable. Avise al jefe de vagón de que quiere bajar en Suratani. Coja un taxi hasta Ba Don y procure embarcar en el primer "ferry" que sale hacia Koh Samui. Son unas tres horas de travesía. Al llegar al puerto de Koh Samui pida que le trasladen al Nara Lodge. Son unos "bungalows" nuevos situados junto al Gran Buda del Mar. Allí envié a la señora con el nombre de señora Corti y a Archit le dije que se metiera en unos "bungalows" más humildes que hay al lado del Nara Lodge. Él viaja con pasaporte thailandés con el nombre de Pong Sarasin, estudiante.

Cuando Carvalho hubo acabado el bocadillo, Khao Chong salió al exterior y reculó una furgoneta hasta hacer coincidir la puerta trasera del vehículo con la de la barraca. Carvalho se metió en la furgoneta sin que nadie pudiera ver su tránsito y se sentó en el suelo mientras Khao Chong arrancaba en busca de la Charoen Krung Road, según el plano de Bangkok que Carvalho iba comparando con la ciudad real, dispuesto a saber en todo momento dónde estaba. El recorrido se terminó en cinco minutos. La furgoneta pasó ante los muelles de carga y descarga de la Estación Central y se desvió por una callejuela para detenerse

ante un almacén de objetos de teca. Repitió Khao Chong la maniobra de reculamiento y Carvalho pasó de la furgoneta al almacén, donde le esperaba una muchacha con el cabello teñido de color castaño, que les condujo a una trastienda, donde había una mesa y una pequeña cocina.

—Esperará aquí hasta que el tren vaya a salir. Todos los puntos de salida de Bangkok están llenos de policías o de confidentes. A las tres y media vendrá a buscarle un amigo mío y le dejará instalado en su vagón. Usted no se preocupe de nada. Pasará por la estación como un espíritu, sin que nadie le vea.

Rió Khao Chong y se quedó a la expectativa mirando a Carvalho, como si a él le correspondiera tomar la iniciativa. Carvalho lo entendió. Sacó la cartera y pagó lo convenido, luego tendió un billete de cien baths como propina que el viejo rechazó:

—No gano nada en esto. Chin Ramsun es mi amigo y es un hombre santo, si él me pide que haga esto, es porque es justo. Si le parece caro, he de recordarle que la documentación ilegal es cara en todas partes y que va a viajar con aire acondicionado, muy cómodo. Podrá dormir toda la noche.

—No deseo otra cosa.

—Le dejo solo con esta chica, pero quisiera decirle que no es puta.

Ni burla ni provocación. Una verdad objetiva.

—Los extranjeros se creen que todas las thailandesas están dando masajes todo el día. Las que dan masajes dan masajes y las que no dan masajes no dan masajes.

Khao Chong le sonrió por última vez y se fue. Carvalho se hizo cargo de su nueva cárcel y repasó los elementos que la integraban. ¿Qué se puede hacer en una cocina sin otra compañía propicia que una mesa y dos sillas? Comer o cocinar. Carvalho no se opuso a la lógica de la situación y convocó a la muchacha para preguntarle si era posible utilizar la cocina y si podía utilizarla a ella como compradora de una serie de mercancías. La pugna dialéctica entre perplejidad y amabilidad se resolvió en favor de la amabilidad y la muchacha no sólo se prestó a comprar, sino que ayudó a Carvalho a encontrar el vocabulario en inglés que no recordaba, por ejemplo para decir que quería alcachofas, pues las había visto en los mercados e incluso en los plantíos en los alrededores de Chiang mai. La muchacha partió y Carvalho rescató una sartén de su horca y la blandió como una herramienta propicia. De pronto recordó que había olvidado encargar aceite de oliva y maldijo su falta de concentración, sin duda condicionada por el tiempo que llevaba alejado de los fogones y del inglés.

La muchacha dejó sobre la mesa un paquete de fideos de harina de arroz, carne de cerdo y de pollo troceada, calamares, pequeños camarones, una lata de tomate, dos pimientos, cebollas, ajos y, ante la culpabilizada petición de Carvalho de que fuera a por aceite de oliva, ella le contestó con una sonrisa y volvió a salir, para regresar casi al instante con un botellín donde había algo que recordaba el líquido metalismo del aceite de oliva. La muchacha dijo que en Thailandia se compraba en las farmacias y lo utilizaban las mujeres para el cuidado del cabello. Olió Carvalho el tónico capilar y, tanto el aroma como el gusto que comprobó untando un dedo en el elixir, le convencieron de que era aceite de oliva. Con un cuchillo en la mano y utilizando la mesa como tablero, Carvalho se convirtió en un espectáculo preparando los prolegómenos del sofrito, limpiando los calamares, descascarillando los camarones y empezando a cocer un caldo corto con las cáscaras de los crustáceos y los huesos del pollo.

—Aunque para usted sea difícil entenderlo, voy a realizar un plato que se llama la "fideuá", plato de moda en la Valencia actual, en competición desigual con la tradicional paella y que, en mis manos y con estos elementos, va a convertirse en una variante universal, en un estreno mundial, porque jamás se ha hecho utilizando los sutiles fideos de harina de arroz.

Carvalho hablaba en castellano, pero gesticulaba como si cuanto dijera fuera entendible por su compañera. Ella reía como si asistiera a un "show" de Jerry Lewis y, por primera vez en su vida, a Carvalho le gustaba que se rieran de él e interpretó el papel de payaso culinario hasta sus últimas consecuencias.

—Primero hay que sofreír bien las carnes y en el aceite hacer un sofrito espeso, deshidratado, como mandan los cánones perfectamente explicados por Josep Pla, un gran escritor catalán al que supongo traducido al thailandés. Una vez hecho el sofrito vegetal de cebolla, tomate, pimiento, se le añaden las carnes de cerdo, pollo y calamar y se reservan las gambas para echarlas en el último momento. En esta fritura se han de rehogar los fideos normales, pero, en atención a la fragilidad de estos fideos de arroz que usted me ha suministrado, los reservaré para el último momento y verteré el caldo sobre el sofrito hasta que rompa el hervor y así continúe para que se mezclen sabores. Luego, los fideos y las gambas despellejadas y, dos o tres minutos antes de sacarlo del fuego, una picada de ajo con aceite y a dejar reposar el comistrajo a ver qué sale.

El milagro cerámico se produjo y en la sartén se conformó una "fideuá" sutil en la que los tenues fideos de harina de arroz prometían una consistencia casi vegetal. De la risa lagrimeante, la muchacha había pasado a la curiosidad y, si bien no aceptó el honor de compartir la mesa con el extranjero, sí esperó a que éste comiera para probar a su vez el plato, de pie, con el temor en los labios indecisos primero, pero luego sustituyendo la curiosidad por el entusiasmo cuando comprobó que estaba bueno. Carvalho le dijo que en cuanto volviera a España patentaría el plato, que a buen seguro sería bien aceptado por los italianos y los valencianos, porque reunía la cultura de la paella, del arroz y del fideo, en una síntesis prodigiosa que no se le había ocurrido a ningún profeta de la nueva cocina.

Tras la excitación, Carvalho fue abatido por una sensación de melancolía y de propia majadería. Se dejó caer en la silla. La muchacha se sorprendió ante el mutismo que seguía a la locuacidad y se consideró invitada a ausentarse. Pero, de vez en cuando, metía la cabecita en la trastienda y sonreía o reía en una impagable manifestación de solidaridad hacia el loco extranjero. De pronto, carvalho se sorprendió al ver que la cabecita de la muchacha era sustituida por el rostro picado de viruela de un hombrón. Al rostro le siguió el corpachón y de él salieron dos manazas que desparramaron sobre la mesa dos pasaportes, un billete de tren y un bono de hotel para el Nara Lodge.

—Dentro de dos horas vendré a por usted.

Y dos horas después volvió el hombrón ahora vestido de uniforme. O de cartero o de ferroviario. Eran las tres y media y Carvalho fue a pie hacia la estación al lado del evidente ferroviario. cruzaron el parking porticado para los taxis y las furgonetas con mercancías y se fueron directamente hacia una puerta de acceso a los andenes, a la altura de la vía número uno. Ya estaba formado el tren con destino a Songkhla y el ferroviario dejó paso a Carvalho para que subiera al vagón número uno. Carvalho penetró en una atmósfera de aire acondicionado que le balsamizó el rostro corroído por el sudor y cuando se volvió

para situar a su acompañante, vio que éste le tendía una maleta, le abría la puerta corrediza de un departamento y escribía un nombre en una tarjeta situada en un marco de metal junto a la puerta.

—Señor Calabró, ya está usted registrado y no descuide su maleta al bajar del tren. Puede necesitarla.

Desapareció el ferroviario. Carvalho estaba perplejo ante la maleta. Hubiera jurado que el falso o verdadero ferroviario no la llevaba en la mano cuando salieron del almacén. La abrió y se encontró un pijama, unos pantalones tejanos, dos camisas y unas gafas para bucear con tubo de respiración. Metió en la maleta lo que llevaba en la bolsa de plástico y se entregó al placer del frío y del paisaje en marcha, previas las sacudidas del tren tanteando su propia identidad.

Bangkok se resistía a desaparecer. Se perpetuaba enseñando sus traseros vergonzantes de barracas y subcanales podridos, el paisaje que Carvalho había recorrido a tientas la noche de su primer encuentro con madame La Fleur. Aquellas casas fantasmales junto a los subcanales eran de verdad, de verdad sus gentes con un cansancio asiático bajo la piedad de árboles de lujo, canales estanque con vegetación flotante, niños jugando a badminton entre las vías muertas, aguas podridas, casi vegetales, y de pronto aparecía un anticipo de jungla con senderos que prometían el elefante, el tigre o a Errol Flynn con el casco camuflado por hojas de palma. Carvalho se sintió a gusto en aquel espacio propio, un compartimento aséptico de metal y plástico en las tapicerías, con lavabo abatible. El doble cristal de la gran ventana deformaba el paisaje, y Carvalho tuvo que salir al pasillo para contemplar el avance del atardecer a través de las cristaleras simples. Los compartimentos inmediatos estaban ocupados por parejas jóvenes thailandesas con el inequívoco aspecto que tienen las parejas jóvenes de Miranda de Ebro cuando cogen el tren de regreso, después de unos días en Madrid. También había un importante militar que había llegado precedido de un ordenanza–maletero, y un posible hombre de negocios que se pasó todo el viaje comiendo un mismo plato de sopa que le trajeron desde el vagón restaurante. En otro compartimento creyó ver un "clergyman" tras las cortinas corridas.

Del vagón de los elegidos pasó al de segunda clase, donde los compartimentos cama eran de listones de madera y el aire era el que buenamente se introducía por las ventanas abiertas, un aire cálido que convocaba a una mayoría de viajeros europeos en el pasillo. Al pasar junto al lavabo, Carvalho vio en su interior una inmensa tinaja de barro para el agua, era un vagón rescatado de los tiempos en que Somerset Maugham perpetuaba en sus libros un Asia que ya se estaba muriendo, un Asia ya más cercana a Ho Chi Minh que a Rudyard Kipling. El siguiente vagón era una declaración de principios utilitarios, un vagón modelo de rendimiento. Los asientos enfrentados tapizados de plástico verde podían convertirse en una sola cama para dos con los cuerpos yuxtapuestos y, sobre los asientos enfrentados, volaban literas, que en aquel momento un ferroviario estaba fumigando con DDT, en busca de los nidos de chinches o de las guerrillas de piojos. Carvalho atravesó la nube de insecticida para llegar al vagón cocina restaurante, donde tanto personal de servicio como comensales se afanaban en el viejo arte de la comida viajera. Carvalho se sentó a una mesa en la

que dos thailandeses estaban acabando la cena y la botella de Mekong, en plena charla convencional sobre lo que habían hecho o lo que iban a hacer, en los ojos la ternura del alcohol y en el cuerpo esa impresión de relax que sólo llevan consigo los viajeros de tren. Carvalho pidió una ensalada de frutas y una ración de pollo a la menta y al clavo. Era el único occidental del vagón restaurante y se dio cuenta de que ése era su problema, no el de los demás que seguían en sus charlas o en sus cenas, ajenos a aquel espía racial. Volvió a su compartimento y por el pasillo el encargado de vagón le preguntó si podía hacerle la cama. Mientras la hacía, Carvalho le pidió que le avisara al llegar a Suratani. El ferroviario le ratificó varias veces que no se olvidaría y, por si acaso, Carvalho le dio veinte baths, que fueron acogidos con el saludo tradicional que igual valía para un Buda que para una propina.

Carvalho se desnudó y se metió entre las sábanas. Sentía en todo el cuerpo el correr del tren, la emoción lúdica de estar dentro de un juguete que se abría paso hacia el destino y, en el duermevela, el traqueteo del tren le invitaba unas veces a despertarse y otras a dormirse. El reloj le iba señalando la aproximación a las cuatro de la madrugada, hora prevista de llegada a Suratani. Se despertó definitivamente a las tres y media, con tiempo para ducharse en el cuarto de aseo y recibir en mejores condiciones la llamada adormilada del encargado de vagón. Sin gorra y sin chaqueta de uniforme, parecía un fondista obligado a madrugar. Carvalho se instaló en el pasillo y vio cómo de un compartimento salía la punta de una maleta, luego la maleta entera y, con ella, un cura alto vestido con "clergyman", que le lanzó una mirada de curiosidad y luego se aplicó a desentrañar el paisaje de carbón que les ofrecía la noche. A las cuatro no habían llegado y el encargado, ya con gorra y chaqueta, avisó primero al cura y luego a Carvalho de que había media hora de retraso. El cura avanzó hacia Carvalho con algo en la mano. Carvalho le dio la cara y abrió las piernas apuntalándose. Le ofrecía un paquete de cigarrillos. Era un cura occidental, con la piel ennegrecida no sólo por el sol, sino también por un sustrato que Carvalho creyó primero mestizo.

—¿Va a Suratani?

Le preguntó en inglés.

—No. A Koh Samui.

—Ah, ¿de turismo?

—Sí.

El cura cabeceó receloso.

—Tenga cuidado. No hay muy buen ambiente. No todo el turismo de Koh Samui es recomendable. ¿Es usted americano?

—No. Soy italiano.

Los ojos del cura se abrieron como anticipación de la expresión de contento de su cara.

—¡Italiano! ¡Como yo!

Un torrente verbal en italiano salió de aquellos labios nacidos en Palermo. ¿De dónde era Carvalho? De Milán, contestó en el mejor italiano que pudo recordar, pero advirtió:

—Lo cierto es que hace años que trabajo en Nueva York y casi he olvidado el italiano.

—Igual me ocurre a mí. Hace veinte años que estoy en la misión de Bangkok. Ahora soy visitador de esta zona. Voy hasta Ba Don. Por cierto, en Koh Samui hay un cura católico, le daré sus señas por si quiere hablar con él.

Por suerte el cura tenía muchas cosas que decirle y el respeto al sueño de los demás les obligaba a hablar en voz queda, con lo que Carvalho ponía a salvo las insuficiencias de su acento. Un lucerío se acercaba, por lo que Carvalho dedujo que estaban llegando a una población importante. El encargado abrió la puerta que comunicaba el pasillo con la plataforma de salida. Carvalho orientó hacia ella su maleta y el cura secundó su movimiento. El tren fue perdiendo velocidad, chirriaron las ruedas y finalmente se detuvo. El vagón de lujo era el último y los pasajeros descendentes tuvieron que saltar sobre el pedregal de soporte de las traviesas y luego pasar sobre las entrevías que les separaban de la senda que iba a parar a la estación. Cuando llegaron, el cura inició la despedida de Carvalho y le dio un consejo:

—Si coge un taxi hasta Ba Don no pague más de setenta baths. Entre cincuenta y setenta baths.

—Si usted va a Ba Don, podríamos ir juntos.

El cura estaba esperando la sugerencia y sonrió satisfecho. Veinte o treinta extranjeros se arremolinaban en torno de los taxistas.

—Deje que se ceben con los extranjeros. Luego nosotros contrataremos a la baja.

Carvalho se volvió para contemplar el reposo del tren y los síntomas de próxima partida que se producían alrededor de la bestia alertada por su propio gruñido. Ya no podía hablarse del silbido de la locomotora. Ahora emitía un exabrupto impersonal, como un gruñido de mofa, ancho, contundente, dirigido al pecho del viajero que corre porque llega tarde.

—Ya está. Ya tengo taxi.

El cura manoteaba para que Carvalho dejara de mirar el tren. Un pequeño movimiento, como para comprobar su propia capacidad de arrancar, un suave deslizamiento sobre las ruedas y a continuación un largo suspiro para tensar la musculatura y ponerla en marcha, llenar de velocidad y de adiós las fotos fijas de los viajeros asomados a las ventanillas. Con la maleta en la mano, los pies en dirección al reclamo del sacerdote, la cabeza de Carvalho permanecía como hipnotizada por el milagro lúdico repetido de un tren en marcha. Pero una presencia imprevista le hizo parpadear e iniciar un movimiento de ida hacia el tren. A través de los dobles cristales del último vagón, del que él había ocupado hasta ahora, había visto una mujer y decidió que era increíble lo mucho que se parecía a Teresa Marsé.

El cura hablaba en thai con el taxista y dejaba bien sentado el precio. El taxista miraba lastimeramente a sus compañeros que habían tenido la suerte de embarcar a extranjeros desprovistos del instrumento del idioma.

—Suba, suba. ¿Qué pasa? Parece preocupado.

Carvalho rumiaba la imagen desvaída que había visto más allá del cristal. Sin duda era una ilusión óptica.

—Es que aún estoy adormilado.

Todo dormía en Suratani menos la caravana de taxis que se puso en marcha hacia Ba Don. El cura lamentaba el tiempo que Carvalho debería esperar en Ba Don hasta el embarque.

—Le aconsejo que coja el "ferry" que sale a las nueve de la mañana. Es el más rápido, aunque se tira casi tres horas de viaje. ¿Qué va a hacer hasta esa hora? Puede descansar en algún hotel.

—Pasearé por Ba Don.

—Poco tiene que pasear. Es un puerto sin carácter. Lo único interesante es el mercado.

Volvió a aconsejarle que abriera bien los ojos en Koh Samui. La isla había sido un paraíso y en cierta manera aún lo era, pero había empezado a llegar la avanzadilla del turismo, jóvenes en busca de la autenticidad del paraíso.

—Pero a algunos de esos jóvenes no les basta el paraíso de fuera y se traen jeringas y heroína. Se bañan desnudos en algunas playas y causan escándalo en la gente de aquí.

—¿En el país de los masajes las gentes se escandalizan ante el desnudo?

—Pues aunque usted no se lo crea. Ellos distinguen entre lo que es vicio, casi siempre para extranjeros, y lo que es la conducta moral normal. Ya hay extranjeros que quieren quedarse a vivir en Koh Samui. Un español, un tal Martínez.

Había una cierta reticencia en las palabras del cura.

—¿Qué le pasa a Martínez?

—Pregunte en Koh Samui por él. Hable con el capellán católico que hay allí. Él le informará. Martínez se está construyendo un "bungalow".

Y estaba casado con una italiana o con una thailandesa. Carvalho no lo oyó bien porque su atención la reclamó un repentino foco que había aparecido en la carretera y tras él las criaturas nocturnas uniformadas que les hacían señas de que se detuvieran.

—Un control del ejército. Toda esta zona está llena de controles.

—¿Por qué?

—Comunistas. Vuelve a haber un resurgimiento de las guerrillas. Y más al sur, en el país Petani, de vez en cuando hay guerrillas malayas musulmanas.

El taxi se detuvo y una linterna iluminada se metió en el coche deslumbrándoles. La linterna se retiró y en primer plano quedó la ametralladora que sostenía el soldado. Mantuvo un diálogo con el sacerdote y luego el italiano salió del coche, abrió el maletero y dos soldados examinaron los equipajes. El regreso del cura coincidió con la arrancada del taxi.

—Es un fastidio. Siempre estamos igual.

—¿Es fuerte la guerrilla?

—No creo. Tampoco a los comunistas les interesa que sea fuerte. Todavía no ha llegado la hora de Thailandia. La utilizan de vez en cuando, para recordar que, si quieren, pueden complicarles las cosas al gobierno y a sus aliados los norteamericanos.

En cualquier caso había más comunistas que católicos, aceptó el cura. El país era básicamente budista, con un budismo propio, muy entroncado con las corrientes más tradicionales del budismo y mezclado con un sustrato animista

indestructible, como lo prueban esos templetes que parecen de juguete que se colocan delante de las casas.

—Budismo, animismo y americanismo. Y el americanismo no sólo lo traen los americanos, sino también los japoneses y se inculca en la población a través de los chinos. Los chinos son competitivos como demonios. Son el mismo demonio.

El taxi penetró en las calles oscurecidas de Ba Don y desembocó en el puerto, donde animaban los primeros transeúntes en torno a los "ferrys" dispuestos para el trajín del día. Carvalho se empeñó en pagar el taxi, aunque el italiano continuaba y le rogó que le aceptara aquella pequeña aportación a la penetración del catolicismo en Asia.

—Nosotros los salesianos hacemos lo que podemos. Pero es difícil. O se tiene una gran potencia detrás o es difícil hacer apostolado.

Al pie del taxi le esperaba un intermediario de una de las compañías de "ferrys" dispuesto a que Carvalho se comprometiera a viajar en su embarcación. Carvalho le dio toda clase de seguridades y aceptó la propuesta del salesiano con medio cuerpo asomante desde el taxi.

—Vaya a aquel bar iluminado y espere allí. No se pasee por aquí a estas horas.

Partió el taxi y Carvalho se dirigió a la cantina, donde se estaba recuperando la lógica de las cosas. Empezaba a calentarse el fogón de la cocina, pasaban el primer trapo sucio sobre los tableros de las mesas, servían los primeros desayunos a los trabajadores del puerto y del mercado. Le sirvieron un tazón de café y una síntesis de porra y churro que a Carvalho le trasladó a una cafetería madrileña. Costaba amanecer. El nuevo día diluía la noche sobre los fondos lejanos de la selva de heveas y palmeras recortadas como un troquelado de cuento infantil tétrico y, poco a poco, fue revelando la calle comercial dormida y enfrentada a un mar estanque, al que iban llegando las frágiles canoas con fueraborda, cargadas de isleñas que venían a la compra. Carvalho las siguió hasta un mercado que empezaba a ser populoso y vociferante, mejillones verdes, ostras negras, abalones, guindillas nerviosas, camarones microscópicos, oscuras vísceras del cerdo, judías verdes de medio metro, como si las materias quisieran cargarse de peculiaridad asiática, de hecho diferencial en contraste con los pajeles familiares que parecían exiliados del Mediterráneo.

Entre las ocho y las nueve de la mañana empezaron a llegar extranjeros y a agruparse en torno a la caseta cubierta donde se vendían los tickets del viaje. Los turistas eran asaltados no sólo por los intermediarios del "ferry", sino también por oferentes de "bungalows" en Koh Samui que querían asegurar la clientela antes del embarque. Nada tenían que ver aquellos viajeros de mochila y pendiente masculino en una oreja con los turistas del Dusit Thani, sino más bien con los del Malasya y luego, ya en el "ferry", se materializó la mescolanza de nativos de regreso a Koh Samui y de occidentales contraculturales en viaje de ida hacia el absoluto, jóvenes parejas heterosexuales u homosexuales como la compuesta por un frágil pelirrojo portátil y un oriental que estudiaba un diccionario thai–francés o viejas parejas de profesores jubilados con las melenas blancas y lacias, maltratadas por las almohadas de hoteles baratos y los tobillos anchos de animales cargados con un cansancio irremediable, con los ojos bien abiertos para comprobar la posibilidad del penúltimo sueño de exotismo, a través de las ventanas que avanzaban bajo un cielo nublado de panza de burro, entre islas que

en la lejanía parecían dragoneras cubiertas por una rizada vegetación feroz y, al acercarse, eran simples islotes propicios para ahogados y robinsones. Uno de los intermediarios conversa con la pareja del pelirrojo y el oriental empeñado en aprender el idioma de su amante y, de pronto, la conversación se convierte en un canto dulce, melancólico tal vez por el día, que extasía a la muchachita thai que se ha pasado todo el viaje removiéndose, mirándose la bragueta de los tejanos o el lugar del asiento donde pone el culo, por si aparece la mancha de la regla infamante, mientras su madre le dice que se tranquilice, que pronto llegarán a Koh Samui. Pero van pasando las islas entre la niebla y Koh Samui tarda en aparecer como un horizonte completo, final al que se acerca el barco escogiendo un embarcadero donde esperan turistas de regreso, descargadores de cocos, intermediarios de "bungalows" y conductores de tuc–tuc. Nada más saltar sobre el muelle, Carvalho avanzó hacia el poblado preguntando cuál de aquellos tuc–tucs aparcados llevaba al Nara Lodge. Ninguno y al oír el nombre del Nara Lodge había una actitud de respeto y reserva en casi todos los interrogados. por fin un conductor aceptó a Carvalho como un pasajero más, aunque le advirtió que a él le saldría más caro porque el Nara Lodge estaba muy lejos, más allá del final del recorrido. Con una pareja de adolescentes franceses a su derecha, un matrimonio americano con una niña y tres mozas holandesas bientetadas por delante, el pelirrojo y su amante a la izquierda y dos thais colgados en el estribo, el tuc–tuc recorrió la escasa distancia que separaba el puerto de la jungla de palmeras, plataneras y heveas y se dispuso a ir dejando a los pasajeros en distintas concentraciones de "bungalows" de maderas oscuras, construidos sobre frágiles pontones, siempre en torno a un restaurante, orientados hacia las playas, festón de arenas blancas y espuma de mar rodeando la pujanza agresiva de la jungla verde y los senderos de tierras rojas y cortezas de coco. Fueron bajando los turistas y finalmente Carvalho se quedó solo hasta que el tuc–tuc se detuvo frente a la única concentración de "bungalows" de obra, ante la que se exhibía el rótulo Nara Lodge en letras orientalizantes. Llovía. Cuatro o cinco muchachas niñas con blusa blanca y falda negra acogieron con sorpresa al extranjero al parecer inesperado y se rieron cuando le informaron que era el único huésped del hotel.

—¿El único? ¿No hay nadie más?

—Había una extranjera, pero se marchó ayer.

Le informó un joven que parecía el encargado, por la autoridad con la que hablaba y por la prudente reserva que adoptaron las muchachas desde que él apareció.

—¿Era italiana?

—Sí.

—¿Hay algún barco esta tarde hasta Ba Don?

—No. Hasta mañana a las doce.

Avanzó por entre las mesas bajo cubierto hasta el mirador del mar, del que descendía una escalera hacia la arena y el inicio de un embarcadero de madera. Una bahía se cerraba a la izquierda por el cabo sobre el que se sentaba un inmenso Buda de espaldas al mar, rodeado de "bungalows" de tejados rojos, construidos con las patas palmípedas saliendo del agua. En el horizonte un

rosario de islas dragoneras y la abrumada presencia lejana de Ph–Ngan, una isla más grande que Koh Samui. A la izquierda, el festón de playa y palmera hasta un cabo lejano y otros núcleos de "bungalows" de madera situados extramuros del Nara Lodge. El sol trataba de acuchillar la panza de burro del cielo. Carvalho recibió el impacto de un paisaje privilegiado, de una marina total perfecta como sólo había podido contemplar en Formentor, Patmos, la costa norte de Jamaica o Port Lligat en un día de neblina, playas de final de viaje, playas para hipnotizados viajeros que por fin se sitúan ante el rostro del "non plus ultra". Dios mío, dijo mirando al mar, como si fuera un pez perdido que ha llegado al borde de su patria, y toda la frustración amarga que le causaba la ausencia de Teresa, se la compensara la identificación con el paisaje, la oferta de entrega que había en la dulzura de las cosas, incluso en la dulzura de las voces de las muchachas que hablaban a su espalda y de la inevitable "Sangharila" que sonaba en los altavoces del jardín. En la profundidad purísima del horizonte cabía todo lo que había pensado hasta ahora y todo lo que podía pensar en adelante, todo lo que había vivido y lo que ya no deseaba vivir. Aquí estoy. Aquí estaría. Aquí soy, aquí sería. La risa interior por el ramalazo existencialista no desdecía la voluntad de raciocinio de la imaginación, que ansiaba el final feliz de vivir siempre allí, con Biscuter, Charo, Bromuro y Fuster, quizá, alguien a quien invitar a un cebiche de rodaballo y a plátanos asados, bajo los ojos abiertos de la noche estrellada del trópico. Pero, de momento, no había nada que comer. Quizá un "sandwich", propuso la muchacha que le había acompañado a su "bungalow" con aire acondicionado, es decir, con ventilador. No esperábamos a nadie. En los "bungalows" de al lado aún funciona el restaurante. Carvalho dejó su maleta, salió del recinto amurallado del Nara y bajó por un sendero de tierra roja hasta el palmeral donde crecía un semicírculo de "bungalows" situados de cara al mar, precarias construcciones de madera sin más mobiliario que una mosquitera. En el centro del semicírculo estaba el restaurante donde comían un hombre y tres mujeres y hablaban en francés. Él era un muchacho con el inevitable pendiente en una oreja, la piel morena, los ojos grandes y ávidos de todo lo que le rodeaba y los brazos desnudos asomantes desde un chaleco tejano improvisado a partir de una chaqueta a la que le había arrancado las mangas. Las tres mujeres masticaban lo que quedaba de un pez asado y parecían profesoras de instituto diez años más viejas que en mayo de 1968. Era la suya una conversación culta sobre Koh Samui y sus gentes, en la que se revelaba que el muchacho conocía muy bien la isla y ellas le escuchaban como a un cicerone delicado y meticuloso, con los ojos viajeros para comprobar si persistía la curiosidad del extranjero sentado en la mesa de al lado. La conversación derivó hacia las drogas y el muchacho contó que había pillado una hepatitis en Phuket porque se había pinchado con una aguja infectada. Desde entonces no había vuelto a pincharse y en Koh Samui había hallado esa paz que precede al encontrarse a sí mismo. En el rostro de una de sus oyentes se exhibía una colección completa de tics y la conversación sobre pinchazos y drogas le hacía acariciarse los brazos y protegerse el cuenco de las venas más propicias para el pinchazo. Carvalho comió arroz con vegetales y salsa de ostras y un pescado asado, demasiado asado, pero que aún conservaba parte del sabor prometido. Luego volvió al Nara y pidió un taxi para hacer un recorrido por la isla. Le ofrecieron la furgoneta del hotel y a ella se subieron el conductor, una de las camareras y otro acompañante masculino, sin que Carvalho pudiera deducir si eran compañeros de viaje, escolta o séquito. La furgoneta pasó junto al cabo del Gran Buda del Mar y apuntó hacia la costa oriental, a la que el viento empujaba un oleaje feroz. Había salido el sol y

Carvalho quiso bañarse en una playa de rotundas piedras grises a cuya entrada campeaba el rótulo Lamai Beach. En los tenderetes de plátanos, cocos, bisutería marinera se vendían unas postales de doble imagen, la una un falo de roca y la otra un sexo femenino formado en la piedra con el clítoris perfectamente delimitado. Los personajes del séquito le llevaron hasta las roquedas y le demostraron la existencia real de los originales fotográficos. Las risas del séquito no se debían a los genitales de piedra o a la súbita desnudez de Carvalho en lucha contra el embate de las olas, sino a las parejas occidentales desnudas que se habían distribuido sobre las rocas en busca de una soledad insuficiente. Particular risa les merecían las rotundas tetas de una mujer delgada que Carvalho recordaba como una pasajera del "ferry" de la mañana. Tras el baño, reemprendieron la marcha y le ofrecieron llevarle a las cataratas de Mamuang y a las de Hinlard. Otros expedicionarios se les habían adelantado y, bajo la cortina de agua de Mamuang, percherones anglosajones dejaban que la catarata rompiera en sus cuerpos para ir a parar a un remanso profundo excavado en la roca, donde nadaban walkirias de tetas pesadas transparentadas por la blusa doble piel y, al salir del agua, la braga, improvisado traje de baño, era un velo ceñido a la vulva succionada por la araña del vello púbico. Carvalho se enfrentó a la rudeza de las aguas y luego se dejó llevar por la corriente hasta las rocas dique, sintiendo la alegría de un muchacho ratificado por la naturaleza, que al asomar la cabeza sobre las aguas recién nacidas, descubría un horizonte de cielos transparentes y selva asomada al espectáculo del entusiasmo de seres fugitivos del mundo del desencanto. Luego, en las cataratas de Hinlard las aguas se convertían en un torrente que había excavado bañeras naturales en la roca pura, antes de iniciar su recorrido de río transparente. Allí Carvalho se abrazó a la roca y dejó que las aguas le limaran el cuerpo, aguas tibias tropicales que iban al encuentro de las muchachas nativas que se enjabonaban más abajo, sin quitarse las túnicas, con el jabón en una mano en busca de las más tiernas sendas del cuerpo. Recostado contra la roca, con el peso circulante de las aguas sobre sus espaldas, Carvalho contemplaba el esplendor vegetal del paraíso hacia el que las aguas avanzaban con voluntad de río.

Volvieron al Nara con el sol tartamudeando entre las nubes. Habían encendido las bombillitas de colores en el comedor ofrecido al único huésped. Carvalho bajó hasta el mar, anduvo sobre las arenas blancas hacia el poniente, procurando no pisar los pequeños cangrejos casi transparentes que saltaban ante sus pies para hacer un agujero en la arena y desaparecer. Por un sendero lejano, vio avanzar al muchacho del mediodía seguido por las tres mujeres en fila india. Él caminaba con el aplomo de un nativo que conduce a su familia por la jungla y ellas con la voluntad de no demostrar el recelo ante la selva, pero de los cuatro emanaba fragilidad de fugitivos perdidos en el bosque, en busca de su lugar bajo el sol. Volvió al Nara y le costó elegir entre tanta mesa vacía. Se sentó frente a la oferta del mar, las islas, el poniente, el Buda. Una presencia humana se convirtió en un muro ante sus ojos. Era el joven encargado, que le saludaba ceremonioso y le preguntaba si estaba satisfecho con su "bungalow", si la excursión había sido de su agrado y le informaba que todo el personal del vacío hotel estaba a su disposición. Le ofrecía una excursión de pesca para el día siguiente.

—No podemos movernos mucho, porque en la costa Este hay temporal. Pero podemos ir a la isla de enfrente, bañamos, pescar.

—Lo siento, pero no puedo quedarme. He venido porque creía encontrar aquí una amiga y veo que se ha marchado.

El encargado se entristeció ante la contrariedad sufrida por Carvalho.

—La mujer se marchó de pronto. Primero había dicho que se quedaría más días. Tal vez la asustó el pez verde.

—¿Un pez?

—Es un pez verde que salta sobre las aguas y te pica, pero sólo se mueve en una zona media entre la isla de enfrente y la playa. Yo le dije que no tenía nada que temer, pero ella se marchó muy asustada.

—¿Viajaba sola?

A la risa espontánea siguió una valorativa contemplación de Carvalho, como si sopesase la sinceridad de su respuesta.

—¿Esa mujer es muy amiga de usted?

—Sí.

De nuevo el lenguaje de los dedos copulando en el aire.

—No.

—Bueno. Entonces le diré que vino acompañada, pero su compañero no estaba en el hotel, sino en los "bungalows" de aquí al lado. O quizá se conocieron aquí. Lo cierto es que estaban siempre juntos e hicimos excursiones de pesca con los dos.

—¿Se marchó asustada por el pez?

—¿Por qué si no?

Carvalho se encogió de hombros. El encargado se había sentado ante él y se sacó un mapa de Koh Samui del bolsillo.

—Mañana no hay barco hasta las doce. Tiene tiempo de venir de pesca a la otra isla y luego le acompañaremos al puerto. Es una lástima que no pueda quedarse hasta que mejore el tiempo. Podría haber hecho una excursión en barco alrededor de la isla.

—¿En qué barco?

Le señaló una barcaza amarrada al final del muelle de madera. A su lado coexistía un shampán del que salía una columna de humo de la cocinilla.

—Son barcos para los clientes del hotel.

—¿Siempre hay tan poca gente?

—Estamos en la época de las lluvias.

—Lástima.

—¿Viaja solo? ¿Desde hace muchos días?

Carvalho dijo que sí con la cabeza.

—No es bueno viajar solo. Tampoco es bueno dormir solo. ¿Quiere una chica para esta noche?

No había malicia ni complicidad en su propuesta. Carvalho señaló hacia las afanadas camareras del hotel.

—¿Alguna de ellas?

—No. Se la traería del pueblo. Muy guapa. Muy limpia. Muy sana.

Carvalho estudió la oferta en el rostro inmutable de su interlocutor.

—Piénselo y mientras tanto le ofreceremos la cena con mucho gusto. Le invitamos a un pez que hemos pescado esta mañana.

El pez estaba demasiado frito, pero Carvalho lo alabó hasta merecer el agradecimiento de su anfitrión.

—Mañana podríamos pescar peces como éste. Muy temprano. Tendrá usted tiempo para todo.

Luego Carvalho se sentó frente al mar, con los pies sobre la miranda, mientras a sus espaldas el servicio jugaba a las cartas o contemplaba la televisión. Un rayo rompió el horizonte en dos porciones casi simétricas y las pesadas gotas de lluvia cálida volvieron a levantar los aromas del césped recién cortado y de las plataneras preñadas. Carvalho sintió a su espalda la presencia del encargado.

—¿Seguro que no quiere ninguna chica?

Carvalho no tuvo valor para decir que no con los labios. Lo dijo con la cabeza. Pero no la volvió. La excursión de pesca también se convirtió en una expedición colectiva. El encargado en persona la encabezaba y junto a Carvalho viajaron el patrón y dos jóvenes ayudantes. Primero la barcaza se aproximó al islote frontal, echó el ancla y Carvalho fue acercado hasta la playa en una canoa movida a remo. Nadó en torno al islote, buceó para contemplar las formaciones coralinas, pero no pudo quitarse de encima la aprensión por la posible aparición del pez verde. Luego la barcaza volvió a la zona profunda y todos sus tripulantes se aplicaron a pescar, sin otro utensilio que un sedal con un anzuelo y el plomo en un extremo y el otro atado a un corcho que mantenían fijo bajo el pie desnudo. El sedal salía de sus dedos velozmente en busca de un lejano punto para el hundimiento y luego quedaba vivo entre los dedos que lo asían, lo tensaban, lo escuchaban tratando de captar el momento del bocado de los peces. En media hora el encargado consiguió hasta trece capturas de peces de truculenta agonía, entre el respeto de los otros expedicionarios. Carvalho sólo consiguió enganchar varias veces el anzuelo en las piedras y los fondos vegetales de aquel lago marino. Más allá de una barrera de arrecifes el mar se crecía, se amontañaba en las espaldas de la isla, como si quisiera ofrecer al Buda sentado el espectáculo de una doble conducta.

—Más allá del arrecife, el tiburón.

La parsimonia del encargado no equivalía a negligencia. En un momento determinado, miró hacia el sol y ordenó el final de la pesca para iniciar la operación de desanclar y regresar. Carvalho se agarró al mástil delantero para sentir más cerca la emoción del rompimiento de las aguas. Fue entonces cuando vio al pez verde fosforescente salir de las aguas, brincar por el aire y caer, para volver a saltar, caer y finalmente desaparecer antes de llegar a las bajuras de la costa. Al grito de Carvalho, el encargado corrió hacia la proa a tiempo de ver el último salto del pez.

—Fue ése. Fue ése el pez que tanto asustó a su amiga.

Ya en el Nara, Carvalho recuperó su equipaje y se fue hacia la recepción donde le esperaba el encargado y más allá la furgoneta que le devolvería hacia el puerto.

—¿Regresa a Bangkok?

—Es posible.

—Puede tener dificultades en Suratani para conseguir billete de tren. Busque una agencia en el mismo Ba Don y resérvelo nada más llegar.

Había una cierta reserva en la actitud del hombre. Por fin, cuando Carvalho ya tenía un pie dentro de la furgoneta, le tendió un papel.

—Su amiga se marchó asustada por el pez verde, pero también recibió esto.

Era el papel arrugado de un telegrama en el que se podía leer:

"Khao Chong enfermo. Ramsun".

Carvalho agradeció la entrega sin acabar de entender la totalidad del mensaje. Los ojos del encargado trataron de ser penetrantes, pero Carvalho buscó las profundidades de la furgoneta y releyó el mensaje. El vehículo se puso en marcha y Carvalho empezó a imaginar la escena del monje Ramsun enviando un telegrama o la del viejo Khao Chong detenido por Charoen o atrapado por los esbirros de "Jungle Kid" o madame La Fleur. Todo debía haber ocurrido muy poco después de que arrancara el tren que se llevaba a Carvalho de Bangkok o, tal vez, el viejo había resistido desde la mañana dando tiempo a que el extranjero partiera hacia su destino, dando tiempo a que encontrara a Teresa. De todos modos no tenía ninguna seguridad de que no estuvieran ya en su pista. Larga se le hizo la distancia de un viaje corto y larga la corta espera en el puerto hasta la llegada del "ferry" desde Suratani, bajo un cielo de nuevo panza de burro que de pronto dejó caer un torrente de agua, sólo ignorada por los descargadores de camiones llenos de cocos que iban a parar a las bodegas de los barcos. Y ya en el "ferry", entre una reproducción exacta de la tipología de los viajeros de ida, Carvalho escogió la contemplación de una muchacha morena que leía un libro en italiano sobre el kitsch y se dejaba querer por un joven atleta rubio, con aspecto de americano jugador de béisbol lesionado. Casi a punto de desembarcar, descubrió a dos holandesas rubias y anchas como colchones individuales, hermosas en su cúbica plenitud y en su piel rosada de animales cálidos. Una sorda irritación de urgencia inútil, de objetivo improbable se traducía en indignación contra la lentitud del barco, contra la sucesión de islas que mentían la ilusión del puerto de llegada. Para una vez en suratani descubrir que no tenía otra posibilidad de ponerse en la pista de los fugitivos que volver a tomar el expreso de madrugada, pero en el sentido en el que viajaba aquella mujer entrevista, a la que negó la posibilidad de ser Teresa Marsé, y ponerse al habla con el encargado del vagón, en el caso de que pudiera localizarlo en Songkhla, final de trayecto. Faltaban más de doce horas para que pudiera embarcarse en aquel tren y, de pronto, se le ocurrió que una mujer sola o acompañada por un thai, que coge un tren en una estación asiática, a las cuatro de la madrugada y no en dirección a Bangkok, forzosamente habría dejado una estela de curiosidad entre los empleados de la estación. Alquiló un taxi en Ba Don y media hora después estaba en la estación de Suratani, tratando de explicar al jefe que iba en seguimiento de compañeros de viaje adelantados y que era indispensable que les localizara. No sólo describió a Teresa, sino que enseñó una fotografía que se había traído y que mereció un cabeceo de negación por parte del jefe de estación. Pero la negación no estaba dirigida a la fotografía.

—Yo no estaba aquí la otra noche. Le dio la salida al tren mi ayudante de noche.

¿Dónde estaba su ayudante de noche? Estaba en un fonducho próximo, camarero de día; jefe de estación en funciones de noche, un frenesí laboral que sólo podía suponerse en un chino. Cien baths forzaron la memoria del pluriempleado.

—Mujer alta, de noche.

—Iba con un hombre, con un hombre de aquí, con un thailandés.

Se limitó a prolongar la oración inicial con las aportaciones de Carvalho.

—Mujer alta, de noche, iba con un hombre, con un thailandés.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¿Pero no le vendió usted el billete?

—Sí. Yo le vendí el billete hasta Songkhla, pero después no sé.

Y se reía porque su pensamiento iba más lejos que el del extranjero. Carvalho volvió al taxi y le propuso que le acompañara hasta Songkhla. La gesticulación del taxista subió y bajó según la negociación económica. Por fin mil baths consiguieron su acuerdo y en la máquina registradora que Carvalho llevaba en su cabeza, cinco mil quinientas pesetas se restaron a los beneficios que iba a obtener con aquel caso. Antes de ponerse en marcha, Carvalho compró una botella de Mekong y se la metió entre pecho y espalda en los primeros cincuenta kilómetros de recorrido. Estaba harto del viaje, de Teresa, de Archit, de sí mismo, y el alcohol le ayudó a cantar "Alma, corazón y vida" como hacía veinte años que no la había cantado y luego a dormirse entre ronquidos que provocaron las carcajadas del taxista. Le despertó el ruido de los frenos y de voces airadas, una patrulla de soldados rodearon el coche y bajaron al taxista a empujones. Abrieron la portezuela trasera y Carvalho salió con el pasaporte por delante. Unos metros más allá proseguía la bronca al taxista a cargo de un evidente oficial. De pronto los gritos se aplacaron, el taxista saludó ceremoniosamente al oficial y los soldados invitaron a Carvalho a que recuperara su asiento. Una vez en marcha el taxista reunió el poco inglés que tenía para explicarle a Carvalho que estaban en las cercanías de Phattalung y que era una zona llena de bandidos y de comunistas.

—¿Bandidos?

—Bandidos. Roban coches y autocares. Por eso haber soldados. Los bandidos estar siempre. Los comunistas de vez en cuando.

Según el mapa, estaban bordeando un mar interior situado más allá de la selva compacta como una noche, y Songkhla les esperaba mar abierto al terminar de orillar el mar interior. El taxista se volvía de vez en cuando para sonreírle y tratar de tararear la canción que Carvalho había cantado horas antes. Pero su viajero era otro hombre, con el estómago revuelto y un presentimiento de ataque de ácido úrico que trató de compensar rebuscando en los bolsillos de su cazadora unas tabletas de Ziloric, que llevaba como amuleto y como tardío auxilio para cuando sonaban los truenos.

No sólo era difícil llegar a Songkhla, sino también salir de aquella ciudad marinera, musulmana en sus minaretes blancos adornados por casquetes de azulejos. El sueño y la resaca daban a Carvalho un aspecto alucinado, con el que interrogaba a los taxistas de la estación de tren por si habían cogido como pasajeros a la extraña pareja. Todos le remitían a la calle Patalung donde podría hablar con la central del servicio de taxis. Sin duda era una compañía muy rica, a juzgar por la nobleza de la madera labrada de los portones y el empaque del evidente chino que estaba al frente del negocio. El hombre se llevó las manos

gordezuelas a la cabeza como si Carvalho le estuviera pidiendo que recitara los nombres de todos los reyes de las dinastías chinas. Le mostraba el papeleo que tenía sobre la mesa, le abría cajones llenos de papeles, desataba carpetas llenas de papeles, invitando a Carvalho a que encontrara su aguja en aquel pajar.

—Pero no es tan difícil. Una pareja de extranjera y thailandés, que alquilan un taxi.

—¿Adónde querían ir?

—A Malasya. Quedamos en encontrarnos en Penang, para hacer luego excursiones hacia las Cameron Highlands.

—¡Las Cameron Highlands! Muy hermosas. Necesitan equipo de excursión y guías. Muy hermosas. Pero sus amigos no tenían por qué viajar en coche particular, podían ir en autobús. Hay autobuses hasta la frontera de Malasya y allí empalman con otros autobuses que llegan hasta Alor Star e incluso a Butterworth, el puerto desde el que se salta a Penang.

—¿No hay otra ruta?

—La otra ruta es muy insegura, a través del país Pattani, son malos tiempos. Está todo esto muy revuelto.

—¿Usted tiene aquí informes de todos los taxistas de Songkhla?

—No. Pero nuestra compañía es la más potente y es difícil que un servicio a larga distancia, fuera de la zona de la ciudad, se nos escape.

—¿Y le es difícil encontrar, entre esos papeles, alguno que haga referencia a un viaje de hace poco más de veinticuatro horas?

—Vuelva dentro de cinco horas.

No tenía sentido la petición. Una vez en la calle, Carvalho sospechó que las cinco horas eran un período de tiempo suficiente para echarle encima a Charoen o a "Jungle Kid". De haber tenido información y la voluntad de informarle, el chino ya le habría dado una respuesta. Volvió a la estación de donde salían los autobuses hacia Sadao y enseñó la foto de Teresa al responsable del garaje, al cobrador de los tickets, al coro de empleados y conductores que se arremolinaron en torno de la fotografía. Uno de ellos picoteó la imagen con un dedo.

—Viajó con nosotros hasta Hadyai.

Previa consulta del mapa, Carvalho se desconcertó. ¿Por qué hasta Hadyai? ¿Por qué se habían detenido a una docena de kilómetros de la frontera?

—La mujer enferma. Estaba muy enferma.

—¿Iba acompañada?

—Sí. Por un thailandés. Por un guía thailandés.

—¿Bajaron los dos en Hadyai?

—Sí. Los dos.

Carvalho pareció desentenderse del asunto. Se refugió en un bazar situado a espaldas de la estación y allí esperó hasta la hora de partida del autobús. Un minuto antes de que arrancara fue el último pasajero en subir y el único occidental entre una humanidad de thais y malayos que viajaban con cestos de frutas, pollos y hornillos portátiles de carbón "made in Italy". Fue un viaje a la sombra de las heveas, en un país más oscuro que el que había recorrido hasta entonces, más oscuras las gentes, la jungla, la tierra y oscuros los presagios sobre el final del viaje, sintiendo en los talones el aliento de "Jungle Kid" más que el de Charoen, porque si Charoen fuera el que había llegado hasta Khao Chong o

el hombre había aguantado heroicamente o Carvalho habría sido detenido en Ba Don o en Koh Samui. Y al llegar a Hadyai, le abrumó la sensación de estar perdido en el culo del mundo, sin nada aparente que hacer en una villa dedicada a vender látex, estaño, entradas para combates de toros o prospectos para comer la mejor sopa de aleta de tiburón de Asia en el restaurante Hañvathene que le tendía un niño entre maullidos supuestamente ingleses. Se sentó en la terraza de una casa de comidas y sorprendió desagradablemente al dueño pidiéndole una botella de agua mineral con la que engullir dos pastillas de Ziloric, porque empezaba a sentir la rodilla izquierda llena de cristales cortantes. La mala cara del dueño del restaurante no se debía sólo a la poquedad de Carvalho como consumidor, sino a manchas blancas que le componían un rostro bicolor en algún momento mordido por el ácido. Volvió a contar el caso de los amigos perdidos en Thailandia y no encontrados y sometió al reticente restaurador la posibilidad de un veredicto sobre qué se puede hacer en Hadyai, cuando se está enfermo y se ha llegado en un autobús. Ir al médico. Le contestó el fondista con un laconismo de agua mineral. Carvalho le pagó la consumición y le dio una propina que doblaba lo que le había pedido por la botella de agua. El rostro bicolor se relajó y algo parecido a una sonrisa anticipó la propuesta de que consultara con el médico más próximo a la parada del autobús. Tenía la consulta en el encuentro de carreteras entre Hadyai y Chana. El médico no estaba, pero la mujer que le había abierto la puerta de cristales enrejados se volcó hacia la fotografía que Carvalho le enseñaba y cabeceó afirmativamente.

—Pasó por aquí. Muy enferma.

—¿Iba sola?

—No. Con un hombre. Muy enferma. El doctor dijo que estaba a punto de morir.

—¿La metieron en el hospital? ¿Dónde está?

—No quisieron quedarse. Continuaron viaje.

—¿Hacia Sadao?

—No. Yo les acompañé hasta la puerta. Se fueron hacia Chana.

Estaba completamente segura, a pesar de las dudas de Carvalho.

—Se marcharon. Iban en un coche.

—¿Un taxi?

—No. No había taxista. Conducía el hombre. Y se marcharon hacia Chana. En Hadyai sólo hay taxis en dirección a Songkhla. Nadie se atreve a meterse en el país Pattani. El coche lo llevaban ellos. Era un coche verde.

—¿Cómo puedo llegar a Chana?

—Autobús. Taxi difícil.

Fue difícil hasta los quinientos baths. Cuando Carvalho llegó a esta cantidad, el taxista le saludó como si fuera su capitán y puso en marcha un coche en el que a duras penas el chasis toleraba la carrocería y las ruedas no parecían dispuestas a rodar un kilómetro sin acabar de agrietarse. En Chana les dijeron que el coche verde había pasado por allí, pero que había proseguido en dirección a Thepha o Pattani. El taxista no estaba dispuesto a proseguir si Carvalho no añadía algún carburante a los quinientos baths iniciales. Otros quinientos baths le permitieron no sólo proseguir sino obligar a que el coche se detuviera ante cualquier villorrio y preguntar. Carvalho no había asimilado totalmente la posibilidad real de la enfermedad de Teresa y temía que fuera el

resultado de algún encuentro sangriento con sus perseguidores. A la angustia mecánica por cumplir su cometido, se unía ahora una angustia emocional por la suerte de un ser humano al que conocía, y los rostros de Ernesto y su abuela se sobreponían en su imaginación memorizadora como una razón para proseguir la búsqueda y como presencias culpabilizadoras por el fracaso de esa búsqueda. Se detuvieron ante un grupo de cabañas pocos kilómetros después del desvío hacia Thepha y el taxista tuvo que hacer de intérprete entre Carvalho y los aldeanos. El taxista miró a Carvalho con los ojos tristes.

—Están aquí. La mujer ha muerto.

Los aldeanos señalaban hacia la jungla, donde aparecía un coche verde abandonado entre las heveas.

—La mujer muerta está al final de este camino. Hay que cruzar un pequeño río.

El taxista desembarcó el equipaje de un Carvalho paralizado, que ni siquiera reaccionó cuando el coche hizo la maniobra de encararse nuevamente en dirección a Hadyai y le dejó apeado junto a los aldeanos parlanchines que trataban de ampliarle a Carvalho una información que él no entendía, ni quizá escuchaba. Era evidente que el taxi se había marchado, que aquél era el coche verde del que le habían hablado y que al final del sendero le esperaba quizá el final del sentido de su largo e inútil viaje.

Por un ventanuco penetraba un rayo de sol oxidado por la humedad, un rayo de sol diríase que mojado por tanta lluvia y obligado a detenerse al pie de un camastro improvisado. Sobre el camastro, una figura humana inmóvil y, sentado en el suelo o en cuclillas, un hombre con los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza vencida sobre los brazos. Carvalho avanzó hacia la cama y cuando se inclinaba para poder ver el rostro del cuerpo yaciente, el hombre sentado sobre sus talones se desplegó y apareció un rostro pelirrojo, barbado, dos ojos turbios, primero sorprendidos luego sonrientes cuando los labios dijeron:

—¿El doctor Livingstone, supongo?

Carvalho le sostuvo la mirada y no le contestó la pregunta. Volvió a mirar la cara de la mujer muerta. No era Teresa, pero merecía piedad aquel rostro de niña envejecida, con el cabello dividido desde las raíces canosas que ganaban ya definitivamente terreno al teñido rubio expulsado hacia las puntas. Tenía los ojos pequeños y redondos cerrados, los agujeros de la pequeña naricilla taponados con trapos blancos que parecían proceder de la sucia camisa del hombre. El cuerpo desaparecía bajo una sábana de tejido tosco de un blanco amarillento.

—¿La conocía usted?

—No. ¿Y usted?

—La he visto morir de la misma manera que otros la debieron ver nacer. Estoy aquí por racismo. Porque era blanca y se estaba muriendo en un poblado lleno de asiáticos.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Conmigo. La traje en un coche, pero el coche lo había alquilado ella.

Se echó a reír.

—Se estaba muriendo y le asustaba conducir en Thailandia. Decía que estos thais conducen como locos.

Volvió a reír voluntariosamente y luego se pasó la mano por la cara para borrar la sonrisa que le había quedado y recuperar la sensación de frío y de sueño.

—Es alemana, creo. Hablaba el francés como una alemana o como una holandesa o como una flamenca belga con prejuicios antifrancófonos. Yo soy francés. ¿Lo había adivinado por el acento? Dígamelo en serio. ¿Verdad que hablo un inglés impecable? Es que soy normalien. ¿Sabe usted lo que es un normalien? ¿Sí? En cambio tiene usted un acento yanqui. ¿Es usted norteamericano? ¿No? Yo era economista antes de irme a Afganistán para estirar las piernas.

Se levantó con dificultades y se le cayó una botella de Mekong que sostenía sobre las rodillas. La botella aprovechó el desnivel del suelo para irse rodando hasta la puerta de salida y desaparecer. El francés dijo adiós a la botella con una mano y se acercó a la yacija.

—Adiós, amiga mía. Juntos hemos tratado de llegar a alguna parte.

La borrachera le movía el cuerpo como si fuera un animal invertebrado. Manoteó ante Carvalho como si le estuviera dirigiendo una reprimenda.

—No sabía donde ir, la pobre y yo le dije: cuando uno no sabe a dónde ir, ha de escoger entre la ruta del nacimiento o la ruta de la muerte del sol. No falla. Las mujeres siempre escogen la ruta del nacimiento. Son madres. Aún están condicionadas por el instinto de ser madres y prefieren que el sol nazca.

Se rió a borbotones.

—¡Qué burras!

Bajó el tono de la voz como molesto consigo mismo por haber violado el silencio de la muerte.

—La vi tan blanca, tan desvalida, tan triste que me dije, François, por fin vas a comer carne blanca. Yo no había comido carne blanca desde que estuve en Goa, hace ya casi un año, casi un año que me arrastro por Birmania y Thailandia. Mi nombre es François Pelletier Lussac. ¿Y el suyo?

—Pepe Carvalho.

—¿Pepe? ¿Mexicano? ¿Argentino? ¿Chileno?

—Español.

—"Mon Dieu"¡ ¡Un español! "Avez vous un ch1teau en Espagne"¿

La cara del francés había penetrado en un campo cinematográfico de primer plano en relación con la de Carvalho, es decir sus labios estaban próximos y el aliento alcoholizado vaporizaba el rostro de Carvalho. Apartó primero la cara y luego el cuerpo. Pelletier dudaba entre conceder su atención a la muerta o a Carvalho y, finalmente, se fue hacia la puerta caminando con las rodillas dobladas. Se apoyó en el marco, respiró profundamente el aire fresco recién lavado.

—¿Qué haces aquí, François Pelletier Lussac?

Lo repitió en distintos tonos de voz. Tono de recepción diplomática, de teatro de Racine, de pregunta de Brigitte Bardot, de impertinencia de gendarme especializado en Quartier Latin, de niño perdido en el bosque, de esposa malhumorada, de novia derretida, de Dios. Y cuando encontró el tono justo en el que Dios le preguntaría:

"Qu'est–ce que tu fais ici, François Pelletier Lussac"?

Lo repitió con toda la fuerza de sus pulmones, comunicando a los thais repartidos por la campiña que, por fin, alguien importante se preocupaba por su suerte. Luego se volvió a Carvalho y le dijo:

—Sólo hay una cosa más inútil que ser francés y es ser español.

Esperó la respuesta de Carvalho un tiempo prudencial y, cuando dedujo que no iba a llegarle, dio dos pasos en su dirección fingiendo la entereza de un provocador.

—¿No habla nunca? ¿No tiene sangre? ¿No se ofende cuando denigran el sagrado nombre de su patria? ¡Firmes! ¡Póngase firmes!

Como Carvalho no le hizo caso, Pelletier se puso firmes, fingió ser portador de un fusil y desfiló a lo largo y lo ancho de la habitación.

—¡Presenten armas!

Ofreció su fusil a la muerta y, como si una fuerza invisible le expulsara de la cama, salió despedido con los brazos en cruz, dio con la espalda contra la pared y el cuerpo fue descendiendo hasta quedar sentado en el suelo con las piernas abiertas, el cuerpo entregado al desmayo o al sueño. Carvalho se inclinó hacia él, le abrió los párpados con cuidado y el francés sonrió:

—Estoy vivo, no se asuste. Déjeme dormir. Hace cinco días que no duermo. La pobre tardó demasiado en morir.

Se fue Carvalho hacia la yacija, examinó meticulosamente los alrededores, luego comprobó que la muerta estaba desnuda bajo algo que se parecía a una sábana de lienzo. Nada que la identificara. De pronto pensó en el coche y salió precipitadamente de la estancia. Cruzó el improvisado puente sobre el canalillo por el que bajaba el agua con pretensiones de torrente. El coche seguía allí junto a la empalizada de los cerdos oscuros. En la guantera estaba el resguardo del alquiler a nombre de Olga Schiller Bulowa, natural de Frankfurt, nacida el 27 de octubre de 1936, residencia habitual, Bonn. Carvalho apuntó los datos en el reverso de una tarjeta. Luego destinó otra tarjeta a escribir una escueta nota sobre la defunción de Olga Schiller y su entierro en aquel villorrio, a quince kilómetros de Pattani. Conservaba un pequeño sobre de tarjeta en un compartimiento del billetero y escribió sobre él el nombre del destinatario: la embajada alemana en Bangkok. Introdujo la tarjeta en el sobre y se lo metió en el bolsillo. Si dejaban pasar más tiempo el cuerpo empezaría a descomponerse y todos los insectos de Thailandia, unidos a los de Birmania, Malasya y toda Indochina se cernerían sobre la cabaña en busca de tan suculenta carroña. Cazó a un thai en el momento en que se metía o se escondía velozmente en su cabaña y le preguntó quién era la máxima autoridad en la aldea. No entendía el inglés y Carvalho le dibujó algo que se parecía a un soldado o a un policía. El thai le dedicó un largo discurso del que entendió los gestos. No había policía allí. Estaban más lejos y señaló en dirección hacia el oeste. ¿Cómo podía preguntarle por el poder? ¿Cómo se puede convertir el poder en lenguaje gestual y sobre todo graduar el lenguaje gestual del poder? Un rey o un emperador es fácil. Pero un alcalde de aldea, ¿cómo se hace? Recordó Carvalho que el elemento lingüístico básico en Oriente es la sonrisa y sonrió no sin esfuerzo, no sin que dejara de percibir el ruido de las oxidadas junturas de los músculos de la sonrisa. Con un rosario de sonrisas y ofrecimientos de acompañamiento, consiguió que el thai le siguiera y le llevó hasta la cabaña fúnebre. El thai entró recelosamente y no avanzó más de un metro dentro de la estancia. Miraba a los tres componentes de

la escena, el francés dormido, la muerta, Carvalho. Éste le hizo señas de que la mujer estaba muerta y de que había que enterrarla. No parecía entenderle el thai y Carvalho salió fuera de la choza, con un palo abrió un pequeño hoyo en la tierra y señaló hacia el interior de la cabaña, llevando de nuevo el dedo al hoyo y cubriéndolo de tierra a continuación. El thai cabeceó afirmativamente, repitió algo varias veces y se marchó sobre sus ágiles piernas y sus pétreos pies descalzos. Todo podía ocurrir. Incluso nada. Al fin y al cabo, con la muerta sólo tenía una vinculación cultural y, como en toda vinculación cultural, había algo de culpabilización en aquel vínculo. Había que enterrarla. Que se ocupara el francés cuando despertara de la borrachera o las gentes del lugar cuando las escuadras de mosquitos se lanzaran sobre la aldea. Volvió a entrar en la cabaña para contemplar por última vez aquella muestra de Europa vencida pero el ruido de gentes aproximándose le hizo volver a salir. Su interlocutor volvía acompañado de un viejo al que hablaba respetuosamente y le seguían cuatro o cinco hombres. Saludaron a Carvalho ceremoniosamente y luego volvieron a saludarle cuando les franqueó la entrada de la cabaña. El viejo se acercó en actitud pía a la muerta y los demás rodearon al francés e intercambiaron comentarios ruidosos y divertidos sobre su sueño etílico. El francés se despertó, se hizo cargo de la situación, se frotó los ojos con una mano y, ya limpios de adormilamientos, los abrió para sonreír a la gente. El viejo se esforzaba en preguntarle algo a Carvalho. Entendía que le estaba preguntando por las causas de la muerte, pero no sabía qué contestarle. La voz del francés les llegó desde su incómoda postura. Hablaba en thai, lo suficiente al menos para que el grupo que le rodeaba se abriera y el viejo le dedicara toda su atención. Cabeceó el viejo afirmativamente y dio una serie de explicaciones. El francés meditó un instante, se puso en pie y se dirigió a Carvalho.

—¿Qué le parece? ¿La enterramos o la quemamos? Está pudriéndose.

—¿De qué ha muerto?

—Tenía un cáncer que le llegaba de la cabeza a los pies.

—¿Alguien puede reclamar en el futuro una investigación sobre el cuerpo?

—Tiene un hijo estudiando en Alemania. El marido se le suicidó hace dos años.

—El hijo.

—La enterraremos entonces.

Habló con el viejo y se le reprodujeron saludos, sonrisas, promesas.

—No hay cementerio de extranjeros. Por aquí no ha pasado ni Marco Polo. Habrá que cavar junto al río. Ellos nos dirán el lugar. ¿Qué tal de musculatura?

—Cavaré.

El Pattani se iba hacia el mar, hinchado por las lluvias y los aluviones. Merecía un puente con pretil para captar el alleph de las aguas vivas y espesas, como si hubieran disuelto el chocolate del mundo. Al menos había un coche, pensó Carvalho mirando de reojo el vehículo varado junto al sendero. Todavía le temblaban los brazos por el esfuerzo físico de abrir la tierra para devolverle los despojos de Olga Schiller. Una paletada de Carvalho era la que le había cubierto la cara y los ojos y en el instante de lanzar la tierra, Carvalho había sentido un

pánico íntimo que nadie había podido percibir. Ni el meticuloso francés, que apaleaba la tierra con la debilidad de un intelectual pero también con el rigor de un racionalista, ni los aborígenes que les habían ayudado a cavar, pero que ahora contemplaban como un espectáculo el trabajo de ocultación. Luego tiró la pala, se lavó las manos, los brazos, el tórax en el río y las aguas se llevaron la tierra adherida a su piel, se hicieron cargo de ella con una naturalidad elemental, al igual que la tierra se había hecho cargo de Olga Schiller. ¿Qué hacer? La ruta de Teresa se cruzaba con la de la alemana muerta y todo indicaba que Teresa y su acompañante trataban de pasar a Malasya evitando las salidas convencionales de Thailandia. La aldea estaba dentro o en los límites de Pattani y la advertencia de que el territorio pudiera estar controlado por la guerrilla musulmana desorientaba a Carvalho, le destruía la lógica de los puntos cardinales. O seguir el río hasta Pattani y aprovechar el aeropuerto para volver a Bangkok y a las Ramblas o empeñarse en atravesar la fluctuante frontera y seguir el rastro de la pareja fugitiva. El mapa daba vueltas entre las manos de Carvalho y amenazaba romperse por las rozaduras de sus dobleces. Una sombra se proyectó sobre él y Carvalho levantó los ojos. Pelletier también se había lavado en el río y mostraba un aspecto adecentado de europeo pulcro, aunque sin ajuar adecuado para el momento y el lugar. Los pantalones tejanos estaban acartonados por la suciedad, la camiseta de marino yanqui había secado el agua de la piel y el rostro alargado y pelirrojo no se había quitado las púas de una barba vieja aunque irregular. Tal vez la exactitud del peinado era lo que le devolvía la estricta identidad de europeo pulcro o la sensación de que se había quitado de encima la orla de velatorio y borrachera con que Carvalho le había encontrado. Pero ya con una mano empuñaba una botella de Mekong y se la tendió a Carvalho.

—Es el mejor Armagnac que he podido encontrar.

Carvalho tragueó con sed y con voluntad de cambiar el estado de conciencia. Luego lo pensó mejor. Perder la lucidez en el penúltimo rincón del mundo era un riesgo excesivo. Devolvió la botella y el francés la aceptó al tiempo que le proponía:

—Algo hay que comer.

—¿Dónde?

—Déjese llevar por mi olfato. He olido y he creído. Sígame y guiados por mi nariz llegaremos a la comida.

Carvalho echó a andar tras Pelletier. Volvieron a la aldea por el sendero, cruzaron el riachuelo que pasaba por delante de la cabaña improvisada capilla fúnebre y luego lo remontaron en busca de la concentración de cabañas. Pelletier se detuvo ante el porche de una de ellas, donde una familia al completo picoteaba en los cuencos llenos de arroz y unas pequeñas adherencias policrómicas que no eran arroz. Pelletier habló con la vieja que marcaba la proa de la concentración familiar y recibió a cambio una sonrisa y un encogimiento de hombros. La vieja miraba con atención a un hombre joven, breve, musculado, que corría en cuclillas, al parecer ajeno a las negociaciones de Pelletier. El francés se dirigió a él y, tras un titubeo, el hombre contestó algo que a Carvalho le sonó a airado rechazo, pero que a Pelletier le hizo sonreír.

—Arroz con pollo y brotes de bambú, ¿qué le parece? No hay mejor menú en los restaurantes chinos de París, aunque aquí nos lo cargarán de especias.

—Que lo carguen de lo que quieran.

Carvalho sentía urgencias de hambriento. Pelletier se apartó de la casa y se sentó en un escalón de una escalera lateral que iba a parar al mismo porche donde la familia comía. El francés pegó sus labios a la botella de Mekong y tardó en despegarlos. Respiró afanosamente y tendió la botella a Carvalho que la rechazó.

—Hay que esperar un rato. Ha de hervir el arroz. A propósito, ¿qué tal está usted de dinero?

—Me quedan travellers.

—¿No querrá pagar con travellers a esta gente?

—¿Tiene baths?

—Pocos. Y algo de moneda birmana. En Rangún me gané la vida dando clases de francés a un traficante de rubíes.

El francés abarcó a Carvalho con una mirada cómicamente altanera.

—No se preocupe. Es mi invitado. En realidad no era un traficante de rubíes. Un miserable bisutero que había tenido una abuela francesa. Pintoresco. En Birmania es posible encontrar a alguien que tenga un abuelo inglés. Pero una abuela francesa, jamás. Debería estar prohibido. A propósito, Stanley, ¿qué hace usted por aquí?

—Busco las fuentes del Nilo.

—Qué despiste geográfico llevan en España.

—Busco a una mujer.

—¿Se fugó con otro?

—Más o menos.

—¿Es su mujer?

—No.

—Pero bueno. Esto ya es vicio. Pase que alguien se dedique a buscar a la mujer legal, pero ponerse a buscar a la amante, eso no tiene nombre.

—Soy un profesional de estas cosas. Soy un detective privado.

—Y yo Martin Bormann.

—De verdad. Soy un detective privado que está buscando a la hija de un cliente.

El francés estudiaba a Carvalho por si descubría alguna fisura en la máscara del rostro. Carvalho se limitó a sacar el billetero y enseñarle el carnet de detective privado.

—¡Increíble! Cuando se lo cuente a mi madre no se lo va a creer. Doy veinte veces las vueltas al mundo, me pudro con los pueblos más podridos de la tierra y todo para encontrarme con Philippe Marlowe en un poblado de mierda de la península malaya. Aún es posible la sorpresa. Lamento no estar a la altura de las circunstancias. Yo soy economista, normalien, es decir, de la élite cultural francesa.

—Ya me lo ha contado.

—¿Cuándo?

—Poco después de habernos conocido.

—Me repito. Y sobre todo estas cosas. No ha sido siempre así. Me ocurre últimamente. Debo tener un grave problema de identidad. A la pobre Olga le

amargué los últimos días de vida explicándole la influencia de Pascal sobre Rhomer. ¿Sabe usted quién es Rhomer?

—Un general alemán.

—Fascinante. No. Un director de cine. ¿No ha visto usted "Ma nuit chez Maud"?

—Casi nunca voy al cine.

—Es una película sobre el sentido de la vida.

—Hum. Muy sólido.

—Fue la última película que vi antes de fugarme de París. Por cierto, he coincidido con varios españoles en distintos lugares de la península Indostánica, incluso antes, en Afganistán, antes de que se armara la guerra. En Goa conocí a un español pintoresco, filósofo. Un hidalgo madrileño que siempre filosofaba mientras chapoteaba descalzo bajo la lluvia o bailaba agitando al viento su trenza negra. En Bombay coincidí con un ex economista catalán y tuvimos una larga discusión sobre Schumpeter y los economistas radicales norteamericanos. Se llamaba Martín Capdevila y quería ser maharajá. En caso de que llegue a serlo, tengo la vejez asegurada.

Carvalho se tumbó en los escalones. El esqueleto le agradeció el soporte y los ojos se le fueron hacia los pozos de cielo delimitados por nubes blancas y pesadas. Una bandada de pájaros atravesó su campo visual, investigadores de lo que acontecía en un poblado insolentemente intruso en la jungla.

—¿Conoce usted el nombre de los pájaros de Bangkok?

El francés salió de un súbito ensimismamiento.

—¿De qué pájaros habla?

—De los que se posan en los cables eléctricos al atardecer. ¿No los ha visto? A miles. Parecen mosquitos ruidosos. Tampoco sé si pían de alegría o de hambre o de miedo o para proclamar su hegemonía por encima de la ciudad construida por los hombres.

—Todos los pájaros son gorriones.

—¿Las águilas también?

—Las águilas son águilas.

La vieja se les acercó con una bandeja de lata en la que había cuatro cuencos de barro y dos cucharas de madera. Humeaba la comida y Carvalho se apoderó de su ración de arroz y pollo y las mezcló amorosamente con la cuchara de teca, como recreándose en la composición del paisaje. El francés comía más ortodoxamente. Cucharada de arroz, cucharada de carne y verduras.

—Hay más granos de pimienta que pollo.

Se quejó Pelletier.

—La cocina thailandesa es como la china, pero con más especias. En los países del trópico las especias combaten la falta de apetito derivada del clima.

—¿Falta de apetito? Comer en los países asiáticos es una ostentación. La gente se pasa el día en la calle con el cuenco de arroz en la mano. ¿Ha probado usted el betel? Los primeros viajeros europeos creyeron que estos pueblos eran todos tuberculosos porque tenían la boca llena de sangre. Era el color del betel. Arroz y betel. El arroz para llenar el estómago y el betel para entretenerse.

—La austeridad asiática.

—Mierda, la austeridad asiática.

—El budismo. La superación de la servidumbre de los sentidos.

—Para empezar, Stanley, estamos en una zona mahometana y el budismo es una industria de exportación de ideología para que la consuman los menopáusicos de Occidente.

Pelletier había terminado sus raciones y cuando la vieja se acercó merodeando y mirándoles de reojo, le tendió un billete de veinte baths. Examinó el billete la mujer, recogió la bandeja con los cuencos vacíos y se alejó seguida de la mirada valorativa del francés.

Estaban junto al coche y los dos hombres lo contemplaban con el mismo aire de desconcierto. El francés pegó una patada contra una rueda y luego se sentó en el morro.

—¿Qué piensa hacer?

—Quisiera llegar hasta Penang. Las cosas hay que acabarlas. Es la última posibilidad que tengo de encontrarla. ¿Y usted?

—Tendría que devolver este coche en algún sitio donde hubiera oficinas de la Hertz. Ella lo había alquilado en Bangkok hace ya tres o cuatro semanas, aunque nadie va a pedirle ahora explicaciones si no lo devuelve. Si quiere se lo cedo.

—No, es de usted.

—No. Pero tengo una cierta autoridad moral sobre él.

Carvalho echó a andar en dirección hacia la carretera.

—Espere. Le acompañaré hasta algún centro habitado donde pueda alquilar un taxi o coger un tren o un autobús. ¿Qué prefiere, volver a Hadyai o que le lleve a Pattani? En Pattani hay aviones y quizá haya un vuelo hasta Penang, aunque Penang ya está en Malasya.

—Me han dicho que la zona de Pattani es peligrosa.

—Cuentos que se inventa el gobierno para meter en un puño a la gente. Se inventa guerrillas comunistas o musulmanas en el sur, bandidos birmanos en la frontera birmana o infiltraciones desde Laos y Camboya. De hecho ya estamos en el país Pattani y no ha pasado nada.

—Prefiero evitar los aviones.

—"Oh lá lá"! Esto se pone interesante. ¿Qué trata de ocultar? ¿En qué trafica? Suba. Le sacaré de este andurrial.

Salió el coche de la selva y saltó a la carretera en dirección a Hadyai.

—No se me muera usted ahora. Dos muertos en un solo viaje es excesivo.

Comentó Pelletier al ver como Carvalho doblaba la rodilla con un rictus de dolor en el rostro.

—Ya no me duele casi.

—Pero le duele. ¿De qué se trata?

—Gota.

—¿Gota? Es una enfermedad de reyes franceses. Estoy pensando, amigo español, que no tengo nada que hacer y que quizá me interese cruzar la frontera

de Malasya y viajar hasta las selvas profundas, a donde nunca ha llegado el hombre blanco. Cuento con que usted pagará la gasolina. Este coche gasta mucho y no quiero tocar ni un céntimo de la pobre Olga. Me interesa su viaje. Encontrarte con un hombre que se inventa viajes y desconocidas para dar sentido a la vida.

No se equivocaba gran cosa Pelletier, pensó Carvalho. Al alivio de la comprobación de que Teresa no estaba muerta, le seguía la misma sensación de absurdo e inutilidad que le había empezado a asaltar en Koh Samui, tal vez reforzado por el deseo frustrado de haberse quedado en la isla a ver pasar las próximas veinte horas, los próximos veinte años. Pero el francés no necesitaba que Carvalho le diera la razón. Proseguía su discurso neurótico, lleno de consideraciones sobre el sentido de la vida.

—A veces pienso en volver a París. Tengo un armario lleno de trajes en casa de mi madre. Tengo a mi ex mujer casada con un catedrático riquísimo al que le sienta muy bien el frac y le sacan cada dos por tres en "Jours de France". Si me pongo a repasar mis libros y me leo "Le Monde Diplomatique" de estos últimos siete u ocho años, me pondré al día y estoy seguro de encontrar un buen empleo, si pongo la cara de hijo pródigo y les vendo que vuelvo del universo del marxismo y de la contracultura, consciente de que la única verdad la tienen Milton Friedman y el neoliberalismo económico y político. La hegemonía de la burguesía se sostiene gracias a la prestación de método y lenguaje que le han aportado los disidentes del enemigo y los hijos que han sido marxistas o budistas o drogadictos y luego han vuelto a la casa del padre.

No callaba nunca. Carvalho fingió dormir y el tono del discurso de Pelletier fue bajando hasta convertirse en un bisbiseo que pasó a ser canción cantada hacia sí mismo, para hacerse compañía o para mantener una relajada concentración, con el volante entre las manos y las primeras sombras de la noche tiñendo la carretera. Al llegar a Hadyai, Pelletier giró hacia la izquierda en dirección a Sadao y la frontera malaya. Carvalho abrió los ojos protegido ahora por la oscuridad y miró de reojo a Pelletier. Conducía sonriendo como si soñara su condición de chófer, la carretera misma. Al llegar a Sadao apartó una mano del volante para agitar el cuerpo de Carvalho.

—Prepare la documentación. Nos acercamos a la frontera. Carvalho sacó los dos pasaportes del bolsillo, los sopesó y finalmente se guardó el español y mantuvo el italiano entre las manos.

—Oiga, español, a esto se le llama viajar organizado. Igual estoy viajando junto a un pez gordo de la delincuencia internacional. ¿A santo de qué el pasaporte italiano?

—Italia es mi segunda patria.

Primero repostaron gasolina en una gasolinera que parecía un cementerio de coches, como si los vehículos se hubieran muerto corroídos por la gasolina que allí vendían. A partir de la gasolinera empezaba la cola de coches y autobuses que esperaban el paso de la frontera, bajo la débil luz de amarillas bombillas de velatorio agitadas por el viento. La policía thailandesa arrancó el visado blanco de los pasaportes y les dejó pasar sin más comentarios. Tuvieron que rellenar un visado provisional en la frontera malaya y pasar por un minucioso registro y la sorpresa del visa de la aduana malaya al comprobar lo escaso del equipaje de Carvalho. Explicó que había dejado el grueso del equipaje en Bangkok, a donde

volvería después de un corto recorrido turístico por Malasya. De hecho voy a bañarme a Penang, añadió Carvalho agitando el traje de baño.

—Muy oportuno el detalle del traje de baño.

Comentó con sorna Pelletier, cuando la frontera quedaba a sus espaldas.

—Nadie sospecha nada de un hombre que va por el mundo con un traje de baño. ¿Quiere conducir usted? Estoy cansado.

Carvalho temió quedar sin remedio a la disposición de las ganas de hablar de Pelletier, pero vio sus ojos hinchados, rojos, torpes y asumió el volante. Pelletier se sentó a su lado, cerró los ojos y se quedó dormido al instante. A Carvalho le pareció que corrían más ahora, pero la aguja del cuentakilómetros permanecía en la misma cota que había mantenido el francés. Pasaron por Jitra, apenas cuatro puntos de luz y luego por Akor Setar, donde un indicador de carretera les prometía la existencia de un aeropuerto y a Carvalho le asaltó la ilusoria urgencia de coger un avión y terminar cuanto antes la aventura. Pero Penang era una meta coherente y se había educado a sí mismo para la coherencia.

Clareaba cuando entraron en Butterworth y Carvalho dirigió el coche hacia un puerto que podría haber sido un puerto cualquiera de Thailandia, a no ser por los rasgos dominantes de los malayos, la clareada oscuridad de la piel, los ojos rotundos y nítidos en contraste con los ojos más rasgados de los thailandeses y chinos. Pelletier se desperezaba como un animal en busca de su propio cuerpo y en lucha con las dimensiones limitadas del coche. Carvalho llevó el coche hasta los embarcaderos y preguntó dónde se podía coger el transbordador hasta Penang. El próximo partía media hora después. Aparcó y los dos hombres se convirtieron en dos siluetas gesticulantes para sacarse de encima el envaramiento de kilómetros. Carvalho se encaminó hacia la caseta donde vendían los tickets para el transbordador.

—Espere. Yo no sé aún si le acompañaré. Me decidiré en el último momento.

Carvalho sacó su ticket y buscó con la mirada a Pelletier, para encontrarle sentado en la terraza de un bar llena de sofisticados sillones de mimbre y veladores de plástico. La luz del día exaltaba los volúmenes de las embarcaciones y la masa verde de Penang ocupaba todo el horizonte. Se sentó Carvalho junto al francés.

—Otro país, español. Otra gente. Otra cultura. Otra religión. Según creo en Europa hay una gran curiosidad por todo lo musulmán desde que han descubierto que dependen del petróleo árabe. Pobre Europa. Se lo cree todo. En el fondo tanto la cultura musulmana como la budista son superestructuras de museo frente a las leyes económicas que rigen el mundo.

El discurso era inevitable. Carvalho apretó con las dos manos la taza llena de café y se dispuso a escuchar.

—Pero, en realidad, para estos orientales, el budismo y todo eso es una cultura que no distancia y que acaba siendo una rutina, como era una rutina aquel catolicismo sin contradicciones bajo la dictadura tomista. A la hora de la verdad, el budismo no les ha salvado de la corrupción y de la integración en el supersistema mundial. Las leyes materiales son tan repugnantes como inapelables a la hora de entender la historia, por eso hay que negarse a entender

la historia. La obscenidad de la acción. ¿Quién o qué no ha caído en la obscenidad de la acción? ¿Y a qué conduce toda acción? a la posesión. De cosas o de personas. El hombre no puede actuar sin agredir. Toda moral es hipócrita. El bien es vencer. El mal es perder. Eso en Occidente ya ha llegado al colmo, porque en el fondo del fondo el gran vigilante de la moral en las culturas cristianas, Dios, es un cadáver exquisito y eso lo sabe todo el mundo, hasta el Papa de Roma. Pero aquí también se ha impuesto la dialéctica del vencer o perder como sustitutiva del bien o del mal. Los de arriba son unos cínicos y, al decir "los de arriba", me refiero al "establishment" de dinero, al poder político–militar o al cultural, y los de abajo tienen miedo a perder más de lo que ya han perdido. Yo, la verdad, no me declararía budista. Yo soy taoísta.

—Por muchos años.

—Paso por alto su ironía. El taoísmo me hará eterno. El taoísmo me permite ser intelectualmente imparcial ante lo que ustedes llaman el bien y el mal, que, en definitiva, quiere decir vencer o perder. Yo me reconozco en el dualismo Yin–Yang y aspiro al Tao. Es decir, sé que soy un francés, normalien de mierda y que mi salvación es aspirar al Tao. Como ve, aún no me he sacado de encima el complejo de culpa judeo–cristiano.

—¿Se lleva el Tao?

—¿Qué dice usted? Definitivamente está loco o le han sacado de un guardarropía sumergido en el Titanic. No se lleva nada. Cuando yo me marché de Francia se llevaba el antimarxismo y la "nouvelle cui sine". Pero, según mis noticias, ahora ni eso. Se lleva el no llevar nada. El mundo se socialdemocratiza y, en cierto sentido, estamos en plena época Tao. El sabio, dice el Tao, gobierna de modo que vacía el corazón, llena el vientre, debilita la ambición y fortalece los huesos. El problema es saber quién ejerce el papel de sabio. ¿Mitterrand? ¿Reagan? ¿Breznev? El miedo. El prudente miedo o el miedo prudente. ¿Qué es Dios? Se preguntaban los filósofos cristianos cuando les dejaron pensar por su cuenta. Y empezaron a contestarse cosas raras. Llegaron a decir que dios era el "élan" original, como si se pudiera llegar al "élan" original. ¿Quién es el sabio que gobierna el mundo con prudencia y miedo? El grado cero del desarrollo. Se lo digo yo que soy normalien y he llevado portafolios de excelente cuero llenos de informes sobre la depresión económica en el Midi. Y no un día. Ni dos. Ni una semana. Ni un mes. Diez años. Cuando salí de las barricadas en 1968 me fui a llevar las cuentas de una empresa filial de la Unilever. Yo tenía un amigo que tenía un sueño: seguir la ruta de Ulises en la Odisea. Yo me propuse seguir la ruta de Malraux y aquí me tiene. Ni rastro de los personajes de Malraux. Todo está lleno de rusos y americanos con miedo y de japoneses con cámaras. Y no se lleva nada. Los héroes del rock. Ésos son los héroes de nuestro tiempo.

—¿Estuvo usted en el mayo francés?

—Como todo el mundo. Aún no conozco a nadie que no haya estado en el mayo francés, que no haya contribuido a arrancar un adoquín y que no haya sido curado en las barricadas por Monod. Geismar, Cohn Bendit, Seauvageot, Krivine se llevaron la parte del león, pero los demás, en cuanto podíamos, tratábamos de sacar la cabeza sobre la multitud. Fue la revolución de una promoción con premonición de paro. Yo, en cierta ocasión conseguí subirme a un coche antes que Geismar y grité: Mierda, Mierda y Mierda. A Geismar no le gustó nada. Por cierto. ¿Se ha fijado en lo viejos que son los héroes del rock? Está todo programado por las multinacionales. Si usted se fija, uno de cada diez héroes del

rock se suicida o muere de una sobredosis de algo. ¿Poética rockera? Mierda. las multinacionales los asesinan para mantener la tensión romántica. ¿Le interesa el rock?

—No.

—Y el Tao tampoco.

—Tampoco.

—¿Qué le interesa a usted?

—Envejecer con dignidad.

—Imbécil.

Dejó caer la espalda contra el sillón de mimbre, como para ampliar la distancia que le separaba de Carvalho, abarcarlo mejor o simplemente disponer de más aire para oxigenarse y superar las turbias espirales de la borrachera. Recitó:

Los seres cuando llegan a su madurez
empiezan a envejecer.
Esto ocurre a todo lo opuesto al Tao.
Y lo opuesto al Tao pronto acaba.

Se inclinó hacia Carvalho y le golpeó con un dedo en la pechera.

—Es usted hombre muerto. Para ser inmortal no hay que creer en la vejez. Se empieza creyendo en la vejez y se acaba muriendo.

Vació lo que quedaba de la botella de Mekong en el vaso de caña. Olió el contenido, reprimió una náusea, se lo bebió de un trago y con la lengua tan turbia como la mirada exclamó:

—Vivir es llegar y morir es volver. Lo dice el Tao.

—¿Dice también algo sobre las borracheras pesadas?

—Es una filosofía liberal. En definitiva se basa en el "laissez faire, laissez passer", desde la profunda certeza de que la plenitud es una disposición del espíritu. Para conseguir esa plenitud del espíritu, yo necesito dos botellas de este infecto brebaje. Y pensar que cuando yo era un ejecutivo agresivo mi medida era una copa de Rémy Martin después del café. ¿Sabe usted que yo he llevado chaleco durante diez años?

Se produjo lo que Carvalho temía, lo que Carvalho quería encerrar en un pequeño círculo para dos. Pelletier se levantó con el vaso de caña en una mano y, con el brazo libre, abrió una señal de expectación en el aire que no pasó inadvertida a los pobladores de las mesas más próximas. Con los ojos tan brillantes como los labios y una constancia bovina en la mirada dirigida a una posible ensoñación, Pelletier recitó:

Suprime el estudio y no habrá preocupaciones.
¿Qué diferencia hay entre el sí y el no?
¿Qué diferencia hay entre el bien y el mal?
No es posible dejar de temer lo que los hombres temen.
No es posible abarcar todo el saber.

Todo el mundo se enardece y disfruta
como cuando se presencia un gran sacrificio,
o como cuando se sube a una torre en primavera.

Sólo yo quedo impasible,
como el recién nacido que no sabe sonreír.
Como quien no sabe adónde dirigirse,
como quien no tiene hogar.
Todo el mundo vive en la abundancia,
sólo yo parezco desprovisto.
Mi espíritu está turbado
como el de un ignorante.
Todo el mundo está esclarecido,
sólo yo estoy en tinieblas.
Todo el mundo resulta penetrante,
sólo yo soy torpe.
Como quien deriva en alta mar.
Todo el mundo tiene algo que hacer,
sólo yo soy inútil.

Sólo yo soy indiferente a todos los demás
porque aprecio a la madre que me nutre.

Descolgó los ojos de las alturas del universo para apreciar las sonrisas amables de los restantes pobladores del café y comprobar el efecto del veinte poema Tao en Carvalho, pero el detective no estaba allí y el no encontrarlo hizo tambalear a Pelletier, como si Carvalho fuera un soporte físico y no meramente visual. El detective estaba dentro del local pagando las consumiciones y maleta en mano se dirigió hacia el "ferry" que empezaba a humear y a lanzar alaridos por su sirena. Pelletier le esperaba al pie de la escalerilla.

—Aquí me despido. Penang me pone nervioso. Antes era una ciudad interesante llena de fumadores de opio, pero ahora están prohibidos y sólo venden batik. Una tela horrible que sólo son capaces de ponerse los americanos y algunas holandesas gordas.

Carvalho tendió una mano a Pelletier. El francés hubiera preferido despedirse con un ademán o con una frase. Pero aceptó la mano y la estrechó con una cierta ternura.

—Adiós, español, y suerte.

Desde la cubierta, Carvalho vio cómo Pelletier se acercaba al coche verde, lo husmeaba y finalmente sacaba de él su equipaje, una mochila en la que cabían las Galerías Lafayette al completo y se iba primero calle arriba y luego calle abajo, después de una breve vacilación.

En el aeropuerto de Penang nadie estaba dispuesto a molestarse comprobando las listas de pasajeros de los últimos días en busca de los cuatro nombres que ofrecía Carvalho como si fueran cuatro personajes diferentes. Carvalho enseñó un billete de veinte dólares que desapareció dentro de la mano de uno de los burócratas del departamento de información, quien le avisó de que necesitaba una hora para comprobarlo. El vuelo Penang–Singapur no era nacional. Penang pertenecía a la Federación Malasya y Singapur era un Estado soberano, por lo que Archit y Teresa tenían que haber exhibido algún pasaporte, aunque cualquiera puede intentar sacar un billete con nombre supuesto y luego pasar control de pasaportes, en la confianza de que el policía se limite a comprobar si la foto coincide con la cara. De pronto, Carvalho tuvo un impulso que no pudo impedir ni el cálculo mental de lo que iba a costarle. Preguntó en Información si se podía hacer una llamada al extranjero, a Europa y una propina de dólar consiguió que una muchacha de poderoso cabezón empleara una tenacidad equivalente en rascar los nervios de los cables telefónicos internacionales, hasta que al otro lado del teléfono se oyó la voz de Biscuter.

—Aquí la oficina del detective Carvalho.

—Biscuter, soy yo.

—¿Es usted jefe? ¿Llama desde aquí? ¿Ha llegado ya?

—Te llamo desde Penang, en Malasya.

—Pues suena como si estuviera usted en el Prat, jefe. Mejor, todavía.

—Escucha Biscuter, que esto me va a costar un ojo de la cara. ¿Hay alguna novedad?

—La señorita Teresa ha vuelto. Hace un momento que ha llamado por si le encontraba a usted y se ha reído mucho cuando ha sabido que usted estaba buscándola en Thailandia.

—¿Se ha reído mucho?

—Mucho, sí señor. Se vuelve a ir de viaje. A descansar. Me ha dejado unas señas.

—Mierda, Biscuter, mierda.

—Yo, jefe...

—En seguida voy para allí.

—¿En seguida?

Pero Carvalho colgó conteniendo el deseo de estrellar el teléfono contra la pared y luego de romper en pedazos el recibo de los mil baths que le costó la llamada. Tenía que elegir entre regresar a Bangkok en busca del equipaje exponiéndose al interrogatorio de un Charoen indignado o dar por perdidas sus cosas, recomponiendo la vuelta a partir de Singapur. Si volvía a Bangkok aquel mismo día, conseguiría empalmar con el vuelo de regreso de su grupo aquella noche a las diez y media, recuperaría el equipaje y aún conseguiría sacar un mínimo beneficio de una expedición desquiciada. si volvía por Singapur, adiós equipaje y ni la más remota esperanza de que los Marsé quisieran o pudieran pagarle el suplemento. El primer avión para Bangkok salía al mediodía y llegaba a tiempo de recoger el equipaje y sumarse al grupo. Compró el franqueo suficiente para enviar a la embajada alemana en Bangkok la noticia de la muerte de Olga Schiller y los detalles sobre el lugar de su enterramiento y, una vez abandonada la carta a su destino de buzón, compró un billete de avión hacia

Bangkok y aplazó el estallido de ira que le incitaba la simple evocación del rostro de Teresa. consumió el tiempo de espera contemplando la voluntad de compra de los turistas en las Free Shop de los vuelos internacionales: batik, figuras de teca, marfil, instrumentos musicales, horribles "souvenirs" urdidos en la central mundial de donde salen todos los "souvenirs" de abalorios y caracolillos de nácar. Por fin, subió al avión y el remonte de la península en dirección a Bangkok se le hizo larguísimo, en el temor de que Charoen no le diera tiempo ni a llegar al hotel y le estuviera esperando al pie mismo del avión de llegada. Pero no estaba allí y Carvalho imaginó el encuentro una hora después, para el momento en que se acercara al pupitre del Bell Captain del Dusit Thani y le reclamara el equipaje consignado. O Peter Pan no le reconoció o era un Peter Pan diferente, dentro de la misma gama. Carvalho entró en el Dusit Thani y buscó el pupitre del Bell Captain por la distancia más corta. Le entregó el billete de resguardo y mientras un mozo iba en busca del equipaje, Carvalho se volvió para abarcar el escenario familiar del "hall", las mismas especies de gentes esperando las mismas especies de guías, las mismas llegadas de notables de Bangkok vestidos para un banquete de boda o de final de convención, las mismas damas americanas apiscinadas, ahora amuebladas para que el marido las sacara a vivir emociones nocturnas que ellos habían censado estadísticamente durante el día en las oficinas de la DEA. La maleta llegó y a Carvalho le pareció que recobraba una parte de su mundo afectivo. Pidió una habitación donde pudiera ducharse y reordenar sus cosas y le cedieron, por una hora, una de las habitaciones de la primera planta que daban a la piscina. Carvalho se puso el traje de baño, salió al jardín y, en la más total de las soledades, se metió en las aguas y se dio el último baño de un verano ficticio. Luego rehízo la maleta y dejó vacía y abandonada la que había comprado en el barrio chino. Salió al "hall", devolvió la llave, preguntó si había alguna indicación sobre la concentración de su grupo para ir al aeropuerto y le dijeron que pasaría un autocar a recogerles a las ocho. Poco faltaba ya. Empezó a reconocer rostros entre las estatuas de sal del "hall", al tiempo que vigilaba y esperaba la aparición de Charoen o de los sicarios de "Jungle Kid" o madame La Fleur. Pero el que apareció fue Jacinto, que, al verle, venció el hieratismo de su rostro para expresar una cierta alegría.

—Nos tenía pleocupados. Usted malchal de Chiang Mai sin avisal.

—Una chica, Jacinto, una chica.

—¿Encontló a la mujel peldida?

—No.

—Lo siento.

Jacinto reagrupó a sus ovejas. No eran muchos los que salían del Dusit Thani. Los del Ambassadors o el Narai les esperaban ya en el autocar, y Carvalho se despidió de la isla de lucerío del Dusit, mientras el autocar trataba de enfilar la vía de salida hacia el aeropuerto, por la RamaIv primero y luego ya directamente por la Phayathai Road. Era casi milagroso que Charoen no se hubiera interpuesto en su camino, pero tampoco quería convocar al diablo preguntando a Jacinto si había puesto su desaparición en conocimiento de la policía. Jacinto daba las últimas instrucciones a los españoles, que habían cambiado de color. Los catalanes de Chiang Mai le saludaron desde sus butacas y Carvalho trató de evitarles en adelante para no dar explicaciones, aunque por las sonrisas maliciosas que le dirigieron las mujeres, supuso que ellos ya las habían buscado por su cuenta. Llegaron al aeropuerto y se repitieron las escenas de urgencia por

llegar cuanto antes al mostrador, en el temor incontrolable de que no hubiera suficientes plazas para todos. Jacinto cogió por un brazo a Carvalho, le apartó de la riada y le señaló hacia un rincón del "hall" donde le esperaba Charoen.

—Mientlas tanto yo le sacalé la calta de embalque.

—Fumador. Ventanilla. A una distancia suficiente para poder ver la película. Facture la maleta hasta Barcelona.

No esperó el comentario de Jacinto. Avanzó decidido hacia Charoen, que se inclinó respetuosamente cuando llegó a su altura. Charoen empezó a pasear, en el convencimiento de ser secundado por Carvalho.

—¿Lo ha pasado bien?

—No puedo quejarme. De pronto me cansé de todo y me fui al sur, a tomar el sol y a bañarme.

—Hizo usted bien dejando la maleta en el hotel. Es preferible viajar sin equipaje. ¿Y por aquí todo igual?

—Bangkok nunca es igual a sí misma. Hay novedades. El padre de Archit murió al día siguiente de nuestra visita. Fue una muerte natural. En cambio, días después apareció en el río el cadáver de un encargado del embarcadero del Oriental, del que salen las barcas que recorren los canales del viejo Bangkok. Se llamaba Khao Chong. Le habían torturado, luego asesinado y finalmente al río. Khao Chong.

Repitió Charoen como si quisiera que el nombre quedara grabado en la cabeza de Carvalho.

—¿Ha encontrado a los fugitivos?

—No.

Respondió Carvalho aguantando la mirada de Charoen, que se había detenido de repente. El policía sonrió como dándose la razón.

—¿Lo ve? Asia es muy complicada. Pero un día u otro aparecerán. Si se ponen en contacto con usted, dígales que a Charoen pueden escapar, pero a "Jungle Kid" no. Ahora váyase. Van a anunciar el control de pasaportes.

En un cartel de propaganda de la Swissair, unos pájaros se daban el pico sobre un fondo de nubes y un horizonte de paisajes propicios y Carvalho retuvo el saludo de despedida de Charoen para preguntarle:

—Puede parecerle una pregunta estúpida, pero no quiero irme de Bangkok sin respuesta. Se trata del nombre de unos pájaros. De esos miles de pájaros que se ponen sobre los cables, en las grandes avenidas de la capital al anochecer.

Charoen cerró los ojos o buscando una respuesta en su memoria o calculando la posible doble intención o burla subyacentes en la pregunta del extranjero. "Swallow", contestó. Golondrinas, se tradujo mentalmente Carvalho al castellano, al tiempo que una sonrisa de burla hacia sí mismo le asomaba a los labios.

—Golondrinas. Sólo golondrinas.

—Golondrinas chinas. Vienen desde las tierras frías de China cuando llega el invierno y se instalan en el trópico.

—Golondrinas.

Se repitió Carvalho, como si le costara convencerse y le fuera imposible borrar de los ojos de Charoen la reticencia con la que aceptó el definitivo saludo de despedida.

—Yo también he votado socialistas, porque, ¿a quién iba a votar? Los del PSUC a la greña, el PCE impresentable. Al menos los socialistas podían ganar y han ganado. Pero no me fío de ellos. Ya se vio cuando lo de la LAU. Primero Peces Barba estaba dispuesto a respaldar la solución al problema de los penenes, pero en cuanto él consiguió cátedra, le entró espíritu de cuerpo y cambió de opinión. Los penenes lo vamos a seguir teniendo jodido.

Marta Miguel apartó la bandeja con la comida casi intocada y se desentendió de la conversación dominante en el comedor universitario. Se levantó para acercarse a los ventanales que daban al campus. Prados mustios, arboledas deshojadas, la naturaleza en su esqueleto a la espera del lejano milagro de la primavera.

—Marta.

Se volvió. Ante ella estaba una alumna que le tendía una carpeta.

—Éste es el proyecto de tesina de la que te hablé.

—¿De qué me hablaste?

—De las ideas pedagógicas en Joaquín Costa.

—Ah sí, dámelo. Me lo miraré y te diré algo.

Volvió a la mesa para tomar el café y dejó la carpeta a un lado.

—¿Qué es esto?

Le preguntó Nacho Riells, del Departamento de Historia.

—Un proyecto de tesina de una alumna.

—"Las ideas pedagógicas de Joaquín Costa". Me suena. Dile a tu alumna que se lea los artículos de Tamames en "Tiempo" y se enterará de las ideas pedagógicas de Joaquín Costa. Tamames se ha ido del marxismo al regeneracionismo sin pasar por Gandhi, lo que tiene su mérito.

Marta respondió con una sonrisa al chiste cultural y pretextó trabajo en su despacho para abandonar la mesa. Su taconeo resonó en los solitarios pasillos de la sobremesa y se metió en el despacho que compartía con dos compañeros de Departamento. Se sentó en su sillón, apoyó los codos sobre la mesa, dejó caer la cabeza en las manos horquillas y se entregó a la angustia de un montón de pensamientos e imágenes rotas y sobre todos ellos la imagen de sí misma, de niña, rodeada de familiares en una sobremesa de fiesta importante, presumiendo de hucha, levantando la hucha para demostrar lo que le costaba alzarla y, de pronto, el empujón de una tía, de la borrica tía Tadea y la hucha que se cae al suelo, se rompe, se desparraman las monedas de diez céntimos con la cara del caudillo o la efigie ecuestre de aquel lancero de níquel y su padre le pega una bofetada.

—Esta niña es una alocada.

Soy una alocada. Eres una alocada, Marta, eres una alocada. No tenía tiempo para la autocontemplación. Tenía que bajar cuanto antes a Barcelona y llegar a tiempo de comprar unas bragas de plástico nuevas y gasas para los orines de su madre. La goma de las viejas bragas había cedido y cada mañana Marta se enfrentaba al espectáculo de una cama untada de mierda verde seca que había rebasado los límites de la contención de la braga. De nuevo, la

explicación ante el farmacéutico, han de ser grandes, grandes. No, no son para un niño gordo, son para una persona mayor, pero muy delgada, y las gasas, aquellas cajas llenas de compresas de gasa que ayudaban a prolongar la vida de aquella mujer vegetal sin que se escociera, sin que se llagara, uno y otro día cambiando las gasas, con el ay de que se cansaran las mujeres que la cuidaban por las tardes, con lo difícil que es encontrar gente para estas faenas y a un precio al alcance de penene, adjunto, dedicación exclusiva, contrato por cinco años hasta que llegara la LAU que, de momento, no le había gustado a Peces Barba. Limpiar a su madre, darle la cena, corregir exámenes, repasar aquel proyecto de tesina, mirar el capítulo de Dinasty, del bodrio de Dinasty, retomar sin ganas el último número de "Cuadernos de Pedagogía", para releer su artículo sobre la influencia de las ideas de la Montessori sobre la pedagogía de la IiRepública. Suspiró para animarse a tomar una decisión y se puso en pie para invitarse a sí misma a marcharse. Ya en los pasillos, la marcha era inevitable, inevitable el coche, el recorrido por la ciudad universitaria, la salida del campus en dirección a la autopista de Sabadell. Por un momento se imaginó a sí misma frenando el coche en la puerta de la Jefatura Superior de policía de Vía Layetana, dejando el coche allí, sin cerrar, sin aparcar.

—¡Señorita, eh, adónde va señorita!

Gritaban los guardias, pero ella seguía escaleras arriba y no paraba hasta entrar en el despacho del comisario Contreras y quedarse allí, de pie.

—¿Por fin se ha decidido a confesar? Me preguntaba yo a mí mismo, qué día va a decidirse. Las personas decentes no podemos llevar estas cosas dentro por mucho tiempo.

—Le juro que fue en legítima defensa.

—¿En legítima defensa? ¿Celia Mataix la atacó?

—Me estaba hundiendo. Estaba convirtiéndome en nada, en menos que nada, en un animal sucio al que echaba de su casa.

Demasiado para el comisario Contreras. Era mejor buscar aparcamiento cerca de la farmacia donde había tenido suerte la última vez, repostar bragas de plástico, gasas, rutinas, y luego entrar en una tienda de discos para comprar una casete de romanzas de zarzuela cantadas por Marcos Redondo. A su madre aún le gustaba Marcos Redondo. Abría y cerraba aquellos ojos inagotables cuando ella le ponía una casete de Marcos Redondo en aquella radio casete que le había comprado en Andorra.

—Soy yo, mamá.

Fue directamente a por la reproductora e introdujo la pastilla de música.

El dueño de la venta que salga
tráiganos vino
del más rojo que tenga
del menos fino.
¡Soy arriero!
¡Y por eso el vino tinto de Toro
es el que quiero!

—¿Sabes quién canta, mamá?

La vieja dijo que sí con los ojos, forzó los labios y dibujó el nombre de Marcos Redondo.

—Sí. Marcos Redondo. "La rosa del azafrán".

La vieja negó con la cabeza.

—¿No es "La rosa del azafrán", madre?

La vieja volvió a negar con la cabeza y marcó con los labios el título de la zarzuela.

—"El cantar del arriero", claro que sí. Lo que se le escape a usted.

Marta retiró la manta que cubría las piernecillas, desabrochó el jersey, olisqueó.

—¿Va sucia, madre?

No, dijo otra vez la cabeza y los ojos reflejaban el contento hacia sí misma.

—Así me gusta. Avise siempre que pueda, madre. Aguántese y avise siempre que pueda.

Volvió a poner la manta en su sitio. Sacó de la nevera las verduras y el pescado cocido, lo introdujo todo en el turmix, lo trituró y, cuando se conformó una papilla, vertió el contenido en un cazo de aluminio. Venció la llave del gas y escuchó el ruido del fluido al salir, mientras encendía una cerilla. Pero no la aplicó inmediatamente para provocar la llama. Dejó que se le apagara entre los dedos y luego cortó bruscamente el paso del gas. Se quedó de pie ante los fogones sin saber qué hacer a continuación. Por fin volvió a abrir el paso, encendió una cerilla, aplicó la llama, la flor amarilla y azulada brotó en la porcelana blanca del fogón y sobre la flor puso el cazo. Volvió al living. Empujó la silla de ruedas hacia la cocina y dejó a su madre ante la mesa, para que ella misma manejara el viaje de la cuchara directamente del pote hasta la boca.

—Algo ha de hacer usted, madre, de lo contrario acabaría sin poder ni moverse.

Tenía dolor de cabeza. Del botiquín del cuarto de baño sacó dos cápsulas de aspirinas efervescentes, pero en sus manos quedó también un tubo de somníferos y las pastillas que debía pulverizar para que su madre las tomara con el puré de frutas. Metió las pastillas de su madre en el mortero y empezó a machacarlas. Pero se detuvo y se quedó con todo el cuerpo apoyado sobre la mano del mortero, mientras reflexionaba pendiente de la gota de agua que caía regularmente del grifo mal cerrado. Tiró el polvo resultante de las pastillas y vertió en el mortero cuatro somníferos que machacó con una cierta desgana, como si el brazo se negara a secundar su voluntad. Echó los somníferos restantes en un vaso vacío. Luego lo pensó mejor y volcó el contenido del vaso en la palma de una mano, mientras con la otra llenaba el vaso de agua bajo el grifo. Se fue tragando los somníferos uno detrás de otro, trago de agua detrás de otro. Vertió el polvo en la tacita de puré de fruta, que colocó ante su madre, después de retirarle el pote apurado con hambre, y, al pasar junto a la cocina, abrió la llave del gas en un gesto que parecía maquinal, como si apagara o encendiera la luz a la salida o a la entrada de una habitación. Rebuscó en su bolso y sacó de él una agenda y un bolígrafo. Se sentó al lado de su madre, que estaba acabando con la papilla de frutas y repartía miradas entre lo que su hija escribía en dos hojitas arrancadas a la agenda y lo que le faltaba para acabarse el postre. Marta escribió primero sobre una hoja, luego sobre la otra. Las apartó y las dispuso la una al lado de la otra, lejos del alcance de los inmensos ojos de su madre, atrapadas por el peso de un

endulzador para diabéticos. El olor del gas empezaba a parecer una sustancia sólida que se apoderaba de su nariz. La vieja abrió los ojos y gruñó alarmada señalando con la cabeza la cocina. Con los labios dibujaba el mensaje de que se había dejado el gas abierto.

—No se preocupe madre, no es nada.

Marta cogió una mano de la vieja, un resto de huesecillos con piel que conservaban un tenue calor de vida.

—No se preocupe madre, vamos a dormir y mañana no le hará daño nada, ni nadie.

La vieja asentía cerrando los ojos, entre la confianza hacia su hija y la alarma que le llenaba la nariz de olor de muerte. Los somníferos hacían parpadear a Marta Miguel y llevó una mano hacia los ojos interrogadores de su madre para tratar de cerrarlos.

—Duerma, madre.

La vieja decía algo con los labios.

—¿La tele? Deje la tele. Ya la pondré después. De momento, duerma.

La vieja se encogió de hombros, como si no le importara la tele y secundó la caricia de su hija atrapándole la mano. Marta Miguel dejó caer la cabeza sobre el tablero de formica y le pareció que allí el gas le llegaba con más fuerza, ayudado a deslizarse por la pulimentada superficie de la mesa. Las dos manos siguieron unidas y acariciándose con progresiva debilidad, como en la agonía de dos palomas, y la vieja dirigió una última mirada a las bocas del fogón, de donde le llegaba la muerte, pensando que su hija se despabilaría de un momento a otro, la limpiaría, la perfumaría, pondría la tele y cerraría el gas.

Carvalho se sentó junto a unos monjes budistas, lo más lejos posible de los españoles que esperaban la orden de embarque. Se llevaban el sol del trópico, la ilusión de un verano en las puertas del invierno español, anillos de zafiros, kilómetros de seda, orquídeas y poca cosa más. En cambio, despreciaban todo lo que no entendían y convertían la espera del aeropuerto en una competición de burlas sobre los gestos de las bailarinas thailandesas o la manera de hablar de los guías o las porquerías que comía aquella gente. Ni siquiera se sintieron aludidos cuando por el altavoz sonó el "Concierto de Aranjuez".

El avión se llenó de españoles que volvían a España, de alemanes que volvían a Alemania y quedaron vacíos los sillones que recogerían en Karachi a los pakistaníes que iban a trabajar a Alemania. Entre los españoles había corrido la consigna de tratar de evitar a los indios porque olían mal y comenzaron, desde el momento del despegue, las negociaciones con las azafatas alemanas para que permitieran cerrar filas a los españoles o, en último extremo, a los europeos. Carvalho se entregó a las propuestas sonoras del hilo radiofónico, en su mayor parte ocupadas por música navideña. Estamos en noviembre ya, se anunció Carvalho al tiempo que descubría motivos florales navideños decorando el avión de la Lufthansa. Cuando se abrió la puerta en Karachi, Carvalho se asomó por última vez a Asia, se despidió de su calor propicio, de la verdad elemental de su naturaleza. Tal vez no volvería nunca más. Había entrado en una edad en la que debía empezar a despedirse de algunas cosas, en la que ya sabía más o menos lo

que podía esperar. Aunque si alguna vez tenía un golpe de fortuna, le gustaría dar la vuelta al mundo como Phileas Fogg, acompañado de Biscuter e inventándose la supervivencia de la aventura. La película programada era "El salvaje", con Ives Montand y Catherine Deneuve, al servicio de la historia de un perfumista que renuncia a unos laboratorios y a una esposa rica en Manhattan a cambio de una isla tropical y de Catherine Deneuve. Tal vez algún día podría instalarse en Koh Samui, pero no se veía allí con Charo, sino con una muchacha desvaída, por descifrar hasta la nada, como las alcachofas o como Celia Mataix. Agradeció las dosis de té frío con limón que le sirvieron las azafatas y transigió con el alemán que le tocó como compañero de asiento, a partir de Karachi. En cambio, al alemán que viajaba en el asiento delantero, le cayó en suerte una joven madre pakistaní cargada de bultos y con un niño de meses. El alemán tuvo que ayudar a cambiar el pañal a aquel futuro indígena, incluso lo acunó cuando rompió a llorar porque era demasiado el rato que permanecía lejos de los brazos de su madre. La disposición paternoadoptiva de aquel alemán convencional, con aspecto de haberse bebido la mitad de la cosecha cervecera de Dortmund, sorprendía al compañero de Carvalho, no tanto por la indudable habilidad técnica de su compatriota como por su disposición a tratarse con las razas inferiores, hasta el extremo de ayudar a limpiarles el culo. El espectáculo de la ternura y el desconcierto ayudaron a Carvalho a superar la travesía de Irán y Turquía y a esperar la luz del día recuperada al entrar en Europa por Rumania.

Aprovechó la escala en Frankfurt para comprar salmón ahumado, jamón de Westfalia, huevas de bacalao para preparar algo parecido al "taramá" y un hermoso queso de Munster con la blandura necesaria. Enviaría a Biscuter a comprar comino a la especiería de la calle Princesa y se regalaría el tiempo que durara la necesaria blandura de un queso nacido para ser devorado joven. Pero aquellos movimientos que se explicaba en el contexto del exasperante tiempo de un viaje de más de dieciséis horas, en nada negaban el impulso interior de rabia y desquite con el que iba hacia Teresa Marsé, tal vez en evitación de replantearse el conjunto de pequeñas negaciones que le habían impulsado a la huida hacia adelante de aquel viaje a Bangkok. Como un programado buscador de nada, utilizó el primer contacto de uno de sus pies con el aeropuerto del Prat para iniciar el movimiento automático que le permitió recuperar la maleta, coger un taxi, subir los escalones de su despacho de las Ramblas y dejar boquiabierto a Biscuter al preguntarle:

—¿Dónde está la nota de Teresa Marsé?

—Jefe. ¡Qué alegría! Parece increíble. Ayer me hablaba desde tan lejos y hoy ya está aquí.

—La nota, Biscuter.

"Pepe. Siento mucho lo ocurrido, pero te lo agradezco. Ya te contaré. Mi padre está que trina. Me voy con Archit a descansar al mar Menor. No espero sol, pero sí distancia para meditar y amar. Archit se lo merece".

Carvalho arrugó la nota y la tiró a la papelera.

—¿Alguna novedad?

—¿No va a descansar nada, jefe?

—¿Alguna novedad?

—Estuvo por aquí una mujer que quería verle. Por lo del crimen de la botella de champán. Luego se fue a ver una noche a la señorita Charo. Estaba chalada y

la señorita Charo luego me llamó muy enfadada, porque decía que sólo la metía en líos. Estaba muy enfadada.

—¿Ha vuelto esa mujer?

—No. El que ha llamado varias veces ha sido el señor Daurella. Acaba de colgar cuando usted ha entrado. ¿Quiere que le prepare algo? Yo tenía un caldito. Después de un viaje...

Carvalho abrió la maleta y le tendió a Biscuter una corbata de seda y el calendario chino.

—¡Qué chachi, jefe! Me la pondré el domingo.

Carvalho ya estaba llamando a Daurella, cuando Biscuter volvió del lavabo con la corbata anudada y colgante sobre su camiseta de felpa relavada.

—¿Señor Daurella? Soy Carvalho.

—No sabe lo que me alegra oírle. ¿Podríamos vernos?

—¿Qué le pasa? ¿Otro desfalco?

—Peor, Carvalho, peor. Una desgracia que puede hundir a nuestra familia. El "pocavergonya" ese, ese mal nacido, que maldita sea la hora en que entró en esta casa, se ha fugado con mi nuera, la holandesa.

—¿Así, de repente...?

—Se ve que venía de lejos, porque ahora mi Ausiás, mi pobre Ausiás ha ido atando cabos y ha comprendido cosas, situaciones que antes no comprendía.

—¿Se han llevado dinero?

—A primera vista no, pero resulta que mi nuera era la contable y tenía en ella toda mi confianza. Imagine lo que ha podido ir arrinconando.

—¿Qué pinto yo en todo esto?

—Usted me abrió los ojos, Carvalho.

—Es una responsabilidad que no pienso asumir toda la vida.

—Y ahora quiero que usted les encuentre y me lo lisie.

—¿Cómo que lo lisie?

—Que le dé un mal golpe al mal nacido ése y se quede en el sitio o desgraciado para toda la vida.

—Búsquese a otro para eso.

—Hemos de hablar, Carvalho, porque si no hablo con usted reviento.

—¿Y su esposa?

—Llora.

—¿Y la mujer del "pocavergonya"?

—También llora.

—Déjelas que lloren unos cuantos días y luego veré qué puedo hacer.

Colgó Carvalho. Guardó los pasaportes en un cajón, revolvió en la maleta para seleccionar una muda completa y el neceser. Lo metió todo en una bolsa de plástico de un supermercado.

—Biscuter, llama a Charo y dile que el asunto aún no ha terminado y que la llamaré en las próximas horas.

—¿Adónde va, jefe?

—Al mar Menor.

Carvalho dejó a Biscuter con la boca abierta y la corbata puesta. Descendió los anchos escalones de dos en dos y salió a la calle, donde se le echaron encima dos individuos.

—¿Es usted Carvalho? ¿José Carvalho Tourón?

Olían a policías, aunque iban disfrazados de vendedores de hamburguesas congeladas.

—El inspector Contreras quiere verle.

—Tengo prisa. Salgo de viaje. Transmítanle mis saludos y denle toda clase de seguridades de que a mi regreso pasaré a saludarle.

—Venga, hombre, déjese ver.

Le empujaban suavemente.

—¿Estoy detenido?

—Es una consulta técnica, pero por favor no dé el espectáculo.

Le metieron en un coche de vendedores de hamburguesas congeladas.

—No he visto sus placas.

Las vio.

Contreras tenía muy arraigada la convicción de que Carvalho era un mala sombra y un individuo de cuidado. Por eso el detective no se sorprendió cuando le recibió con el morro amontonado y una mirada que parecía un puñetazo en el hígado.

—¡Qué buen aspecto tiene el señor! ¿Viene de esquiar en los Alpes suizos?

—De tomar el sol en las más reputadas playas del trópico.

—A usted le pasa como a la chica del veintisiete:

De dónde saca pa tanto como destaca.

Casi cantó Contreras el verso del cuplé.

—Le prevengo que esto es una detención ilegal y que estamos en un país socialista y democrático.

—¿Quiere un abogado? ¿Dos? ¿Cinco? ¿Cien? ¿Sabe dónde me meto yo a los abogados? Y me los meto a cientos.

—No pierda la gran oportunidad que se abre ante los policías demócratas. Los socialistas van a necesitar policías profesionales y demócratas.

—Menos guasa. Tampoco me gusta a mí perder tiempo con un huelebraguetas. ¿Qué andaba buscando usted en el asunto del crimen de la botella de champán?

—Me ofrecí como detective privado a una serie de sospechosos.

—¿Por ejemplo?

—Dalmases, Rosa Donato, Marta Miguel.

—Conque Marta Miguel ¿eh?

Contreras miró inteligentemente a sus dos ayudantes y ferozmente a Carvalho.

—¿Cuándo vio a Marta Miguel por última vez?

—Hace unos quince días.

—¿Dónde?

—En su casa. Me invitó a cenar un excelente chorizo de Salamanca.

—Chorizo de Salamanca. Venga conmigo. Le voy a enseñar a usted un buen chorizo de Salamanca.

Esta vez subieron a un coche oficial. Contreras renegó por la tardanza del chófer en ponerse al volante, por las colillas que había sobre las esterillas y por lo mal que estaba el tráfico. Los dos vendedores de hamburguesas congeladas arqueaban las cejas y soplaban advirtiendo a Carvalho que el inspector tenía uno de sus peores días. A medida que el coche se acercaba al Instituto Anatómico Forense, Carvalho trató de imaginar quién era el cadáver que iban a ver. No podía tratarse de otra cosa y Carvalho acarició la idea de que fuera Rosa Donato, una víctima más de la capacidad de ira contenida de Marta Miguel.

—¿Está detenida?

—¿Quién?

—Marta Miguel.

—Sería el primer caso.

Estaba preparado para conducir horas y horas en busca de Teresa Marsé y de Archit, pero no para tratar de descifrar los enigmas o las insuficiencias lingüísticas del inspector. La antigua pugna por las excesivas atribuciones que se tomaba Carvalho se había convertido en una retórica que daba sentido al papel de cada cual y eso era todo. Carvalho se predispuso a salir del lance lo antes posible y caminó incluso por delante de los policías a través de los pasillos del Instituto. Llegaron al depósito de cadáveres y Contreras ordenó al encargado que abriera los compartimientos doce y trece. Dos, pensó Carvalho y sumó a Dalmases a la condición de cadáver. Pero los cajones rodantes pusieron a su vista el rostro cuadrado y violeta de Marta Miguel y la cara de pajarillo consumido de su madre, a la que había sido imposible cerrarle los ojos del todo. Carvalho tragó todo el aire que pudo para combatir la congoja que se amontonaba en su pecho y lo expulsó dando la espalda a los cuerpos y la cara a un Contreras que le estaba espiando críticamente.

—Podía habérmelo dicho en su despacho y ahorrarme esta farsa.

—¿Qué me dice usted de esto?

Le tendió una hoja de agenda en la que podía leerse:

"Señor Carvalho, llamé al cielo y no me oyó. Usted lo adivinó y no quiso ayudarme a descargarme. Ahora, muerto el perro se acabó la rabia".

—¿Es todo cuanto dejó?

—Otra nota para el señor juez. Convencional. De novela. Incluso empieza con el "Señor Juez, que no se culpe a nadie"...

—Fue una buena estudiante, pero no sabía expresarse. Les ocurre lo mismo a muchos cerebros privilegiados.

Era tal la seriedad de Carvalho que a Contreras le resultó imposible sospechar la menor intención irónica.

—¿Sabe usted lo que es ocultación de pruebas?

—Lo sé y por eso me sorprende asistir a esta payasada. Yo no he ocultado ninguna prueba. Es cierto que sospeché que ella había matado a Celia, pero lo sospeché porque ella tenía unas ganas inmensas de delatarse.

—En comisaría no y llegó casi a convencernos, aunque nunca la descartamos como sospechosa.

—Le diré toda la verdad, amigo Contreras, ya sé, ya sé que usted no se considera amigo mío, pero aún estoy en condiciones de elegir a mis enemigos. Yo estaba sin ningún caso y leí la noticia del asesinato del champán en el periódico. Por las características del caso y de los inculpados pensé que yo tenía algo que sacar. Son personas que aborrecen las dificultades y que están acostumbradas a pagar intermediarios, siquiatras y abogados, por ejemplo, ¿por qué no un detective privado? Necesitaban una argumentación lógica para defenderse, una manera de pensar, de defender sus coartadas y les ofrecí mis servicios. Dalmases y Donato podían pagarme, la Miguel no. Pero los dos primeros eran tan inocentes como tacaños y no me contrataron. La Miguel no tenía un céntimo. ¿Qué pintaba yo allí? No trabajo por amor al arte. Me desentendí del caso. Apareció otro asuntillo. Ya ni me acordaba de éste y ahora me llena usted el estómago de cadáveres. Acabo de llegar de Asia, tengo el metabolismo hecho polvo, hay seis horas de diferencia horaria y cuando aquí se come allí se duerme, estoy destemplado, he de salir de viaje.

El empleado obedeció la orden de Contreras y devolvió a su nicho refrigerado el cadáver de Marta Miguel. Carvalho quiso lanzar una última mirada al cuerpecillo de la vieja, la madre de Archit, su propia madre, él mismo, el final, el sucio final de la esperanza torturada por la decrepitud. A él le gustaría morir en un sillón relax, con una botella de vino blanco en un cubo lleno de hielo al lado y un canapé de caviar o morteruelo en una mano, entre los árboles, qué árboles no importaba, y en la sospecha de que su conciencia se desligaría del cuerpo y empezaría a subir hacia las ramas para contemplar a vista de pájaro la torpeza insuficiente de su propia muerte. Pero la posibilidad de morir a trozos, despedazado por la enfermedad, autoengañado por el deseo de sobrevivir, le ponía al borde de una locura homicida, homicida de la memoria y del deseo, alcahuetas en la ocultación del rostro verdadero de la muerte.

—Carvalho, le he avisado cien veces. Conviene que se lea el código y las normas de comportamiento de los investigadores privados. Ustedes tienen unos límites. Ustedes no son autónomos, no pueden usurpar las funciones policiales. Investigue el robo de la fórmula del litines, leche, pero no se meta donde no le llaman. ¿En qué anda metido ahora?

—Una mujer que se marchó de viaje, ligó con un extranjero, les persiguieron por eso y yo traté de sacarla del lío.

—¿Lo ve? Eso es correcto. Y casos así los puede tener a montones, porque usted es un buen profesional. ¿Por qué se mete donde no le llaman? No es el primer caso de licencia que desaparece. le advierto por última vez.

—¿Puedo marcharme?

—Puede. Si quiere le acompañamos a su despacho.

Carvalho agradeció la invitación, pero quería salir cuanto antes de aquella casa de la muerte, de la muerte por debajo de todas las sospechas, como si la muerte no fuera un final en sí misma. Contreras aún tuvo tiempo de cerrar el caso.

—Lo de Celia Mataix fue un crimen de bolleras.

Carvalho asintió.

—De la Donato tenemos ficha. De esta desgraciada, no.

—No se la hagan ahora. Para lo que les serviría.

Contreras se puso rígido.

—A los muertos no les hacemos ficha.

Juego limpio.

Había hecho aquella ruta por primera vez en mayo de mil novecientos sesenta y algo y de pronto descubrió el olor del azahar, algo que hasta entonces sólo había sido una referencia literaria, un fragmento de lenguaje obsoleto de su infancia, flor de azahar, agua de flor de azahar, palabras tan propias de un perdido universo de sensaciones como las personas que las pronunciaban, su abuela, su tía abuela, primas lejanísimas, ceregumil, agua del carmen, melisana, linimento Sloan. Aquel aroma que se encaramaba sobre las tapias de Benicarló anochecido y se hacía océano nocturno rumbo a Sagunto era de flor de azahar, porque mayo traía las flores, como abril las lluvias y agosto el calor. Descubrir la supervivencia de la flor de azahar en la España que empezaba a pudrirse y, sobre todo, descubrir que aquel aroma tenía abundantes posibilidades de ser inmortal, fue para Carvalho la principal sensación de aquel viaje en el que la muchacha hacía el amor con los ojos cerrados y los gemidos le iban por dentro, jamás por fuera, a pesar de que era mayo, estaban en la ruta del sur y los dos habían leído que el sur era aquel lugar del que nadie quiere regresar. Aunque ya estaba entonces al borde de la treintena, Carvalho desconocía cómo son los naranjales o los encinares y la sorpresa que empezó a recibir a partir de la desembocadura del Ebro y que, años después, se reproduciría en Castilla y Extremadura, fue la tenacidad del árbol para luchar pasivamente contra la criminalidad del hombre. Le emocionó la materialidad concreta del naranjal al otro lado del espejo de la Geografía de España o de las novelas de Blasco Ibáñez. Y durante años, el anuncio de mayo era la repetición del viaje hacia el sur al alcance de fines de semana de tres días: el sur del mar Menor, la barra de entremares, las dunas, los pueblos muertos que apenas parpadeaban entonces ante los primeros turismos que llegaban del norte del universo, acostumbrados pueblos al espectáculo de los viajeros de Cartagena, con un pañuelo con cuatro nudos en la cabeza, faldas o pantalones subidos, silla de enea con las cuatro patas en el agua y los pies desnudos que juguetean con un mar cálido que se lleva el espíritu del reuma. Desde Alicante al mar Menor se reunía el primer calor de España, calor de mayo, sol de mayo, mar de mayo, un anticipo del esplendor del verano, doradas en su sal, vinos rojos de sangre de Jumilla necesariamente fríos, calderos de arroz y alioli, arroz con costra en Elche, embutidos aromatizados por la matalahúva, flor de anís. A medida que se encallecían las pupilas de Carvalho, empezaron a espaciarse las huidas hacia el sur o quizá las muchachas se habían hecho mujeres rosas de Alejandría, coloradas de noche, blancas de día, sin apenas tiempo para el orgasmo de escapada entre dos citas, dos tiendas, dos explicaciones. Pero Carvalho tendía a cargar con toda la responsabilidad de la última larga ausencia de siete años y de su complicidad en la muerte del horizonte, emparedado por los bloques de apartamentos que amurallan el

Mediterráneo desde Rosas a Marbella. Se detuvo en Benicasím, muerto de tristeza y con presentimiento de cansancio y de noche, para contemplar los torreones que descendían hacia la Plana, rascaleches más altos que los cerros, tapiados mares. La alta autopista le permitía comprobar la destrucción del horizonte marino entre la consolación de los naranjales indestructibles por su propia conciencia de rendimiento. El hombre sólo respeta lo que le enriquece. Pero también es capaz de cultivar flores que no se come ni vende o de amar animales a los que no teme ni devora, de alimentar palomas urbanas, gatos callejeros o de cegar canarios para que canten creyendo que han nacido para cantarle y no para ver cara a cara el riesgo de la libertad. Si poseyera el don del lenguaje, se dijo Carvalho, escribiría poemas y libros de filosofía, de pequeña filosofía, de filósofo de café en un mundo en el que ya no quedaban cafés. En cuanto llegara al mar Menor y localizara a Teresa, quería tirarle a los pies aquella conciencia de fracaso que llevaba encima, aquella lápida compartida con todos los que habían muerto en las últimas tres semanas, desde Celia Mataix a la madre de Marta, pasando por el padre de Archit y el gángster de madame La Fleur. De aquel mundo lleno de sepulturas, sólo escapan las siluetas fugitivas de la holandesa y el "pocavergonya", de Archit y Teresa, vividores por cuenta ajena entre gentes condenadas a morir, y quería decirle a aquella malcriada que con ella había viajado la muerte y que había ido derribando vidas como fichas de dominó, con tal de salirse con la suya, y que la suya era un estúpido final de ligue en una playa de invierno llena de rascacielos deshabitados, entre dos mares afectados por distintos ritmos de agonía. Pero cada vez le era más difícil pensar, imaginar y conducir con los ojos de plomo abiertos, ojos que le escocían, que se refugiaban en la madriguera de los párpados para saltar de las órbitas aterrados por el bandazo del coche súbitamente ciego. Decidió buscar una zona de parking y dormir el tiempo necesario hasta que el cuerpo recuperara el poder de moverse y perdiera la condición de ser movido. Durmió intensamente, babeantemente, expulsando de los ojos los tumores enquistados del cansancio por todo lo que había visto sin poder cerrarlos y, por la nariz, los aires acondicionados de los aviones y los aeropuertos y los cementerios que llevaba en el alma. Se despertó entrada la noche, se secó con el reverso de la mano la baba que le colgaba de la boca, una baba atabacada, enrarecida, como el líquido amarillo que se les escapa a los muertos por la comisura de los labios. El cuerpo necesitaba líquido y bebió dos botellas de agua mineral en el bar de la última área de servicio de la autopista antes de llegar a Valencia. Atravesó la ciudad solitaria y buscó el reencuentro con la interrumpida autopista, entre un espectáculo de enfangada desolación por las recientes inundaciones que le revelaba la luna. Bordeó los palmerales de Alicante, Santa Pola, Guardamar y cuando el sol, recién llegado de Koh Samui, silueteó la torre del moro de Torrevieja, Carvalho estaba por encima de su propia depresión y hacía proyectos para el futuro. Apalabrar un buen caldero en los merenderos de la entrada de Palos, darle su merecido a Teresa y terminar el viaje morado de caldero y litros de Jumilla en la habitación de cualquier hotel. A partir de San Javier, empezó a bordear la orilla interior del mar Menor frente a un horizonte de tierras bajas, molinos de viento y el costurón rojizo y cárdeno de las montañas amontonadas sobre el litoral de Escombreras y la zona minera de la Unión. detuvo el coche junto al mar dormido, se quitó los zapatos, los calcetines, se subió los pantalones, se metió en el mar hasta que las aguas le llegaron a las rodillas y comprobó que había llegado al invierno real, que nada ni nadie le proporcionaría la piadosa mentira de verano. Luego pasó de largo la entrada a la barra de entremares y fue en busca del primer merendero en el que se

desperezaban las sillas de tijeras y las hijas del dueño con las escobas en las manos. El padre estaba en la subasta de pescado de Palos y ellas lo más que podían hacer por Carvalho era asarle unas sardinas frescas y abrirle una botella de Jumilla tinto frío, quince grados de temperatura metafísica. Carvalho pidió pan, tomate, sal y aceite y se convirtió para las muchachas en un espectáculo equivalente al que había sido para la thailandesa del almacén de Bangkok.

—¿Y eso que hace usted, qué es?

—Pan con tomate.

—¿Y eso se come?

—Y está muy bueno.

—A mí, esto me suena a catalán.

Corroboró Carvalho la presunción e invitó a las muchachas a que lo probaran, mereciendo agradecimiento y respeto, pero no solidaridad. Llegó el dueño del merendero con un cajón lleno de peces "tuttifruti" y Carvalho le apalabró un caldero para las dos con la condición de que no abusara del mujol y lo combinara con polla de mar, araña, rata y pajel si fuera menester, porque el mujol era demasiado graso.

—Puede que sea graso, pero no hay otro como el mujol para el caldero. Ahora los señoritos se han inventado un caldero de ricos en el que se puede echar hasta langosta, pero en sus orígenes el caldero se hacía con morralla, ñoras, tomates y mucho ajo y bien bueno que estaba y bien barato.

—Hágalo como usted quiera o sepa, pero que no todo sea mujol.

—Allá usted.

Retomó Carvalho el coche, desanduvo lo andado y empezó el recorrido por los hoteles que permanecían abiertos en busca de Teresa y Archit. Por fin, en el Galúa asumieron que allí se hospedaba una señora con un acompañante japonés y que ella respondía al nombre de Teresa Marsé, pero no estaban en aquel momento en el hotel. Habían salido de mañana, muy temprano, para ver la subasta de pescado en Palos y luego, quién sabía, aunque habían pedido toallas de baño, si no con la esperanza de bañarse, sí con la de tomar el sol hacia el mediodía, porque aquí el sol pica, incluso en invierno si el día está claro.

—¿Adónde pueden haber ido para tomar el sol?

—Vaya usted por la Manga hacia adelante hasta que deje de ver urbanizaciones y edificios altos, más allá del puente y de la casa con jardín y embarcadero que verá a su izquierda. La gente que quiere tomar el sol en solitario suele ir más allá y en esta época del año no le será difícil encontrarles. No son muchos los que se atreven. Por cierto que no es usted el primero en preguntarme por ellos.

El recepcionista no se explicó el porqué de la alarma que había aparecido en el rostro de aquel hombre.

—¿Alguien le ha preguntado por ellos?

—Sí. Otro japonés y no hace mucho. Me ha preguntado por el señor y por la señora y le he dicho lo mismo que le he dicho a usted.

—¿Puede describirme al que ha preguntado por ellos?

—Era un hombre fuerte, con bigote, chino o japonés desde luego, bueno también puede ser mongol porque por aquella parte todos son iguales y llevaba un sombrero negro.

—¿Un sombrero normal?

—Sí, un sombrero de ala, normal, un sombrero, en fin.

Luego Carvalho, en la soledad de su coche zumbante entre las dunas y las urbanizaciones, se reprocharía la pregunta del sombrero. Le recordaba la que había hecho cuando había comprado la casa de Vallvidrera. Después del inventario de todo lo que entraba en la operación de venta, desde los muebles hasta el tejado, le entró una extraña angustia, una sensación de que algo faltaba y preguntó:

—¿Y las bombillas?

—¿Cómo dice usted?

—Las bombillas, ¿el precio también incluye las bombillas?

Aunque fue tomado como una humorada, era una pregunta cargada de ansiedad objetiva. Carvalho no dejaba respirar el pedal del acelerador. El coche se aprovechaba de la soledad de la carretera, panceaba sobre los badenes, ignoraba las señales de precaución y, aunque el instinto de conservación le incitaba a negar la posibilidad de que la sombra de "Jungle Kid" cruzara las tierras y los mares para proyectarse en aquel remanso del cabo de Palos, lo cierto es que hizo caer la tapa de la guantera y se tranquilizó cuando comprobó que allí seguía la pistola Luger. Se cumplía la descripción del paisaje hecha por el recepcionista. De pronto reaparecían las dunas, se acercaban los dos mares, se cruzaba un puente al lado de una suficiente villa con embarcadero y jardín y la soledad de la playa invitaba a detener la lógica de la máquina, a echar pie a tierra y surcar las arenas.

Les vio sobre una duna en declive, a pocos metros del vaivén de las aguas frías del Mediterráneo abierto, de espaldas a las aguas tibias del mar Menor cerrado. Ella estaba recostada en la arena, con blusa, pero sin faldas y la cabeza del hombre reposaba sobre su regazo para ser acariciada por una mano femenina al ritmo del oleaje. Pero desde la perspectiva de Carvalho se veía que no estaban solos. Hacia su duna avanzaba el corpachón poderoso e irremediable de un hombre cubierto con un sombrero. Carvalho bajó del coche, pero volvió hacia él para sacar de la guantera la pistola, quitarle el seguro y empuñarla antes de iniciar una carrera hacia la escena que se avecinaba. Vio al ralentí como el hombre del sombrero detenía su marcha y levantaba los brazos apuntando a la pareja con un fusil y Carvalho gritó el nombre de Teresa con todas sus fuerzas, un nombre que se convirtió en una piedra de palabras que descompuso el equilibrio humano del paisaje. Teresa se recogió sobre sí misma, Archit se puso de pie de un salto, el hombre del sombrero se volvió hacia Carvalho para enseñarle por un momento su rostro de "Jungle Kid" con los ojos fruncidos por la decisión y luego volverse de nuevo hacia la pareja y apuntarla. Archit abrió los brazos y cubrió con su delgado cuerpo de muchacho el de Teresa, para recibir un balazo que le hizo encogerse, doblarse hacia adelante, caer desarticulado. Carvalho disparó y la bala levantó arena de duna unos metros más allá de "Jungle Kid", que se revolvió y disparó contra Carvalho para luego echar a correr en dirección a un coche que le esperaba. Carvalho se dio a sí mismo la orden de pasarse una mano por la frente y luego la contempló llena de sangre. No le dolía, pero sabía que le habían dado. Echó a correr hacia la Piedad compuesta por una estridente Teresa Marsé que lloraba e insultaba acunando el cuerpo de Archit sobre la arena y, cuando vio llegar a Carvalho, tardó en reconocerle por encima de una barrera de odio y de temor. Carvalho estaba marcado. Se arrodilló junto a

Archit, le tumbó sobre la arena, se enfrentó al espectáculo de sus ojos que divagaban por el cielo en busca de un asidero para no caer en el pozo de la muerte. Carvalho miró hacia el cielo en la esperanza de poder ayudar a Archit a encontrar el asidero, desentendidos los dos de los sabios sollozos desgarradores de la mujer. Pero en el cielo sólo había bandadas de pájaros fugitivos por los disparos de los hombres y Carvalho se creyó en la obligación de sacar de dudas a Archit.

—"Swallows". Son golondrinas.

Los labios de Archit trataron de decir algo antes de entregarse a la rigidez de la muerte. Carvalho quedó convencido de que habían tratado de repetir el nombre de los pájaros, el reconocimiento de los pájaros y, con ellos, de la gran patria de los cielos.

FIN

Quim Aranda

La vuelta al mundo de Pepe Carvahlo

Epílogo conmemorativo del 25º aniversario de Carvalho

Bangkok es el destino más exótico que por ahora los seguidores de Pepe Carvalho le conocen, a la espera de que próximas aventuras abran nuevos mundos todavía no muy explorados ni explotados por las agencias de viajes especializadas en turistas japoneses. El detective viajó en octubre de 1982 a Thailandia persiguiendo el fantasma de una mujer, la vieja amiga Teresa Marsé, que quería perderse en los mares del Sur para encontrarse a sí misma, paradoja también masculina como demostraron Antonio Jaumá ("La soledad del manager"), Carlos Stuart Pedrell ("Los mares del Sur") e incluso el propio Carvalho en los años 60, tras su marcha de España a Estados Unidos.

Después de cumplir con unos supuestos e inaplazables deberes ciudadanos –sorprendentemente Pepe Carvalho votó por correo en octubre de 1982, aunque no es probable que él creyese en la consigna del cambio como sí hicieron diez millones de españoles–, embarcó rumbo al sur de Asia en un avión que más parecía un autocar de excursión de domingo con destino a Montserrat o al Escorial que un Jumbo747 con atributos transcontinentales.

No fue aquélla la primera vez que Carvalho iba al sur de Asia. Ni probablemente será la última, si cumple sus propósitos confesados durante una cena con su amigo y vecino Enric Fuster. En una fecha poco precisa –Montalbán y el detective se refieren a ella de forma vaga, aunque muy probablemente fuese a finales del año 1969 o comienzos de 1970, pocos meses antes de volver definitivamente a Barcelona–, Pepe Carvalho estaba moviéndose por el sur de Asia todavía por cuenta de la CIA. "(...) Estaba en Bangkok para ayudar a preparar la retaguardia de la presumiblemente perdida batalla del sudeste asiático á...ú. En su ánimo, una intuición de despedida, de último servicio, que no quería clarificarse a sí mismo".

La consulta del historial de José Carvalho Tourón

en la CIA no dejaría lugar a tantas especulaciones: el agente gallego operaba en el sudeste asiático como uno más de los miles de asesores civiles y militares que Estados Unidos había desembarcado en Thailandia en aquella época, en especial desde la intensificación de las acciones de las guerrillas comunistas con base en Camboya, acciones especialmente duras entre los años 1968 y 1970.

Hacía pocos meses que Richard Nixon había anunciado la escalonada reducción de efectivos militares norteamericanos en el área pero, de hecho, la CIA mantenía una activa presencia en la zona a fin de detectar cualquier signo de infiltración o radicalización de la actividad guerrillera en Thailandia. Estados Unidos daba prácticamente por perdido Vietnam pero no Thailandia, a pesar del revés diplomático que sufrió Nixon quince meses más tarde, en noviembre de 1971, cuando el gobierno militar del país asiático le exigió la total retirada de las tropas acantonadas en el país. Carvalho cumplía en Thailandia funciones de

espionaje, aunque no hubiera mucho que espiar o la información que obtuviese fuera apenas relevante para el curso de la guerra.

Bangkok era la base de operaciones de muchos espías occidentales, y hasta allí volvió quince años después en un viaje absurdo en busca de Teresa Marsé.

La vuelta a Thailandia –esos pájaros de Bangkok, los mismos en todos los cielos– fue para el detective un nuevo reencuentro con su pasado, tal y como le había sucedido en Amsterdam en 1974 ("Tatuaje"), en Madrid en 1980 ("Asesinato en el Comité Central") o incluso como le sucede cada vez que sale de su casa y desciende las rampas del Tibidabo para ir a buscar refugio a su despacho de las Ramblas, el punto más cercano a la geografía de su infancia.

La etapa en la CIA

Pepe Carvalho ha recorrido prácticamente medio mundo por cuenta del Tío Sam. Durante los años 60 viajó de Norte a Sur y de Este a Oeste, y en muchas ocasiones se le pudo ver –aunque quizá sólo fuera un doble, o un sustituto, o una maniobra más de la Compañía para acrecentar la leyenda que acompañaba los movimientos de este falso agente gallego– en casi todos los puntos calientes del planeta. "Ninguna descripción de Carvalho coincide con la anterior y ya no queda ninguna esperanza de que pueda coincidir con la ulterior. En la Paz, tras el atentado contra Paz Estenssoro, carvalho era un hombre alto, aquilino, muy moreno, de ojos magnéticos. En Siria, después de la última intentona del Baas, Carvalho es un oscuro, pequeño hombre calvo con lentes bifocales. En Kenya sería un tragasables rubio panocha. ¿Quién es Pepe Carvalho?" ("Yo maté a Kennedy"). En Bolivia estuvo entre 1963 y 1964, poco antes de la definitiva caída de Víctor Paz Estenssoro; en Siria, en 1963, tras el golpe del Baas y la instauración del régimen autocrático del general Hafez; en Kenya formó parte de una leyenda fomentada hasta el infinito, la de la supuesta actividad del presunto doble o triple agente Pepe Carvalho.

Pocas certezas pueden apuntarse durante este agitado período en la vida de Carvalho. Después de su marcha de España a Estados Unidos y su ingreso en la CIA estuvo muy cerca de muchos de los hombres más destacados de la Administración Kennedy. Incluso es posible que llegase a estar demasiado cerca del mismísimo presidente, aunque su participación en el complot que acabó con la vida de JFK en Dallas en noviembre de 1963 nunca ha podido probarse, y Manuel Vázquez Montalbán tampoco se ha mostrado muy explícito sobre este extremo. Bien al contrario.

Se sabe, por ejemplo, que antes del asesinato de Kennedy, Pepe Carvalho viajó a Argentina ("El premio") –probablemente en 1962– junto a uno de los "cabezas de huevo" del presidente demócrata. Muy a su pesar, Carvalho pasó en Buenos Aires tan sólo unas pocas horas. No pudo satisfacer el deseo de ir a Corrientes porque su misión era velar por la seguridad de Dean Rusk, uno de los hombres de confianza de Kennedy. El secretario de Estado estadounidense estaba de visita de inspección al cono sur, antes de que se llamase cono sur, y se entrevistó con el todavía entonces presidente de la República, Arturo Frondizi. No hay fechas exactas del desplazamiento y resulta difícil precisarlas, pero es muy probable que el encuentro entre Rusk y el presidente argentino tuviese lugar pocos días antes del golpe militar que acabó con el mandato de Frondizi, depuesto en 1962 y posteriormente confinado en la isla de Martín García. ¿Tuvo

algo que ver Carvalho en la acción desestabilizadora y en la asunción de la presidencia por parte de José María Guido? Misterio. Uno más que añadir a la vida del detective.

La República Dominicana fue otro de los destinos del agente de la CIA Pepe Carvalho. El detective lo rememora mientras vuela de Barcelona a Madrid a bordo del "Pére Lachaise" para asistir a la cena literaria que ofrece el magnate Lázaro Conesal ("El premio"): "Recordaba un viaje entre Santo Domingo y Sosúa en los tiempos en que estaba tratando de derrocar a Bosch en beneficio de Balaguer, a pesar de que había tratado fugazmente a Bosch en un congreso de rojos en el que le había infiltrado la CIA á...ú lo derrocaron los americanos con la ayuda de Carvalho aunque él se negara a presenciar el momento estricto del derrocamiento: ojos que no ven corazón que no siente y al fin y al cabo la inteligencia de todo progresista latinoamericano se demuestra asumiendo que está condenado a perder".

Extraños escrúpulos los del agente Carvalho, que en el último instante no quiso contemplar el resultado de una obra bien hecha, su obra, quizá porque tenía la seguridad de que nada fallaría llegado el momento. Y el momento llegó en setiembre de 1963. Aunque ningún dato de las crónicas de Montalbán lo confirma, es prácticamente seguro que Carvalho, entonces muy familiarizado con la isla, volviese a la República Dominicana dos años después, poco antes de mayo de 1965, dentro del contingente especial que la CIA puso en marcha para preparar la invasión de las tropas norteamericanas en connivencia con los soldados que la OEA enviaba para tratar de legitimizar la acción ante sus propios ojos. La invasión, con o sin Carvalho, dio al traste con la experiencia revolucionaria de la presidencia del coronel Caamaño y aupó de nuevo al poder al dictador Joaquín Balaguer.

En sus períodos de libranzas del servicio, Carvalho recorrió buena parte de Estados Unidos, con especial preferencia por la Baja California y el Valle de la Muerte, haciendo también alguna escapadita a la Costa Este. Siempre que podía, Carvalho cruzaba el Río Grande. Incluso llegó a Venezuela, donde trabajó con "un compañero canario que quería montar un restaurante cuando se jubilara" ("El barco fantasma", en "Historias de fantasmas").

Fue también en uno de aquellos viajes, en este caso desde Las Vegas a San Francisco –ciudad en la que fijó su domicilio más habitual– en el que conoció a Antonio Jaumá, el manager de la Petnay cuyo asesinato investigaría casi diez años después, cuando la imagen de Jaumá era sólo un vago recuerdo asociado a un avión de la Western Air Lines sobrevolando los profundos surcos de Zabriskie Point, una cena en el restaurante Aliotto de San Francisco y unas prostitutas de cincuenta dólares la noche probablemente desdentadas.

Los años 60 fueron de gran actividad para todos los servicios secretos habidos y por haber. La CIA tuvo un destacado papel en la guerra sucia y abierta del enfrentamiento EsteOeste no sólo en Latinoamérica –donde la impunidad de la Compañía fue total y absoluta, con la única excepción de la isla de Cuba– y Asia; la batalla también se libraba en una Europa en la que se incubaba el síndrome de "mayo, del 68*, en plena guerra fría. Carvalho pasó dos años en Holanda como agente especial de seguridad en la capital, Amsterdam. Allí estableció su base de operaciones y desde Amsterdam viajó con más o menos frecuencia a Londres, Lisboa y Grecia, entre otras ciudades.

Tampoco en este caso hay datos precisos –de nuevo sería muy útil la consulta del historial de Carvalho en la CIA si no hubiese sido destruidopero bien pudiera ser que su presencia en Grecia –Vázquez Montalbán la rememora en "El laberinto griego"– estuviese relacionada con el golpe de los Coroneles. Desde que el rey Constantino obligó a dimitir al primer ministro Andreas Papandreu en julio de 1965, Grecia se debatía en permanente estado de agitación, con dimisiones de gobierno día sí, día también. Pasó entonces a ser uno de los países más tutelados por la CIA en Europa debido a su importancia simbólica y geoestratégica. El 21 de abril de 1967, cuando Constantino Kollias y los generales Spadidakis y Patakos formaron un gobierno militar, en Langley, base central de la CIA en Estados Unidos, nadie alteró su hora habitual del almuerzo tras notar y anotar la consumación de lo que ya se daba por hecho y necesario.

Pero no siempre puede relacionarse a Carvalho con intentonas golpistas o acciones desestabilizadoras de la democracia. En algunos casos su misión simplemente era la de observador. De este tipo serían probablemente los encargos que justificarían sus habituales desplazamientos a Portugal. Durante su estancia en Europa no resulta desdeñable la hipótesis de que Carvalho viajase a menudo a Lisboa para mantener contactos con destacados miembros civiles y militares del régimen salazarista y observar sobre el terreno el impacto en la metrópolis de las revueltas coloniales de Angola, Mozambique y Guinea.

Tareas mucho más provechosas para el espíritu y el cuerpo llevaron a Carvalho desde su base de operaciones en Amsterdam hasta Dijon. Fue una de sus escapadas gastronómicas, en aquella ocasión para asistir a la fiesta del vino ("Tatuaje"). Años después, de vuelta en Barcelona, también prodigaría escapadas similares. A veces invitaba a Charo. Otras iba solo. Sus puntos de peregrinación iban desde Martinet de Cerdanya, para pasar el fin de semana en Can Boix, hasta El Rincón de Pepe, en Murcia, adonde llegó en un viaje relámpago en febrero de 1979 ("La soledad del manager"), o al Bierzo en busca de nuevas experiencias y vinos poco conocidos pero solventes.

El sudeste asiático fue, como se ha visto, el último punto de esta primera y particular vuelta al mundo que Carvalho dio aprovechándose de las ventajas y los descuentos que en los años 60 ofrecía un carnet de la CIA en toda regla. El hotel Raffles de Singapur, en el 1–3 de Beach Road, fue un buen sitio para acabar de madurar la decisión de abandonar la Compañía, Singapur Sling va, Singapur Sling viene. Aquel "cóctel asiático seguramente inventado por un inglés" y un sinfín de recuerdos literarios pendiendo de las paredes de las habitaciones de Kipling (107), Conrad (119), Hesse (112), Malraux (116) y Maugham (120), entre otros, pusieron en el ánimo de Carvalho la voluntad que le hacía falta para decir adiós a la CIA. Como Conrad –como Nathalie de Saint–Phalle–, quizá Carvalho se preguntó en el Raffles "sobre la verdad última de los viajes", despreocupado ya de "vanas especulaciones sobre el futuro de las naciones". Un Carvalho preocupado sólo por su subsistencia emprendía regreso a San Francisco, una nueva escala antes de volver a Barcelona.

Los viajes de la infancia

A mediados de los años 80, durante la investigación sobre la muerte del aspirante a campeón y boxeador fracasado Young Serra ("Desde los tejados", en "Historias de padres e hijos"), Carvalho explicaba a Pedro Porta, un tendero del

barrio Chino conocido de su infancia que le encargó el caso, que "por esos mundos nunca he visto tantas cosas como cuando subía a los terrados de estas casas y tenía a mi disposición la vida privada de todos nosotros. El horizonte más lejano era Montjuñc o el mar o el Tibidabo".

El Carvalho adolescente intuía que el mundo se reducía a poco más que los límites del barrio de su infancia, y de ahí tanta querencia por él, una querencia irremediable y mortificadora.

El barrio Chino fue el primer espacio conocido por Carvalho, y vencer sus murallas interiores y exteriores supuso el primer gran viaje del muchacho, viaje que hizo en dos etapas: primera, a mediados de los años 40, siguiendo el estricto y duro guión que fijaba la posguerra; segunda, a mediados de los años 50, cuando le llegó a Carvalho la hora del ingreso en la universidad franquista.

De niño, unas veces en compañía de su padre, otras de su madre, Carvalho rompía las murallas del barrio que formaban las Rondas y las Ramblas. Nunca o casi nunca fueron paseos de placer. Eran recorridos por una ciudad prácticamente extraña, muy diferente a la que conocía, en busca de pan de centeno: "El recuerdo era una ruta seguida con su madre en los años 40. Salían –cuenta Vázquez Montalbán– de la ciudad, unas veces hacia el sur, otras hacia el norte, en busca de casas de campo donde el mercado negro contemplaba los rutinarios y escasos alimentos en la cartilla de racionamiento. Hacia el norte, entre huertos y barracas de agricultores de oficio o de domingo..." ("El delantero centro fue asesinado al atardecer").

También fueron trayectos en tren hasta Vallvidrera en compañía de su padre, don Evaristo, con el único objetivo de ver un árbol público durante una hora mucho antes de que el joven Carvalho imaginase que algún día viviría entre aquellas arboledas. A sus pies, una ciudad en expansión convertida en cuadrícula imperfecta y desordenada, y en su mente el deseo de mirarla con calma, de observarla desde arriba, de respirar más allá de su barrio.

De vez en cuando, también eran paseos hasta Montjuñc, entonces con otra perspectiva, con otros impulsos: "Cada paisaje urbano a su tiempo y Pueblo Seco estaba ligado en su recuerdo a recorridos de domingo o de sábado en busca de la zona verde de Montjuñc donde comerse la tortilla de patatas familiar. Y antes de emprender el ascenso, la obligada parada ante las cuadras de la calle Radas y por entre los listones de madera excitar a las vacas calmas para que mugieran" ("De lo que pudo haber sido y no fue", en "Tres historias de amor").

Otros animales de infancia asoman también a la retina del detective. De vez en cuando se perfilan en el fondo de sus ojos instantáneas de algún verano pasado en Montcada, en la casa del cabrero amigo de su padre, o de los veranos en Galicia, en Souto, cerca de San Juan de Muro y Sarria. Veranos de viajes interminables en trenes dantescos tirados por aquellas máquinas Santa Fe que respiraban con dificultad de asmático o tuberculoso. Barcelona–Monforte de Lemos. De allí, hasta la aldea. Y de nuevo el olor y el "morro de las vacas asomadas desde la cuadra al comedor familiar" ("Tatuaje").

A mediados de los años 50, los de Carvalho eran ya viajes de salto social con voluntad de permanencia, viajes de descubridor vencidas definitivamente las murallas que le confinaban en su barrio. Ésa era la sensación todavía culpable que experimentaba años después al hacer memoria de aquella época: "Recuperar el metro fue recuperar la sensación de joven fugitivo que contempla con menosprecio la ganadería vencida, mientras él utiliza el metro como un

instrumento para llegar al esplendor en la hierba y la promoción á…ú. Recordaba la conciencia de su propia singularidad y excelencia rechazando la náusea que parecía envolver la mediocre vida de los viajeros. Los veía como molestos compañeros de un viaje que para él era de ida y para ellos de vuelta" ("Los mares del sur").

Entre las escapadas de aquellos años, una constituyó un hito para Pepe Carvalho y para otros compañeros de quinta política y universitaria. Quizá comenzara así el principio del fin de su actividad como militante comunista. Un curso de formación política se convirtió con el tiempo en la primera piedra para una apostasía, anunciada ya a principios de 1956 cuando Carvalho se avanzó a Jruschov y al partido en la formulación de las críticas al estalinismo materializadas durante el Xx Congreso del PCUS en febrero de aquel mismo año ("Asesinato en el Comité Central").

Agosto de 1956. Pepe Carvalho, adolescente todavía pero obligado a entrar a empellones en la edad adulta, visitó con un grupo de compañeros una escuela de formación de cuadros del Partido Comunista de España a orillas del Marne. Fue la primera salida de Carvalho de España, y después de la agitación y el ajetreo del viaje debió de quedarle en el alma una cierta extrañeza y confusión al comprobar que había cambiado por unos pocos días la rigidez asfixiante del franquismo por la rigidez igualmente asfixiante del antifranquismo. Demasiada responsabilidad para tanta juventud, obligada a cambiar el curso de su propia historia.

Madrid, el Mar Menor, Formentor, Port Lligat o Andalucía –siguiendo la estela de ilustres viajeros en busca del duende del Sur– fueron otros de los horizontes que buscó el joven Carvalho en los años 50 y en los primeros de los 60 antes de marchar a Estados Unidos. En 1959 incluso vivió una temporada en Madrid, una ciudad que a su regreso, más de veinte años después, en octubre de 1980 ("Asesinato en el Comité Central"), era un recuerdo asociado únicamente a la cocina y al paladar:

"—(...) Madrid no es lo que era.

"—¿En 1936?

"—No. En 1959, cuando viví allí. Las gambas de la Casa del Abuelo, por ejemplo. Excelentes y a precios de risa. Búsquelas usted ahora".

Viajes profesionales

La primera noticia que los lectores tuvieron de la vuelta de Carvalho a España data de 1974. Vázquez Montalbán retrató en "Tatuaje" –segunda aventura de la serie del detective– a un Pepe carvalho entrado ya en la treintena e instalado en su hasta hoy centro habitual de operaciones: el despacho de las Ramblas de Barcelona. La etapa de la CIA ha quedado atrás pero Carvalho sabe que un agente nunca está de paso en la Compañía aunque se retire totalmente del servicio. En su caso, además, dando portazos.

Un asunto en apariencia de poca monta –la investigación sobre la identidad de un cadáver tatuado que apareció en la playa de Vilassar de Marlleva al detective de regreso a Holanda. Un nuevo salto atrás en el tiempo como le sucede siempre a Carvalho, imposibilitado también para librarse de su pasado aunque pone la vida en el empeño. Carvalho se reencontró con viejos colegas de la CIA en Amsterdam, donde durante dos años –presumiblemente entre 1966 y 1968 actuó

como especialista en seguridad. Amsterdam y La Haya, como Madrid en su día, son un reclamo gastronómico para Carvalho. El nombre de un hotel, el Schiller. El sabor de un restaurante, The House of the Lords.

La vuelta a Barcelona supuso un cambio radical en el modo de vida del detective. Se acabó el ir constantemente de aquí para allá. Carvalho se convirtió prácticamente en un sedentario. Mucho menos trasiego, muchos menos viajes. Pero antes de poner fin a esta etapa, el detective se dio una última recompensa.

De vuelta en Europa, tras enterrar a su padre como acto final de un agotador viaje desde San Francisco, después de quemar un álbum familiar de fotos perteneciente a tres generaciones, después de decidirse por el trabajo de detective y de arrinconar en el olvido a Laura Buscató, Carvalho viajó a Córcega. Casi con toda seguridad fue en 1970, aunque Manuel Vázquez Montalbán no lo precisa. También Córcega es un recuerdo placentero de licor de castañas olvidado hacía mucho tiempo en el interior de una botella de cerámica: "Las carreteras de Córcega están llenas de cerdos oscuros. Parecen salvajes, pero al atardecer vuelven a casa hartos de castañas. Estuve allí hace demasiados años. Cuando quise despedirme de mi libertad de viajar. Un día volveré. He de empezar a seleccionar los lugares adonde quiero volver", le confesó Carvalho a Fuster veinte años después, durante una de sus cenas en Vallvidrera, en octubre de 1990 ("El laberinto griego").

Además del absurdo viaje a Bangkok ya referido, otro de los desplazamientos más exóticos del detective tuvo lugar durante los primeros días del año 1984. Carvalho buscaba indicios que le pudieran aportar datos sobre el asesinato de Encarnación Abellán ("La rosa de Alejandría"). El detective acabó en un escenario sorprendente, desconocido, inapropiado para un entorno tan poca cosa como era aquél, el nacimiento del río Mundo, en la provincia de Albacete. "Es como si el paisaje se hubiera inspirado en Calderón. Un río que se llama Mundo". Paradoja definitiva de un viaje a priori poco prometedor que acaba por revelar al detective escenarios sorprendentes: "Era imposible no escuchar el canto propicio del centro de la tierra enviando a la superficie sus aguas preferidas para formar un río que nadie sabía ni cómo ni por qué, pero se llamaba Mundo, había adquirido la responsabilidad de llamarse Mundo en un rincón de la sierra de Albacete". Viaje a Albacete que consolida la aseveración carvalhiana de que los paisajes más exóticos y más ricos son a menudo los más próximos.

El destino más habitual de Carvalho fuera de Barcelona durante su carrera como detective ha sido Madrid. Se desplazó por primera vez en octubre de 1980. El PCE le confió la investigación paralela de la muerte de su secretario general, Fernando Garrido, encargo muy mal digerido aún hoy por muchos de los máximos dirigentes comunistas de la época, que quisieron ver en la investigación de Carvalho una burla del destino y una irónica advertencia del veterano apóstata.

Años después, en los días previos al referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN, en marzo de 1986, Carvalho investigó en Madrid el asesinato del realizador de Televisión Española Arturo Araquistain ("Asesinato en Prado del Rey y otras historias sórdidas"). En ese intervalo de seis años, el detective fue una más de las muchas víctimas del puente aéreo, y hasta Madrid siguió en viaje relámpago de ida y vuelta a un joven implicado en el caso del asesinato de Montse Gispert ("Jordi Anfruns, sociólogo sexual", en "Asesinato en Prado del Rey y otras historias sórdidas"). Por ahora, los dos últimos desplazamientos de Carvalho a Madrid tuvieron lugar en 1994 ("Roldán ni vivo ni muerto") y 1995 ("El

premio"). El primero, un viaje a la capital de las cloacas del Estado con parada surrealista en Damasco; el segundo, desplazamiento con todas las comodidades posibles –nada que ver con aquel trayecto en tren a finales de los años 50– por cuenta del magnate Lázaro Conesal.

El Valle del Sangre en el Sur de España en 1985 ("El Balneario"); Santa Cruz de Tenerife y Lanzarote ("El barco fantasma") probablemente el mismo año; un pueblecito inexistente pero muy parecido a cualquier otro de Ciudad Real ("La Guerra Civil no ha terminado"); Marbella o Ceuta ("Buscando a Sherezade") han sido otros de los destinos profesionales de Carvalho a lo largo de sus 25 años como detective.

En la primavera de 1990 Carvalho se concedió un respiro a sí mismo y, dejándose llevar por la mala conciencia y el sentimentalismo, dio una alegría a Charo. La pareja se fue a París durante una semana como si la ciudad fuese el único lugar inocente en el que curar las heridas de veinte años de relación. Charo se lo volvió a agradecer en carta de despedida poco tiempo después ("El laberinto griego"). En su esquizofrenia, casi en el límite del mal gusto, Carvalho se instaló con Charo en el Lutétia, en el bulevar Raspail, en uno de los corazones de la "rive gauche". Los fantasmas de Gide, Rilke, Joyce, Cohen, Beckett, libros y más libros por quemar a su vuelta a Barcelona, los acompañaron durante buena parte de aquel viaje. Carvalho dejaba hablar a Charo y de vez en cuando la ilustraba sobre este o aquel rincón de la ciudad: la place de la Contrescarpe, la rue Poulletier, la rue des Francs Bourgeois, comentarios sin pretensiones de guía turístico que la muchacha acogía con entusiasmo. París, visita inevitable a la Tour d.Argent, ausencia injustificable a la meca de la cocina de Jo6l Robochon.

Un futuro anunciado

El futuro del detective está prácticamente anunciado. Montalbán no teme la competencia de nuevas agencias Pinkerton con más posibilidades y habitualmente avanza los próximos pasos de su personaje obligándose y obligándole a darlos aunque no quiera. Un encargo de un pariente le reclama desde hace tiempo en Buenos Aires. La búsqueda de un "desaparecido residual, voluntario", que probablemente servirá a Carvalho para intentar rehacer un mundo parecido al que se le ha hundido en Barcelona.

Y todavía en la frontera del nuevo milenio, un nuevo viaje a la búsqueda de sí mismo. La verdadera vuelta al mundo de Carvalho, programada como una lucha desesperada contra el tiempo que le agota. Un viaje que promete ser un mirar atrás, el balance de una vida. Carvalho, como Phileas Fogg en su legendaria marcha de ochenta días alrededor de la tierra, iniciará con Biscuter –y quizá con Charo– un recorrido que podría ser la historia de un definitivo regreso a su infancia. "La figura cíclica de un tiempo y de un espacio cerrados sobre sí mismos" también para Carvalho, siempre "de paso entre la infancia y la vejez de un destino personal e intransferible, de una vida que nadie viviría por él, ni más, ni menos, ni mejor ni peor".

Como Fogg, quizá el detective alcance la felicidad al final de su vuelta al mundo, aunque difícilmente se llame Aouda.

Diciembre de 1996.